
Envíame
un ángel
ROBERTO KRUGER GONZÁLEZ

ENVÍAME UN ÁNGEL

ROBERTO KRUGER GONZÁLEZ



Título: Envíame un ángel

Primera edición: 2019
Editorial Balas de Plomo.

A ti, que haces todo perfecto.
A ti, que siempre me sonríes.
A ti, que me amas.

PRIMERA PARTE:
“ABRIENDO LAS PUERTAS”.

1

Tuvo un sueño extraño. Caminaba por una carretera, era de día, el sol alumbraba como en la primavera y el viento refrescaba su piel, pero no entendía lo que sucedía. A ambos lados veía a los amigos de toda la vida, a sus compañeros y a muchas personas que conocía. Todos estaban observándolo, sonriéndole e indicándole hacia delante. De pronto, se detuvo, vio que un destello cruzó el cielo y llegó hasta su pecho. Alzó el semblante asustadizo, contuvo la respiración, su cuerpo estaba paralizado y sus ojos quedaron abiertos ante la presencia de una enorme mano rodeada por eternos rayos de luz. Poco a poco los dedos tocaron su piel. Entonces, dejó el miedo de lado, sus músculos se relajaron, se entregó al ensueño y sintió la paz en su corazón. Era primera vez que acariciaba la tranquilidad, la ternura y la paciencia.

Vio que la mano regresaba al cielo. Las luces se confundían con el brillo del sol y todo volvía a la normalidad. Se sentía una persona nueva, sin inquietudes en el pecho. Decidió seguir. Aún estaba rodeado por todos sus amigos, compañeros y conocidos. Sin embargo, el primer rostro que encontró a su lado fue el de una mujer de tez trigueña, ojos cafés profundos, cabellos ondulados y sonrisa perfecta. Ella lo miró por un instante y él la observó queriendo comprender lo que estaba sucediendo.

Luego, sonrió.

2

Nunca le pareció una buena idea cambiarse de casa. Sin embargo, la insistencia de su padre y la autoridad de su madre sobre su persona a pesar de ser mayor de edad pudieron más. Dejaron Santiago de la noche a la mañana y se fueron al sur, a una ciudad perdida entre curvas, bosques y extraños nombres. Había dormido durante el viaje para protestar por la decisión. Aún le dolía lo que estaba desperdiciando en la capital. Sus amigos se lo habían advertido, pero no los escuchó. Lamentablemente, era demasiado tarde para

retroceder. Comenzaba a olvidar el aroma del mundo que se impregnaba en cada una de sus células cuando recorría las calles de la gran ciudad y el sabor del triunfo que cada mañana sentía al estar en el lugar exacto para cumplir sus sueños.

Sólo tuvo ánimo para bostezar. Enseguida, continuó detestando el entorno.

Su mamá le aconsejaba comenzar de nuevo en Chillán. Era el único consuelo para las agrias palabras que se escapaban por la ventana abierta en medio de la carretera. Estaba de brazos cruzados refugiado en el asiento trasero de la camioneta esperando que sus cabellos largos de rockero empedernido le cubrieran el rostro para olvidarse de toda la peste de humanos que lo rodeaba. Quería ser libre, volar por los aires y sentir la guitarra entre las manos y las voces de sus compañeros. Respiró profundo, pero se dio cuenta que nada de eso quedaba. Volvió la vista con la ansiedad de enterarse si el camino aún estaba en el comienzo, pero la fragancia de la vegetación bañada por la humedad le advirtió que estaba ingresando al sur del país.

La camioneta Chevrolet Luv blanca se detuvo a un costado de la carretera. El alba estaba sobre sus cabezas y sus ojos se ofuscaban con los primeros rayos. Así que se colocó las gafas y se camufló siendo fiel a su estilo de vestimenta negra. Su padre se bajó para estirar las piernas tras un largo viaje, su madre abrió la puerta del vehículo para refrescar su rostro, y él caminó por el borde del camino queriendo escapar al imaginar la absurda vida que llevaría en una ciudad apartada de la civilización santiaguina, del ruido, de la bohemia, de los amigos. Del rock.

Se alejaron unos metros del vehículo, se detuvieron frente a unos árboles frondosos y se miraron tratando de descubrir el misterio que había en los confusos encogimientos de hombros.

—¡Bienvenidos al sur! —sonrió el papá—. ¡Bienvenidos a Chillán!

—¿Llegamos? —dijo la mamá al cerrar la puerta para apreciar el paisaje desde la orilla de la carretera—. ¿Tan rápido?

—¿No te das cuenta que estoy apestado? —protestó el muchacho —. ¡No sé cuánto tiempo más soportaré este lugar!

Su padre lo abrazó y lo miró sin borrar su empática sonrisa.

—Te acostumbrarás, hijo. Acá también podrás encontrar muchos amigos.

—¿Sí? —enarcó las cejas—. Lo dudo. ¿Los pueblerinos conocen las guitarras eléctricas? ¡Regresaré a Santiago por mis medios!

—Emanuel, la vida no es sólo rock, guitarras y cabellos largos. —suspiró—. Hay mucho por conocer.

—Tu padre tiene razón. —dijo la madre volviendo a la camioneta —. Quítate esas gafas para que aprecies el paisaje.

El camino se hizo corto. Cruzaron el peaje y se encontraron con la

publicidad de la carretera que daba la cordial bienvenida a la ciudad. En la fotografía principal se apreciaban las cumbres de la Cordillera de los Andes cubiertas por la nieve del invierno. Luego, el viento arrastró los aromas típicos de la zona hasta sus narices; la dulzura de los árboles frutales sembrados en la orilla, la frescura de la madera nativa y la pureza del oxígeno que marcaba la diferencia con antigua residencia que día a día sucumbía en el smog. Poco a poco se mezclaron con el tráfico de Chillán; cientos de vehículos, enormes construcciones, industrias, comercio, muchas personas, escasos campesinos y todos los caminos asfaltados.

El muchacho se fijó los anteojos oscuros y asomó la cabeza por la ventana. El paisaje era atractivo, pues denotaba que la vida era más natural, sana y pura que en el resto del país. A pesar de eso, el lugar no lo convencía. Su papá lo miraba por el espejo retrovisor buscando una sonrisa, pero el joven estaba obstinado. La mamá volvió el semblante marcado por la alegría, le habló de sus planes y de lo que sabía de la ciudad al leer algunos libros, mas él permanecía indiferente, sumergiéndose a ojos cerrados en una angustiante laguna de emociones que lo obligaba a ver el mundo como una porquería. Deseaba desempacar los bolsos para recoger la guitarra eléctrica, deslizar los dedos por las cuerdas y sentir aquella vibración de *No More Lies* de *Iron Maiden* que le devolvía la vida. Se mordía los labios para buscar la catarsis que sólo un cigarrillo y un sorbo de cerveza podían entregarle, pero no podía conseguir nada más que resignación en el silencio.

Pronunció una frase. Su papá frunció el ceño y separó los labios, su mamá contuvo el aliento tratando de comprender lo que había oído, y juntos lo amonestaron.

—¿Qué dijiste?

—Nada. —susurró—. Nada.

—Eso se llama blasfemar. —dijo Fernández negando con la cabeza—. Dios

te perdone, hijo.

—¡Me da lo mismo! —se hundió en el asiento—. Dios no existe.

—¿No? —susurró el hombre—. ¿Quién crees que salvó a tu abuela Lucila? ¿El doctor González?

—Para eso estudió en la universidad. —asomó la nariz por la ventana—. ¿Qué? ¿Ustedes creen en los milagros?

—La fe mueve montañas, Emanuel. —aseveró—. Créelo.

Prefirió evitar la conversación, pues siempre terminaban discutiendo. La mamá lo miró rogándole que no siguiera lanzando improperios, pero su boca necesitaba desahogarse por todo el mal que estaba sintiendo al ver que se perdía en un rincón del mundo, lejos de sus ideales. Se inclinó hasta quedar en medio de ambos, los observó y

afirmó.

—No existe.

—¿Por qué dices que Dios no existe? —la mujer entregó un rictus —. ¿Por qué?

—Porque si él existiera, yo sería feliz.

—¿Acaso no eres feliz? —dijo el papá—. ¿Qué falta para tu felicidad? ¡Lo tienes todo!

—No tengo a mis amigos, dejé a mi banda de rock en Santiago y estoy al borde de la locura de sólo pensar lo que será mi vida en este lugar. —se refugió en el asiento—. En estas condiciones, ¿quieres que crea en alguien que me quita lo que más me gusta? ¡Hasta aquí llega mi viaje! ¡Se acabó!

Emanuel abrió la puerta sin importarle que la camioneta estuviera en movimiento a 80 kilómetros por hora y se acomodó para bajar. En sus ojos estaba la decisión, sus músculos no temblaban y su aliento se había extraviado con las últimas palabras.

De pronto, el vehículo se detuvo con el freno hasta el fondo, los neumáticos chillaron sobre el asfalto y el olor a caucho quemado envolvió aquellos rostros dispares que buscaban explicaciones y juzgaban.

Los padres suspiraron mientras bajaban los párpados.

Él estaba decidido a no olvidarse de su vida.

Llegaron a una casa modesta de un barrio residencial del sector oeste de la ciudad. Tenía un jardín con césped a medio crecer, ventanas grandes en los costados y una puerta estrecha que al muchacho no le permitió entrar con la maleta y la guitarra al mismo tiempo. Caminó por el pasillo principal hacia el fondo, se detuvo frente a una puerta café, la abrió y encontró la oscuridad que necesitaba. Dejó la maleta junto a la cama y sacó la guitarra de la funda para examinarla, pues durante el viaje temió que se hubiera dañado.

—¿Cómo supiste que era tu pieza? —dijo su mamá.

—Intuición de rockero. —respondió—. Lo bueno es que está amoblada. Tengo una cama nueva.

—Así lo quiso tu padre. —le acarició los cabellos—. Hemos hecho muchos esfuerzos para que tú seas feliz, hijo. No nos hagas sentir que hemos fracasado.

—Yo sólo quiero tocar la guitarra. Es lo único que me hace feliz.

—¿Sí? — sonrió la madre.

—¡Ya verás cuando sea una estrella de rock! —gritó con un puño en alto—. ¡Viviré en los escenarios más importantes del mundo!

El papá se acercó y los abrazó. Había anhelado por muchos años

alcanzar el puesto administrativo en la empresa, y por eso la gerencia general lo había ascendido a encargado zonal de la compañía. En un principio, se cuestionó si estaba actuando correctamente, pero luego de oír el apoyo incondicional de su esposa decidió asumir el traslado e iniciar una nueva vida. Acarició los cabellos de su hijo, lo miró fijamente y lo besó en las mejillas. Hace mucho tiempo que no realizaba esos gestos, y por eso el joven enrojeció y retrocedió unos pasos.

—Espero me comprendas. —titubeó—. Estoy cumpliendo un sueño.

—Yo también quiero cumplir el mío. —respondió—. Ser guitarrista de rock.

—Lo serás. —dijo la madre.

—Será difícil lograrlo en este lugar. —vació el pecho—. Lejos de Santiago.

—Será difícil, pero no imposible. —el hombre puso su mano en el hombro derecho de su retoño—. Con fe todo es posible.

Emanuel prefirió callar. Esperó la soledad, cerró la puerta de la habitación, acomodó la guitarra y tocó una melodía que había compuesto durante las primeras horas del viaje.

3

La ciudad no era igual a Santiago. Las calles se destacaban por ser más estrechas, no había muchos locales comerciales, no había muchos jóvenes, no había grandes bares donde divertirse. No había vida. En cada paso que daba se cuestionaba el momento en que aceptó seguir a sus padres. Si tan sólo tuviera el verdadero coraje, todo sería diferente. En numerosas ocasiones sus reacciones eran violentas y rebeldes, pero no las concretaba. Eso estaba pasándole la cuenta. Muchas veces había conversado con sus amigos la idea de dejar la capital por el trabajo del jefe de hogar, a lo que ellos respondieron ofreciendo la casa que ocupaban para ensayar. No era un lugar cómodo, pues no tenía un baño decente, no tenía una ducha con agua caliente ni una cocina para comer, pero al menos podría estar en su tribu. Se lo dijo a sus padres, mas se opusieron. Les recordó que era mayor de edad, pero ambos arguyeron que todo estaba listo en Chillán y que no permitirían que abandonara la universidad. Fue una larga discusión, un pésimo día. Ellos sabían que aún no tenía el carácter

para independizarse aunque la agresividad que ostentaba escuchando a *Iron Maiden* planteara lo contrario. Quiso arrancar de ellos. No lo logró. De un momento a otro, se vio dentro de la camioneta rumbo a Chillán sintiendo en la piel la sentencia a muerte que le habían entregado. Ni siquiera se pudo despedir de sus amigos. Sólo llevaba los discos que habían grabado la semana anterior en los ensayos. Era lo único que le quedaba de su vida antigua, y por eso los llevaba en el bolsillo como un amuleto.

Al fin halló la sala que le correspondía. La universidad era parecida a la que asistía en Santiago, claro que con gente más extraña de lo que podía encontrar en la capital. En Chillán nadie se atrevía a vivir como se sentía mejor, y por eso lo observaban en cada paso que daba. A todos les sorprendía la osadía que tenía para vestir pantalones negros de cuero, camiseta negra con una cruz roja invertida, chaqueta negra de cabritilla, el cabello largo y las gafas a media altura. Se detuvo frente a la puerta 101 y le habló a un muchacho que vestía camisa celeste y jeans, pero éste retrocedió y lo escrutó de pies a cabeza.

—¿Esta es la sala de quinto año de ingeniería? —preguntó ajustándose los anteojos oscuros—. ¿Sí?

—¿De dónde vienes? —dijo el muchacho—. ¿De otra universidad? Nunca te había visto.

—Vengo a continuar la carrera. —susurró—. Vengo de Santiago.

—Eres raro como todos los santiaguinos. —sonrió—. Ojalá te acostumbres a la ciudad.

—Lo estoy intentando.

Entró a la sala y sintió la admiración de todos. Muchos se apartaron de la puerta y se ubicaron al final, observándolo. Él, indiferente, caminó hacia ellos, trató de asustarlos con sus pasos y se sentó en el puesto que estaba desocupado junto a la ventana, en la última hilera.

—¿A qué hora es la clase?

—En diez minutos más. —dijo una muchacha que arrugó el ceño—. ¿De dónde vienes?

—De Santiago. —dijo—. Me llamo Emanuel, ¿y tú?

—Marcela. —retrocedió—. ¿Eres rockero?

—¿Lo dudas? —sonrió—. ¿En la universidad hay bandas de rock?

—No, amigo. —dijo el muchacho que estaba con ella—. Pero si quieres formar una, tendrás que buscar rockeros con lupa porque hay pocos en la ciudad.

—Los encontraré. —sentenció—. Una vez toqué acá. Había muchos rockeros.

Se arrellanó en la mesa, se quitó las gafas y se percató que todos tenían sus ojos sobre él. No quiso parecer odioso, así que se volteó y

fingió cordialidad.

—¿Quién se sienta en este lugar? —tocó la silla que estaba a su lado.

—Ya lo verás. —dijo Marcela mordiéndose los labios—. Ya lo verás.

—¿Sí? —se incorporó—. ¿Por qué?

Nadie respondió. Caminó por el pasillo hasta la pizarra, guardó las manos en los bolsillos y se apoyó en la pared. Definitivamente, nada era igual a Santiago; no había ambiente ni amigos como en el barrio. No había nada.

Le dio una patada a la mesa del profesor, se peinó los cabellos y se ajustó los lentes oscuros en la cabeza. Todos sus compañeros estaban en silencio y ordenados en sus puestos, y él era el único que vagaba sin entender qué hacía en un lugar tan alejado de lo que quería para su vida.

—Al parecer, no ha llegado mi compañero de banco. —dijo—. Tendré que estar solo mi primer día.

En la entrada apareció la delgada figura de una muchacha que vestía jeans, botas y chaqueta de tela y llevaba sus cuadernos en un bolso cruzado. Lo saludó con un ademán y luego caminó decidida hacia el final de la sala, se ubicó junto a su puesto y se sentó en la silla desocupada. Él, ensimismado, intentó buscar una respuesta en aquellos ojos cafés que lo miraban a media altura.

—¿Nos conocemos? —sonrió.

—No creo.

—Soy Daniela Galindo. —dejó su bolso sobre la mesa—. ¿Eres nuevo?

—Vengo de Santiago. —titubeó—. Me llamo Emanuel Fernández. ¿Tú te sientas acá?

—Sí. —asintió—. ¿Por qué?

Recibió algo en el pecho como si un golpe hubiera detenido los latidos de su corazón. Enseguida, negó con la cabeza y balbució. No quería caer en el juego que siempre hacía cada inicio de semestre. La última vez que se sintió atraído por una compañera de banco asistió un mes al psicólogo tratando de asumir que su amor no tendría correspondencia aunque rogara. Esa era su debilidad, y resultaba un gran trabajo ocultarlo. Escapó hasta la puerta de la sala, se apoyó en el borde y volvió el rostro queriendo sentir a sus nuevos compañeros, pero todos estaban sumergidos en los libros.

Suspiró tratando de entender lo que estaba viviendo. Sin embargo, en los cristales de la ventana veía los recuerdos que tenía de su banda de rock. Se acercó a paso lento, puso las manos en los vidrios y titubeó, cabizbajo. Sus hombros estaban pesados y tenía la cabeza distorsionada. Estaba soportando el llanto, mordiéndose los labios y

cayendo en una extraña desesperación que hace mucho tiempo no experimentaba. Cerraba los ojos para olvidarse de los rockeros, pero era inevitable. Si tan sólo hubiera tenido la fuerza suficiente para contradecir a su familia, estaría disfrutando de la música, del mundo y de su vida.

Escondió las lágrimas bajo las gafas negras. Algo no estaba bien. Sus manos temblaban, la barbilla se estremecía y la respiración se agitaba. Quería fugarse, pero no podía. En su piel vivía el frío y en su corazón había soledad incontenible. Trataba de evocar a la banda de rock, sus rostros, sus voces, sus canciones, sus instrumentos, mas continuaba derrumbándose. Metió las manos en los bolsillos. Siempre que tenía aquellas crisis, la solución estaba en los bolsillos de los pantalones. No obstante, estaba solo, muy solo. Había olvidado las pastillas que le salvaban la vida. Cayó de rodillas al suelo, mantuvo el semblante a media altura, las manos en la pared y el llanto en la garganta. No tenía fuerzas en las piernas para correr, ni siquiera para incorporarse. Estaba destrozado y perdido como un gusano en el lodo. Los escalofríos lo estaban matando. Apenas podía hablar, pero nadie lo escuchaba. Estaba cerrando los ojos, entregándose a una patética caminata que lo obligaba a impetrar por las píldoras, a buscar aquel sorbo de cerveza que siempre le devolvía el alma y a suplicar por aquella inyección que Bruno —el baterista de la banda—, le daba en el brazo para recuperar el aliento. Comenzaba a enfriarse, a morirse en vida, a darse cuenta que no tenía compañía. Su mamá una vez encontró un frasco con anfetaminas en la pieza, bajo la cama, y aguardó que regresara de un concierto de rock a las cuatro y media de la mañana. Lo estaba esperando en pie vestida con pijama, encendió la luz cuando vio que la puerta de la casa se abrió, observó aquella sonrisa avisándole el deplorable estado de ebriedad, levantó una mano y lo abofeteó. Luego, lo miró fijamente y hundió su rostro bañado por el llanto. Prometió que eran unos medicamentos que le había recomendado Ulises —el bajista del grupo—, para evitar el sueño y el cansancio, pero no le creyó. Le dijo que los grandes rockeros lo hacían para mantenerse vivos, a lo que ella contestó que no duraría mucho. Le contó al papá, y él le advirtió que dejara de consumir estupideces o lo encerraría en un manicomio. Les juró que nunca más lo haría, pero días después de arrojar aquel frasco, Bruno le entregó otro y continuó soñando bajo sus efectos en las largas noches de soledad que pasaba sobre la cama componiendo con la guitarra. Al cabo de un tiempo de haber comenzado con el consumo para cada concierto, se dio cuenta que no podía olvidarse de ellas. Las anfetaminas se habían metido en su vida hasta ser tan importantes como respirar. Había perdido el apetito, el gusto en la lengua y el dolor, y estaba siendo invadido por la sed abundante, la fatiga y la angustia. No podía estar más de un día

sin ellas.

—¿Te sientes bien?

—Me quiero morir. —jadeó—. ¡Me quiero morir!

Su cuerpo laxo apenas se sostenía, sus ojos estaban entornados y sus labios resecos trataban de explicar lo sucedido. De pronto, sintió que su cara se levantó y que sus piernas se movieron. Vio que alguien lo llevaba abrazado, a paso lento, acariciándolo y procurando que la palidez y el frío que había en su piel desaparecieran. Se sentaron en una banca que estaba en el patio de la universidad, le sacó los lentes oscuros y le acomodó los cabellos. Por unos momentos, pensó que estaba en las manos de su madre, del profesor o de la enfermera de la institución y temió que le encontraran los síntomas de adicción. Por eso escondió la cara.

—¿Te sientes mejor?

—¿Quieres saberlo? —susurró buscando aquel rostro—. ¿Por qué, Daniela?

—Estás muy mal. —titubeó mirándolo a los ojos—. Siento que estás sufriendo.

—Los rockeros no sufrimos. —sonrió—. Fue sólo un desmayo…

—¿Te falta algo? —insistió—. ¿Qué quieres?

—Mis pastillas. —jadeó—. Mis pastillas…

—Ahora entiendo. —asintió Daniela—. Tienes sopor. ¿Desde cuándo las usas?

—¿Por qué quieres saberlo? —se apartó, enojado—. ¿Quieres prohibirme lo que me recetó el médico?

—Yo sé que no las recetó el médico. —ella le tomó una mano—. ¿Por qué consumes eso? ¿Qué escondes? ¿De qué arrancas?

No soportó su intromisión y caminó de regreso a la sala. Siempre le habían molestado las personas que trataban de solucionar los problemas ajenos. No obstante, llegó hasta la puerta del pasillo y volvió la cara. Daniela estaba quieta, con el rostro altivo, sonriente y con los brazos abiertos. Parecía esperar su retorno. Él, resignado, se sentó en silencio, cruzó las piernas y descansó las manos en su barriga esforzándose por mantener los ojos junto a los de ella.

—¿Qué quieres decirme?

—Yo no quiero decirte nada. —dijo Daniela—. Eres tú quien debe dar una respuesta. ¿De qué estás arrancando?

—De la soledad. —balbució—. ¿Alguna vez te has sentido sola?

—No.

—Yo sí. —suspiró—. Todos los días me siento solo. Antes, en Santiago, tenía amigos, mi banda de rock, tenía otra vida, pero igual me sentía solo. No sé por qué. Ahora, acá, comenzando una nueva vida, me siento más solo, ajeno a todo. Tengo el pecho oprimido. Quizá tengo pena.

—Un vacío.

—¿Qué? —entregó su mirada—. ¿Por qué un vacío?

—¿Quieres llorar? —dijo Daniela—. Hazlo. Veo en tus ojos la amargura que tienes en tu corazón.

—¿Eres vidente? —rió—. ¡No quiero llorar! ¿Alguna vez has visto llorar a un rockero?

—¿Alguna vez te has preguntado por qué te sientes solo?

Ella clavó sus ojos cafés y esperó una palabra. Él, callado, acomodó sus cabellos largos, guardó las gafas y respiró profundo. No sabía qué decir para enfrentarla. Nunca se había preguntado lo que realmente le hacía sentir tan mal. Por momentos, suponía que eran los efectos de las anfetaminas, la lejanía de sus amigos de la banda de rock o la distancia que poco a poco había desarrollado con sus padres. Sin embargo, nada era válido, nada podía salir de la boca y nada aseguraba su respuesta.

—Tú no estás bien, Emanuel. —dijo ella—. Lo veo en tus ojos.

—¿Cómo lo sabes? —sonrió—. ¡No digas tonterías! ¡Me decepcionas!

—Salmo 23…

Daniela caminó lentamente, quizá esperando que la siguiera. Se detuvo en la puerta del pasillo, lo miró con una sonrisa y le hizo señas con sus manos. Él, en cambio, se cruzó de brazos y cerró los ojos.

Necesitaba pensar.

4

Estuvo llorando encerrado en su pieza. Dejó de lado la guitarra eléctrica, juntó las cortinas, se quitó los audífonos y apagó el reproductor de música. Lo último que había escuchado fue *Run to the Hills* de *Iron* Maiden para sentirse vivo y soñar ser el sucesor de Bruce Dickinson, el vocalista de su banda favorita. Quería encontrar una respuesta en el silencio, pero no lo lograba. Durante el resto de la tarde, desde que Daniela le dijo esas palabras y se marchó, no dejó de pensar. Estaba sintiéndose mal. Tenía deseos de buscar el pasaje recomendado, mas no se atrevía. Había dejado de confiar en Dios hace muchos años, cuando comenzó con el rock y la amistad con las drogas. Había descubierto que no existía, que todo lo que decían sus padres y tíos eran mentiras. Para él era un mediocre juego que se concretó cuando una vez, desesperado, lo buscó rogándole que no le quitara a la mujer que amaba. Se había enamorado de una amiga, y por ella estaba dispuesto a dar su vida, pero se estaba alejando de él. Sin su amor no podía vivir. Una noche, entre lágrimas, se olvidó del orgullo ateísta que había pregonado por años, se arrodilló a los pies de la cama, apagó la luz, cerró los ojos y comenzó a orar como lo hacía

cuando niño junto a su madre. Le pidió la oportunidad para demostrarle a su amiga todo el amor que sentía. Al otro día, cuando fue a buscarla, se enteró que se había marchado sin despedirse. Fue en ese momento, en medio de la calle, que gritó negando a Dios. Lo insultó, habló de sus falsas promesas y lo desafió a demostrarle su existencia. Rompió un par de lámparas del alumbrado público con unas piedras, pateó las rejas y decidió emborracharse. Y también decidió seguir siendo ateo. Cada día se involucraba más en el rock, era su refugio, y proclamaba sus ideas contra el sistema. La familia se había enterado de las palabrerías y le dijo que no debía actuar de aquella forma. Su padre le hablaba de la fe que mueve montañas y la mamá decía que Dios era la salvación que todos los humanos tenían. Sin embargo, nada de eso lograba convencerlo. Para él estaba claro; Dios no lo quería.

Caminó de un lado a otro con las manos en los bolsillos para quitarse el sudor de los dedos, relajar los músculos y encontrar una respuesta. Se desesperaba, pero trataba de hallarle sentido a lo que Daniela había dicho. ¿Cómo podría leer un Salmo si ni siquiera creía? Abrió el pequeño bolsillo de la maleta que estaba a medio desarmar a los pies de la cama, recogió el frasco que había conseguido con Bruno el último día que se vieron, lo destapó y tragó dos píldoras. Las sintió en la garganta, se recostó, estiró los brazos y contuvo la respiración. Era la sensación que necesitaba. De reojo vio que la puerta estaba sin llave y se inclinó para asegurarla, pero no pudo dar más pasos; tenía los pies pesados, las manos tiesas, el pecho apretado y sudaba en abundancia. Eran los síntomas que siempre experimentaba cuando comenzaban los efectos. Luego, debía llegar la tranquilidad. Tenía un poco de frío en la piel, sentía como si una corriente de viento helado estuviera envolviéndolo. Se sentó en el borde de la cama y bajó el rostro. Sus ojos lagrimearon de repente, su boca se deformó y su garganta gimió obligándolo a llorar como un niño indefenso. Se cubrió con ambas manos, pero los dedos eran torpes y su cabeza daba vueltas sin entender el motivo. Nunca en Santiago le había ocurrido algo así cuando consumía las pastillas. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Se estaba muriendo? No lo quería creer, no lo quería vivir. No quería dejar de ser. Trataba de encontrar el camino adecuado para escapar del torbellino que lo sacudía. ¿Qué sería de su madre sin él? ¿Qué diría su padre? ¿Sus amigos lo recordarían? ¿Quién tocaría la guitarra por él? ¿Quién podría cantar la canción que había creado durante el viaje del cambio de casa? Y mientras tanto, se desmayaba, se deslizaba por el cubrecama pidiendo perdón y rogándole a la vida un momento más. No quería arrepentirse, pero lo necesitaba. Su pecho se apretaba cada segundo hasta que los intensos dolores lo paralizaban. Sólo alcanzó a voltear el rostro hacia la puerta; quería que estuviera abierta para que

su mamá lo salvara, quería gritar para arrancar de ese monstruo que lo estaba devorando y quería correr hasta la calle para darse cuenta que no estaba solo. Sin embargo, su corazón se quedaba quieto, sus ojos se cerraban y la respiración desaparecía.

Sólo pronunció una palabra que apenas escuchó, pero la dijo.

Despertó incómodo. Le dolía todo el cuerpo, tenía el estómago vacío, los labios resecos y los brazos con agujas. Ligeramente, inclinó la cabeza. Quería enterarse dónde estaba. El olor del cloroformo envolvió su nariz, la presencia de un estanque de oxígeno junto a la cama y el diminuto sonido de un monitor que reflejaba los latidos del corazón respondieron sus respuestas mientras arrugaba la frente.

La madre estaba en una silla junto a la camilla. Cuando vio que movió las manos, se acercó apresurada, lo escudriñó con sus ojos lacrimosos y lo besó. Él se dio cuenta que estaba vivo porque sintió su respiración y porque las sondas que le habían puesto en la nariz y en la boca lo torturaban.

—¿Qué pasó, mamá? —titubeó—. ¿Todo bien?

—Te amo. —susurró, acariciándolo.

—¿Quién me trajo? —suspiró—. ¿Por qué estoy aquí?

Ella no respondió, se acomodó a un costado, lo cubrió con su calor y le entregó un rictus de resignación.

—¿Cuándo llegué?

—Antes de ayer. —dijo en un hilo de voz—. Por poco te vas…

—¿Sí? —su pecho se agitó—. Yo…

—¿Por qué, Emanuel? —lloró besándole las manos—. ¿Qué le falta a tu vida? ¿Acaso hemos sido malos padres? ¿Por qué intentaste suicidarte?

—No, mamá. —balbució—. No quise hacerlo. Las píldoras me hicieron mal…

Ella se apartó, se cruzó de brazos y miró por la ventana. De soslayo, se aseguraba que el muchacho no estuviera intentando nada. Luego de observar el movimiento de las ramas del árbol que estaba enfrente, volvió con los ojos entornados, se sentó en el borde de la camilla y le habló suavemente.

—Tu papá no ha dormido.

—Lo siento. —escondió la mirada—. Yo sólo quería…

—¿Olvidarte de tu vida? —sentenció—. ¿Cuál es tu problema, hijo? ¿Qué te falta?

—Quiero ser feliz. —confesó—. Feliz.

—¿Con drogas y cervezas? —se secó las lágrimas—. ¿Así es tu felicidad?

—Yo quiero ser rockero. —asintió—. Los rockeros somos fuertes.

—¡Gracias a Dios que te encontramos a tiempo y te salvamos!

—Gracias a los médicos. —aseveró—. Gracias a los médicos.

—Tu padre y yo hemos orado por ti —dijo la mujer abrigándole las manos—. Nuestra fe logró que salieras del coma…

—¿Coma? —se sentó en la cama sin importarle que las sondas se desconectaran—. ¿Por qué?

—Estabas intoxicado, estabas inconsciente. —gimió—. Había pérdida del conocimiento, arritmia cardíaca y posibilidades de quedar parapléjico. ¿Entiendes lo que intentaste hacer?

Apoyó la cabeza en el cojín, parpadeó para despertar de aquel nebuloso sueño y se recostó de lado para ver mejor el semblante demacrado de su madre. Ella estaba callada, con las manos unidas y la cara inclinada en señal de respeto y sumisión. Sus labios se movían tenuemente mientras su voz delataba sentimientos y deseos. Él prefirió cerrar los ojos, pues no quería ser testigo de sus rezos porque la culpa le rozaba la piel. Quiso escapar de aquella situación, recordar las noches en Santiago cuando tocaba guitarra con la banda, los vasos con cerveza que bebía después de estar horas haciendo música y las fotografías con las mujeres enloquecidas por su cabello largo y sus tatuajes cadavéricos en los brazos. Sin embargo, no podía huir de la sala de la clínica, sacudía la cabeza, pero ahí estaba su mamá llorando y esforzándose por mantenerse en pie en medio del silencio que los envolvía. Tímidamente, extendió el brazo y le tocó un hombro, ella despertó de su meditación y lo miró sin expresiones.

—Perdón…

No escuchó la voz de su madre. Escondió el rostro bajo la almohada para encontrar una respuesta. Su corazón estaba asustado, golpeaba su pecho y lo obligaba a contener la respiración para calmar las pulsaciones. Sintió unas manos sobre el brazo, asomó la cara y vio a una enfermera que estaba revisándole las agujas.

—¿Dónde está mi mamá?

—Recién salió. —dijo la enfermera—. Estaba llorando.

—¿Volverá?

La enfermera se encogió de hombros y acomodó las sondas sobre la camilla. Su rostro cabizbajo y su mirada reposada despertaron la atención del joven. Sus manos se deslizaban como si intentaran revivir la piel. Terminó de examinar, suspiró y clavó sus ojos que transmitían tranquilidad.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué?

—Las pastillas. —dijo la enfermera—. ¿Por qué consumiste esas pastillas?

—Quería olvidarme de mi vida. —bisbisó— Suele ocurrir…

—¿Por qué?

—Me siento solo. —se mordió los labios—. Siempre me he sentido solo. Hay momentos en que ni los padres ni los amigos pueden acompañarme. Son momentos de soledad que no puedo entender, me siento vacío, absurdo, perdido, sin propósito. Nada tiene sentido. Por eso me tragué las pastillas. Quería escapar…

—La mayoría de los jóvenes como tú lo hace. —afirmó la enfermera—. ¿Qué está ocurriendo? Cada día están más corrompidos.

—¿Alguna vez se ha sentido sola?

—No.

La mujer sonrió mientras sus manos exploraban las conexiones. El joven permaneció quieto, silente y con los ojos puestos en aquella espléndida brillantez que emanaba de sus dientes. Trató de acomodarse sobre la cama, pero su cuerpo estaba completamente adolorido. Sólo suspiró, arrellanó la cabeza en la almohada y esperó volver a sentir las manos tersas.

—¿Por qué no? —tosió— ¿Acaso soy el único en todo el mundo que se siente solo?

—Puede ser. —titubeó la enfermera recogiendo los utensilios que estaban en el velador—. ¿Tú crees en Dios?

—No. —contestó de golpe—. Hace mucho tiempo que dejé de creer.

—¿Por qué? —ella se sentó a su lado—. ¿Qué te hizo Él?

—Me decepcionó…

—Y tú, ¿has pensado que también lo has decepcionado?

—Yo no inventé este mundo. Si yo lo hubiera hecho, todo sería diferente.— quitó la mirada—. Nací frustrado, vivo frustrado y viviré frustrado.

—¿Frustrado? —la enfermera tocó sus cabellos largos y le sonrió como lo hacía su madre cuando era un niño triste—. ¿Por qué? ¿Cuál es tu sueño?

—Quiero tocar la guitarra toda mi vida. —sonrió—. Quiero vivir creando música. Quiero ser rockero aunque todos se opongan.

—¿Por qué crees que se oponen?

—Porque piensan que el rock es agresivo. —alzó los hombros—. Dicen que el rock es contrario a la paz.

—No. —la mujer le acarició el mentón—. Nada es así.

—¿Entonces por qué todos se oponen?

—Porque los muchachos como tú confunden el rock con el libertinaje. —asintió—. ¿Por qué estás en esta clínica?

—Porque me intoxiqué con pastillas…

La enfermera clavó su mirada. El brillo de sus ojos provocaba sonrojo en él, pero lo convencía de cada palabra.

—Las pastillas…

—Las drogas. —aseveró—. Los vicios del mundo. Eso ha

corrompido a los jóvenes. Dios no prohíbe nada, pero te advierte que los excesos son malos. Tú puedes usar el pelo largo, usar tatuajes, escuchar la música que quieras, pero las drogas son las que dañan. ¿Te das cuenta?

—Mis pastillas son inofensivas. —dijo—. No son drogas.

—¿No? ¿Entonces por qué las consumes?

—Para no sentirme solo.

La enfermera revisó las pulsaciones y asintió ligeramente, asegurándose de la recuperación. Sonrió, le cubrió los ojos con las manos y retrocedió.

—Búscalo.

—¿A quién?

—A Dios.

—¿Será efectivo hablarle a las paredes? —jadeó el muchacho—. ¡Si me ven hablando solo, pensarán que estoy loco!

Una carcajada escapó de su boca. Era imposible contener la risa que le había provocado lo último que la enfermera dijo. Sintió que las manos se apartaron del rostro, pero todavía permanecía con los ojos cerrados. De pronto, oyó que la puerta de la habitación se golpeó, se estremeció y vio en el umbral a una enfermera robusta y morena que se esforzaba por guardar su sorpresa.

—¿Se siente bien, joven?

—¿Por qué me lo pregunta? —titubeó.

—Está hablando solo. —se acercó sacando el termómetro del bolsillo—. ¿Tiene fiebre?

—¿Dónde está la enfermera que me cubrió los ojos? —gimió—. ¿Era usted?

—Yo recién estoy asumiendo el turno. —se encogió de hombros —. ¿Habrá estado soñando?

—Ella me habló, me tocó la cara, me sonrió. —contuvo el aliento —. Entró cuando salió mi mamá.

La enfermera enarcó las cejas evidenciando la incertidumbre, revisó las sondas y las agujas sobre sus brazos cumpliendo con el procedimiento y le tomó la temperatura.

—No tengo fiebre.

—Pensé que estaba delirando.

—¿Cómo se llama la enfermera que estaba antes de usted?

—No había ninguna enfermera. —dijo la mujer robusta—. Quien debía revisarlo, se retiró por un problema personal.

—¿Entonces? —Emanuel se acomodó los cabellos—. ¿Con quién estuve conversando?

—Estuvo solo.

Cerró los ojos.

No quería seguir pensando.

5

Llevaba más de cuarenta y ocho horas en una cama rodeado por miradas inciertas, llantos, gritos de los enfermos de las otras habitaciones y visitas que se compadecían de su existencia. Supuso que nadie se había enterado de lo sucedido, pero la excusa de decir que había sido un accidente no fue efectiva, pues todos criticaban su forma de actuar. Era absurdo seguir pensando. Bajó de la camilla arriesgándose a una amonestación de la enfermera, sintió el frío que cubría el piso, caminó a saltos hacia la ventana, miró el atardecer, se cruzó de brazos y mantuvo la cara a media altura.

Sentía vergüenza.

En sus labios tenía el sabor amargo de las pastillas. Parecía que las extrañaba, pero sus pensamientos y su corazón las rechazaban. Arrugó los párpados por unos minutos, se dejó envolver por el silencio para saber qué estaba ocurriéndole, por qué quería quedarse en pie y no volver a dormir. Quizá la ansiedad le decía que corriera de regreso a casa para buscar los medicamentos estimulantes, quizá las reflexiones de sus padres lo estaban obligando a ser un muchacho más responsable o, tal vez, la visita de aquella enfermera estaba estremeciendo su existencia.

—¿Todavía crees que los rockeros son fuertes?

—¿Por qué lo dices? —miró la puerta que se cerró—. ¿Vienes a verme o a criticarme, papá?

—Vengo a conversar. —dijo, abrazándolo—. Tenemos que hacerlo.

Lo llevó a la cama, esperó que se recostara, lo cubrió con las sábanas y luego se sentó a un costado, abrigándole las manos. Su rostro impoluto y su sonrisa inocente se mezclaban con la congoja que escondía en sus ojos.

—La vida es bella. —dijo Fernández—. Siempre ha sido bella. Lo que pasa es que no siempre resulta lo que uno quiere, hijo.

—¿Por qué? —sentenció—. ¿Por qué tenemos que sufrir tanto?

—El sufrimiento no es eterno. —sonrió—. Sino que nos prepara para lo que viene.

—¿Sí? —titubeó, indiferente.

—Y siempre lo que viene es mejor. —le apretó las manos—. ¿No has notado eso?

—No. —bajó la mirada—.Dame un ejemplo.

—¿Te acuerdas que a los diez años querías una guitarra acústica

para tu cumpleaños? Con tu madre no pudimos comprártela y sólo te dimos un pequeño obsequio. Recuerdo que te enojaste y te encerraste en tu pieza a llorar. Yo te seguí, conversamos sentados en la cama, ¿y te recuerdas lo que te dije?

—"Lo que viene, siempre es mejor". —balbució—. Algo me acuerdo.

—¿Y qué ocurrió para Navidad? —el papá le acarició los cabellos —. ¿Lo recuerdas?

—Me regalaron una guitarra eléctrica. —suspiró—. Mi primera guitarra eléctrica profesional.

El hombre asintió conforme. Sus manos tibias recorrieron cada rincón de la cara adolescente como si quisiera descubrir los verdaderos problemas. Clavó sus ojos, suspiró, trató de humedecer sus labios y de sacar la voz soporífera que siempre usaba cuando quería reflexionar, pero se quedó quieto, casi sin respirar, y de su boca sólo salió un hilo de voz.

—¿Por qué intentaste suicidarte?

—No lo quise hacer, papá.

—Consumiste todo el frasco con anfetaminas…

—No me di cuenta. —escondió las manos—. ¡Te prometo que no quería hacerlo! ¡Fue una casualidad!

—¿Desde cuándo consumes esas pastillas?

Se quedó en silencio. No quería sufrir una nueva humillación. No obstante, su conciencia lo traicionó.

—Desde que formé la banda en Santiago. —comentó—. Siempre, por las noches, las consumía. Eran relajantes.

—¡Eran estimulantes! —alzó la voz—. ¿Sabes lo que significa?

—Lo siento.

El padre se apartó hacia la ventana para comprobar que había anochecido.

—¿Te falta algo?

—¿Qué dices, papá?

—¿Te falta algo? —se volteó, llorando—. ¿No te he dado todo lo que necesitas? ¿De qué careces? ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé, papá. —escondió la cara—. No lo puedo explicar. ¡No puedo!

—¿Qué hice mal? —se arrodilló a los pies de la camilla—. ¡Dios mío, por favor, dame una respuesta!

Cerró los ojos, unió las manos e inclinó la cabeza. El muchacho, ensimismado, trataba de escapar de la tediosa situación. Era prisionero de su propia existencia.

—No hagas eso.

—Lo estoy haciendo por ti, Emanuel. —suspiró—. Oro por ti.

—¿De qué sirve? —se encogió de hombros—. ¿Me podré ir a mi

pieza a tocar la guitarra en una hora más?

—No seas irónico. —bisbisó—. Debes cambiar, hijo.

—¿Cambiar? —se sentó en la cama—. ¿Quieres que vaya a la iglesia y cante en el coro?

—Basta con tener fe. —le acarició los cabellos—.Creer en Él.

—¡Tú sabes que no creo en Dios! —sacudió la cabeza—. Soy ateo. ¿Quieres que traicione mis doctrinas?

—No se trata de traicionar, sino de volver. —lo abrazó—. Tú, cuando eras un niño, creías en Dios, te gustaba ir a la iglesia, te gustaba cantar, leer la Biblia. ¿Qué pasó, Emanuel?

Se restregó los ojos y bostezó. Luego, se apoyó en los hombros de su padre sintiendo la tranquilidad que había dejado de percibir.

—Crecí, papá. —suspiró—. Eso ocurrió. Perdí la fe, conocí el mundo, conocí cosas que, supuestamente, me harían más feliz. Dejé de creer en Dios porque me creí dueño del mundo, porque pensé que podía hacer todo a mi manera. Y también porque Dios me decepcionó.

—Dios es nuestro Padre. —le abrigó las mejillas—. Ningún padre decepciona a sus hijos. El padre siempre quiere lo mejor para el hijo, ¿entiendes?

—Él sabe cuáles son mis sueños. —sentenció—. Mientras no los cumpla, no creeré que existe.

El padre miró de soslayo. Sólo le dio una cálida caricia y caminó hacia la salida.

—¿Cuándo volveré a la casa?

—Dijo el médico que, posiblemente, mañana. —respondió—. Depende de la evolución del tratamiento.

—Gracias, papá.

—Dios te bendiga. —cerró la puerta—. Hablamos más tarde.

El joven tenía el pecho más aliviado.

6

Despertó asustado. Se había quedado dormido sobre la camilla, descubierto, con las sondas desconectadas y el pijama a medio abrochar. Cuando abrió los ojos, se encontró con la espontánea sonrisa de su mamá y de la enfermera morena y robusta que había asumido su cuidado. Se miraron ilusas y luego se acercaron para saludarlo. La madre estaba radiante, como si hubiera nacido de nuevo. La besó mientras la enfermera revisaba las pulsaciones y quiso contarle de la

nueva melodía que había inventado para tocar con la guitarra eléctrica, pero se detuvo cuando las manos recorrieron sus mejillas quitándole la amargura que había derramado por la noche. Fue un ejercicio difícil de creer; cuando se apagaron las luces de la habitación anunciando la medianoche, se quedó callado y tieso sobre la cama, se llevó las palmas al pecho, se quitó las sondas y aflojó los botones del pijama. Necesitaba sentirse libre. Se sentó, se estiró y tarareó su canción favorita. Luego, al percibir que estaba relajado, respiró profundo y comenzó a pensar. A su mente llegaron los recuerdos, las palabras de su papá, las lágrimas de su mamá, las conversaciones con Ulises y Bruno en Santiago y los consejos de su desconocida compañera de universidad. Colocó los brazos bajo la nuca y clavó la mirada en el cielo raso. Necesitaba una respuesta. Sin embargo, por más que susurraba tratando de ordenar las cavilaciones, no conseguía nada. De pronto, sintió el pecho apretado, como si no tuviera más espacio para respirar, su corazón se estremecía, tenía un nudo en la garganta, jadeaba, temblaba, sudaba, se mordía los labios y sus ojos se humedecían. Se esforzaba por controlar el miedo, no quería darse por vencido porque se acordaba de la promesa de fortaleza que había hecho con la banda de rock. No obstante, en un suspiro soltó todas las lágrimas y penurias que había guardado por años. En cada jadeo se sentía más liviano y deseoso de alcanzar todos los sueños. Pensó en su familia y se dio cuenta de la estupidez que había hecho. Los malditos medicamentos por poco lo alejaron de sus padres para siempre. Lloró, lloró y no se contuvo. Con los primeros rayos del sol en la ventana comprendió que estaba sanado. Caminó descalzo y acarició las paredes, los cristales, su cara, sus cabellos largos, sus párpados, se miró las manos y oyó su voz en soledad. Estaba vivo, más vivo que antes. Se recostó en la camilla y dio las gracias a media voz.

Luego, se quedó dormido.

—¿Cómo te sientes, Emanuel? —dijo la mamá.

—Muy bien. —enarcó las cejas—. ¿Cuándo me iré? ¡Quiero tocar la guitarra!

—Paciencia. —sonrió la enfermera—. Todo a su tiempo.

—El médico dijo que al mediodía dará la autorización. —la mujer lo abrazó—. Estoy muy feliz que estés recuperado, Emanuel.

La miró y asintió con la esperanza de encontrar refugio en sus ojos.

—¿Me prometes que no volverás a consumir?

—Lo prometo. —susurró.

—¿Con la mano en el corazón? —insistió—. ¿Sí?

Sonrió, guiñó y colocó la mano en el pecho.

Ella aceptó, ilusionada.

—Tuve un sueño extraño. Yo caminaba por una carretera, era de

día, el sol alumbraba como en la primavera y el viento refrescaba mi piel. —narró—. A ambos lados veía a todos mis amigos, a mis compañeros de la universidad y a muchas personas que conocía. Todos estaban mirándome, sonriéndome e indicándome hacia delante. De pronto, me detuve, vi que un destello de luz cruzó el cielo y llegó hasta mí, hasta mi pecho. Alcé el semblante, contuve la respiración, mi cuerpo estaba paralizado y mis ojos quedaron muy abiertos ante la presencia de una enorme mano que salía desde el cielo rodeada por eternos rayos. Poco a poco me tocó. Yo, entonces, dejé el miedo de lado, mi cuerpo se relajó, mis ojos se cerraron entregándose al ensueño y sentí paz en mi corazón. Era primera vez que la sentía; era tranquilidad, ternura y paciencia.

—¿Verdad, Emanuel? —dijo la mamá, intrigada.

—Abrí los ojos, vi que la mano se alejaba. Los rayos de luz se confundían con el brillo del sol y todo volvía a la normalidad. Me sentía una persona renovada, tranquila, sin inquietudes en mi pecho. Decidí seguir mi camino por la carretera. Aún estaba rodeado por todos mis amigos, compañeros y conocidos. Sin embargo, el primer rostro que vi a mi lado cuando me dispuse a continuar fue el de una mujer de tez trigueña, ojos cafés profundos, cabellos ondulados y sonrisa perfecta. Ella me miró por un instante, yo la observé queriendo comprender lo que me estaba sucediendo. Sonreí y seguí el camino en paz.

—Hermoso sueño, hijo.

—¿Qué significará, mamá? —se encogió de hombros—. ¿Es bueno o malo?

—Es un mensaje. —aseguró ella esbozando una gran sonrisa y abriendo sus ojos más que antes—. Un mensaje.

La miró de pies a cabeza, se cruzó de brazos para manifestar su molestia, bajó el rostro y se mordió los labios esperando una disculpa. No obstante, ella se acercó y lo cobijó en su pecho como si hubiera presentido el miedo que lo conmovía.

—No puede ser Él, mamá.

—Nada es coincidencia en la vida. —besó sus mejillas—. Quizá es un llamado. Tal vez, Dios te está diciendo *“Muchacho, aquí estoy”*, o se está mostrando para que tú sí creas en Él.

Prefirió callar. Su cuerpo temblaba, estaba con escalofríos, tenía la boca seca y el corazón más exaltado que antes. Pensó en correr por los pasillos de la clínica, gritar para liberar la opresión y llorar para limpiar su vida. Así lo quería, pero no encontraba la forma para comenzar. Había algo que le decía que lo hiciera, algo especial, tierno, como si el viento estuviera rozándole la existencia para bendecirlo. Era hermoso. Sin embargo, cerró los ojos y se quedó aferrado a su madre, quien lo abrigaba con su calor.

Lo recibieron como un héroe. La casa estaba con guirnaldas, luces y muchos dulces sobre la mesa. También, a un costado del equipo de música, había un bulto cuadrado envuelto en papel de regalo. Su papá lo abrazó, lo besó por unos minutos y lo felicitó por haber logrado la recuperación. Él, agradecido y tratando de comprender lo que sucedía, se colgó de su cuello y arrugó los párpados para encontrar el sosiego que necesitaba y que sólo su presencia le entregaba.

Se sentó en el sofá, recogió un vaso con jugo y respiró profundo. Estaba más calmado, quizá agradecido de volver a casa, con deseos de tocar la guitarra y componer. Se acomodó los cabellos largos, restregó sus ojos y sonrió.

—¿Todo bien, hijo? —dijo el papá sentándose a su lado—. La casa no es nada sin ti.

—¿Por qué?

—Porque los hijos le dan sentido al mundo. —sonrió—. Así como nosotros le damos sentido a este mundo.

—¿Tú crees que nada es coincidencia? —bebió un sorbo—. ¿Lo crees?

—Nada es al azar. —asintió—. Incluso este momento de conversación entre ambos estaba escrito hace mucho tiempo en la novela de Dios.

—Y lo que yo hice con las pastillas, ¿estaba escrito?

—Yo creo que sí. —le acarició la barbilla.

—¿Por qué, papá? —subió las cejas—. ¿Dios quería que me muriera?

—Dios nunca le desea lo malo a sus hijos. Un padre nunca lo hace. —aseveró—. Dios no quiere que te mueras, pero estuviste a punto.

—¿Entonces?

—La vida es aprendizaje. —sonrió—. Estoy seguro que lo que viene ahora es mucho mejor. Dios quiere que aprendas algo muy importante para tu vida. ¿Lo entiendes?

—¿Tendré que dejar de ser rockero? —dijo—. ¡Tocar la guitarra es mi vida!

El papá lo miró con un dejo de preocupación. La mueca que disimuló con una sonrisa evidenció que estaba comprometido con su sueño. Sin embargo, asintió y alzó levemente el rostro como si estuviera esperando que la respuesta cayera desde el cielo.

—Él te guiará. —susurró—. Nada es al azar. Debes hacerlo con confianza. En cada paso que des, Dios estará presente.

—¿Y si no vivo de la música? —encogió los hombros—. ¡La guitarra es mi vida!

—Es necesario vivir ciertas etapas para alcanzar la plenitud más adelante. — clavó su mirada profunda—. Así me ocurrió a mí.

—¿Cuándo, papá? —se sorprendió—. ¡Nunca me contaste eso!

—Fue cuando tenía veinte años. —mostró sus dientes—. Yo quería ser arquitecto. Soñaba con viajar construyendo edificios, palacios y rascacielos. Yo quería ser famoso, conquistar el mundo y tener el poder en mis manos. Decía que viviría en las ciudades más hermosas de Europa. Un día, cuando estaba en el casino de la universidad, un compañero de curso que nunca había conversado conmigo se acercó, me ofreció compañía y me entregó una revista. Era una revista cristiana. Yo la hojeé y se la devolví. Él me preguntó por qué se la devolvía, y yo le dije que no creía en Dios. Entonces, me respondió que Dios existía. Estuvimos debatiendo unos minutos hasta que decidió regalarme la revista e invitarme al culto por la tarde.

—¿Qué le respondiste, papá? —susurró interesado en la historia —. ¿Fuiste?

—Al principio lo rechacé, pero después dijo que me esperaría en la salida de la universidad para llevarme. Pensé en escaparme, pero no sé cómo llegué hasta la entrada de la facultad y lo saludé. Caminamos en silencio, trataba de inventar preguntas para hacer más ameno el viaje, pero él sólo me miraba sonriente. En menos de quince minutos llegamos a la iglesia y me presentó a sus hermanos. El pastor se acercó y me preguntó por qué estaba ahí. Entonces, le respondí que quería averiguar si Dios existía.

—¿Y qué te dijo el pastor?

—Me dijo que Dios había creado ese momento para mí. —suspiró —. Yo me encogí de hombros, esperé que se retirara y traté de ser indiferente. Mi compañero de universidad me guió en las alabanzas, pero yo permanecía callado y analizando cada movimiento de los hermanos hasta que, de la nada, sonreí, me levanté, canté, miré a un costado y encontré a una muchacha que me observaba mientras escuchaba al pastor. Yo estaba extrañado, no comprendía qué estaba sucediendo conmigo, buscaba una explicación en mi compañero, mas él estaba orando a ojos cerrados. Decidí acercarme a aquella muchacha para preguntarle lo que debía hacer cuando el pastor terminara de leer. Entonces, me dijo que debía orar y escuchar a Dios.

—¿Y quién era ella?

—Era una muchacha especial. —sonrió—. Se llamaba Úrsula.

—¿Mi mamá? —quedó boquiabierto—. ¿Ella era mi mamá? ¿La conociste en la iglesia?

El padre asintió buscando a su esposa, quien estaba escuchando el relato desde la puerta, sonriente.

—Ella me habló de Dios, del verdadero sentido del amor, de la búsqueda de la tranquilidad, de la paz y de la lucha por construir un

mundo mejor y más digno.

—¿Y qué hiciste tú? —los miró—. ¿La enamoraste?

—Ella me enamoró. —dijo él—. Pero lo más maravilloso fue que conocí a Dios, sentí su amor, su pasión, su armonía y su esencia. Eso me permitió darme cuenta del sentido que tenía mi vida para descubrir lo que debía hacer…

—¿Construir edificios? —frunció el ceño—. ¿O habías cambiado de opinión?

—Cuando conocí a Dios me olvidé de conquistar el mundo, de construir rascacielos y de recorrer continentes. —esbozó una tierna sonrisa—. Había descubierto que la felicidad estaba en la arquitectura, pero en la construcción de hombres, en la edificación de almas. Por eso me convertí en un siervo de Dios, pues quería entregarle mi testimonio a la gente, contarles que la felicidad estaba en la fe, y que con fe todo es posible. Con la voluntad podemos cambiar el mundo.

Emanuel se levantó sorprendido. Nunca había escuchado la historia. Por momentos, pensó que había sido un invento de su padre para justificar la conversación, pero se convenció cuando su madre lo abrazó y le susurró todo el amor.

Parecía un sueño. Él estaba vivo, sentía nuevamente la sutileza en su piel, la alegría en el corazón y las ansias por seguir el camino. No obstante, sus pensamientos lo traicionaban. Dejó a sus papás solos en la sala de estar, se encerró en la habitación, recogió la guitarra y deslizó los dedos sobre las cuerdas buscando la nota precisa para comenzar la composición. Era difícil hallarla, trataba de mantener la calma, pero caía en la desesperación. Miró por la ventana, hurgó en los cuadernos y revisó las fotografías. No había inspiración. De repente, susurró un nombre, alzó la vista al cielo y esperó una respuesta esforzándose por derrotar la soberbia.

La primera nota de la composición era un *Sí*.

7

Los compañeros se sorprendieron cuando lo vieron entrar en la sala. Nadie dijo nada, sólo lo observaron hasta que alcanzó su puesto y abrió el cuaderno dispuesto a esperar al profesor. Marcela, quien no le quitaba los ojos de encima, silbaba para despertar su atención, pero él estaba absorto. En su cabeza había nerviosismo, incredulidad mezclada con devoción y humildad con soberbia y arrepentimiento. Lo que experimentó la noche anterior había sido un momento único.

Aún recordaba cómo le temblaban las piernas cuando su corazón se estremeció al sentir la enigmática presencia en la habitación. Fue a las dos y media de la mañana, no podía conciliar el sueño después de lograr componer una canción con facilidad, como si hubiera recibido la ayuda de Bruno y Ulises a la distancia. Al terminar de escribir las notas musicales en el cuaderno, se sentó en el borde de la cama, miró hacia la ventana para tranquilizarse y se puso a pensar. A pensar. Y después, a conversar. Nunca lo había hecho. Al principio, le parecía absurdo. ¿Qué hacía hablando solo? Realizaba preguntas, se quedaba en silencio y luego conseguía las respuestas de la nada. Se aseguró que la puerta estuviera cerrada y llamó a su mamá, pero ella no llegó. Se miró en el espejo, se tocó el rostro y se restregó los ojos. Pensó en llorar, pero se dio cuenta que en el pecho había alegría y paz.

—Gracias. —susurró a ojos cerrados—. Gracias, Señor.

—¿Me estás hablando?

—¿Señor? —abrió los ojos, asustado—. ¿Dios? ¿Eres tú?

—Supongo que te refieres a mí, Emanuel.

Se cubrió la cara para no ver su imagen en el espejo. Sonrió, sonrojó y bajó la mirada. Nunca había pensado en lo que estaba viviendo. Esperó despertar de aquel extraño sueño, mas se convenció que era realidad. Tocó el cristal para sentir la vibración, para entender por qué su pecho estaba quieto y su mente no cuestionaba el halo de serenidad, luminosidad y amor que lo rodeaba. Al alzar el semblante, descubrió que era una representación diferente; sus ojos brillaban, su sonrisa era perfecta, su respiración era reposada y su piel se convertía en una lujosa joya de jovialidad.

—¿Qué está sucediendo? —gritó—. ¿Mamá, papá?

—Ellos no te escuchan. —dijo la voz—. Tranquilo.

—¿Por qué? —titubeó—. ¿Quién eres?

—Yo soy el principio y el fin. —pronunció la voz—. Ven, Emanuel, ven.

—Tengo miedo. —negó con la cabeza—. No quiero perder lo que tengo.

—¿Qué tienes, Emanuel? —una luz atravesó el espejo y le tocó el pecho—. Yo conozco tus anhelos, sé qué te hace feliz, pero antes tienes que conocerme.

Se sentó en la cama, tironeó sus cabellos largos y lloró. Agitaba la cabeza tratando de olvidarse de aquellas palabras, quería escapar de su presencia, de la confusión y del estrépito que tenía en el pecho. De pronto, el eco de su voz desapareció. Lentamente, quitó las manos de los ojos y vio que no estaba la luz que lo había embelesado. Giró la manilla de la puerta para buscar a sus padres, pero se detuvo, volvió el rostro y encontró nuevamente un haz que se reflejaba en el espejo.

—¿Qué quieres de mí? —se acercó.

—Te necesito, Emanuel. —dijo la voz—. Te necesito. Ven a mí, por favor.

—¿Por qué Dios necesita de mí? —se encogió de hombros—. Es ilógico.

Quedó frente al cristal esperando una respuesta. No comprendía lo que estaba viviendo, tampoco quería arrancar ni negar su presencia. Hace mucho tiempo que el relajo no llegaba a su cuerpo, el regocijo a su corazón y el amor a sus días.

—Tú puedes llegar a todos ellos. —dijo la voz—. ¿Entiendes, Emanuel?

—¿A todos ellos? —se cruzó de brazos—. Yo no tengo el poder que tú tienes, Señor.

—Pero me puedes ayudar. Yo lo sé.

—¿Cómo lo sabes? —insistió.

—Porque yo te creé, porque te hice con amor, porque hace mucho tiempo pensé en ti y te envié con un propósito. —susurró—. No me puedes fallar, muchacho.

—¿Qué puedo hacer por Dios? —bajó la mirada—. Sólo soy un joven. Nada más. No tengo poder, no tengo tierras ni guerreros. ¡Es absurdo lo que me dices!

—No.

—¿Por qué no? —se acercó aún más para tocar el cristal—. ¡Sólo sé tocar la guitarra!

Silencio.

Quiso dar el siguiente paso hacia el espejo, pero repentinamente la figura de luces y tranquilidad desapareció y lo dejó en vilo.

Se asomó a la ventana y miró la madrugada. No podía despertar. Juntó las palmas de las manos y cerró los ojos.

8

Daniela lo miró como nunca lo hacía. A pesar que se conocían muy poco, pudo ver en sus ojos la desesperación. Lo supo desde el primer momento, apenas entró a la sala y dejó su bolso sobre la mesa para saludarlo con una cordial sonrisa. Él sonrojó sin entender por qué, se atrevió a darle un beso en la mejilla y le tocó un hombro para que comprendiera que estaba esperándola.

Ella lo invitó a dar una vuelta por el patio de la universidad. Su voz era especial, muy familiar, inherente, casi necesaria para resolver su existencia. Él la contempló de pies a cabeza buscando una excusa para decirle lo hermosa que estaba con pantalones claros y aquella chaqueta beige de cuello ancho que permitía a los cabellos ondulados descansar y formar una bella figura alrededor de las mejillas, mas no pudo porque los nervios lo traicionaron.

—¿Quieres decirme algo, Emanuel?

—Sí…

—¿Qué? —sonrió.

—¡No! —tartamudeó.

—¿Seguro?

—Han ocurrido muchas cosas extrañas en mi vida. —suspiró—. No entiendo lo que estoy viviendo.

—¿Qué cosas?

Definitivamente, era la mujer más especial que había conocido en su vida. Sus dientes blancos y sus ojos cafés muy abiertos eran una perfecta melodía de sinceridad.

—Tú estabas en mi sueño. —confesó—. ¡Tú eras! ¡Era la misma sonrisa!

—¿Cuál sueño? —le entregó un rictus de confusión—. ¿Soñaste conmigo? ¿Qué soñaste?

—Nada malo. —jadeó—. Tuve un sueño extraño. Yo caminaba por una carretera, era de día, el sol alumbraba como en la primavera y el viento refrescaba mi piel. A ambos lados veía a todos mis amigos, a mis compañeros de la universidad y a muchas personas que conocía. Todos estaban mirándome, sonriéndome e indicándome hacia delante. De pronto, me detuve, vi que un destello de luz cruzó el cielo y llegó hasta mí. Alcé el semblante, contuve la respiración, mi cuerpo estaba paralizado y mis ojos quedaron muy abiertos ante la presencia de una enorme mano que salía desde el cielo rodeada por eternos rayos de luz. Poco a poco me tocó. Yo, entonces, dejé el miedo de lado, mi cuerpo se relajó, mis ojos se cerraron entregándose al ensueño y sentí paz en mi corazón. Era primera vez que la sentía; era tranquilidad, ternura y paciencia. Abrí los ojos y vi que la mano se alejaba. Las luces se confundían con el brillo del sol y todo volvía a la normalidad. Me sentía una persona nueva, renovada, tranquila, sin inquietudes en mi pecho. Aún estaba rodeado por todos mis amigos, compañeros y conocidos. Sin embargo, el primer rostro que vi a mi lado cuando me dispuse a continuar fue el de una mujer de tez trigueña, ojos cafés profundos, cabellos ondulados y sonrisa perfecta. Ella me miró por un instante, yo la observé queriendo comprender lo que me estaba sucediendo. Sonreí y seguí el camino en paz.

—¿Supones que esa mujer de tez trigueña era yo? —sonrió, arrebolada.

—Sí.

—¿Verdad?

—¡Lo prometo por lo que siento por ti!

—¿Qué dices?

Daniela se cruzó de brazos y le clavó su mirada. Al parecer, no le agradó la declaración.

—Disculpa. —titubeó—. No quise decir eso.

—Lo dijiste. —se apartó—. No puedes hacer eso.

—¿Por qué? —se atrevió a tomarle una mano—. ¿Qué tiene de malo? Me gustas, Daniela. No me preguntes el por qué, pero estoy enamorado de ti aún sin conocerte.

—¡Por lo mismo no puedes hacerlo! —jadeó—. ¡No me conoces!

—Quiero conocerte, Daniela.

Ella retrocedió, escondió el rostro y se dispuso a huir.

—¿Qué está ocurriendo con mi vida?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —se encogió de hombros—. Yo no tengo la respuesta.

—Hace unos días te conocí, me hablaste de Dios, y de la nada comencé a cambiar. —le tocó los hombros—. ¿Cómo se explica eso?

—¿A qué te refieres?

—Estuve a punto de morir, pero antes de eso tú me contaste de Dios. Luego, aparecieron muchas personas conversándome de Él hasta que tuve el sueño que te conté. Y ahora, cuando tengo la mente confundida, Dios me habló en mi habitación.

Daniela contuvo el aliento. Sus ojos se desorbitaron, su cara palideció y su sonrisa se iluminó hasta que ostentó todos los dientes.

—¿Dios te habló? —dijo—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo dijo. —él sonrió—. Al parecer, era Él.

—¿Qué te dijo? —le tomó un brazo—. ¿Te habló en oración? ¿Estás orando? ¿Dejaste de ser ateo?

—Yo estaba en mi pieza, estaba despierto, y Él apareció de repente en mi espejo. Era maravilloso, lindo, perfecto. Había mucha paz y armonía. —vació el pecho—. Estoy seguro que era Él.

—¡A mí nunca me ha hablado así! —susurró—. Yo siempre voy al culto, pero nunca he tenido una experiencia así. ¿Por qué?

—No lo sé, Daniela. —Emanuel enarcó las cejas—. Yo me siento extraño. Es muy intenso lo que ha pasado conmigo. Sin embargo, todavía estoy pensando en mis doctrinas ateístas. No quiero hacer el ridículo.

—¿Ridículo? ¿De qué? —Daniela le soltó el brazo—. ¿Tienes miedo?

—No quiero que mis amigos se rían de mí.

—¿Por qué?

Se miraron en silencio. Ella comprendía el temor que había en su inquieta mirada, y por eso decidió abrigar sus mejillas, le acarició los cabellos largos y sonrió.

—Porque estaré cerca de Dios. —contestó en un hilo de voz—. No me gustaría oír sus risas en mi cara.

—¿Tú quieres sentir a Dios en tu corazón?

—No lo sé, Daniela. —suspiró profundamente—. Estoy

confundido.

—¿Entonces por qué hablas de Él si no te interesa?

—¿Por qué Él me dijo que necesitaba mi ayuda? —se encogió de hombros —. Eso me dijo. No lo entiendo.

—Quizá quiere que te acerques a la iglesia.

—¡Ni lo sueñes! —movió las manos, renuente—. ¡No volveré a entrar a una iglesia!

—¿Por qué?

—Porque no me interesa.

Daniela hizo un mohín de conformidad. La respuesta había herido sus intenciones. Sus ojos cafés habían dejado de brillar y su cuerpo se desvaneció hasta convertirse en un bulto sin fuerzas.

—Lo siento, Daniela. —se atrevió a tocarle el mentón—. Yo no quiero que pienses mal de mí. Yo quiero que siempre me veas como un muchacho bueno.

—Si no te acercas a Dios, nunca serás un hombre bueno. —sentenció—. ¿Lo entiendes?

—Tengo miedo, vergüenza, flojera e incertidumbre. —manifestó—. Quizá me estoy volviendo loco.

—Vamos. —le tomó una mano—. Ven, te hará bien ir a la iglesia. Tienes que limpiarte.

—¿Limpiarme? ¿De qué?

—De todo lo malo que hay en ti. —sonrió—. Lo veo en tus ojos. Las drogas, los vicios, tus malos pensamientos. Eso no es de Dios. Tal vez, por eso Él te habló. Quizá te quiere recuperar.

—No puedo ir…

—Mañana irás conmigo a mi iglesia. ¿Te parece? —lo abrazó—. Tengo algo muy importante que decirte.

—¿Qué? —sonrojó al ver en sus ojos el entusiasmo—. Dímelo, por favor.

—Es una noticia muy importante…

—¿Sí? ¿Quieres estar conmigo?

—¡Dios te ama!

Prefirió callar. El abrazo de Daniela lo reconfortó. En sus brazos sintió la paz que necesitaba su corazón para convencerse de lo que estaba viviendo. Buscó su semblante, descubrió sus labios y tuvo la necesidad de besarla con la vehemencia que despertaba aquella incipiente pasión, pero se contuvo.

—Gracias.

—Nos vemos, Emanuel. —se alejó, sonriente—. Dios te ama.

9

Sus padres habían salido a comprar al supermercado y él se encerró a crear. En menos de una hora había logrado tres composiciones perfectas. De fondo sonaba *Rainmaker* de *Iron Maiden* y el famoso coro que llenaba todos los rincones de la casa:

And I know of the pain that you feel the same as me.
And I dream of the rain as it falls upon the leaves.
And the cracks in the ground like the cracks are in our lives.
They are sealed and now far away.

Se sintió extraño al volver a escribir, pues hace meses que no conseguía componer mucho en poco tiempo. Sólo tuvo una respuesta para eso; se miró en el espejo y esperó que apareciera, pero estuvo en vilo varios minutos sumergiéndose en cuestionamientos que lo condenaban a revivir sus doctrinas, a poner en tela de juicio lo que estaba sintiendo y a buscar las anfetaminas que la mente pedía. De pronto, cuando recogió la guitarra para ensayar los acordes que había creado, sonó el timbre de la casa, corrió a regañadientes y abrió la puerta preparándose para discutir con sus padres como lo hacía cada vez que lo sacaban de sus pensamientos.

—¿Qué tal, hombre?

—¿Bruno? —balbució y retrocedió—. ¿Ulises? ¿Qué hacen aquí? ¿Cómo llegaron?

—¿Pensaste que nos habíamos olvidado de ti? —Bruno lo abrazó dejando caer el bolso—. ¡Los buenos amigos nunca se olvidan!

—¿Cómo supieron dónde vivo? —los invitó a pasar moviendo la puerta.

—Tú lo dijiste. —contestó Ulises—. ¿No lo recuerdas?

Negó con la cabeza, los miró dubitativos y se convenció que nada había cambiado desde que se fue del grupo. Bruno vestía pantalones oscuros y una chaqueta negra que combinaba con los zapatos que llevaba. Ulises, como siempre fiel al estilo que lo caracterizaba dentro de la banda, vestía camiseta negra con el dibujo de un demonio rojo en el pecho, pantalones negros con incrustaciones de metales, bototos opacos abrochados hasta las canillas y una calavera colgando en el cuello.

—¡Qué buen tema estás escuchando! ¡Uno de los mejores en la voz de Dickinson! —dijo Ulises siguiendo el ritmo—. ¡Escribí una canción para ti!

—¿Sí?

—Es una canción sobre la basura del mundo. —le palmoteó la espalda—. ¡Es contra el sistema!

—¿Por qué? —Emanuel frunció el ceño—. ¿Piensas que yo me burlo del sistema?

—¡Siempre lo has hecho! —Bruno encendió un cigarrillo—. ¿No recuerdas esa canción que escribiste el año pasado?

—¿Cuál? —subió los hombros—. No me acuerdo…

—¡*Sinfonía para Satán*! —gritó Bruno haciendo cuernos con ambas manos—. ¡Rock agresivo y contestatario!

—No me interesa. — respondió —. Estoy pensando en otra cosa.

—¿Sí? —Bruno lo abrazó—. ¿En qué? ¿En ángeles o en venderse al sistema?

Se apartó demostrándoles su molestia. Bruno lo siguió hasta que lo atrapó de un brazo y lo obligó a dar la cara, pero él bajó el semblante, pues no estaba seguro de lo que hacía.

—Déjenme, por favor. —sentenció— ¿A qué han venido?

—Hemos venido por ti, Emanuel. —Bruno se acercó— Porque te queremos…

—¿Por mí? —estiró los labios—. ¿Cómo?

—Porque te necesitamos. —Ulises hizo cuernos con los dedos—. Tenemos muchos conciertos. La fama nos está llegando. No hay nadie que toque la guitarra como tú.

—¡El rock nos espera! —gritó Bruno alzando los brazos—. ¡La fama nos espera! ¡Tendremos al mundo a nuestros pies!

—Tengo miedo…

—¿De qué? —Ulises le ofreció cigarrillo—. ¿Qué ocurre contigo?

—¿Quieres una? —Bruno abrió el frasco con anfetaminas y le dio una después que él se tragó dos—. Hemos viajado muchos kilómetros desde Santiago para rescatarte.

—¿Rescatarme? —los encaró—. ¿De qué?

—De la vida que estás llevando.

Sintió el humo del cigarrillo en los labios. Las manos de Ulises esperaban que se decidiera. Desde que llegó a Chillán que no fumaba. Quizá se le había quitado la costumbre por la lejanía de la capital y de los amigos, o tal vez era parte del nuevo y extraño cambio que estaba tocando su vida.

Se alejó de Ulises obligándolo con la mirada a apagar el cigarrillo. Éste lo hizo en silencio, como si hubiera visto la rabia en sus ojos. Bruno, por su parte, guardó el envase con pastillas, pero le extendió la mano con una en medio de la palma y la acercó a su boca aguardando que la lengua la recogiera. Emanuel, ensimismado, comenzaba a intranquilizarse, a pensar en su situación, a vagar por los eternos conflictos existenciales que por muchos años lo desvelaron. Se sentía ahogado, inútil y vencido.

Sólo quería escapar.

Tocó la pastilla con el dedo índice y percibió los gestos de Bruno anhelando recordar aquellos tiempos de desenfreno en Santiago. Sin embargo, empujó su mano abajo, esperó que la píldora cayera, la aplastó y retrocedió esforzándose por mostrarse indiferente y valiente.

—¿Qué pasa contigo? —dijo Ulises, desafiante—. ¿El sur te cambió la mente?

—¿Dónde quedó el rockero más agresivo de Santiago? —Bruno le golpeó el pecho con un puño—. ¿En qué te has convertido? ¿Ya no quieres ir a los escenarios?

—Iré a la iglesia. —susurró—. Una amiga me invitó.

Bruno y Ulises lanzaron carcajadas, lo apuntaron, se burlaron con gestos obscenos e hicieron cuernos con sus manos.

—No tienes derecho a reírte. —enfrentó a Ulises y lo empujó—. Una compañera de la universidad me invitó.

—¿Tú en una iglesia? —rió Bruno—. ¡No seas payaso!

—¿Quién te metió esa idea en la cabeza? —Ulises le tocó las sienes—. ¿Ah? ¡Estás loco!

Emanuel corrió hacia la puerta, pateó los bolsos que sus amigos habían dejado y los invitó a acercarse.

—Váyanse.

—¿Cómo? —dijo Bruno recogiendo la mochila—. ¿No quieres estar con nosotros?

—Ustedes no me están comprendiendo. —jadeó—. Estoy

confundido.

—¡Somos tus amigos! —dijo Ulises—. ¿Te has olvidado de nosotros?

—¡Casi me muero por culpa de las pastillas! —golpeó la puerta con un puño—. ¿Lo entienden?

—¿Qué quieres que hagamos? —Bruno le abrigó las mejillas—. ¿Quieres que te exorcicemos? ¡Dímelo!

—Estoy confundido. —entregó un gesto de amargura—. Muy confundido.

—Yo te ayudaré a aclarar tus dudas.

Bruno lo abrazó y lo llevó hasta el sofá. Le dijo que pusiera los pies sobre la mesa de centro, que arrellanara la cabeza, que cerrara los ojos y que abriera la boca. Sus manos eran suaves, tibias, cariñosas, alejadas de la maldad. Su voz apenas la escuchaba. Pronto sintió los dedos de Ulises en sus cabellos, le tocó la frente y el cuello.

Emanuel estaba soñando. O más bien, pensando. A ojos cerrados veía correr todo el mundo que había vivido a los veinte años; el rock, la pequeña fama, las drogas, las mujeres que lo deseaban, la guitarra, las composiciones, la preocupación de sus padres y el encuentro misterioso con Dios. Y también vio la muerte. Quiso abrir los ojos para saber qué estaban haciendo sus amigos, pero sintió que la palidez disfrazó su rostro, que los escalofríos envolvieron su cuerpo y que la fatiga lo cubría. De pronto, alguien le cerró la boca. Entonces, su lengua se secó.

Separó los párpados; sólo podía ver las siluetas de Ulises y Bruno junto a él. Se acomodó en el sofá con las pocas fuerzas que le quedaban, se restregó los ojos y despertó. Enfrente estaban sus compañeros de banda fumando marihuana y tragando cerveza sin pudor. Intentó levantarse, pero fracasó.

—¿Quieres? —dijo Ulises ofreciéndole cerveza—. Es una botella para cada uno.

—¿De dónde las sacaste? —la recibió y bebió.

—Ulises las compró mientras tú te tragabas la pastilla. —rió Bruno—. ¡Y dijiste que no querías!

—¿Pastilla? —titubeó vagando por la casa—. Yo no quería. Tengo que ir a la iglesia.

—¿Para qué irás? —Ulises le ofreció el cigarrillo de marihuana—. ¿Prefieres estar como imbécil frente a un estrado o estar aquí, con nosotros, fumando, tomando y viviendo el rock?

—Daniela…

—¿Quién?

—Daniela. —vació su pecho—. Ella me estará esperando.

—¿Dejarás botado a tus verdaderos amigos por una mujer que ni siquiera conoces? —dijo Bruno aspirando el humo.

—¡Ella te ha metido tonterías en la cabeza! —Ulises bebió un sorbo de cerveza—. Dilo, Emanuel, ¿qué prefieres?

Las risas de sus amigos lo contagiaban. Entre sus manos tenía la botella helada, el cigarrillo a medio fumar y el temblor que lo hacía dudar. Quiso levantarse y correr a la calle, pero no podía. No quería.

Algo lo obligaba a quedarse.

Levantó la botella en sorna, esperó que sus amigos brindaran y bebió el último sorbo. Luego, fumó, se tendió en el sofá y cerró los ojos. Estaba en otro mundo, un mundo que conocía, que lo atrapaba, que lo enviciaba, que no lo dejaba pensar. En su piel había frío, semejante al que vivió cuando se intoxicó. Subió los párpados y se encontró con sus compañeros. Suspiró satisfecho, pues no estaba solo.

—Disculpa, Daniela. —fumó desesperado—. Perdón.

10

No quiso salir de su pieza. Estaba convertido en un monstruo. Sus cabellos largos permanecían revueltos con vómito, cenizas de cigarrillos, restos de cerveza y algunos adornos que Ulises y Bruno le colocaron cuando no pudo mantenerse en pie. Fue atroz. No se atrevía a dar el primer paso para bajar de la cama, pues sabía que al atravesar la puerta lo esperaba lo peor. Sin embargo, lo hizo, se afirmó en las paredes y consiguió salir. Necesitaba el baño con urgencia, pero los semblantes adustos de sus padres lo detuvieron. No tuvo el coraje para

levantar la cara, así que se refugió en el suelo.

La mamá dio un paso adelante, esperó que la mirara a los ojos y lloró. El padre, parco, la abrazó. Parecía que el mundo estaba de duelo mientras el muchacho vivía en su propio planeta. Quiso acariciarlos, mas ellos no respondieron. Asomó el rostro hacia la sala de estar; sobre el sofá estaban Bruno y Ulises durmiendo, aún con las botellas de cerveza entre las manos.

—Siempre lo mismo. —sollozó la mujer—. ¿Cuándo cambiarás?

—Quiero cambiar. —susurró— No sé qué ocurrió…

—No se ve tu cambio, hijo. —sentenció Fernández—. Pensé que, estando lejos de Santiago, todo sería diferente. Me equivoqué.

—Ellos llegaron sin que nadie los llamara.

La madre abrazó a su hijo y lloró en su hombro. La amargura lo destruía por dentro; había traicionado la confianza más honesta del mundo. Vio los ojos de su padre y descubrió que nada de lo que le dijera volvería a ser de su agrado. Le tomó una mano, mendigó una caricia y lo buscó hasta que se perdió en la cocina.

—Lo siento. —bisbisó—. No volverá a suceder.

—¿De qué sirvieron las conversaciones? —susurró enjugándose las lágrimas—. ¡No me digas que lo sientes porque sabes que no es así!

—Es verdad, papá. —dio un paso adelante—. Lo siento.

—¿Tú sabes cómo lo siento yo? —se cubrió el rostro—. ¡Te drogaste!

—¡Ellos me obligaron!

El hombre negó con la cabeza, bebió un vaso con agua, se apoyó en la pared, miró el cielo y movió los labios tratando de hallar una respuesta.

—¿Qué haces?

—Estoy orando. —jadeó—. Estoy orando por ti.

—¿Por qué? —se acercó.

—Porque quiero que Dios te ilumine. —lo abrazó—. No quiero que te pierdas. ¡Daría mi vida por verte sano!

—¡No sé qué me pasó! —lloró en su hombro—. ¡Perdí el control! ¡Pensé que podría ser fuerte, pero fallé!

—No digas eso, hijo.

—Fallé una vez más, papá.

Se quedaron en silencio. Eran dos personas indefensas aferrándose al coraje del otro para sobrevivir. El muchacho meditó por unos segundos, se mordió los labios y mantuvo el aliento mientras sus manos exploraban los bolsillos del pantalón. Ligeramente, sacó las llaves de la casa y las entregó bajando la mirada y esperando la comprensión.

—¿Qué significa esto?

—Ya no merezco tu confianza, papá. —suspiró—. No quiero

cometer más errores…

—Pero…

—No quiero ser el culpable de un nuevo desastre. —sentenció— Quiero cambiar…

El padre cerró la mano y apretó el manojo de llaves esforzándose por frenar las lágrimas. Luego, a paso lento, se acercó con una mano dispuesta y le acarició los cabellos como si fuera un niño.

—Te amo. —besó las mejillas cubierta con suaves vellos—. Te amo, hijo…

—Yo también, papá.

—No quiero que te ocurra nada malo. —suplicó—. Por favor, piensa lo que estás haciendo.

—Nunca más me juntaré con ellos. —sentenció—. Esta amistad se acabó.

—Yo no te digo que los olvides, pero sí que te cuides. —enarcó las cejas—. Las drogas, Emanuel, no son un juego. Te atrapan y no te sueltan.

Asintió mirándolo a los ojos.

Quería tomar una decisión, pero no era fácil.

Bruno y Ulises no tuvieron el coraje para encarar a los padres de Emanuel. Apenas despertaron, recogieron los bolsos y se marcharon. Estuvieron sentados en la orilla de la calle, pensativos, quizá con ánimo de seguir la juerga. Esperaron que el ex guitarrista de la banda saliera, lo alcanzaron con letargosos trotes y lo invitaron a otro lugar.

—Podremos tocar nuestras canciones. —dijo Bruno.

—No me interesa. —contestó.

—¿Qué pasa contigo? —Ulises le apretó un brazo—. ¿Olvidaste que en Santiago vivíamos así? ¡No teníamos límites!

—Acá es distinto. —se zafó—. Ahora hay límites, y yo quiero aceptarlos…

—¡Vámonos a Santiago! —Bruno chasqueó los dedos—. ¿Qué dices? ¡Allá está todo lo que siempre has soñado!

—No lo sé… —titubeó—. Tal vez, es mejor que esté acá…

—Escápate. —Ulises tocó sus hombros—. Nosotros te ayudaremos. ¡Volvamos a ser los rockeros que éramos!

—No se trata de escapar. —susurró—. Quiero cambiar mi vida. Tengo que pensarlo.

—¿Te imaginas cómo sonaría tu guitarra eléctrica en un gran escenario? —dijo Bruno—. Si no te vas de Chillán, nunca serás el mejor guitarrista del mundo.

Emanuel levantó una ceja, guardó las manos en los bolsillos y les devolvió la mirada. Ellos, ensimismados, se sentaron en el borde de la

calle para esperar la respuesta.

Sólo hubo un largo silencio y continuó caminando.

11

Daniela no lo miró. Fue una herida para su corazón. Ligeramente, le habló, bajó el rostro y se concentró en la lectura. Parecía que nunca se comportaba así porque estaba nerviosa, quizá enrabiada, o arrepentida de haber confiado.

Él se sentó a su lado y esperó su sonrisa afable, pero no llegó. Se atrevió a tomarle la mano y acariciar sus mejillas, mas ella se apartó de la mesa y corrió hacia la salida. La siguió sin importarle que el resto del curso estuviera mirándolos. Quería disculparse, quería verla y quería sentir su personalidad que lo embobaba. Por fin la alcanzó en medio del patio de la universidad, la muchacha lo observó de soslayo y dejó que el viento jugara con sus cabellos para cubrirle los ojos.

—Tuve un pequeño problema. —balbució—. Lo siento.

—Te estuve esperando. —suspiró—. Creí que no fallarías.

—Fue un problema de último minuto. —se encogió de hombros —. No pude avisarte.

—No te preocupes. —asintió, molesta—. Tú dijiste que irías, pero fallaste.

Trató de abrazarla, de sentir su aroma y de oír su dulce voz, pero Daniela lo evitó con un empujón.

—Las cosas no son así, Emanuel.

—Yo te quiero. —tartamudeó—. Dame una oportunidad.

—Primero demuéstrame quién eres realmente. —sentenció—. No me inspiras confianza.

—Lo estoy intentando, pero…

—¿Pero qué? —entregó un rictus—. ¿Tuviste un encuentro con tus píldoras?

—¿Cómo lo sabes? —palideció—. ¿Cómo?

—Estuviste consumiendo drogas, cerveza y recordando viejos tiempos con tus amigos. —enarcó las cejas—. ¿Me equivoco?

—¿Cómo lo sabes, Daniela? —la tomó de un brazo—. ¿Me viste? ¿Quién te lo dijo?

—Dios. —acezó—. Dios me lo dijo. ¿Todavía dudas de su poder? Él todo lo sabe, Él todo lo cuenta, Él todo lo hace. Él quiere ayudarte, Emanuel.

Escondió el rostro. Deseaba borrar el pasado, pero era imposible. Daniela le clavó la mirada y lo obligó a permanecer con el semblante en alto aunque se sintiera derrotado.

—Te quiero. —confesó él buscando las manos suaves de la muchacha—. Estoy loco por ti, Daniela. Dame una oportunidad.

—No te alejes de mí. —sonrojó—. Por favor, no te alejes de mí.

—¡Yo no me estoy alejando de ti! —sonrió, iluso—. ¡Tú huyes de mí! ¡Yo te quiero!

Ella retrocedió quitándose los cabellos del rostro para contemplarlo a media altura. Él dio un paso más hasta alcanzarla, abrigó sus mejillas y le lanzó un beso.

—No te ilusiones, Emanuel.

—Yo te quiero. —se acercó a sus labios—. Te quiero con todo mi corazón.

—¿Cuándo me acompañarás a la iglesia?— contempló cada rasgo de su cara demacrada—. ¿Mañana?

—De acuerdo. —observó su hermosa sonrisa—. Mañana iré contigo.

—¿Seguro?

—Te lo prometo por lo más sagrado que hay en mi corazón. —le acarició los hombros—. ¡Te quiero mucho!

La besó en la mejilla y regresó a clases.

Aún tenía el pudor en el rostro.

Bruno lo estaba esperando en la puerta de la casa. Estaba sentado en el borde de la calle casi convertido en una piedra. Ligeramente, movía los ojos, sostenía la mochila entre sus manos y jugaba con un cigarrillo apagado entre los labios. Cuando vio a su amigo, avanzó para evitar que arrancara. Sus manos lo obligaron a enterarse que la rabia se había apoderado de su mente. Al parecer, se había inyectado esa sustancia que usaba antes de los conciertos; era un polvo blanco que se mezclaba con un componente químico y que se derretía con un encendedor. Tenía los lagrimales enrojecidos, los ojos hinchados y desorbitados, su voz era pastosa y su respiración muy agitada. Lo tomó por el cuello, lo acorraló contra la reja de la casa y lo asfixió.

—¡Vuelve con nosotros! —gritó—. ¡Vuelve! ¿Qué vida quieres llevar? ¡Tu vida es una porquería en este lugar!

—Suéltame, por favor. —jadeó—. Tú no estás bien.

—Tú eres un rockero. —lo soltó e hizo cuernos con sus manos—. ¡La agresividad es nuestro sello! ¿Qué esperas para alcanzar la fama?

Bruno temblaba, tenía los labios amoratados y sus dientes rechinaban. Se quedó quieto a un costado, observó el entorno, metió la mano en el bolsillo del pantalón y ofreció una pastilla.

—Te hará bien, Emanuel. ¡Trágala!

—¿Por qué insistes? —lo empujó—. ¡Déjame tranquilo!

—Esta es la oportunidad que tenemos para alcanzar nuestra meta. —consumió la pastilla—. Si no aprovechamos esto, nunca seremos los rockeros que siempre soñamos.

—¡No iré con ustedes a Santiago! ¡No quiero más problemas!

Abrió la puerta de la reja y la cerró de golpe para evitar que Bruno lo siguiera, pero lo retuvo con sus manos a través de los espacios de los barrotes.

—No ganarás nada con esa amiga. —jadeó—. La iglesia no es para ti.

—¿Qué sabes tú? —se zafó.

—En una iglesia nunca tocarás rock. Sólo serás un amargado cantando villancicos y alabanzas. —Bruno retrocedió—. Piénsalo. Tu sueño de toda una vida a cambio de seguir ideas estúpidas.

—Yo decidiré. —entró a la casa—. Preocúpate de tu vida.

—El rock es mi vida. —dijo—. ¡Y también la tuya!

Emanuel cerró la puerta, se apoyó en la pared y respiró aliviado.

Se miró en el espejo y descubrió la tristeza. El corazón disminuía el ritmo, sus manos sudaban y su rostro se desvanecía en cada segundo con las pastillas que había tragado. Logró superar a Bruno, pero se encerró en la habitación, recogió la guitarra eléctrica, subió el volumen a *Iron Maiden*, anotó algunos acordes musicales y decayó. No quiso seguir; estaba fatigado, desechado y perdido. Su figura en el espejo se borraba como sus pensamientos, como sus recuerdos y como su fe. Gritó. Quería apagar la luz que iluminaba su pecho.

Se arrastró hasta la cocina, intentó sacar la voz para imitar la melodía que lo acompañaba, se mordió los labios y recogió el cuchillo que estaba en el cajón. Vagó entre resuellos, lágrimas y desesperación hasta la pieza. Buscó a sus padres, pero no estaban. Afuera aún sobrevivían los alaridos de Bruno mientras golpeaba la reja con los pies. Se asomó por la ventana y lo vio caer inconsciente. Luego, continuó su camino. Cada paso era un segundo menos de vida; estaba decidido a terminar con la extraña fiebre que le quemaba la conciencia, a extirpar aquella agonía que no lo dejaba vivir y a cercenar el vacío que corrompía su corazón.

Vio su reflejo en el espejo; tenía el cuchillo empuñado, el rostro impasible y las piernas temblorosas. Apoyó el filo sobre el antebrazo derecho y lo deslizó rogando que las venas sangraran.

Esperó el final conteniendo el aliento.

El celular sonó una vez. Luego, muchas veces. La vibración sobre el velador interrumpía la ceremonia. No quería abrir los ojos, no quería dejar escapar el único momento que tenía para quitarse el peso de sus hombros. No obstante, el teléfono sonó hasta que lo hizo perder la paciencia. Dejó caer el cuchillo a los pies del espejo, disminuyó el volumen de la música, recogió el aparato y visualizó un número desconocido. Sus manos se sacudían, su boca estaba seca y las lágrimas aún vivían en sus mejillas. No quería contestar. Lanzó el móvil sobre la cama, pero continuaba vibrando.

—¿Sí?

—¿Aló? —escuchó—. Emanuel, ¿estás bien?

—¿Bruno? —tartamudeó—. ¿Ulises? ¿Qué quieren?

—¿Estás bien? —insistió una voz agitada—. Soy Daniela…

Quedó helado. Se sentó en el borde la cama, se restregó los ojos y trató de paliar la agitación del corazón.

—¿Cómo supiste mi número? —tosió—. Yo no te lo di, ¿verdad?

—Tú me lo diste el otro día. —sonrió—. ¿No lo recuerdas?

—No. —resopló—. ¿Por qué me has llamado?

—Quería saber si estabas bien. —dijo Daniela—. ¿Estás solo? ¿Qué estás haciendo?

—Nada. —arrugó los párpados—. Sólo tocando la guitarra…

—De acuerdo. —sonrió—. Mañana nos vemos en la iglesia.

—¿Dónde estuviste el resto del día? —Emanuel se levantó con un movimiento—. Te perdiste dos clases muy importantes.

—Tú puedes prestarme los apuntes, ¿verdad? —balbució—. Estuve un poco ocupada.

—¿En qué? ¿Con quién?

Silencio.

La respiración de Daniela se detuvo. Su voz quedó estancada en algún pensamiento que —de seguro—, no le convenía declarar.

—Estuve conversando con alguien.

—¿Con tu novio? —palideció—. ¿Hace cuánto que tienes novio? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Estuve conversando con Dios. —contestó—. Le pedí por ti.

—¿Por mí? —negó con la cabeza al comprender sus estúpidas ideas—. Disculpa, Daniela. Sé que soy un tonto…

—Está bien, Emanuel. —sonrió—. No te preocupes. Relájate.

Se miró en el espejo. Su rostro había cambiado.

—¿Qué te dijo Dios sobre mí?

—Que eres un buen muchacho. —susurró—. Que tu corazón es débil. Te dejas influenciar con facilidad.

—¿Y qué dijo tu corazón sobre mí? —separó los labios—. ¿Puedo entregarte mi amor?

Daniela guardó silencio por un instante.

—¿Qué te dijo? —insistió—. Dímelo, por favor, aunque sea cruel.

—No te alejes de mí.

Luego, cortó.

12

Ulises apareció repentinamente en la entrada de la universidad. Tras él estaba Bruno ocultando la cara y arrastrando su bolso. Siguieron al guitarrista con la mirada, murmuraron y se cruzaron en su camino. Él se armó de valor como nunca lo había hecho. Sin embargo, quedó paralizado, sin aliento y con el sudor frío recorriendo su espalda. Bajó el semblante, y entonces Bruno salió de su escondite, lo observó con altanería y le levantó el mentón con los dedos.

—¿Qué estás haciendo, Emanuel? —gritó—. ¡Cobarde!

—No soy cobarde.

—¡Lo eres! —Ulises apoyó—. ¡Prometimos que nunca nos separaríamos!

—Estoy confundido. —susurró con la mirada a media altura.

—¿De qué estás huyendo? —Bruno le apretó el cuello—. No te arranques.

—No quiero seguir así. —bisbisó—. Quiero un cambio rotundo en mi vida.

—¿Un cambio? —Ulises lo encaró—. ¡Somos rockeros! ¡Sexo, droga, alcohol y rock! ¡Tenemos todo lo que podemos pedir!

Emanuel empujó a Ulises para que se quitara del camino y alzó el rostro, compungido.

—Ayer intenté matarme. —dijo en un hilo de voz—. ¡Estuve a punto de hacerlo otra vez!

—¡Mientes! —gritó Bruno.

—Yo no puedo seguir así. —susurró—. Necesito paz en mi vida. Todo ha sido muy agresivo, muy oscuro…

—¿Y tus sueños? ¿La guitarra, los escenarios, la fama, los fans? —Ulises le tocó los hombros—. ¿Quieres perderlo todo?

—No me busquen más, por favor.

Se dio cuenta que todos habían ingresado a clases y que sólo ellos quedaban en el pasillo central. Apresuró los pasos para escapar del miedo que descansaba sobre sus hombros, no obstante, la voz tosca de Bruno lo detuvo.

—¿Olvidarás a tus amigos para siempre?

—¿Amigos? —los miró de soslayo.

—Hemos sido amigos por años. —dijo Ulises—. ¿Echarás a la basura nuestro sueño?

—Ustedes no lo entienden. —sentenció—. Los excesos no conducen a ningún lugar.

Bruno intentó atraparlo por el cuello, pero Emanuel corrió sin volver el semblante.

Entendió que estaba prisionero de sus temores.

Le tomó la mano a Daniela y la miró. Ni siquiera había pensando en lo que estaba haciendo hasta que ella le dio un susurro. Se escondió tras el cuaderno y esperó impaciente el momento para disculparse. No quería que ella tuviera una mala impresión. Cuando el profesor de cálculo salió de la sala en busca de unas fotocopias, una mano de dedos delgados y ágiles le arrebató el cuadernillo y descubrió su cara aún maquillada por la vergüenza. Daniela suspiró, negó con la cabeza y se arrellanó sobre la mesa.

—¿Estás bien? —carraspeó—. ¿Quieres un café?

—No, Emanuel. —jadeó—. No quiero nada, por favor.

—¿Por qué? —la miró a los ojos—. ¿Qué ocurre contigo?

—No quiero que estés cerca de mí, por favor.

Daniela se levantó con torpeza y corrió hacia el patio de la universidad con el rostro cubierto. Emanuel, confundido, tropezó con las sillas y salió sin poder alcanzarla. Ella iba muy asustada, cabizbaja y sin responder a sus palabras. Cruzaron el pasillo central, atravesaron el parque y esquivaron a los alumnos que observaban la extraña carrera.

La muchacha se detuvo frente a un árbol y lo observó de reojo, temblorosa, conteniendo el aliento y esforzándose por evitar la palidez.

—¿Por qué, Daniela? —se cruzó de brazos—. ¿Qué hice mal? Yo te quiero.

—Tú no me haces bien. —titubeó—. Siento cosas negativas de ti.

—¿Cómo? —arrugó el ceño—. No entiendo lo que me dices.

—Tus intenciones. —miró a media altura—. Tus intenciones no son buenas. Por favor, Emanuel, aléjate de mí. No me busques, no me hables. No quiero hacerte daño. Soy sincera en decírtelo.

—Daniela, ¿qué estás diciendo? —se encogió de hombros—. ¡No entiendo!

—No insistas. —lo apartó con una mano—. Nada más, por favor.

—Desde que tú apareciste, todo ha cambiado. —se acercó, pero ella retrocedió—. Yo he vuelto a mirar la vida con tranquilidad. Estoy buscando a Dios…

—Quizá has confundido todo, Emanuel. —Daniela negó con una mano—. Esos sentimientos hacia Dios son fantasías sólo para estar conmigo.

—No, Daniela. —le tomó una mano—. Yo te quiero mucho. Es inexplicable lo que ha pasado, pero Dios ha aparecido en mi vida y también he descubierto sentimientos hacia ti.

Ella se zafó y se volteó.

—No sigas, por favor. No quiero dañarte. No quiero que te ilusiones.

—Daniela, estoy enamorado de ti. —intentó abrazarla, pero se alejó—. Es lo que siento.

—No quiero nada más, Emanuel.

El joven se quedó de brazos cruzados, moviendo las piernas y mordiéndose los labios.

—¿Cuál es la solución?

—Ser sincero. —suspiró—. Tienes que serlo.

—¿Y tú? —jadeó—. ¿Qué haré con todo el amor que siento por ti?

—Primero tienes que conocer el amor de Dios. —sentenció—. Si te has enamorado de mí, no sé por qué ocurrió. Quizá Dios me ha utilizado para que tú lo busques. Tal vez, soy un puente para que otro hijo vuelva a su casa. Posiblemente, con el tiempo, conozcas a una muchacha y descubras en ella el amor verdadero.

—¿Y qué tal si eres tú a quien debo amar? —contuvo el llanto—. Yo quiero estar contigo, Daniela.

—Dios se encargará de mostrarnos el camino. —lo miró con un dejo de conformidad—. Si Él quiere que estemos juntos, nos reunirá, pero si Él no quiere, nos separará.

Daniela se marchó dejando que el viento desordenara sus cabellos.

Él, en tanto, guardó las palabras y arrugó los párpados.

13

Tuvo la guitarra eléctrica entre las manos durante dos horas y no pudo encontrar una nota musical que le diera el impulso para componer la canción que había escrito para Daniela. La puerta de la habitación estaba entreabierta, lo suficiente para estar conectado con el exterior. Afuera, donde vivían sus papás, todo era felicidad. En cambio, en su planeta, sólo había desolación. Dejó la guitarra a los pies de la cama y se recostó en el suelo, con las manos en la nuca y los ojos en el techo. Ahí estaba ella, su doncella, sonriendo con sus cabellos al viento, su piel trigueña y sus ojos cafés que lo contemplaban mientras alzaba las manos para alcanzarla. Le guiñó, y ella seguía enfrente alimentando su sueño de amor. Se estaba despojando de sus ambiciones, de sus sensaciones de rockero que aún vagaban por la mente, de las vicisitudes que había provocado el consumo de anfetaminas y de las envidias que ornamentaron cada una de sus noches sobre los escenarios. Se estaba olvidando del pasado poco a poco, siguiendo la sonrisa del bello estandarte.

Pensó en Dios. ¿Dónde estaba Él? ¿Por qué lo buscó, le habló y desapareció? ¿Acaso fue un delirio? ¿Qué sentido tenía Daniela en su vida? ¿Quién era ella? ¿Por qué la amaba sin razón antes de conocerla? Se sentó, se miró en el espejo y bostezó.

—¿Dios? —bisbisó—. ¿Estás ahí? ¿Puedes ayudarme a encontrar una explicación a todo lo que ha ocurrido? ¿Por qué ella ha dicho eso si sabe que yo la amo?

Un largo silencio lo incomodó.

—¿Todo bien, hijo?

—Sí, papá. —bajó la mirada—. ¿Por qué?

—En tu cara veo tristeza. —abrió la puerta—. ¿Quieres conversar?

El padre entró sigilosamente, extendió sus manos para ayudarlo a incorporarse, sonrió, cerró la puerta, le ofreció asiento en el borde de la cama y enseguida le acarició los cabellos.

—¿Penas de amor?

—¿Cómo lo sabes? —sonrojó.

—Porque yo también tuve tu edad. —alzó los hombros—. Yo también sufrí por amor.

—¡Las mujeres son crueles!

—Todo lo que sucede en la vida es para aprender. —sonrió—. Dios quiere que tú aprendas muchas cosas.

—¿Y si estoy muriendo de amor?

El hombre se mordió los labios. En su mirada había tranquilidad y

sabiduría.

—Sabrás salir de esto. —susurró—. ¿Recuerdas lo que te dije? Lo que viene siempre es mejor.

—¡Pero yo quiero estar con ella! —suspiró—. Papá, yo estoy enamorado de ella. Es la única mujer que me ha hecho sentir amor. Es especial.

—Entonces, lucha por ella. —le tocó un hombro—. No te rindas.

—Imposible. En algún momento caeré.

El papá lo invitó a la ventana, corrieron las cortinas y observaron la calle.

—¿Ves aquellos árboles?

—¿Cuáles? —se encogió de hombros y le devolvió la mirada—. No hay árboles. Sólo asfalto, casas y murallas.

—¿Quién pudo cortar los árboles, Emanuel?

—¿Un hombre?

—Un leñador. —dijo—. Te contaré una historia muy simpática. Ven.

Volvieron a la cama y se sentaron frente al espejo.

—Había una vez un leñador que vivía cerca de un bosque. Era un hombre muy pobre, pues obtenía poco dinero con la leña que vendía. Su mujer, a quien amaba incondicionalmente, lo consolaba cada tarde cuando regresaba con una pequeña bolsa con monedas después de una ardua jornada talando árboles. Él se sentaba a comer, cabizbajo, con los ojos cerrados, y entonces su esposa le acariciaba los cabellos. "¿Cómo estuvo tu día?", le dijo la mujer una tarde. El leñador respondió: "Nunca saldremos de aquí. Han llegado hombres a talar con máquinas para vender en la ciudad", y siguió comiendo. "¿Cuál es el problema?", dijo su mujer, "Tú eres el gran leñador del bosque. Tú eres aquel que derriba los árboles con el sudor de tu frente. Tú haces el mejor trabajo del mundo".

—¿Y qué dijo el leñador, papá?

—Dijo: "No, esposa. Yo sólo he cortado árboles para construir una casa, para paliar el frío de las personas en la ciudad y para construir una figura en medio del bosque. En eso he pasado toda mi vida. Nunca he reclamado lo que he vivido porque es precioso explorar el bosque. Sin embargo, pronto seremos más pobres. Quizá mañana, al amanecer, no haya más árboles para cortar".

—No entiendo, papá. —suspiró—. ¿Es un cuento que tú inventaste?

—Te seguiré contando. —sonrió—. Su mujer lo abrazó. Luego, secó aquellas lágrimas que el leñador había derramado en silencio, le quitó el sudor y lo abrigó con una chaqueta muy gruesa. Y le dijo: "Tú eres el leñador dueño del bosque. Cuando joven tuviste en tus manos dos elementos; un cuaderno y un hacha. Tu padre te aconsejó que

viajaras a la ciudad a estudiar con el cuaderno para que no siguieras el sacrificado oficio de leñador. No obstante, tú recogiste el hacha porque siempre se acomodó a tu mano, desde niño, y porque quisiste seguir el camino que tu corazón te mostró". Pero el leñador no estaba conforme, se cubrió el rostro y exclamó: "Yo sólo construí una casa, corté leña para vencer el frío de los demás y levanté una figura en medio del bosque. ¡Nunca guardé leña para nosotros! ¿Qué haremos ahora?". La esposa, ensimismada, le tomó una mano y lo llevó a caminar bajo el atardecer. Cruzaron la mitad del bosque, se detuvieron frente a una humilde construcción de madera que recibía el reflejo de la luna y se miraron. Él estaba desanimado, pero ella lo abrazó y le dijo: "¿Lo has olvidado? No sólo construiste una casa, sino que la hiciste la casa de Dios; no sólo cortaste leña para la gente de la ciudad, sino que la entregaste a los pobres, a los huérfanos y a los vagabundos; y no sólo levantaste una figura en medio del bosque, sino que hiciste un altar en nombre de Dios para recordar que Él está presente en nuestras vidas todos los días, en cada instante. ¿Qué leñador de este bosque lo ha hecho? Tú has dedicado muchos años de tu vida, en silencio, con fe y abnegación. Nadie te lo ordenó, sino que lo hiciste porque lo sentiste en tu corazón. Aprovechaste el talento que Dios te dio para recuperar esperanza en quien la había perdido, para construir fortaleza en quien se había derrumbado y para recibir de regreso a quien se había marchado. ¿Quién ha hecho eso? Nadie más que tú.

—¿Un leñador, papá? —frunció el ceño—. ¿Talar árboles es un talento que Dios da?

—Casi siempre dicen que los talentos están relacionados con el arte. —sonrió el padre—. Pero los talentos van más allá de la inteligencia. Los talentos son capacidades. ¿Entiendes?

—No, papá. —hizo una mueca—. No comprendo que Dios le dé a un hombre el talento para cortar árboles.

—¿Por qué no? —se levantó y lo miró de frente—. ¿Qué me dices?

—No hay que tener un talento para talar en el bosque.

El papá negó con la cabeza, comprobó su sonrisa en el espejo y contempló a su hijo de pies a cabeza tratando de convencerse de su ingenuidad. De pronto, le tocó los hombros, entornó los ojos y suspiró.

—¿No? ¡Entonces, tú también puedes hacerlo, Emanuel!

—¡Por supuesto que no! —agitó las manos—. ¡Yo no nací en el bosque!

—¡Ni tampoco sabes tomar un hacha! —rió—. Piensa, hijo, lo que quiere decir esta parábola, la parábola de El Gran Leñador.

—¿Qué dijo el leñador a su mujer?

—Le dijo: "Todavía no he terminado de construir esta casa.

Todavía faltan muchos árboles. Nunca lograré terminarla, pues tendremos que irnos porque empobreceremos si seguimos en el bosque”. —el padre respiró profundo—. Pero su esposa le respondió: “Ya somos millonarios. Tú, con tu leña y tu tiempo, has amasado la mayor de las fortunas; servir a los demás”.

Se miraron en silencio. Emanuel tenía muchas preguntas en mente, pero su papá —con su serenidad—, no lo dejaba encontrar la manera para resolver las dudas. Le tomó las manos y se las acercó al pecho, se abrazaron y permanecieron callados.

—¿Quieres que sea un leñador?

—Eso depende ti, de tu corazón y de tu voluntad. —dijo—. Yo no puedo obligarte. Tú debes descubrirlo.

—¿Qué puedo hacer por Dios? —lo miró a los ojos.

—¿De verdad quieres servir a Dios? —le acarició las mejillas—. ¿Qué pasará con el rock, la guitarra eléctrica y tu banda musical?

—No lo sé, papá. —inclinó la cabeza—. En los últimos días he sentido cosas muy extrañas. A veces, siento que quiero dejar el rock y los vicios y seguir la paz que he encontrado con Él. En otras oportunidades, sólo quiero cerrar los ojos y drogarme. Incluso he soñado que Dios me habla y me dice que necesita mi ayuda.

—¿Soñar? —sonrió—. Quizá fue verdad.

—¿Cómo Dios me puede hablar? —estiró los labios—. ¡Es imposible!

Emanuel se dejó caer a los pies de la cama y se reflejó en el espejo; tenía la cara pálida. Quiso recuperar los colores fingiendo una sonrisa y atrapar a su papá para no sentirse solo un momento más, pero él se había retirado sin que se percatara.

Recogió la guitarra eléctrica y deslizó los dedos buscando una nota musical. Tenía una idea que no podía desperdiciar. En su pecho ardía la necesidad de cantar como si hubiera vivido el mejor momento del día. Quería descubrir qué estaba sucediendo.

—Ten cuidado, hijo. —dijo el papá, asomándose.

—¿Por qué? —levantó el rostro—. ¿A qué te refieres?

—No vayas a mellar el filo del hacha.

Y cerró la puerta.

14

El número era desconocido. El celular no dejaba de sonar, y en su estómago los retorcijones eran demasiados. Sus dedos se negaban a responder. Volvió la mirada cerciorándose que la puerta de la habitación estuviera cerrada, corrió las cortinas y se apoyó en la pared.

—¿Aló?

—Ven, por favor…

—¿Daniela? —suspiró—. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Soy Bruno. —tosió—. Ayúdame, por favor, Emanuel.

Se quedó en silencio, se mordió el labio inferior y se sentó en la cama, sin aliento. La voz de Bruno no era como la recordaba; denotaba sufrimiento, arrepentimiento, agonía y resignación.

—¿Qué quieres? —dijo en un hilo de voz.

—Tu ayuda, por favor.

—¿Qué te pasó? —se puse en pie, nervioso—. ¿Estás en Chillán?

—Sí…

—¿Qué hiciste? —recogió la billetera y salió del cuarto—. ¿Por qué estás así?

—Estoy en *El Lagarto*.

Su voz se perdió antes del tono que daba fin a la conversación. Contuvo la respiración y atravesó la puerta de la casa omitiendo las explicaciones para su madre, quien lo observaba desde el umbral de la cocina.

El Lagarto era un lugar que conocía muy bien. De hecho, antes de establecerse con su familia, había viajado a Chillán con la banda de rock para una presentación universitaria. Era el único recuerdo que tenía de la ciudad hasta antes de conocer a Daniela y su misterioso encanto que lo obligaba a abandonar todo lo que se había propuesto. El bar estaba ubicado a metros de la Plaza de Armas, en la vereda norte, escondido tras un portón negro que era custodiado por un hombre fortachón y cabeza calva. Aquella oportunidad que estuvo con Bruno y Ulises bebiendo hasta el amanecer después del concierto de rock en la universidad, hicieron apuestas poco decorosas. Había sido una noche diferente a las que habían vivido en Santiago. Sin duda, lo único rescatable del sur. Se emborracharon, se quitaron la ropa, subieron a las mesas y gritaron como si estuvieran poseídos. Eran los efectos de consumir LSD y cerveza. Eso provocó la euforia del baterista, de los fans y de muchos rockeros que se empujaban por estar cerca de ellos. Era la misma fama que habían soñado y que antes habían disfrutado en otros lugares. Sin embargo, la visita a Chillán tuvo algo distinto. Cuando dejó la cerveza sobre la mesa y se tragó la pastilla, encontró el rostro sonriente de una mujer rubia, ojos verdes y tez blanca que lo miraba de pies a cabeza. Le habló, y ella asintió ostentando su soberbio caminar. La saludó con un beso y le ofreció su vaso. Era hermosa, muy callada y con una silueta muy especial. Además, tenía un tatuaje en el hombro izquierdo, lo que la hacía muy atractiva. Al cabo de unos momentos, ella le tomó la mano, dijo que la acompañara, lo besó en los labios y se perdieron entre la multitud que atestaba a *El Lagarto*. Salieron casi corriendo, felices, dueños de la alegría y de la emoción, pero presos de la confusión. Él no sabía qué estaba ocurriendo realmente; ella dijo que estaba enamorada, y se

encerraron en un motel. Se dejó llevar, pues los efectos de las pastillas de Bruno estaban dándole vuelta la cabeza. Apenas podía distinguir la figura que tenía enfrente, sólo oía su risa y sentía el sopor en su cuerpo. Cerró los ojos, cayó sobre la cama y se olvidó de todo. Simplemente, estaba en otro mundo.

Despertó abrazado a ella. Se miraron y sonrieron. Le dolía la cabeza, el estómago y el pecho. Se sentó en la cama y trató de recordar la noche anterior, pero no estaba disponible. Ella lo besó y dijo que quería quedarse junto a él para siempre. El rockero subió los hombros y le respondió que no se conocían. Ella, entregándole rictus de amargura, contestó que era un poco hombre y que debía responder por las consecuencias que tendría su visita en Chillán. ¿Qué consecuencias? Ni siquiera sabía su nombre, ni su edad, ni sus gustos. Quizá le encantaba el rock, o quizá fue coincidencia que se encontraran en *El Lagarto*. No respondió ninguna de sus palabras agresivas, se vistió y abrió la puerta tratando de recordar el lugar donde estaba alojando con la banda. Casi al salir de la habitación, ella gritó su nombre y prometió que no se escaparía de sus garras porque lo buscaría por todo el mundo para reclamar la paternidad del hijo que estaría esperando. Emanuel la encaró. ¡No era posible que estuviera viviendo un problema como ése! ¡No la conocía, no la amaba, no era la mujer de sus sueños! Dijo que lo demandaría. Lo único que hizo fue dar un portazo y correr por las calles de Chillán. Llamó por celular a Ulises, pero no respondió, entonces optó por Bruno, mas su voz de ebrio no le podía ayudar a encontrar tranquilidad. Compró una botella de ron en un supermercado y se escondió en el baño de un centro comercial. En su boca estaba el sosiego del alcohol y de las pastillas.

Después de ese recital en Chillán, nunca más supo de aquella muchacha. Sólo se enteró que se llamaba Estela. A pesar de todo lo que ocurrió, siguió con las píldoras en Santiago, tocando la guitarra sobre los escenarios y delirando con la fama.

El Lagarto estaba en el mismo lugar y con el mismo guardián en la puerta. Le pidió permiso con la mirada, pero él sólo asintió quitándose del camino. Acomodó sus cabellos largos y entró procurando disfrazarse entre los demás rockeros que debían estar bebiendo. A pesar de vestir como uno más de ellos, su pecho rechazaba el lugar. Seguramente, eran las palabras de Daniela, el miedo a los riesgos de muerte que había sufrido o el llamado de Dios. Bisbisó frases cristianas que había aprendido en los últimos días sólo para sentirse seguro en el bar. Había demasiados jóvenes ebrios peleando, apostando sorbos y fumando. Se sintió ajeno en el mismo mundo que

muchas veces lo acogió cuando el resto del planeta no lo comprendía. Era horrible ver lo que alguna vez fue. Llegó hasta el proscenio que estaba junto a la barra, se abrió paso entre el humo, los forcejeos y los vasos de cerveza, miraba el suelo, atrás y adelante, pero Bruno no estaba. Gritó su nombre, pero la multitud y la música de *Pantera* lo ahogaron. Muchos hacían cuernos con los dedos cuando la música aludía mensajes oscuros, muchos reían frente a su rostro como si supieran que su corazón estaba cambiando y lo tentaban con el cigarrillo y el alcohol rozándole los labios, pero se esforzaba por mantenerse firme, por recordar las palabras de Daniela y la extraña visión que tuvo en el espejo.

—¡Un sorbo por mí!

—No, gracias. —dijo—. No estoy bebiendo.

—¿Qué pasa, amigo? —Bruno estaba con una botella en la mano —. ¿Olvidaste el sueño de rock star?

—Dijiste que estabas muy mal. Por eso vine. —lo rechazó—. ¿Qué pretendes?

—¿Qué pretendes tú? —lo encaró—. ¡Traidor!

Los rockeros se callaron y los encerraron con sus pasos pesados de bototos y cadenas. Bruno le lanzó el resto de cerveza a la cara, clavó su mirada desafiante y le dio una patada en el muslo. Todos rieron, algunos apuntaron con sus dedos, otros los empujaron y humillaron a Emanuel entre escupitajos y porciones de sus vasos. Él se mordía los labios y dejaba que los cabellos largos cubrieran su rostro arrebolado. Miró de reojo a Bruno para entender qué quería hacer, pero él estaba tieso y con los puños firmes, dispuesto a dar la pelea.

—Nos vemos. —Emanuel dio un paso para romper la monotonía —. Otro día hablaremos.

—¡Lo arreglaremos ahora! —Bruno lo empujó impidiendo que saliera del círculo que los rodeaba—. ¡Da la cara, cobarde!

—Yo he decidido cambiar mi vida. —susurró—. Quiero lo mejor para mi futuro.

Bruno lo miró de pies a cabeza y lanzó la botella al suelo. Los trozos se esparcieron entre los bototos de los rockeros que habían iniciado las apuestas para el combate que se desataría. No obstante, el guitarrista guardó las manos en los bolsillos y esperó que su amigo hiciera lo mismo, pero lo golpeó en las mejillas y retrocedió, victorioso.

—¡Nosotros teníamos un sueño! —gritó—. ¿Qué pasó contigo? ¿Es por esa mujer que has dejado la banda? ¡Estás cambiando el rock por una mujerzuela!

—Ella me ha enseñado otro camino…

—¿Cuál camino? —lo empujó—. ¿El camino de los imbéciles? ¿Quieres ser un imbécil más en este mundo?

Los puños, una vez más, hirieron sus pómulos. Arrugó los párpados para soportar el dolor, jadeó y tranquilizó los impulsos. Estaba dispuesto a responderle de la misma manera, mas se contuvo. Levantó el rostro y abrió los ojos sintiendo la armonía que necesitaba en el pecho.

—He conocido a Jesucristo. —afirmó—. He conocido a Dios. Quiero seguir su camino.

—¿Conociste a Dios? —Bruno rió a carcajadas estimulando la burla de los demás—. ¿Ahora qué te crees?

—No te rías, por favor. —susurró—. Respétame.

—¿Dónde quedó el rockero que escribía canciones ácidas? —le golpeó el pecho con los puños—. ¿Dónde quedó el rockero que soñaba con tener el mundo a sus pies? ¿Dónde quedó el rockero que negaba a Dios y lo desafiaba después de cada concierto?

Las ironías de los hombres lo herían. Cada uno se encargó de restregarle en la cara su nueva opción. Muchos lo zamarrearon. Él, sin embargo, permanecía quieto, tratando de mantener la calma, la confianza y la esperanza. Apretó los labios y rogó en voz baja para tener osadía.

Bruno recogió otra botella de cerveza que estaba a un costado de la barra y la bebió a sorbos. En sus ojos había rabia, amargura y desenfreno.

—No me busques. —dijo—. Quiero cambiar, por favor.

—¿Cómo cambiarás? —Bruno lanzó la botella contra el piso—. Para cambiar debes nacer de nuevo.

—Eso haré. —asintió—. Naceré de nuevo.

—¿Cómo? —Bruno buscó el apoyo de los demás rockeros con su risa mordaz—. ¿Volverás al útero de tu mamá? ¡No seas imbécil! ¡Nadie puede nacer de nuevo para cambiar!

—No has entendido nada. —dijo sin importarle que las carcajadas lo cubrieran—. Naceré de nuevo. Naceré en espíritu.

Bruno miró absorto y lo siguió mientras se perdía entre los rockeros, quienes abuchearon hasta que abandonó *El Lagarto*.

15

Prefirió no hablar. Daniela estaba sentada en su lugar, la sala estaba vacía y él quería huir. No había sido una buena noche después de haber recibido las humillaciones en el bar. Se acostó temprano, dejó la guitarra de lado y estuvo despierto hasta las tres de la mañana. En el pecho vivía la paciencia que necesitaba, pero sus manos temblaban. Estaba ofuscado entre el candor del rumbo que estaba tomando su vida y las filípicas del resto del mundo. Aún oía las palabras de Bruno, los escarnios de los rockeros y su sosiego como una oveja. ¿Qué estaba viviendo? Trató de encontrar la respuesta en la noche paseándose de un lado a otro, mirando a través de la ventana, acariciando las cuerdas de la guitarra, susurrando emociones y buscando la compañía de quien había tocado sus días. Miró el celular para que éste sonara, pero las horas pasaban y nada ocurría.

Daniela escondió su rostro. Estaba diferente, quizá avergonzada. Él se detuvo en el pasillo, a unos metros de ella, esperó que nuevamente lo buscara y se acercó.

—¿Por qué? —frunció el ceño—. ¿Te sientes bien, Emanuel?

—Tengo miedo. —contuvo la respiración—. Todos se ríen de mí. Creo que volveré a ser lo de antes. Es la única opción.

—¿La única? —Daniela lo abrazó—. ¿Seguro?

Asintió.

—¿Te darás por vencido? —rozó sus mejillas—. No te alejes de mí.

—¿Qué dices, Daniela? —balbució—. ¿Qué pretendes con todo esto?

—Yo no pretendo nada. —suspiró—. Yo siento que tú te arrancas de mí.

Se quedó a su lado y la miró tratando de encontrar la lógica a todo lo que estaba diciendo. Su corazón saltaba, su piel se enfriaba y su boca se secaba. Quería convencerse de lo que estaba viviendo.

—No lo entiendo, Daniela.

—¿Qué? —prestó atención al patio de la universidad a través de la ventana—. No sigamos conversando, por favor.

—Un día me pides que no me arranque de ti, y al otro día dices que mi presencia te hace mal. —movió los hombros—. ¿Cuál es tu intención?

—Ninguna. —volteó el rostro—. Ninguna.

—¿Entonces?

—No lo sé, Emanuel.

Quiso tomar sus manos, pero ella se levantó del asiento. Decidido, la siguió hasta que se detuvo en el umbral.

—No quiero hacerte daño.

—¡Yo te quiero! —dio un salto—. ¡Tú sabes que por ti estoy dispuesto a cambiar mi vida!

—No confundas las cosas, por favor.

—¡Yo dejaré el rock por ti, dejaré esa vida para estar contigo!

—No lo sé, Emanuel. —suspiró—. En tus ojos veo otras intenciones.

—¿Qué quieres que haga para demostrarte que te amo? —le tocó un hombro con sutileza—.Yo no soy un hombre malo, nunca he tenido malas intenciones contigo. ¿Por qué me tratas así?

Daniela guardó sus manos en los bolsillos de la chaqueta beige y sacudió el rostro para quitarse los cabellos largos que descansaban sobre su frente.

—Tienes que alimentarte de la palabra. —sentenció—. Tú no estás bien.

—¿Alimentarme de qué? —se rascó la cabeza—. ¿Qué quieres que haga?

—Acércate a Dios. —aseveró—. Él te está esperando.

—Si tú me lo pides, lo haré. —confesó—. Sólo para demostrarte mi amor.

Daniela entregó un rictus de resignación, movió la cabeza y suspiró.

—No lo hagas por mí; hazlo por ti.

—No lo sé.

—Hazlo cuando te nazca en el corazón. —sonrió—. Acércate, no tengas miedo. Él no hace daño.

—Tengo miedo, Daniela. —hizo sonar los dedos de las manos—. ¿Qué dirán los que me conocen?

—¿Realmente te interesa lo que dicen los demás? —se dispuso a caminar—. Pensé que estabas dispuesto a todo por cumplir tus sueños.

—Sí, pero me estás diciendo que me bautice…

—Yo no dije eso. —contrajo los labios—. Te estoy diciendo que te acerques a Dios. No importa si lo haces por una u otra iglesia, pero habla con Dios. Tú lo necesitas y Él a ti.

Aquellas palabras estremecieron su pecho y lo obligaron a buscarla cuando se marchaba. Corrió tras ella, la retuvo de un brazo y encontró su rostro reflexivo.

—Búscalo, háblale, ten paciencia y Él responderá a tus peticiones.

Sonrió desconfiado.

—Eso es imposible, Daniela. —se cruzó de brazos—. ¿Tú crees que si hablo con Él podré cumplir mis sueños?

—Yo creo que sí. —asintió con una sonrisa espontánea—. Creo

que eso está esperando.

—Yo sólo tengo dos sueños en esta vida. —suspiró—. Vivir para tocar la guitarra y estar contigo, Daniela. ¿Tú crees que Dios cumplirá mis sueños?

—Primero debes buscarlo.

—¿Y tú? —le tomó una mano—. ¿Quieres estar conmigo para cumplir mi sueño?

Daniela soltó la mano, evitó mirarlo y apresuró los pasos hacia la esquina.

Él sólo alcanzó a ver su sombra.

16

Ulises apareció en la puerta de su casa. Le rogó con la mirada para que no le cerrara en la cara. Le habló en voz baja para no despertar la atención de los padres, pero lo hizo. Emanuel se alejó, pues el olor a cerveza apestaba al igual que el desaseo. Tenía los cabellos tiesos, la barba manchada con restos de salsa que comió en alguna fuente de soda y los pantalones mojados. Dijo que no quería conversar, sin embargo, su amigo suplicó aferrándose a los barrotes de la reja.

—¿Qué quieres?

—Arreglar lo que ha ocurrido entre nosotros. —dijo Ulises—. ¿Podemos conversar?

—¿Qué me dirás tú? —se cruzó de brazos—. Bruno me humilló en una taberna. ¡Se río de mí frente a todos!

—¿Vamos a dar una vuelta?

Ulises sonrió tratando de ser simpático. Sus manos se movieron cordiales, invitándolo a salir del jardín para acompañarlo en la vereda. Emanuel lo estudió de pies a cabeza, buscó el valor para enfrentar lo que estaba viviendo; quería dejarlo de lado y refugiarse en la guitarra eléctrica, pero aquellos ojos melancólicos lo convencían.

Dijo que estaba arrepentido. Lo dijo dos veces en voz baja, lo que fue suficiente para darle una oportunidad. La pestilencia se alojaba en sus ropas, sin embargo, no podía rechazarlo porque en su pecho había preocupación.

Estuvieron en silencio todo el viaje. Se perdieron por la avenida hasta que llegaron al parque, se sentaron en una de las bancas y respiraron profundo, al unísono, como si estuvieran de acuerdo en todo. Era maravilloso sentir aquel momento de paz luego de haber vivido muchas noches de desenfreno y desamor. Cada uno tenía una historia de desilusión guardada en el corazón, en lo más profundo, que en bastantes oportunidades quiso aflorar entre lágrimas y rencor estimulado por las drogas, pero que no mostraban porque eran rockeros, hombres fuertes.

Tenían una historia en común, una historia dolorosa, pero que sirvió para poner a prueba la verdadera amistad. A principios del primer verano en la universidad, tocaron en el festival de rock de un club nocturno de Santiago. Junto con Bruno eran la sensación entre las universitarias y cada uno tenía sus fanáticas. Sin embargo, aquella noche de drogas, cervezas y rock todo cambió. Frente al escenario estaba la mujer que le robaba suspiros a Emanuel cada vez que la encontraba; era delgada, de cabellos claros y tez tostada. Se llamaba Melisa y vivía cerca de su casa. Le había dicho muchas veces de sus intenciones, pero siempre lo rechazaba. La última vez que le había declarado su amor fue poco antes de aquel recital, no obstante, ella

contestó que sólo lo quería como amigo. Fue una decepción, mas supo reponerse. Pasaron dos semanas desde aquel romántico encuentro, y la volvió a ver en el festival, frente a él, mirándolo cómo tocaba la guitarra. Sólo sonreía y jugaba con sus ojos. Mientras actuaba, se acercó para oír la voz de Melisa; quería verlo después del recital.

Terminaron la presentación, dejó la guitarra al bajar del escenario y corrió a la pieza donde tenían sus pertenencias. Necesitaba las pastillas para enfrentar a la mujer que estremecía su cuerpo. En su carrera lo detuvo Bruno preguntándole si había visto a Ulises porque se retiró poco antes. Era extraño que desapareciera porque siempre le gustaba recibir la ovación del público. Bruno lo invitó a un sorbo de cerveza, mas lo rechazó porque estaba perdiendo tiempo. Siguió buscando a Melisa, pero no estaba cerca del escenario. Corrió al camarín para recoger las pastillas y dejarse llevar por la locura. Quería entregarle todo lo que había en él. No obstante, sus pasos decayeron cuando abrió la puerta y encontró a Ulises, desnudo, junto a Melisa perdidos entre botellas de cerveza. Gritó, pateó la silla que estaba enfrente, y de inmediato él y ella se separaron. La muchacha dijo que había sido culpa del alcohol, que la perdonara y que entendiera que había decidido estar con él, pero que fue inevitable la atracción de Ulises dentro del camarín. Emanuel, en cambio, escondió la mirada. Esperaron que ella saliera, cerraron con llave y se miraron. El bajista dijo que estaba arrepentido y pidió que no se destruyera la amistad en el momento que comenzaba el éxito para la banda. El guitarrista, ansioso, se tragó un par de anfetaminas y lloró sentado en el suelo. Estuvieron callados más de una hora e ignoraron los golpes en la puerta que delataban la insistencia de Bruno por saber qué había sucedido. Al final, cuando estaba perdiendo el efecto de las pastillas y se había puesto en pie para cobrar la deuda pendiente, Ulises le extendió la mano. Sólo le preguntó qué era más importante; terminar una amistad por una mujer o tratar de reparar los errores. Él se inclinó por la segunda opción. Entonces, se abrazaron.

—Este lugar es hermoso. —dijo Ulises contemplando la inmensidad del parque—. No me había dado el tiempo para mirar el resto de la ciudad desde que llegué.

—¿Por qué me buscan? —susurró—. Yo no volveré a la banda de rock. Lo he decidido.

—¿Por qué, Emanuel? —se quitó el sudor del rostro—. ¡En poco tiempo seremos estrellas de rock!

—No me interesa. —sentenció—. Quiero cambiar mi vida, quiero darle un sentido que no me haga arrepentirme al siguiente amanecer. Tú sabes que las drogas matan por dentro.

—Es por esa mujer, ¿verdad?

Ulises clavó la mirada con la frialdad de un bandido. Su amigo no

sabía qué pretendía, pero estaba consiguiendo que cuestionara la decisión.

—Sí, es por ella. —balbució—. También es por Dios.

—¿Dios? —Ulises rió— ¡Por favor, Emanuel! ¿Desde cuándo que crees en Dios? ¿Qué te hizo esa mujerzuela?

—¡No es una mujerzuela! —lo empujó—. ¡Se llama Daniela y ha cambiado mi vida!

—¿La vida? —dijo en tono irónico—. ¿Qué es la vida para ti? ¿Golpearte el pecho todos los domingos, no beber, no fumar, no usar pastillas y no aprovechar a todas las mujeres que te invitan a la cama porque eres un rockero? ¿Esa es la vida que tú quieres? ¡Estás loco!

—Fue bueno vivir todo eso, pero es suficiente. —respiró profundo —. Me aburrió esa vida. Siento un gran vacío en mi pecho que ni siquiera lo puede llenar un millón de píldoras. Siento que a mi vida le hace falta amor…

—¿Me quieres culpar por lo que pasó con Melisa? —Ulises subió los hombros con brusquedad—. ¡Fue una locura de aquella noche!

—Amor verdadero. —aseguró—. Dios es amor.

—¿Desde cuándo? —hizo cuernos con sus dedos.

—Desde siempre. Siempre ha estado ahí. —alzó la mirada—. Lo que pasa es que nunca lo hemos querido ver.

Ulises negó con la cabeza, se mordió los labios y escupió. Luego, se restregó la barbilla, se levantó y bostezó.

—Es todo lo que debemos conversar.

—¿Te vas? —dijo Emanuel—. ¿Fuiste a mi casa sólo para esto?

—Quería saber qué sería de nuestra banda de rock, pero veo que no hay vuelta atrás. —lo señaló con un dedo—. ¡Serás un amargado el resto de tu vida!

—¿Lo crees, Ulises? —inclinó el rostro—. No es que quiera dejar el rock y los escenarios, pero entiende que los excesos terminarán con nuestras vidas. ¡Quizá nunca disfrutemos lo que tanto hemos deseado!

—¡Exageras! —dijo, renuente—. ¡Esa mujer te ha lavado el cerebro con sus ideas! ¿Quieres creer en Dios? ¡Hazlo, pero no niegues todo lo que has probado!

—No lo niego. He probado todo lo malo del mundo. —respiró profundo—. Ahora quiero saber qué es la vida alejado de los vicios. Perfectamente, puedo subir a un escenario y tocar la misma música, pero sin drogas. ¿Entiendes? Dios ama al mundo, Dios siempre quiere lo mejor para nosotros, pero uno también debe poner de su parte.

Ulises se sentó en el respaldo de la banca, sacó un cigarrillo y un encendedor y le ofreció al guitarrista.

—No te matará. —dijo aspirando el humo—. Tampoco creo que Dios te condene al infierno. ¿Quieres fumar?

—No te burles, por favor. —lo encaró—. Respétame.

—Sólo te estoy ofreciendo un cigarrillo. —le extendió la cajetilla que guardaba en el bolsillo—. Si esto es malo, las pastillas, la cerveza y otros vicios, ¿por qué Dios permite que existan? Se supone que él creó todo. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Tú eliges. ¿No te has dado cuenta, Ulises? —recogió un cigarrillo—. ¿Quién te dijo que estudiaras ingeniería? Tú elegiste. ¿Quién me está diciendo que fume? Yo estoy eligiendo. Siempre hay dos caminos, pero uno elige. En la vida espiritual es lo mismo; estás con Dios o estás sin Él. Es como lo que hizo El Gran Leñador.

—¿Quién?

Lo miró de soslayo, esbozó una sonrisa esperando que se llevara el cigarrillo a los labios y le entregó el encendedor. Sin embargo, Emanuel dejó caer el pitillo y lo aplastó sin quebrar la mirada.

—También he elegido no hacerlo.

—¡Imbécil! —empujó acuclillándose para recoger el cigarrillo—. ¡Podrías guardarlo para otro momento! ¿Quién sabe si, encerrado en tu pieza, te dan deseos de fumar?

—No. —aseveró—. Quiero cambiar, quiero sentir la vida de nuevo. Quiero darme una oportunidad. Estoy eligiendo el camino.

—¡Estúpido!

—Quiero encontrar mi propio bosque. —susurró—. Quiero ser un leñador.

Ulises aspiró el fumo, indiferente.

Emanuel caminó de regreso a casa guardando las manos en los bolsillos.

Se sentía más tranquilo.

17

Se sentó en la cama, se quitó el sudor y encendió la luz, asustado. Había sido un sueño extraño. Estaban sus padres, Ulises, Bruno y Daniela en medio de un camino de tierra bajo el sol radiante. De pronto, en el cielo, aparecieron nubes negras. Desde el otro extremo del camino, los veía alejarse, y sobre ellos caía la lluvia de las nubes negras. Ellos se mojaban, corrían y gritaban. Él, por el contrario, estaba a salvo, lejos del agua. Quería seguirlos, pero no podía mover los pies. Entonces, apareció una nube blanca, muy luminosa, que se detuvo frente a sus ojos, y de ella salió un rayo de luz que lo encegueció.

Caminó hacia la puerta para cerciorarse que estuviera cerrada, miró por la ventana la calle cubierta por la madrugada y se refugió en su sombra sobre el espejo. Estaba pálido, sudado y somnoliento. Se quitó las lagañas, se estiró y consultó la hora en el celular. Eran las cuatro y media de la madrugada.

Escuchó un ruido. Algo cayó en la sala de estar. De inmediato, pensó que alguien había entrado a robar. Se quedó quieto, acomodó la oreja junto al resquicio de la puerta y esperó. Luego, oyó unos pasos. Sintió miedo, quiso gritar y llamar a papá para que vigilara. Sin embargo, todo terminó cuando tuvo la intención de sacar la llave de la puerta.

—¿Lo pensaste?

—¿Qué? —miró a todos lados, confundido—. ¿Papá, me hablaste?

—No. —una intensa luz se reflejó en el espejo—. ¿Te acuerdas de mí?

—¿Tú? —frunció el ceño y retrocedió—. ¿Eres de verdad o un sueño?

—¿Qué crees? —la luz lo alcanzó—. ¿Recuerdas lo que te dije?

Quiso cerrar los ojos, pero no podía. La luz tocaba su pecho, lo vitalizaba, sus músculos estaban relajados y la cara libre de modorra.

—No lo recuerdo. —susurró—. ¿Qué quieres de mí?

—Te necesito, Emanuel. —dijo—. Ven a mí, por favor. ¿Lo pensaste? Te necesito.

—No entiendo qué quieres de mí. —tartamudeó—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Ayúdame. —la voz sonó muy fuerte en sus oídos—. Yo sé que tú puedes.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo veo en tu corazón.

La luz se encerró en el espejo entregando resplandor para el resto de la habitación. De pronto, se apagó.

Las manos de Emanuel tocaron el borde del cristal, sus ojos buscaron los restos de aquella luz y la piel sintió la caricia de una mano protectora.

Entonces, pudo dormir sereno.

18

—Tuve un sueño contigo, Daniela.

—¿Conmigo? —enarcó las cejas, dubitativa—. ¿Otro? ¿Qué clase de sueño?

—Uno extraño.

No supo qué más responder. Ella esbozó un rictus de amargura, como si creyera que todo era mentira. Sin embargo, sonrió cuando se acercó y colocó las manos sobre sus hombros.

—¿Dios nos ama?

—Te ama, Emanuel. —susurró—. ¿No te has dado cuenta?

—Todo es muy raro. —musitó—. No sé qué está ocurriendo.

Anoche desperté asustado por un sueño, me desvelé y vi en el espejo lo mismo que hace unos días…

—¿Qué? —Daniela mostró su sonrisa espontánea—. ¿Qué viste? Dímelo, por favor.

—Era Dios. —enarcó las cejas—. Él lo dijo.

Daniela asintió con las mejillas arreboladas y le apretó las manos. Sus ojos estaban muy abiertos, llenos de alegría y tranquilidad.

—¿Qué dices? ¿Lo crees?

—¡Seguro, Emanuel! —lo abrazó—. ¡Bendiciones!

—¿Por qué me habla? ¿Qué hice?

—¿Qué te ha dicho?

El joven se mordió los labios, contuvo la respiración y se convenció de la paz que recibía. Abrigó las manos de Daniela y se las besó.

—Dijo que me necesitaba. —declaró—. Dijo que quería mi ayuda. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Te está buscando. —sonrió Daniela.

—¿A mí? —abultó las mejillas—. ¿Qué podría ofrecerle a Él? Lo negué muchas veces, estuve muchos años apoyando el bando contrario, ¿por qué quiere mi ayuda? No lo entiendo.

—Porque Él ha visto tu corazón. Necesita la pureza que hay en ti.

—¿Pureza? —arrugó la frente—. ¡Me he drogado, he maldecido muchas cosas, he intentado matarme! ¿Cómo puede buscarme después de todo eso?

Daniela acomodó sus cabellos, sujetó su bolso y otorgó su mirada dulce obligándolo a esconder el rubor.

—Si una oveja se aparta del rebaño que está pastando en las hierbas verdes y se marcha a los cerros cubiertos de cizañas y pastos secos, ¿qué hace el pastor? ¿Deja que su oveja se pierda en la maleza? — Daniela enarcó las cejas y le indicó que le diera una respuesta—. ¿O va al cerro de cizañas y pastos secos y la convence para regresar al rebaño?

—La rescata. —asintió el muchacho—. Una oveja es muy importante para un pastor.

—¿Por qué, entonces, crees que Dios está insistiendo contigo?

—Tengo miedo a convertirme en lo que siempre he negado. —dijo—. ¿Qué tal si mi vida se transforma en una monotonía?

—Sólo te está diciendo *“Ven, te necesito. Cree en mí”*. —Daniela le tocó un hombro—. Eso es todo.

Ella se dispuso a caminar, pero él obstaculizó sus pasos.

—¿Y si todo lo que he visto y he escuchado en el espejo es una fantasía? ¿Qué tal si estoy loco?

—No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Daniela sonrió y continuó caminando.

Emanuel miró el cielo buscando una respuesta.

19

Fue un día distinto. Estaba aliviado, acompañado —aunque caminó solo durante el mediodía—, y libre. Sus pasos eran ágiles, sus manos jugaban con los cabellos largos que descansaban sobre sus hombros y su boca no dejaba de susurrar. Era extraño porque pocas veces caminaba hablando. Antes, lo hacía escuchando música y cantando los últimos temas que había compuesto en los ensayos. Llegó a la esquina de la Avenida Libertad, miró a ambos lados antes de cruzar y se percató que un hombre lo observaba de pies a cabeza. Trató de ignorarlo, mas su presencia lo inquietó. Intentó perderse entre la multitud, pero pronto lo alcanzó. Era de estatura media, complexión ancha y tez morena. Era bizco, pero se acomodaba para escrutarlo.

—¿Cómo estás, muchacho?

—¿Nos hemos visto antes? —frunció el ceño—. ¿Nos conocemos?

—Desde siempre. —sonrió—. ¿No te acuerdas de mí?

—Soy nuevo en esta ciudad. —carraspeó—. No tengo amigos.

—Anoche estuve en tu casa. —asintió—. ¿Lo recuerdas?

Sintió escalofríos en la espalda.

—¿Tú? —retrocedió—. ¿Así eres?

—Soy de todas las formas. —sonrió indicando con su mano a las

personas que los rodeaban—. Soy ejecutivo, vendedor, mendigo, taxista, estudiante, mujer, hombre, niño, rico y pobre. ¿Te acabe alguna duda?

—Pero…

—¿Pensaste lo que te dije anoche? —lo tocó con sus dedos ásperos—. ¿Me ayudarás?

El músico se zafó e intentó atravesar cuando el semáforo estaba en rojo, entonces el hombre lo detuvo de la cartera del pantalón, esperó que le devolviera una mirada y le guiñó.

—¿Qué quieres? — regañó.

—Conversar.

—Ahora no puedo. —fingió—. ¡Me esperan en la casa!

—Tu casa está sola. —sonrió—. Vamos, por favor, dame unos minutos de tu tiempo.

No sabía por qué lo siguió. Llegaron a una fuente de soda, se sentaron en las sillas que estaban en la orilla de la avenida, esperaron que el mozo los atendiera y se miraron a los ojos como si quisieran descubrir los misterios.

—¿Cómo se yo que en realidad eres quien me habló por la noche?

—¿Dudas? —enarcó las cejas—. Ése es tu problema. La duda y el miedo siempre están en tu corazón, Emanuel.

—Todo es muy extraño. —susurró—. A veces, recuerdo las cosas que digo y trato de encontrar una explicación.

—¿Sí? —el hombre sonrió—. ¿Por qué?

—En varias ocasiones he hablado categóricamente, he enfrentado muchas opiniones y he dado referencias sin que yo tenga el conocimiento. —se encogió de hombros—. Lo que pasó con Bruno en *El Lagarto* me ha dado vueltas en la cabeza. ¡No entiendo!

—¿Hablaste como un cristiano? —sonrió—. ¿De qué te preocupas?

—¡No sé de dónde salieron esas palabras!

El mozo regresó con los refrescos de naranja y frutilla. Mantuvieron el silencio mientras eran servidos, se miraron convincentes y se refugiaron en los vasos. Cuando el garzón se retiró, el hombre le hizo una ligera reverencia.

—Yo lo hice. —dijo el hombre—. Yo hablé por ti.

—¿Tú? —dejó de absorber el jugo de naranja.

—Disculpa, pero te usé. —sonrió— No tuve otra opción. Eran muchos rockeros drogándose, Bruno estaba insultándote y tú no podías defenderte a golpes. Sólo pudiste luchar con la palabra.

—Es increíble. —suspiró—. ¿Por qué me buscas? Yo era feliz tocando la guitarra eléctrica. Dices que quieres mi ayuda, pero si me acerco a ti perderé la guitarra para siempre. No podré tocar nunca más. Tú sabes que en las iglesias no se puede hacer rock.

—Yo no te estoy pidiendo que dejes el rock. —bebió jugo de frutilla—. Tú lo has dicho a tus amigos; los excesos dañan. Las drogas no son buenas para la vida.

El hombre se arrellanó en la silla, dejó sus manos sobre el regazo, contempló el entorno y asintió esbozando una profunda sonrisa.

—¡Todo mi mundo es perfecto, Emanuel! —dijo—. Todos son felices, todos viven en armonía. ¿Lo puedes ver?

—No.

—¿Por qué no? —enarcó las cejas—. ¿Será porque estás lejos de mí?

—¿Cuál es la ayuda que quieres de mí? —se acomodó en la silla —. ¿Quieres que ingrese a un ministerio de fe?

—La fe no se encuentra en un ministerio. —le tocó el pecho con su mano derecha—. La fe está en tu corazón. Búscame, Emanuel, búscame y yo concederé tus deseos.

—¿Tú sabes cuáles son mis deseos? —movió las manos—. ¡Sólo dos sueños!

—Lo sé, muchacho. —sonrió—. Los tendrás, pero primero debes conocerme, debes aceptarme en tu corazón y ayudarme. Si no te has dado cuenta, cuando pensé en ti y te hice puse un don maravilloso. Por eso quiero que me ayudes. ¡Tú puedes hacerlo!

Emanuel bebió el resto del jugo de naranja, se limpió los labios y se quedó quieto en la silla.

—¿Y ella? —preguntó—. ¿Qué pasará con Daniela?

—Ella es un puente. —se apoyó en la mesa—. Era la única forma para que tú oyeras mi voz. Sabía que te fijarías en su belleza, que comenzarías a buscarla y que ella te hablaría de mí.

—¡Yo la quiero, Señor! —titubeó—. ¡Estoy enamorado de ella! ¿Por qué?

—Es una muchacha muy hermosa. —sonrió—. Es inteligente, honesta, dulce, romántica, tierna y muy devota. Es lo que necesita un…

—¿Un rockero en decadencia? —se mordió los labios—. ¡Nunca he sentido el amor como ahora!

—Ella, a pesar sus hermosas cualidades, necesita que alguien la proteja. Necesita que alguien la abrigue porque en el fondo de su corazón tiene miedo del mundo, del daño de los hombres, de la brusquedad. —sonrió—. Daniela necesita a un muchacho fuerte y decidido a protegerla de las tormentas. Ella necesita a un rockero en decadencia.

El hombre se puso en pie, acomodó la silla y dejó unos billetes sobre la mesa. Enseguida, guardó las manos en los bolsillos y se dispuso a caminar.

—¿Qué quieres que haga, Señor?

—Lo que le dijiste a Ulises en el parque. —respondió—. Dijiste que quieres ser un gran leñador. Entonces, recoge tu hacha, comienza a talar árboles y construye tu misión. Hazlo con paciencia, yo estaré a tu lado y te daré todo. Tu ayuda es muy importante para mí, Emanuel.

Él caminó por la orilla de la avenida y se mezcló entre las personas. El guitarrista quedó con las dudas en los labios y corrió sin importarle atropellar a algunos hombres de corbata y maletín. Cuando lo halló, lo detuvo de un brazo.

—¿Y Daniela? —balbució—. ¿Qué pasará con ella?

—¿Por qué?

—¡Porque la amo, Señor! —se apoyó en sus hombros—. ¡Tú sabes que nunca he sentido tanto amor por una mujer! ¡Tú sabes que por Daniela estoy decidido a todo!

—Sé un gran leñador. —le acarició los cabellos—. Llegarás muy lejos.

—¿Y ella? —insistió—. Por favor, ¿qué hago con ella? ¡Me enamoré del puente que pusiste entre tú y yo! ¡La amo!

—*No te alejes de mí*. —asintió—. Deberías hacerle caso.

El hombre siguió su camino guardando las manos en los bolsillos, atravesó la avenida y se perdió detrás un bus que se detuvo en la esquina.

20

Papá dijo que quería hablar con él. Se encerraron en la habitación, se miraron inquietos y se sentaron distantes. No sabía por qué lo había hecho, pero quería estar lejos de él, en el otro extremo, con la guitarra eléctrica entre las manos y buscando la excusa para huir. No se sentía bien, no quería discutir ni esperar que él indagara en su vida.

—¿Quieres contarme algo?

—Tú dijiste que querías hablar conmigo. —Emanuel dejó la guitarra—. ¿De qué se trata?

—Del amor. —sonrió—. Del sentimiento del Universo.

—¿Por qué? —estiró los labios—. ¿Qué tiene que ver el amor conmigo? Los rockeros no nos enamoramos.

—¿Seguro? —le acarició las mejillas—. Tus ojos dicen lo contrario.

Se sentó a su lado, le tocó los hombros y esperó que sus ojos se reflejaran en los suyos. El joven tenía un nudo en la garganta, era como una mezcla de felicidad, angustia y dolor.

—El amor es maravilloso, Emanuel. —le tocó el pecho con su

mano—. Te conozco muy bien, hijo. ¿Estás enamorado?

—¿Por qué me lo dices?

—Lo veo en tus ojos. —sonrió—. ¿Es por una muchacha que se llama Daniela?

Enrojeció

—Lo sé muy bien. —le besó una mejilla—. No será fácil. Deberás luchar mucho para estar con ella.

—¿Qué tal si ella nunca entiende mis sentimientos? —lloró—. ¡La amo, papá! ¡Yo daría mi vida por ella!

—Ella es frágil y tú eres fuerte. —sonrió—. Son el complemento perfecto.

—¿Entonces por qué no podemos estar juntos? —acezó—. ¿Qué debo hacer?

—Seguirla. Debes ser fuerte. Deberán saltar muchos obstáculos porque lo que tarda en llegar perdura en el tiempo. —secó sus lágrimas—. Estoy seguro que ella también tiene sentimientos hacia ti, pero tiene miedo, mucho miedo. Ella ha sufrido mucho. Siempre ha entregado demasiado y nunca ha sido correspondida.

—¡Yo quiero estar con ella ahora! —farfulló sacudiendo la cabeza —. ¡Ahora!

El padre le enjugó las lágrimas con su pañuelo, le acarició los cabellos y recorrió el contorno de su rostro con los dedos.

—Los tiempos de Dios no son los mismos de nosotros. —dijo—. ¿Por qué aquella muchacha apareció ahora y no antes ni después?

—No lo sé.

—Porque ahora es el momento, Emanuel. —suspiró—. Todo a su tiempo. Es lo que está escrito en la novela de Dios. ¿Lo crees?

—Tengo miedo, papá.

—Lo que viene siempre es mejor. —abrigó mis mejillas—. No lo olvides.

—¿Y si ella no se queda conmigo? —estiró los labios—. ¡Haría cualquier cosa por estar con ella!

—Entonces síguela y verás. ¿Qué dices?

El hombre se levantó y miró por la ventana. Estaba atardeciendo, pero no se habían dado cuenta.

—¿Te acuerdas de la historia del leñador que me contaste?

—El gran leñador. —dijo el papá—. ¿Qué sucede con esa parábola?

—Quiero ser como él. —contestó—. Quiero ser un leñador. Quiero construir con ese talento que hay en mí.

—Entonces, recoge tu hacha y acércate al bosque.

Salieron de la habitación, cerraron la puerta y caminaron hacia el comedor. Se miraron subrepticiamente, sonrieron disimulando sus pensamientos y sonrojaron avergonzados de la inocencia que vivía en

sus corazones.

—¿Estaré haciendo lo correcto, papá?

—Estás decidiendo acercarte a Dios. —dijo—. El camino a Dios nunca es una opción incorrecta.

Se sentaron a cenar. Emanuel, después de muchos años, volvía a agradecer por la abundancia que había en la mesa.

21

Bruno y Ulises le hablaron cuando atravesó la calle. Estaban cabizbajos, con anteojos de sol y cargando sus bolsos. El guitarrista se propuso seguir camino a la universidad, pero se detuvo sólo porque Bruno insistió.

—¿Qué quieres?

—Conversar. —dijo—. ¿Podemos?

—¿Me obligarás a fumar, me humillarás en público o me engañarás para drogarme? —alzó la voz—. No, gracias. ¡No tenemos nada más qué conversar!

—Es importante. —susurró Ulises, acercándose—. Queremos despedirnos.

El eco de las palabras quedó en su cabeza por varios minutos. Carraspeó para despertar, se restregó los ojos y agitó las manos buscando una excusa para continuar caminando, pero ellos lo abrazaron.

—Perdón, por favor, perdón. —bisbisó Ulises—. No quisimos dañarte.

—¿Podremos mirarte a la cara de nuevo? —lloró Bruno—. ¿Qué hicimos?

—Si están arrepentidos de corazón, entonces están perdonados. —dijo buscando sus ojos—. Yo seguiré el camino que he elegido, amigos, y buscaré la forma de ayudarlos.

—¿Ayudarnos? —Ulises frunció el ceño—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Le diré a Dios que los ilumine. —suspiró—. Lo buscaré y le diré que me ayude a salvar sus vidas.

Bruno quedó pensativo.

—Oraré por ustedes. Lo haré para que dejen el camino.

—Queremos ser rockeros. —sentenció Ulises—. Siempre lo hemos soñado.

—El problema no es el rock. —contestó—. Son las drogas. La vida es más bella sin toxinas en el cuerpo. Así lo he aprendido.

Bruno se apartó, resignado, y Ulises sollozó.

—¿Qué será de ti, Emanuel?

—Lucharé por lo que amo en la vida. —sonrió—. Me enamoré de aquella mujer que Dios puso en mi camino.

—¿Irás tras ella? —dijo Bruno—. Te deseo lo mejor, amigo.

—No voy tras ella. —levantó el índice—. Voy tras Dios. Él me espera. Quiero decirle a Dios lo mucho que lo amo. El resto llega por añadidura.

Ulises y Bruno cerraron los ojos y acezaron.

Fue un adiós.

22

Las bisagras de la puerta sonaron, pero eso no interrumpió. Sus pasos sobre las cerámicas eran cadenciosos. Siguió por el pasillo central sintiendo la alegría en su pecho y agradeciendo lo que estaba viviendo. Oyó murmullos, pero no volvió el rostro, escuchó palabras, mas no se detuvo, sintió las miradas extrañadas, empero se acomodó los cabellos largos sobre los hombros y continuó con el semblante altivo. Arrugó los párpados, se mordió los labios y suspiró. Se sentía abrigado por las manos del padre que recibe a su hijo perdido.

Unas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Despertó cuando una mano tocó su hombro derecho. Enseguida, recuperó la compostura, observó el entorno y asimiló la inquietud de

las demás personas.

—¿Está Daniela?

—Bienvenido. —dijo ella saliendo de la primera fila—. Bienvenido a casa.

—Gracias.

Ella lo consoló con sus suaves manos.

—Bienvenido. —dijo el pastor, acercándose—. ¿Cómo te llamas?

—Emanuel.

—Dios con nosotros. —asintió.

—¿Qué? —frunció el ceño.

—Emanuel significa "Dios con nosotros".

Los miembros de la iglesia rodearon al joven y sonrieron.

—Hoy estamos de fiesta. El Padre está de fiesta. —dijo Daniela—. Ha vuelto uno de sus hijos que se perdió en el camino.

—¡A celebrar! —corearon los demás—. ¡Dios bendice!

—Podríamos celebrar el regreso de Emanuel. —dijo el pastor—. Pero tenemos un problema.

—¿Cuál? —Daniela palideció.

—Ignacio no vino porque está enfermo. —susurró—. Nadie más sabe tocar la guitarra.

Emanuel buscó el beneplácito de Daniela, decidió caminar hacia la mesa, sintió las miradas inquietas, recogió la guitarra acústica que estaba a un costado y afinó las cuerdas.

—¿Con qué nota comienza?

—Con un *sí menor*, Emanuel. —dijo Daniela—. ¡Bienvenido a casa!

Su mente viajó por cada momento de la vida, susurró agradecimientos a Dios y solicitó su ayuda para encontrar el bosque.

—¡Tocas muy bien, Emanuel! —dijo el pastor—. ¡Eres un talento de Dios que ha vuelto!

—¿Puedo tocar otra alabanza? —sonrió—. ¡Esto es hermoso!

—¡Estás en tu casa, hijo! —aplaudió el pastor—. ¡Bendiciones!

Miró a Daniela e interpretó una melodía que estaba en su pecho.

Mi Padre me ha dado una mano para levantar a los caídos,
Mi Padre me ha dado una vida para entregar a los desvalidos,
Me ha enseñado el bosque que debo talar para construir su hogar,
Me ha mostrado el camino que debo cruzar para llegar a su lugar,
Ha dejado en mis manos un hacha para devolver las almas a la felicidad,
Me ha dicho que en su nombre sea un Gran Leñador para la eternidad.

La comunidad aplaudió cuando terminó. Abrió los ojos y contempló la admiración del pastor.

—Gracias, Dios, por recibirme. —dijo—. Te amo. Soy feliz estando cerca de ti.

—Yo también soy feliz estando con Dios. —dijo Daniela,

acercándose.

—Los planes de Él son perfectos. Todo estaba pensado desde antes.— sonrió—. Bueno, casi todo.

Daniela lo miró sin borrar su sonrisa perfecta, deslizó sus manos por aquellas mejillas como si quisiera pedirle permiso y lo abrazó.

—¿Puedo decirte algo?

—Sí…

—Te amo, Emanuel. —confesó en su oído—. Te amo desde el primer momento que te vi. Siempre lo supe, pero Dios quiso que primero estuvieras cerca de Él.

—Yo también te amo, Daniela. —sonrojó—. Te amo con todo mi corazón.

—Cuídame, por favor. No quiero sufrir. Mi pecho ha tenido muchas heridas. —lo miró a los ojos—. Tengo miedo, Emanuel, mucho miedo.

—Mientras Dios esté con nosotros y en nuestros corazones haya amor verdadero, nada nos vencerá. —la besó—. Nada nos vencerá, mi amor.

Y siguieron celebrando.

SEGUNDA PARTE:
"EL AMOR DESPUÉS DEL AMOR".

1

Había comenzado una vida nueva. El antiguo mundo despareció para convertirse en tranquilidad y bienestar. Hace tiempo que no estaba así, y su corazón buscaba con urgencia aferrarse a los pilares que sus papás le habían enseñado cuando era un niño. Realmente, haber estado frente a Dios después de diez años estremeció su pecho, su identidad y su felicidad. Había olvidado el gusto sabroso de la felicidad y los condimentos que aderezaban cada día desde el amanecer hasta el atardecer, había olvidado orar, los nombres para llamar la paz desde el cielo y la sensibilidad para luchar cada minuto.

Había olvidado la libertad.

Daniela le devolvió todo eso.

Desde que salió de la iglesia aquella tarde, comenzó a respirar el nuevo aire de Chillán. Habían construido un momento único, legítimo y precioso junto a la candidez que los envolvió.

Caminaban tomados de la mano, se miraban por mucho tiempo y sonreían. Él estaba enamorado, y ella también porque sus ojos brillaban. La última vez que estuvo con una mujer de esa manera no permanecieron quietos y se refugiaron en una pieza junto a todas las drogas y fantasías que tenían entre los dedos. Pero todo cambió. Era limpio.

Ella vivía sobre el reflejo de su sonrisa. No había problemas ni prisa, y sus yemas se deslizaban sutilmente por las mejillas de él describiendo la dulzura que habitaba en los melocotones de su voz.

Alcanzaron un asiento bajo la frondosidad del aromo que los refugiaba del calor de diciembre y permanecieron en un eterno silencio que narraba los latidos de sus corazones.

—¿Esto estaba preparado?

—¿No lo crees? —susurró—. ¿Te has dado cuenta de todo lo que nos ha pasado?

—¡Es increíble! —jugó con sus cabellos—. ¡Dios lo tenía todo muy bien pensado!

—¡Él es grande! —ella lo abrazó—. ¡Siempre quiere lo mejor para sus hijos!

Se quedaron abrazados para observar el atardecer sobre la ciudad.

Se había cortado el pelo unas semanas atrás, había quitado todas

las fotografías de la pieza y destruyó toda evidencia que pudiera llevarlo a la antigua vida.

A sus padres les provocó asombro, intriga y felicidad en un instante. Era, sin dudas, la mejor noticia que habían recibido en años. El papá lo besó con el cariño que no había sentido desde que se convirtió en rockero. A su mamá la embargó la emoción y lloró sentada en el sofá con las manos en alto. En sus labios vivía el ferviente agradecimiento por el nuevo sendero que estaba siguiendo. Les habló de Daniela y de la historia que los envolvía, y ellos no tenían palabras para explicar la dicha que nacía en sus corazones.

—Mis papás te quieren conocer.

—¿Sí? —se encogió de hombros—. ¿Por qué?

—Porque eres un angelito maravilloso.

Ese día fue especial. Llevaban dos meses tomados de la mano y habían decidido dar el paso. La familia organizó una cena reluciente, preparada con cariño y dispuesta a entregar lo mejor.

Fue amor a primera vista, dijo la mamá al comentar la simpatía de Daniela mientras servía los platos. Ella no sabía qué decir, y sólo otorgaba una hermosa sonrisa que evidenciaba la pulcritud de su pecho. Estaba sentada al lado de Emanuel, le abrigaba las manos y pestañeaba seguidamente, tal vez sorprendida por los elogios del dueño de casa. Realmente, todos se habían convencido que era la autora del giro radical que había comenzado en la vida del guitarrista.

—Gracias a Dios que este muchacho abrió los ojos. —la mamá sirvió el postre—. Estaba perdido.

—Yo sabía que Emanuel aparecería en mi vida. —contestó Daniela—. Sólo que no comprendía cómo era ni cuándo llegaría.

Le besó las mejillas.

Al papá, definitivamente, lo conquistó. No dejaba de mirarla junto a una espontánea sonrisa que pretendía acogerla como a una hija. De vez en cuando, escrutaba su perfil, prestaba atención a la voz melodiosa y sus ojos enrojecían. Enseguida, al esconder el rostro, buscaba a su hijo con un suspiro.

—Estás grande, Emanuel.

—Faltan unas semanas para terminar la universidad. —respondió —. Comenzaré a trabajar en lo que estudié para formar una base familiar.

Ella se sonrojó y se quedó sin aliento.

—¿Quieres formar una familia? —titubeó el padre—. ¿Eso dices?

—Sí. —aseveró—. Estoy enamorado y quiero que Daniela sea mi mujer, mi esposa y la madre de mis hijos.

En ese instante, comprendió que no estaba solo y que el egoísmo estaba apoderándose de sus labios. Tal vez, su corazón hablaba con torpeza y sus emociones le estaban jugando una mala pasada. O,

simplemente, la verdad vivía en él.

El silencio que se produjo en la mesa fue abrumador. Mamá había arrugado los párpados, papá enarcó las cejas y Daniela se esforzaba por hallar una vía de escape ante la incertidumbre. Emanuel prefirió tomarle la mano y disculparse con la inquietud de los dedos, pero ella alzó la mirada y se acomodó los cabellos con dóciles movimientos.

—No sé si ustedes están de acuerdo. —dijo ella mirando a los anfitriones—. Pero yo también quiero formar una familia con Emanuel.

—¿Verdad? —el muchacho escrutó su perfil—. ¿Hablas en serio?

Su cara angelical se iluminó. De inmediato, la madre soltó lágrimas y el papá aplaudió. El postre quedó a medio servir y se refugiaron en el sofá para celebrar. El joven fue por la guitarra clásica y cantaron una hermosa composición cristiana que aprendió cuando niño. Daniela hizo palmas a su lado, los padres corearon y la casa se convirtió en una fiesta.

Eran los seres más felices del mundo.

2

Durante la noche, tomó la decisión.

Estuvo sentado en el borde de la cama, inclinado, sintiendo las piernas temblorosas y el pecho apretado. Entre sus manos tenía la Biblia que le regaló Daniela al cumplir una semana de romance, la abrió en el libro que leía todas las noches, la acercó a sus ojos de párpados cansados y suspiró. Algo no le permitía continuar. Caminó en dirección al espejo de cuerpo entero y meditó. Hace tiempo que todo había cambiado, pero no se había detenido a estudiar qué tan significativo fue la transformación. Desde el lugar que ocupaba, la pieza había sufrido una metamorfosis; no había aroma a rencor ni tristeza, desapareció la inspiración negra que noche a noche llegaba para componer melodías tétricas y los pocos rastros de la banda de rock se esfumaron.

¿Era feliz de esa manera?

Era una pregunta que sonaba en sus oídos, que aumentaba la intensidad y se clavaba como cristales filudos. Unas lágrimas vagaron por sus pómulos, tenía los pulmones vacíos y la piel más fría que de

costumbre. Y, de repente, llegaba la imagen de Daniela con su sinfónica voz deseándole las buenas noches.

No entendía nada. Tal vez, no quería hacerlo. Dio vueltas en círculos, acomodó las cortinas para ver el cielo estrellado y negó con la cabeza. Ligeros escalofríos recorrieron su espalda, los brazos estaban débiles y la boca se resecaba con cada intento por sacar la voz.

De pronto, se desplomó sobre la cama.

Algo no estaba bien. Lo sabía, pero no descubría qué era lo que estaba estremeciendo su corazón. No tenía miedo, no estaba triste ni pensaba en fatalidades. Cerró los ojos por unos segundos y exhaló hasta quedar rendido. Y, entonces, llegó la voz que había escuchado en aquel hombre que le habló en la calle, aquella voz que le pedía acercarse porque lo necesitaba. Cuando sintió las palabras por tercera vez, se sentó con un brusco movimiento y entrelazó las manos sin hallar qué decir.

—¿Bautizarme? —titubeó—. ¿Tengo que hacerlo?

—Sí. —el susurro llenó sus oídos—. Sólo hazlo.

—Pero no estoy preparado. —alzó los hombros—. ¿Por qué?

—No busques excusas. —respondió—. Dijiste que querías ser un gran leñador. ¿No lo recuerdas?

En su garganta se formó un nudo que no le permitía respirar bien. Avanzó hacia la ventana, se acordó de todo lo que había sucedido desde que decidió dar el paso y de lo hermoso que era su vida. Él le había dado lo más preciado que tenía —Daniela—, y sin ella no podía imaginarse los días.

—¿Podré hacerlo?

No hubo respuesta.

Vagó con la Biblia entre las manos, quería alcanzar la guitarra para entretenerse, deseaba correr por la puerta para abrazar a su padre y pedirle un consejo, pero lo que estaba ocurriendo tenía que solucionarlo solo.

No era posible que estuviera cayendo en un pozo oscuro y sin fondo. Parecía que los meses lejos de las pastillas y del alcohol deseaban volver. Por momentos, se refugiaba en el rincón —junto a la guitarra—, y titubeaba versículos que había aprendido. Su pecho se calmaba y se colgaba de la esperanza que conoció a través de las largas noches en que rogaba tener entre sus brazos el amor de una doncella. Así lo había conseguido, estaba satisfecho y dichoso. Sin embargo, lo que debía realizar era un paso mayor.

—Ser leñador. —suspiró—. Un gran leñador.

Giró la manilla de la puerta y enfrentó la oscuridad del pasillo. Sólo dio un paso y regresó a la cama con el aliento descompuesto. ¿Qué estaba viviendo en él? Lanzó un quejido; la cabeza le dolía como

si mil alfileres estuvieran hiriéndolo. Estaba rindiéndose, las piernas temblaban, sus manos perdían la movilidad y el corazón quería arrancar del cuerpo.

De un momento a otro, sin recordarlo, cayó de rodillas a los pies de la cama.

Entonces, oró.

3

Antes de sumergirse, les pidió perdón con la mirada. Sus padres y Daniela estaban en el borde de la piscina junto a los hermanos de la iglesia que cantaban las alabanzas mientras el agua helada bañaba su piel y las manos del pastor lo rodeaban. La bata blanca cubría su torso, tenía los labios resecos y separados y los brazos tiritaban. Minutos antes, había llorado en silencio y solo dentro de la habitación. No era fácil lo que iba a hacer. Para muchos era cumplir con un paso definitivo en la aceptación de Jesús en el corazón, para otros era la entrada a la iglesia y su hermandad. Para él, en cambio, era morir para siempre y nacer nuevamente.

Después que se quitó las lágrimas, pudo respirar más tranquilo y alcanzar la puerta de acceso a la nueva vida que le estaba ofreciendo el primer amor.

Entonces, dejó que el agua purificara su espíritu.

Le tomó la mano a Daniela. Ella estaba junto a la piscina contiendo las ansias por abrazarlo. En sus ojos había felicidad que resplandecía en cada instante.

—Bendiciones. —dijo—. Es un paso importante, ¿no?

—¿Quién lo diría? —sonrió—. Antes vivía criticando a los que estaban en este mundo, y ahora estoy dentro de él.

—Dios tiene un propósito contigo. —lo acarició—. Te amo.

El pastor inició el culto de alabanza con la Biblia abierta. Estaba

muy contento con la decisión de Emanuel, pues conocía su historia, lo había visto desde el primer momento —cuando tocó la guitarra—, y lo aconsejó para aceptar a Cristo como Salvador.

Tras leer unos versículos, los hermanos cantaron y rodearon la piscina. En ese momento, el cuerpo del joven perdió la sensibilidad; no había frío, temblor, miedo ni pensamiento que pudiera zafarlo de la situación. Suavemente, sintió las manos del pastor sobre los hombros y oyó su voz preguntándole una confidencia del alma.

—Sí, acepto a Jesús en mi corazón.

Su complexión se acomodó hacia atrás hasta que la cara se hundió. A ojos cerrados, percibió la limpieza que el agua estaba haciendo sobre su piel, sobre su espíritu, sobre su vida, su pasado y su presente. Su corazón latía demasiado, y sus labios se estiraban, sonrientes. Estaba experimentando un gozo enorme que jamás había tenido entre las manos, ni siquiera en aquellos tiempos de desenfreno en Santiago sobre los escenarios. Era un minuto único, el encuentro de su vida frente a la majestuosidad y el poder de Dios. Realmente, estaba dando un giro radical, y en su cabeza vivía la necesidad de saber lo que había en el camino. Era su momento, y nadie más podía apoderarse de él. Quería gritar, cantar, saltar, tocar la guitarra y amanecer deleitándose con el amor y la oportunidad que estaba recibiendo. No entendía si la merecía después de todo lo que había hecho contra el Creador, pero lo único que asumía era su compasión inmensa.

Abrió los ojos y encontró a la congregación enfrente, aplaudiendo y esperando abrazarlo. Agitó las manos y los pies y se sintió nuevo, con deseos de seguir aprendiendo y viviendo.

Lo primero que hizo fue besar a Daniela. Sin ella, no hubiera alcanzado tal felicidad. Tal vez, ni siquiera se hubiese acercado a la iglesia. Una vez que estuvieron tomados de la mano, oró al Señor y le pidió que les diera la fuerza para seguir adelante y formar un hogar y una familia. Entonces, ella suspiró y declaró que ése era el mayor anhelo de su corazón.

A sus papás los envolvió la nostalgia. Ellos estaban agradecidos con la gran obra que había hecho Dios sobre su hijo. Por instantes, el padre se convencía de verlo dentro de la iglesia sin que lo hubiera obligado y trataba de borrar los nefastos recuerdos de los deplorables estados causados por las drogas y el alcohol. La mamá, en cambio, permanecía con los ojos entornados y las manos en alto. Sus labios coreaban, su cuerpo bailaba y su esplendor brillaba como en los mejores tiempos.

Al salir del culto, los cuatro se abrazaron y encomendaron sus caminos a Dios.

4

Se perdió muy temprano y regresó con la noche. Apenas habían hablado durante la mañana, y su enigmática actitud había sacudido sus pensamientos. No estaba desconfiando, pero sí la intriga llenaba su corazón, y su mente maquinaba ideas que parecían llaves de artes marciales sobre la existencia.

Aún había algo del pasado en él. Al parecer, era imposible superarlo. No comprendía la razón del sentimiento que estaba ardiendo, no podía evitarlo, y estaba creciendo como una plaga que carcomía cada centímetro de su vida conduciéndolo a un abismo que no había reconocido ni en los peores días. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Era posible?

Llevaba unos meses viviendo con Cristo, y las tormentas que se iniciaban en su cabeza retorcían todo lo que aceptó. No estaba arrepentido, sino que la confusión lo invadía hasta llevarlo a las cavilaciones más sórdidas.

Se miró en el espejo y lloró.

El teléfono sonaba; no respondía los mensajes. Lo intentó una vez más, pero una daga atravesó su pecho condenándolo a desangrarse en silencio mientras las esperanzas se diluían en el suelo junto a las lágrimas.

—¿No me ama? ¿Por qué?

Su voz no tenía fuerza, sus emociones se enfriaban y los recuerdos desfilaban ante sus ojos como películas añejas que el tiempo había oxidado para que no tuviera posibilidades de recuperarlos. Comenzaba a decepcionarse, estaba rodeado por celdas indestructibles y sobre sus brazos pesaban cadenas de gruesos eslabones imposibles de deshacer.

—No puede estar pasando.

Sólo fue un suspiro lejano y su cuerpo descansó en el respaldo del

asiento que había colocado frente a la ventana para leer y tocar la guitarra. Las horas pasaban lentamente, el cansancio lo envolvía y la inseguridad lo desestabilizaba. Era increíble que —después de cuatro meses de estar armando una relación—, todo se dilatara sin antecedentes, sin excusas y sin derecho a corregir los errores. Extrañaba la voz que siempre lo despertaba, sus sentimientos goteaban en cada paso y sus huesos se quebraban de sólo pensar que ella había desaparecido para siempre.

Unas vueltas alrededor de la cama con la guitarra en la mano, los ojos entornados, la incredulidad en los labios y el teléfono parecía muerto.

El reloj marcó las diez en punto. Las estrellas llevaban siglos en el cielo y todavía no encontraba la silueta que pudiera entregarle la tranquilidad necesaria. Insistió una vez más, y no había una respuesta.

Entonces, se sepultó bajo las almohadas y el aliento contenido.

—¿Puedo? —la puerta se abrió—. ¿Estás despierto?

—¿Dónde estabas? —reaccionó—. ¡Te he esperado todo el día!

Daniela estaba en el umbral con una sonrisa delineada por la felicidad y la angustia. Era primera vez que Emanuel le alzaba la voz. Intentó retroceder, pero el borde de la entrada se lo impidió, de modo que decidió avanzar hasta los pies de la cama y aguardó que se incorporara.

—¡Feliz aniversario! —levantó el bolso que cargaba—. ¡Te amo!

—¿Qué es esto? —el muchacho se encogió de hombros—. ¿Ah?

—¿Lo olvidaste? —lo abrazó—. Hoy cumplimos cinco meses juntos.

—Sí, pero…

Sus ojos brillaban, se fijaban en el rostro parco y sus labios se contraían mientras pensaba lo que quería decir.

—Estás extraño.

—Tú también. —bajó la cara—. Desapareciste sin avisar…

—¡Quería darte una sorpresa! —le abrigó sus mejillas—. ¿Por qué estás triste?

Dudó en confesar, pero a ella no le podía mentir. Ligeramente, se inclinó hacia sus hombros para ahogar el sentimiento que lo había maltratado durante el día. Le dolían las sienes, la garganta y la boca del estómago, y en la mente aún vagaban las más oscuras ideas que la inseguridad podía tejer.

—Pensé que me dejarías.

—¿Dejarte? —frunció el ceño—. ¿Abandonarte? ¿Eso quieres decir?

—Sí. —titubeó—. Pensé que te marcharías para siempre. ¡Yo te amo, Daniela!

—Yo también. —respiró profundo—. Pero no es bueno que

desconfíes de mí. ¿Crees que te doy motivos?

El sudor frío recorrió su espalda, sus brazos se recogieron y sus cejas se enarcaron tratando de explicar lo inexplicable. Ella se alejó considerablemente, cabizbaja, con los dedos entrelazados y los labios estirados. La siguió, le acarició los hombros y buscó desesperadamente su perdón, pero nuevamente huyó.

—No es bueno…

—Lo siento. —agitó las manos—. No quería hacerte sentir mal.

—Lo hiciste. —alzó la voz—. ¡No me hables, Emanuel, por favor!

Daniela se refugió en el borde de la ventana y jugó con las cortinas. Le dio la espalda cuando intentó capturarla, evitó que su boca llegara a su oído y se deslizó hacia la puerta con un gesto inconcluso de recoger el bolso que le había obsequiado.

—No lo hagas.

—Si desconfías de mí es porque no me quieres. —dijo de soslayo—. Es mejor dejar las cosas así.

—Perdóname, mi amor. —alcanzó sus manos—. No quise decir eso. Sólo estaba preocupado por ti.

Le entregó un furtivo pestañeo, soltó el bolso sin importarle que la fragilidad del regalo terminara en el suelo y esperó la actuación. Él rodeó su cintura con sutileza y le dio aquel beso que había guardado durante el día. Era lo que extrañaba, ese sabor que le devolvía las esperanzas de ser verdaderamente feliz después de muchos años perdido.

—¿Nuestra primera discusión? —sonrió—. ¿La recordaremos o la olvidaremos?

—¿Qué prefieres tú? —balbució—. Quiero dedicarte toda mi vida.

—¿En serio? —contuvo el hálito—. ¿Toda la vida?

—Todas mis horas, todos mis días, todo mi esfuerzo y todo mi corazón sólo para ti. —sintió lágrimas en sus párpados—. Porque te amo.

Ella cerró los ojos y retozó su nariz con la de él. Tenía los pómulos enrojecidos, los labios húmedos y la piel tibia. A veces, sonreía como si estuviera imaginando lo que le había confesado, se movía entonando una melodía entre dientes y suspiraba.

—¿Estás seguro, Emanuel?

—Muy seguro.

—¿Nunca me dejarás? —abrió los ojos de repente—. Tú sabes que mi corazón es frágil.

—Te lo prometo por lo más hermoso que siento por ti.

Permanecieron unidos por largo tiempo, en silencio, sólo decorados por las respiraciones alternadas bajo el ambiente de pasión que habían creado con sus juveniles corazones. Cuidadosamente, se desplazaron imitando el paso de un vals, giraron con inocentes

sonrisas y recorrieron las cuatro esquinas de la habitación. No parpadeaban, sus pupilas brillaban y sus sueños se reflejaban en los semblantes.

Repentinamente, se detuvieron frente a la puerta.

—¿El príncipe azul quiere hacerle una pregunta de importancia a su doncella?

—Por supuesto. —refinó la voz como un educado aristócrata de película—. Con mucho respeto, princesa de mis sueños, quiero romper la timidez y proponerle un punto de interés para mi vida. Le prometo que no he dormido esperando este momento.

—¿Cuál es la pregunta que inquieta sus noches, príncipe?

—¿Quieres casarte conmigo? —lo declaró sobre sus labios—. ¿Quieres ser mi esposa, Daniela?

Ella perdió el conocimiento por unos segundos. Su cabeza se ladeó, sus ojos se desorbitaron y su respiración cesó. Él apretó sus manos y se percató que sus dedos estaban sudando. Al parecer, estaba desequilibrándose porque retrocedió. Cayó delicadamente en sus brazos y observó su cara con las mejillas tiesas y la sonrisa borrada.

No dijo palabras.

—Soy un estúpido…

—…

—¡No debí preguntarte eso! ¡Perdona, por favor! —jadeó—. ¿Te asustaste?

Sus párpados estaban arrugados y su cuerpo enfriándose.

—¿Daniela?

—¡Sí, acepto, principito de mi vida! —dio un salto y sonrió—. ¿Te gusta mi respuesta?

Él tenía la cara de tonto. Deseaba volver a oírla, pero era imposible al estar invadido por los sentimientos más bellos.

Definitivamente, estaban enamorados.

5

La cita estaba programada para las seis de la tarde. Era verano, y ambas familias decidieron que lo mejor era realizar el encuentro bajo el enorme parrón que había en el patio de los Fernández. Fue por eso que la madre de Emanuel se levantó más temprano que otros días, organizó las compras y cocinó desde el mediodía hasta las cuatro de la tarde. Después que llegó su esposo del trabajo, arreglaron la mesa bajo la sombra y se comunicaron con su hijo para saber si los Galindo estaban preparados.

La familia de Daniela no estaba decidida a salir de casa con las manos vacías a pesar que el muchacho les aconsejó que no se preocuparan. El padre de la joven fue de compras media hora antes y esperó a los demás en la esquina de la casa. Emanuel sonreía y se guardaba los comentarios al ver que la apariencia era lo primordial para aquellas ocasiones.

Ella no quería hablar, tenía un nudo en el estómago y las manos sudorosas. No quería imaginar que el encuentro tuviera un resultado negro a pesar de haber sido planificado durante dos semanas. Apenas miraba a su romántico galán que la buscaba con tenues palabras, se concentraba en el maquillaje que llevaba sobre los ojos y se ocupaba que sus padres estuvieran bien.

—¡Sólo es una comida!

—Pero es importante. —respondió, sin mirar—. Es primera vez que se juntan las familias.

—¿Y si terminan peleados? —bromeó Emanuel, abrazándola—. ¿Nos seguiremos viendo a escondidas?

Daniela optó por el silencio, le tomó una mano a su madre —que estaba en el asiento del copiloto—, y suspiró. La última vez que se sintió agobiada por un evento social fue para las bodas de oro de su tío Alejandro en Concepción, donde tuvo que preparar la gala, el discurso y ser anfitriona de los invitados llegados de todas las

ciudades del país. De eso tenía malos recuerdos, pues los siguientes días estuvo con jaqueca. Se lo había dicho a Emanuel para evitar las burlas, pero él lo olvidó o estaba cayendo en el morbo.

Viajaron callados hasta que llegaron a casa de los Fernández.

Los padres de Emanuel estaban en la entrada vestidos especialmente para ocasión. Ella sostenía un ramo de flores que le ofreció a la madre de Daniela, y el padre le obsequió el suyo a la muchacha que lo hacía soñar con la hija que nunca tuvo. Fue un encuentro maravilloso. El padre de Daniela no borraba la sonrisa mientras alababa el carisma de Emanuel, decía que nunca había conocido un joven como él y estaba dichoso que su princesita estuviera creando lazos con alguien que le mostraba amor verdadero.

El cóctel lo sirvieron los anfitriones, pero la muchacha quiso ayudar. Estaban reunidos en la mesa bajo la sombra, respiraban el aroma del huerto que había crecido durante los últimos meses, conversaban como si se conocieran de toda la vida y admiraban a la joven pareja. Emanuel evitó tener entre las manos la copa de champaña, prefirió jugo natural y alzó el brindis. Sus palabras fueron sencillas, en un tono comprometido y en voz baja. Estaba nervioso, y de vez en cuando soltaba la mano de su prometida, pero luchaba contra la adversidad. Su padre celebraba cada frase que lanzaba, la madre se emocionaba y compartía los recuerdos de infancia con la señora Galindo, quien no aceptaba que su única hija estuviera convertida en una mujer.

—Nos amamos. —confesó Daniela—. Apenas salgamos de la universidad, nos casaremos.

—Tendremos un hogar, una familia y trabajos estables. —asintió Emanuel—. ¡Seremos felices!

—¡Estaremos juntos para toda la vida! —sonrió ella—. Gracias a Dios.

Los padres aplaudieron con lágrimas en los ojos, dejaron de lado las copas y los abrazaron por largos minutos entregándoles bendiciones para la nueva vida que pretendían comenzar.

Después, el banquete estuvo servido sobre la mesa. Todos agradecieron la dedicación de la señora Fernández, degustaron el pavo asado con ensaladas y hablaron de política, de la ciudad, de los problemas del mundo, de los trabajos, del pasado y del futuro, pero nadie se percataba que los dos enamorados permanecían en silencio en un rincón, abrazados, esperando el momento para anunciar la buena nueva.

—Queremos comunicar algo. —dijo el guitarrista haciendo sonar la copa con el tenedor—. Es muy importante para nosotros.

—¡Sabemos que se casarán! —dijo Fernández—. ¿Tienen una sorpresa?

—Sí. —dijo Daniela—. Una sorpresa muy especial.

El padre de la muchacha contrajo los labios y entrelazó los dedos. Siempre adoptaba aquella posición porque no quería estar débil para recibir el impacto. Su esposa lo consoló con una dulce caricia en la barbilla, pero no pudo ocultar el enrojecimiento de sus ojos, y estaba dispuesto a salir del lugar para no enterarse.

—¿Se adelantaron? —titubeó la mamá de Emanuel—. ¿Hicieron cosas de adultos antes de tiempo?

—¡Por favor, mamá!

—¡Es que no me imagino qué puede ser tan especial! —movió la cabeza—. Supongo que estoy equivocada, ¿verdad?

Daniela abrazó a su príncipe y le susurró al oído una idea. Ambos soltaron risotadas que incomodaron a los presentes, sobre todo a los Galindo, quienes ya no respiraban al dejarse llevar por las palabras de la anfitriona.

—¿Estás embarazada, hija?

—¿Cómo crees, mamá?

—¿Entonces?

Los muchachos se incorporaron tomados de las manos, se miraron y hablaron al unísono.

—Nos casaremos…

—Eso ya lo sabemos. —reclamó el jefe del hogar Fernández—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nos casaremos en dos semanas más.

Los cuatro padres perdieron el juicio, se apoyaron en el borde de la mesa y jadearon. El padre de la novia se aflojó el nudo de la corbata y bajó la mirada mientras que su esposa buscaba una respuesta en el semblante de su hija.

—¿Están seguros?

—¡Demasiado! —contestó Emanuel—. Queremos unirnos pronto.

—¿Por qué? ¿Para qué? —balbució la mamá—. ¿Cuál es la prisa?

—Disfrutar más momentos juntos. —se besaron—. Estamos enamorados.

—Sí, pero…

Los jóvenes alzaron las copas que estaban en la mesa e invitaron al brindis. Al principio, nadie quería responder al llamado, pero pronto siguieron con el protocolo al percatarse que no había nada que pudiera sacarlos de aquella idea.

—Sólo llevan cinco meses…

—Seis meses. —dijo él—. Con Daniela quiero compartir toda mi vida.

—Sí, pero…

—Está decidido. —afirmó ella—. Dios nos acompañará.

Y continuaron con la celebración.

6

Preparó la sorpresa dos días antes. Se bajaron del taxi y caminaron por la orilla de la carretera. Ella estaba extrañada, pues no conocía aquel lugar a pesar que llevaba años viviendo en la ciudad. Él prefería mantener la emoción y no respondía a las preguntas, dejaba que el viento rozara su piel en el parque que estaba en medio del sendero, apretaba la mano de su doncella y hurgaba en los recuerdos para comenzar lo que tenía planeado.

Atrás quedó la ruta urbana y se adentraron en el bosque. Para Daniela era un bosque, pero para el músico era la fachada del recinto. Optó por cubrirle los ojos con las manos, le pidió que se aferrara a su cintura fornida para que no tropezara con las piedras sueltas que caracterizaban el sitio bucólico y subieron una pronunciada cuesta asfaltada. A ella le faltaba el aire y las fuerzas, de modo que se detuvo repentinamente y no obedeció lo que Emanuel le estaba diciendo. Soltó una carcajada como si hubiera escuchado la historia más graciosa de su vida, pero siempre actuaba así cuando la curiosidad la invadía. Inclinó el cuerpo lentamente hasta que se zafó de su novio, quedó con la vista libre y giró sobre sí.

Entonces, respiró profundo y abrió los brazos.

—¡Es maravilloso!

—¿Te gusta? —él se quedó a su lado—. Lo busqué especialmente para nosotros.

—¿Cómo supiste que existía? —lo besó—. ¡Jamás escuché comentarios!

Estaban a unos metros de la cima. Desde el cerro se apreciaba la

exuberante vegetación silvestre, los verdes prados, los jardines ornamentales y los caminos construidos con adoquines que conducían a todos los rincones. Se respiraba tranquilidad, el silencio sólo era interrumpido por el canto de las aves y la brisa del río que pasaba unos pies más abajo tocaba sus mejillas.

—¿Qué lugar es éste? ¡Es hermoso!

—Es un santuario.

—¿Por qué me trajiste hasta acá, Emanuel? —lo abrazó—. ¡Te amo!

Él esperó quedar libre de la excesiva afección de su doncella, metió el puño en el bolsillo y abrió una cajita azul que contenía dos anillos de plata con sus nombres grabados en el interior. Cuidadosamente, tomó la mano derecha y colocó en el dedo anular el sello que le correspondía. Luego, la besó tiernamente, susurrando su nombre una y otra vez. Ella no contuvo la emoción y lloró, miró la belleza que los rodeaba y arrugó los párpados.

—Me tratas como una princesa.

—Eres mi princesa. —sonrió—. Mi princesita hermosa.

Emanuel le entregó la cajita y su mano derecha con el dedo dispuesto. Daniela ubicó el anillo lentamente, procurando que el momento fuera único. Una vez que terminó, cerraron los ojos y se abrazaron mientras un tibio viento los acariciaba.

—Te amo porque cambiaste mi vida. Soy un hombre bueno gracias a ti.

—Te amo porque eres lo más maravilloso que me ha pasado en mi vida.

—Te amo porque eres lo que siempre había esperado. —le besó la frente—. Mi amor verdadero.

—Te amo porque sin ti no quiero vivir. —recitó ella—. Gracias, Dios mío, por este preciado regalo. Gracias por el amor de este hombre. Gracias por esta vida.

—Daniela, contigo quiero formar una familia en el nombre de Dios. —la besó dejando sobre sus labios la pasión impregnada—. Quiero que seas mi mujer, mi esposa y la madre de mis hijos, quiero caminar contigo por todos los caminos que Dios nos dé, seremos fuertes y nos levantaremos un millón de veces si es necesario.

—Eres todo para mí.

—Para mí también.

Se tomaron de las manos y avanzaron hacia la entrada del templo. Ligeramente, se inclinaron, oraron y se sentaron para oír lo que Dios estaba colocando en sus corazones.

—Este amor será para siempre.

—Nos colocamos los anillos frente a Dios. —sonrió Daniela—. Comenzamos bien nuestro compromiso.

—¡Y seguirá bien toda la vida!

Él estaba viviendo en un sueño.

Ella lo estaba haciendo realidad.

7

Lo primero que hizo al abrir los ojos, fue mirarse la mano. El anillo estaba igual que la noche anterior, contuvo la respiración y sonrió. Era el mayor triunfo que tenía en su vida. Anheló sentir los labios de Daniela en el amanecer, pero terminó aferrado a la almohada y tejiendo ilusiones en cada parpadeo. No quería levantarse, se envolvió en el encanto de las sábanas y estiró cada músculo hasta que se cansó. Al parecer, había olvidado la hora porque —de repente —, abandonó la hipnosis y salió de la cama con urgencia. Se lavó el rostro con ligereza, se perfumó la piel y seleccionó la ropa que usaría. Después de girar sobre sí frente al espejo, revisó que todo estuviera en orden en los apuntes había hecho por la noche para que no se escaparan los detalles. Debía ser un día perfecto, y por ese motivo meditó con el semblante a media altura al cruzar la puerta.

—Será un día especial. Nuestro día especial.

Enseguida, corrió hasta el jardín, acarició las hortensias que florecieron después del esfuerzo de su madre y abordó un taxi. Nuevamente, consultó la hora y comprobó que estaba con el tiempo a su favor. A Daniela no le gustaban los atrasos, cada vez que vivía uno se malhumoraba por una hora, y siempre el culpable era Emanuel, pues —inevitablemente—, luchaba contra la desidia que lo invadía.

—Hoy es un día especial. —le dijo al conductor—. Muy especial.

—¿Sí?

—Comenzaremos los preparativos para la boda. —exhibió el anillo—. ¡Es maravillosa!

El hombre optó por entregar atención al tráfico para no derrumbar el castillo de cristal que el joven había construido en el aire en pocos minutos. De vez en cuando, escrutaba la delicadeza con que el pasajero trataba el anillo, negaba con la cabeza como si estuviera arrepentido del paso que dio años atrás y aceleraba mordiéndose los labios.

—Todavía estás a tiempo.

—¿Para qué?
—Para no casarte. —suspiró—. ¡Te traerá muchos problemas!
—No lo creo…
—¡Todas las mujeres dan problemas!
Emanuel bajó el cristal para respirar el aire fresco. Comenzaba a fastidiarse, le picaban las palmas de las manos y deseaba terminar el viaje en aquel instante. Sin embargo, se contuvo porque no quería arruinar la mañana que había esperado por tanto tiempo. Olvidó las palabras del chofer, envolvió la sortija con los dedos de la mano opuesta y contrajo los dientes.
Era la hora. Se bajó del automóvil sin esperar el cambio, echó las manos en los bolsillos y caminó. En sus labios sentía la tibieza del viento sobre el parque que había fundado para sus encuentros amorosos. Atravesó la vereda de césped regada por una asperjadora, se acomodó el cuello de la camisa como lo hacía cada vez que la vergüenza se apoderaba de su mente y acarició el tronco del roble que dividía el sendero principal. Ahí estaba su nombre y el de su doncella encerrados en un corazón. Sólo supo sonreír para contener la emoción, levantó la mirada al cielo y agradeció.
Después de dos vueltas alrededor del parque, y sin perder el punto de encuentro, se sentó en una banca. Tenía las manos juntas, las piernas cansadas y la preocupación puesta sobre las sienes. Daniela nunca se atrasaba, y cuando lo hacía llamaba para no alarmarlo. Decidió aguardar unos minutos, tal vez media hora, y se entretuvo contando las hojas del árbol que estaba a un costado. Le parecía una estupidez, pero era lo único que estaba a mano para evadir lo que temía que naciera en su pecho.
—¿Qué pasó, amor?
No había respuesta. Su voz sonaba ajena en medio del silencio y la incertidumbre. Comenzaba a dolerle la garganta, su piel se volvió fría como la nieve y el desosiego que guardaba en los rincones de la vida olvidada afloraba lentamente bajo un sol tibio que parecía desaparecer entre nubes negras.
Regresó al árbol, admiró el tatuaje en la corteza y bajó la mirada.
—Hoy es una día especial, mi amor. —suspiró—. Hoy daremos el primer paso para nuestro mayor sueño.
Unas hojas cayeron sobre su cabeza como una sutil respuesta del destino. No había nada que pudiera entregarle el consuelo que su pecho reclamaba; el antiguo vicio aparecía destruyendo el majestuoso castillo que levantó por meses, tenía los ojos enrojecidos y los puños apretados.
Había pasado una hora desde la última vez que consultó el reloj, y la doncella no estaba cerca. Ligeramente, marcó el número en el celular y esperó apoyado en la base del roble. Ella nunca se demoraba

en responder. Cuando se disponía a terminar la comunicación, oyó un mensaje que lo descolocó. El número no existía.

Arrugó los párpados y sintió cómo ardía la rabia en su corazón.

Arrasó con la reja y alcanzó la puerta. No le importó estropear los ornamentos de la señora Galindo, insistió con gritos y puntapiés y se dispuso a esperar todo un siglo si era necesario. Al parecer, la casa había perdido la vida, pues no había ruidos, el pasto estaba seco y el pasillo principal estaba sucio. Revisó el teléfono con la esperanza en los labios, pero se desilusionó. Llamó a la puerta por décima vez, y sólo entonces consiguió una señal.

—¿Está Daniela?

La figura demacrada del señor Galindo fue una respuesta. Tenía los ojos hinchados, las manos temblorosas y la piel húmeda. Mantuvo la cara a media altura, casi escondiéndose, abrió la puerta sólo unos centímetros y siguió los inquietos pasos del muchacho.

—Quiero hablar con ella. —susurró—. ¿Está enferma? ¿Tuvo una emergencia? ¿Perdió el teléfono?

—Emanuel…

—¿Puedo entrar?

El joven se acercó al umbral, pero el dueño de casa extendió el brazo derecho para impedir el avance. Entonces, frunció el ceño y separó los labios.

—Daniela no está…

—¿Qué le sucedió? Dígamelo, por favor.

—Se fue. —soltó el llanto—. Se fue sin decir nada.

El músico quedó sin aliento, sus rodillas se doblaron y se desplomó sobre el césped. No pestañeaba, no se movía, no pensaba. Sólo sentía que estaba vistiéndose de negro.

—Imposible…

—Se llevó un poco de ropa y nada más. Ni siquiera su Biblia. —el padre se aproximó—. ¿Qué le ha ocurrido a mi hija, Dios mío?

—Ella dijo que me amaba. —titubeó Emanuel—. Lo dijo frente a Dios. ¿Por qué?

El señor Galindo ahogó la desesperación del muchacho, se sentaron en el borde del jardín y apreciaron el cielo.

Sólo había nubes para sus interrogantes.

Comenzar.

Bonita palabra para poner punto final a lo inexplicable. Comenzaba a ser feliz, comenzaba a madurar, comenzaba a conocer, comenzaba a amar. Comenzaba su vida.

Pateó una piedra que encontró en medio del camino, llevaba las manos en los bolsillos y los párpados hinchados. No quería seguir llorando a pesar que su pecho estaba apretado, tenía los talones débiles y sangraban los labios resecos. El recuerdo de las últimas palabras de Daniela sobrevivía en la mente, en ese lugar único y especial que tenía para ella. A veces, agitaba la cabeza con brusquedad y aspaventaba como en los viejos tiempos, estaba al borde de caer en el vicio de escupir las nubes, pero se mordía la lengua y se hacía la idea de superar la barrera.

—¿Señor, quién falló?

Se sentó en la vereda del parque donde se juntarían para iniciar los preparativos. Le preguntó al jardinero, pero él no atendió a la descripción de la muchacha, le consultó al vendedor de helados, mas no consiguió una respuesta convincente. Se acercó al roble para saber si aún estaban tatuados sus nombres, deslizó los dedos sintiendo la aspereza y rogó entre dientes por una respuesta. Los minutos desfilaron frente a su vida, las ilusiones envejecían lacónicas y no había razón para justificar la ausencia de la doncella.

—¿Tú lo sabías? ¿Por qué no me avisaste para evitarlo?

Emanuel se cruzó de brazos y dejó de respirar. Era un ejercicio que realizaba en los tiempos de rockero, cuando se molestaba con sus amigos al ver que los ensayos no iban por el camino que había pensado. Todavía creía que estaba en el galpón tocando guitarra, y por eso mantuvo el rostro a media altura, los labios estirados y la rabia entre los dientes.

—¡Lo sabías y no me lo dijiste! ¿Sabes cómo se llama eso?

Silencio. Sólo el canto de los pájaros le contestó.

—¡Se llama traición! ¡Me traicionaste!

Lanzó dos puñetazos contra el borde de concreto, los nudillos sangraron y el dolor llegó a sus huesos. Se hizo el valiente, quitó torpemente la mirada del cielo y cerró los ojos en un movimiento, pensando en desaparecer. Tal vez, las pastillas que había abandonado todavía le servirían para la oportunidad; se lamentó de haber desperdiciado aquel preciado camino de escapatoria, se rasguñó las mejillas y susurró el nombre de la muchacha. No lograba despertar del sueño que lo consumía. Después de llorar junto al señor Galindo, a su mente llegaron las inseguridades, apartó con un empujón al hombre y recorrió la casa hasta convencerse que no había rastros. Sobre el

velador de la pieza de Daniela estaba la Biblia —la misma edición que le había obsequiado—, la hojeó lentamente, revisó algunos pasajes que le daban esperanza, la besó y la alojó en su pecho por unos minutos. Luego, cuando el jefe de hogar lo encaró para que recapacitara, ubicó el libro a los pies de la cama y salió sin despedirse.

—Pensé que eras mi amigo. —musitó—. Eso aprendí en los cultos. Pensé que tu amor era grande. ¿Por qué me has hecho esto? ¿Dónde está Daniela? ¡Íbamos a casarnos!

El viento soplaba más fuerte que antes. La tarde de verano que había ideado para organizar la nueva etapa de su vida desapareció en un abrir y cerrar de ojos, las nubes oscuras cubrieron el sol y pronto la lluvia mojó sus tristezas.

No había refugio para él. Caminó bajo el aguacero sin importarle que el resto de la ciudad lo criticara. Estaba solo en medio de la Avenida Libertad, correteaba a los perros, ignoraba los semáforos y los alegatos de los conductores, evocaba las soluciones que siempre tenía a mano cuando los problemas lo acosaban y pensaba los más torcidos episodios sobre la traición.

—Me enseñaste a confiar en ti. —miró el cielo—. ¡Me quitaste lo que más amo en la vida! ¿Cómo quieres que confíe? ¡Me haces daño!

Se detuvo en la puerta de la iglesia, se quitó las gotas se las cejas, desabrochó la chaqueta y cruzó la entrada procurando no delatar su presencia con los pasos. Observó el salón, nada había cambiado desde el culto anterior, salvo que había más sillas, acarició los bordes de los muebles laterales y se detuvo en medio del pasillo para oír la lluvia que golpeaba los cristales superiores.

—¿Cómo estás, Emanuel?

—Pastor…

—¿Qué tienes, hijo? —apareció desde el púlpito—. ¿Te sorprendió la lluvia? Es extraño en verano, ¿no?

—¿Daniela estuvo acá?

El líder le tocó un hombro y le otorgó un ligero rictus. El joven contestó con el mismo gesto, infló el pecho como si quisiera acumular fuerzas para actuar y continuó caminando.

—Se fue.

—Lo supe. —suspiró el pastor—. El padre está desesperado. Nadie sabe nada.

—¿Por qué, pastor? —Emanuel buscó—. ¿Por qué ocurren estas cosas? ¿Por qué Dios ha permitido esto? ¡No es justo!

El guitarrista rompió en llanto sobre el hombro derecho del siervo, su garganta se deformó al expulsar la amargura que contenía en el corazón y tembló, rendido.

—Volverá.

—No lo creo.

—Ten fe, Emanuel. —lo besó—. Daniela es una buena muchacha. Yo la conozco desde que nació. Siempre ha servido a la iglesia. Sé que nada malo le pasará.

—¿Por qué desapareció? ¿Eh? ¿Usted lo sabe?

El sirviente de Dios clavó su mirada sobre el semblante pálido del músico, le secó las lágrimas y lo abrazó fuertemente.

—¿Usted lo sabe? Nos íbamos a casar…

—Lo sé, lo sé…

—¿Por qué Dios ha permitido esto? ¿Esto es amor?

Se quedaron callados, cómplices del llanto y con los chubascos sobre sus cabezas.

9

El vaso con cerveza se derramó en el suelo. A Noelia le causó risa incontenible, se arrellanó en el rincón y deliró repitiendo lo que había ocurrido. A Natalia no le parecía gracioso y escapaba de las molestas carcajadas aspirando el humo del pitillo que había encendido unos minutos antes. De vez en cuando, arrugaba los párpados para sentir el éxtasis que le provocaba la marihuana, humedecía los labios y continuaba con bocanadas cada vez mayores hasta que terminó por fumar el resto sosteniéndolo con las uñas. Enseguida, vagó por la habitación con pasos torpes, con las manos a media altura y la cara blanquecina y se detuvo frente a su amiga, quien continuaba desternillándose.

—¿Qué pasa contigo? —dijo Natalia mirando la puerta—. ¿Te quedarás todo el día ahí?

—¿Por qué se ríe tanto? —dijo Daniela soltando la maleta con ropa—. ¿Está bien?

—Noelia nunca aprende. —dijo la amiga, volviéndose—. Siempre mezcla cerveza con tabaco. Dice que es para sentirse mejor, pero estará con ataque de risa por un tiempo.

La joven arrastró el bolso con los pies hasta el centro de la pieza, se cruzó de brazos y esperó el momento oportuno para hablar. Tenía un nudo en la garganta, sentía el pecho apretado y un ligero calambre en las rodillas le anunciaba que la inseguridad la estaba consumiendo. De soslayo, comprobó la distancia la separaba de la puerta, intentó dar un paso atrás sin importarle el bolso, pero la muchacha con aliento a marihuana quemada la abrazó y le dio un beso largo y cínico

en las mejillas.

Entonces, Daniela decidió quedarse.

Era patético, pero lo estaba disfrutando a su manera. Tenía los ojos bien abiertos, la boca bien cerrada y los dedos doblados. No quería agarrarse a nada, pero tampoco permanecer sola. Las risotadas de Noelia, definitivamente, estaban destrozando la escasa armonía que le quedaba. Se sentó sobre el bolso con ropa, descansó sobre el regazo y clavó la mirada en la pared de enfrente. Ahí estaba el gran dibujo del que le había hablado Natalia cuando se conocieron. Era tal como se lo había imaginado, una especie de dios de la juerga que permitía a ambas muchachas sobrevivir día a día para seguir disfrutando. Por momentos, buscó a la anfitriona para sentir su beneplácito y acercarse, pero comprendió que —estando en el suelo luego del tercer cigarrillo de marihuana—, no le respondería. Sus pasos eran lentos, tal vez tímidos, la mirada se ocultaba mientras se aproximaba, sus manos se escondían y la voz no le salía. Se detuvo unos metros antes de tocar el concreto, observó los detalles de la pintura y sonrió. Luego, lo acarició. Tantas personas vivían felices en el mundo gracias a las fiestas, el alcohol y el tabaco, y ella se culpaba de haber desperdiciado muchos años en el claustro impuesto por las normas despiadadas de sus padres y del pastor. Levantó los brazos y soltó un gemido para celebrar su libertad, fue por un sorbo de cerveza y regresó trastabillando.

—¡La vida es buena! —gritó Natalia—. ¡Esto es vida!

—¡Sí que lo es! —Daniela cayó sentada—. ¿Cuándo comenzará la diversión?

—A la noche.

—¿A la noche? —su lengua estaba adormecida—. ¿Qué haremos?

La mujercita encendió un pitillo y aspiró rápidamente, hasta que sus ojos se tornaron rojos y una sonrisa se dibujó en su semblante marcado por el hambre.

—Es una sorpresa.

—¿Sorpresa? —Daniela enarcó las cejas—. ¿De qué tipo?

—Una sorpresa para ti. —exhaló el resto de humo hacia el techo —. La bienvenida.

Daniela fue por la botella de cerveza que estaba sobre la corroída mesa de madera donde se albergaban dos vasos sucios, tragó dos sorbos largos y retornó esforzándose por mantener el equilibrio.

—No hace falta.

—Tenemos buenos invitados. —rió Natalia—. ¡Seguro te gustarán!

La joven respiró profundamente, se cubrió las mejillas y se recostó. Su compañera aplastó la colilla y se arrellanó a su lado, sonriendo. De vez en cuando, extendía los brazos para alcanzar las

figuras que su imaginación distorsionada le proporcionaba. Era lo que siempre había esperado conocer, y por fin vivía la felicidad que había apreciado desde la vereda opuesta.

No estaba arrepentida.

La puerta se abrió a las diez y media de la noche. El grito del muchacho más alto anunció su llegada con el cargamento. Eso le gustaba a Noelia —quien había terminado de reír—, y fue a su encuentro para ayudarlo. Lo siguieron dos jóvenes de la misma edad, pero de estaturas bajas, fumando, con los cabellos largos y jugando a darse golpes en las espaldas. A Natalia no le gustó, y de inmediato los empujó con la fuerza de un hombre para que terminaran. En ese momento apareció la nueva habitante de la casa abandonada después de quitarse el sueño que le produjo la borrachera de la tarde. Lucía radiante, con los cabellos sueltos y una sonrisa que ocultaba el hambre. Olvidó el comportamiento que siempre destacaron sus ex compañeros de la universidad y sus padres; se levantó la blusa para exhibir el borde del sostén, se arrellanó en la puerta que separaba las habitaciones y lanzó un beso. Natalia no se percató de la actuación porque estaba abrazada a uno de los muchachos y Noelia había abierto una botella de ron que compartía con su amigo. Sólo quedaban Daniela ostentando su cuerpo como una mujer sin reputación y el último hombre en ingresar, quien apagó el cigarrillo con un soplido, le dio un puntapié a su compañero para cobrarle el último golpe que recibió y caminó hacia la pared con una espontánea sonrisa.

—¡Vaya sorpresa! —dijo—. ¡No pensé que sería tanto!

—¿Eres amiga de Natalia? —el joven colocó el brazo en la pared para cubrirla con su cuerpo—. No te había visto por acá.

—Llegué hoy. —pestañeó seguidamente—. ¿No me ofrecerás algo para beber?

Él la tomó de una mano y la llevó a la mesa donde estaban las botellas, se percató que sus dos amigos estaban apasionados con las muchachas y decidió probar lo que tenía a su lado. Ligeramente, abrazó a Daniela, ella sonrió y jugó con sus cabellos, rodeó su cintura y le besó el cuello.

—Si me dices tu nombre, te dejaré seguir. —lo apartó con un leve movimiento sobre el pecho—. Sólo tienes que decirlo.

—¿En serio? —él sirvió un vaso y se lo entregó—. ¿Me dejarás seguir hasta donde yo quiera llegar?

Daniela se encogió de hombros, esbozó una tierna sonrisa y se volteó esperando sentir nuevamente aquellas manos sobre su piel.

—Aníbal. —se movió hasta mirarla a los ojos—. Un gusto. ¿Con quién tengo el placer?

—Daniela. —dejó el vaso y caminó—. Desde hoy, viviré acá.

—¿Por qué? —la siguió bebiendo de la botella—. ¿De dónde vienes?

Ella atravesó la sala principal sin detenerse a pesar de la voz del nuevo amigo, vio a Natalia y a su amante con los torsos desnudos y a Noelia compartiendo un cigarrillo de marihuana con quien le estaba toqueteando los senos, se sentó sobre su maleta con ropa y se cruzó de piernas. Sólo sintió unas manos ásperas, impregnadas a tabaco y ágiles que buscaban ir más allá del escote.

—Te dije mi nombre.

—No tan rápido. —se apartó tenuemente—. Si quieres estar conmigo, tienes que jugártela.

—No estás cumpliendo tu palabra. —Aníbal le tocó el mentón—. Pero me gustan los desafíos. Si me la juego, ¿podré llegar más allá?

—Hasta donde tú quieras.

El joven se sobó las manos, bebió otro sorbo de cerveza y abrazó a la mujercita tratando de tocar sus pechos, a lo que ella sólo sonrió.

—¿Te fuiste de tu casa?

—¿Cómo lo sabes? —Daniela frunció el ceño—. ¿Eres adivino?

—Todos lo hemos hecho. —Aníbal sonrió—. ¡Las normas de mis padres me tenían prisionero!

—Yo no conocía esta vida.

—¿No? — le ofreció la botella —. ¿Qué hacías antes?

La muchacha tragó dos sorbos sin respirar, se limpió los labios bruscamente y entregó una mirada marcada por la nostalgia y la alegría.

—Terminé la universidad, pasaba todo el día en mi casa, tenía algunos amigos, salía con mis padres, iba a la iglesia…

—¿A la iglesia? —él soltó carcajadas—. ¿A la iglesia? ¿Eres cristiana?

—Era cristiana. —contuvo el aliento—. Ahora no. Estaba aburrida de esa vida. Por eso cambié.

—¡No te equivocaste! —le guiñó—. ¿Cómo compararás estar cantando coros con una noche como ésta? ¡Bienvenida a tu nueva vida!

—Gracias. —Daniela se refugió en su pecho—. Necesitaba escapar de ese mundo. Sentía que mi juventud se marchitaría para siempre y terminaría convertida en una vieja amargada.

—¡La juventud hay que disfrutarla! —bebió—. ¿Ahora puedo ir más allá?

Ella asintió ligeramente, meneó la melena y expuso sus labios a ojos cerrados. Él colocó sus manos en la cintura, la besó bruscamente y movió los dedos hasta alcanzar el escote.

10

Por tercera vez en menos de una hora se secó las lágrimas. No había comido desde que regresó, no se quitó la ropa mojada y ni siquiera se había ocupado de dar una explicación a sus padres ante el repentino encierro que adoptó. Advirtió que no quería ser molestado, colocó llave en la puerta, arrojó la guitarra contra la pared, removió el sillón y contempló entre sus manos el último regalo que le había dado Daniela. No tenía palabras para describir el dolor que estaba carcomiendo cada centímetro de sus entrañas. Se reflejó en el espejo, acumuló valor para calmar el corazón y lanzó el obsequio para despedazar los recuerdos. Sólo los cristales esparcidos en el suelo y algunos incrustados en la piel le ayudaron a superar el último suspiro de su novia en el oído.

Se asomó a la ventana. Había dejado de llover, el viento soplaba más helado que otras noches del verano, sus manos recorrieron los contornos de las cortinas, bajó la cara y apretó los dientes. No quería caer derrotado una vez más. Sin embargo, no había nada que llenara el vacío que estaba quedando en lo más profundo de su vida.

Se arrodilló a los pies de la cama, recogió la Biblia que tenía sobre la almohada y la escudriñó buscando el primer pasaje que le había enseñado Daniela. Salmo 23:1 le parecía un consuelo, pero no lo suficiente para él. Quería más, quería volver a oír la voz que muchas noches lo visitó instándolo a seguir y quería sentarse frente a un enorme pizarrón para comprender qué sentido tenía todo. Estaba perdiendo las fuerzas, la conciencia sobrevivía reclamándole los pasos que había dado y el cuerpo aullaba por una sobredosis como en los viejos tiempos. Suponía que se había equivocado, realmente, y que el camino que había elegido no era el que estaba preparado para él. Tal vez, si hubiera considerado el consejo de sus amigos de la banda de rock, todo sería distinto, quizá los escenarios hubieran sido mejor que estar buscando explicaciones que nunca llegarían. No obstante, en un minuto de silencio, derramó lágrimas sobre el cobertor de la cama, quiso rasgar las vestiduras como en los duelos que había leído en el Antiguo Testamento y se debilitó hasta cerrar los ojos.

—Dame una señal, por favor. —titubeó—. Sólo una respuesta para mi corazón. La necesito, Señor.

Estaba solo en la habitación. El espejo —donde antes vio aquella

luz que le hablaba con urgencia—, ya no era el puente correcto para comunicarse. Se tironeó los cabellos, estiró las manos bajo la cama con la ilusión de hallar pastillas, jadeó por los rincones de la pieza con el libro a media altura y se desmayó junto a la puerta.

—Una señal, por favor. —lloró—. No puede ser posible que Daniela haya desaparecido sin dejar huellas. Ella es tu hija, Señor. ¿Por qué cambió?

Se acomodó en el piso, no le importó el dolor de rodillas y juntó sus manos, sumiso. En sus labios sobrevivían palabras que deseaba eliminar para no pecar, pero la rabia, a veces, lo superaba. Tarareó una melodía que aprendió en los cultos, comenzó a alabar como lo hacía cada noche antes de dormirse, su pecho estaba agitado, sus manos temblaban, sus dedos se movían en los bordes de la Biblia, estaba sintiendo el amor de Dios sobre su vida, estaba respirando tranquilidad y sentía la mano acogedora que cicatrizaba heridas.

—Una respuesta, por favor. La necesito, Padre.

Quedó a ojos cerrados sobre la cama, con las manos en alto y el cuerpo tibio.

11

Despertó con el frío sobre su piel. Tenía los labios amoratados, los párpados más pesados que en otras oportunidades, la lengua seca y calambres en todo el cuerpo. Era primera vez que se sentía maltratada, como si hubiera sido atropellada. Sin embargo, hizo un esfuerzo, alzó la vista y se encontró con el desierto que había en el interior de la casa. Estaba en el suelo, y a su altura había botellas a medio consumir, vasos quebrados, vómito, ropa interior esparcida y olor a putrefacción. Enarcó las cejas, rasguñó el piso y se arrastró hacia la puerta. En medio del camino estaban los cuerpos desnudos de sus amigas, abrazadas, con los cabellos revueltos, los alientos descompuestos y el desorden en sus vidas como lo estaba sintiendo ella. Les golpeó las piernas, pero no reaccionaron, las pellizcó en las mejillas, mas no se movieron. Entonces, dejó que continuaran cayendo en el sueño profundo después de una juerga que duró hasta el amanecer.

No estaba segura de lo que había sucedido. Sólo tenía vagos recuerdos, algunas risas grabadas, unos besos, la noche, susurros y nada más. Contuvo el aliento, buscó el bolso con ropa, pero no estaba cerca, se quitó las lagañas y esperó de brazos cruzados mientras estiraba las piernas. No sabía qué hacer, por dónde comenzar ni cómo vivir. Realmente, el lugar que estaba habitando era una pocilga. Alcanzó la pared donde estaba el símbolo de la casa, apoyó la cabeza y suspiró. El cambio drástico aún estremecía su existencia. Jamás lo pensó, jamás lo asimiló y nunca retrocedería. Al menos, lo prometió

cuando cruzó la puerta de su pieza en el hogar de sus padres. Tenía el cuello húmedo, se llevó las manos a los lóbulos y cerró los ojos. Ligeramente, dibujó una sonrisa, descendió hasta su busto y los acarició.

—Aníbal.

—¿Qué?

—Aníbal. —repitió—. ¿Cuándo volverá Aníbal?

Natalia estiró una mano, apartó la cabeza de Noelia y rodó hasta que alcanzó una botella.

—¿Por qué? ¿Te gusta?

—No.

—¿Entonces? —la muchacha bebió un sorbo de cerveza tibia—. ¿Qué pasó anoche?

—No lo sé…

—¿A qué hora se fueron todos?

La única respuesta que tenía Daniela era encogerse de hombros y estirar los labios. Deslizó los dedos índices sobre el suelo formando un gran corazón, sacudió la cabeza y miró el techo.

—¿Vendrá otra vez?

—A veces. —Natalia se quitó el sueño de los ojos—. No es seguro. Con Aníbal nunca se sabe.

La joven prefirió abandonar el tema. Había sentido el rubor en los pómulos como una niña mimada que veía a su príncipe azul después de horas de espera bajo el árbol del jardín. Se acomodó los cabellos con un torpe movimiento, pestañeó seguidamente y escapó del hálito de cerveza que su amiga lanzó tras la última gota.

—¿Dónde está mi bolso?

—En la otra pieza. —se recostó—. Fue una noche genial.

Daniela caminó a tientas, se afirmó en el borde de la pared, estabilizó la cabeza cuando sintió mareos, abrió la boca y se inclinó. Sus cabellos desgreñados cubrieron aquel rostro desfigurado por los excesos, pero pronto recuperó su dignidad y continuó. No demoró, arrastró la maleta y se sentó junto a Natalia.

—¿Puedo ocupar el baño?

—¿Qué? —rió—. ¿Quieres ir al baño?

—Sí. —resopló—. ¡El olor a cerveza, cigarrillo y transpiración apestan!

—Siento desilusionarte, Daniela. —se sentó—. No tenemos baño.

Arrugó los párpados para resistir la noticia, crispó los dedos y deformó los labios para esperar una respuesta. La última vez que estuvo bajo la ducha fue la noche anterior a su salida de la casa de sus padres, luego de regresar del santuario. No quiso recordarlo, disimuló la picazón en el cuero cabelludo, la incomodidad en las entrepiernas y el hedor de sus axilas al percatarse que había olvidado el desodorante

en el mueble que estaba junto a su cama.

—¿Cómo me bañaré? ¡No puedo quedarme así!

—Yo llevo tres días sin bañarme.

—¿Tres días? —Daniela se alejó—. ¿Cómo puedes vivir así?

—No hay muchas comodidades. —le entregó la botella—. Pero la vida sigue.

Por un momento, intentó despreciarla, pero aceptó la invitación y embriagó la inquietud. De soslayo, consultó por el estado de Noelia y comprendió que todavía no retornaba de la borrachera. Sin embargo, tragó el sorbo y sonrió.

—Ya me bañaré.

—A veces, los bomberos de la bencinera nos prestan su baño.

—Entonces, iré.

Llegó hasta la puerta y volvió el rostro al escuchar un chiflido.

—No es gratis.

—¿No? —subió los hombros—. ¿Cómo?

Natalia se acercó con una mano en alto y la otra refugiando el envase. Tenuemente, le acomodó los cabellos, le bajó el pantalón hasta la cadera y le abrió el escote dejando a la vista la mitad de su intimidad.

—¡No dudarán!

—¿Sí?

Contestó con el pulgar arriba y un bostezo.

Daniela salió con una espontánea sonrisa.

12

Descansó cuando sintió la compañía tras su espalda. Sobre la mesa estaba el vaso con gaseosa esperando iniciar la conversación. No había sido un encuentro planeado, y por eso había demorado unos minutos. No obstante, ambos sabían que era necesario.

El silencio del pastor reposaba en sus manos unidas y en los ojos atentos a los labios parcos del joven. El último ruido que los distanció fue cuando la puerta se cerró de golpe tras una repentina corriente de aire que cruzó el salón. Y, desde entonces, que no existían palabras.

—Es imposible de entender.

—Se puede entender. —aseveró el pastor—. Pero debes tener calma.

—¿Volverá?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo podré entenderlo? —Emanuel golpeó la mesa con un puño—. ¡Esto fue una infamia!

—Tienes rabia en el corazón, pero debes controlar tu boca. —advirtió—. Hijo, debes aprender a pensar.

El guitarrista terminó mordiéndose el labio inferior, se albergó en el respaldo del asiento y deslizó las manos por el regazo hasta alcanzar las rodillas. Su mentón estaba a media altura, tenía las mejillas caídas y el temblor en los párpados como si los recuerdos lo castigaran. Llevaba minutos tratando de romper el silencio, pero la mano abierta del líder lo impedía.

—¿Te sientes mejor? ¿Quieres oír un consejo?

—¿Me dirá que la olvide?

—Esto no es como tú piensas, Emanuel. —suspiró—. No se trata de lo que tú tienes que hacer, sino de lo que Dios quiere hacer.

—¿Por qué me la quitó? —sollozó—. Yo estaba enamorado. Él sabía que mi corazón tenía mucho amor para ella, pero permitió que se fuera. ¿Por qué?

—La pregunta no es *¿por qué?* —le ofreció un pañuelo desechable —. Sino *¿para qué?*

El músico guardó la compostura, negó con la cabeza y se apoyó en el borde de la mesa ignorando el vaso. Su cuerpo se inclinaba como si estuviera perdiendo las fuerzas, tenía la mirada perdida y la respiración estancada.

—Dios conoce tu corazón, tus anhelos, tus sueños, tus pensamientos. —le abrigó las manos—. No te sientas solo porque Él está contigo.

—¿Para qué permitió que Daniela se marchara? ¿Ah? —jadeó—. No lo puedo creer.

—Es difícil para nosotros comprender cómo opera Dios, pero tienes que confiar. Él siempre quiere lo mejor para nosotros. ¿Entiendes?

—No.

—Él tiene todo el poder y toda la sabiduría. —sonrió—. Conoce el pasado, el presente y el futuro.

Emanuel alzó las cejas y entregó varias muecas antes de decidir

hablar. Quería humedecer los labios con gaseosa, pero prefería mostrarse fuerte después de derramar lágrimas.

—No estoy de acuerdo con lo que hizo. —suspiró—. Permitió que me enamorara, me dio la oportunidad de estar con Daniela, me ilusioné, me acerqué a Él, renuncié a todo lo que tenía y ahora me deja sin nada. ¿Qué clase de Dios es?

—Un Padre bueno. —confesó el pastor—. Su sabiduría no podemos comprenderla, pero estoy seguro que hay un propósito para tu vida.

El muchacho se arrellanó sobre la mesa, apartó el vaso y mantuvo la mirada a media altura sobre el semblante carismático del pastor.

—¿Cuál es el propósito para mi vida? ¿Hacerme sufrir por amor?

—No hables así, hijo. —le ofreció la gaseosa—. Tal vez, Dios vio que la relación no funcionaría más adelante. Quizá, te salvó de una catástrofe que te marcaría para el resto de tus días…

—¡Imposible! —gritó—. ¡Imposible!

—O, simplemente, es parte del camino que debes cruzar.

—¡Es demasiado el dolor! —gimió—. ¡No lo soporto!

El pastor abrió la Biblia que tenía a un costado, examinó las páginas e invitó al joven a acercarse, pero éste optó por quedarse en su lugar y bebió ostentando indiferencia.

—*Vengan a mí los cargados y trabajados que yo los haré descansar*. —leyó—. Eso dijo Jesús. Deja todo en sus manos y espera. Él nunca te hará daño.

—Si no trae a Daniela de vuelta, ¿qué pensaré de Él?

—¿Te apartarás del camino?

Emanuel contuvo las palabras en los bordes de su boca, movió los dedos sobre sus cabellos y recogió el vaso con gaseosa.

—Dios tiene todo el poder y la sabiduría, y si su voluntad es traer a Daniela, la traerá. —le tocó un hombro—. Pregúntate, ¿para qué ha ocurrido esto? Todo tiene un propósito en la vida. Nada es al azar.

El joven vaciló con los pies, removió la silla y se incorporó sin atender a los gestos del siervo. Oyó una palabra, sintió un roce sobre su piel y aceleró los pasos hasta que salió de la iglesia.

Entonces, pudo llorar.

Su padre no entendió las razones que susurró al pasar por el pasillo, le preguntó por Daniela y recibió un portazo como respuesta. Decidió averiguar, pero se encontró con un muchacho encerrado en la habitación, con la luz apagada y sin ruido. Sólo supo que no comería. Y, enseguida, no contestó.

Estaba solo, con el pecho apretado y la amargura bañando los recuerdos. Cayó de la cama para arrodillarse y cantar con voz

compungida. Por instantes, rasguñaba los contornos del cubrecama, dejaba que las lágrimas surcaran su rostro y agitaba la cabeza. Estaba perdido en sí, giraba en sus pensamientos, volvía a ahogarse en el mar de los desencantos que había olvidado y se hundía en el túnel oscuro y profundo del arrepentimiento.

En sus labios vivía la sordidez que abandonó cuando se sumergió en la piscina y aceptó a Jesucristo como su Salvador. La insipidez nuevamente bronceaba sus emociones, cortaba su piel como si fuera el vestido de una novia frustrada y le revolvía el poco coraje para que encarara el vacío que crecía en su vientre.

—¿Para qué, Señor? ¿Para qué? ¿Me lo merezco? Traté de dar lo mejor de mí.

Pero el silencio era tan espeso como la oscuridad de la pieza y la negligencia que ornamentaba su corazón.

—¿Eres tú quien me dio todo y ahora me lo quitó? —musitó—. Yo necesito a Daniela...

Colocó las manos sobre sus ojos.

—Por favor.

Ni siquiera se escuchaban los punteros del reloj.

Eran las dos de la madrugada y no conciliaba el sueño, no tenía hambre, no quería beber, no estaba fatigado, no deseaba salir de la habitación, no quería tocar la guitarra, no quería caminar, no anhelaba leer la Biblia, no se esforzaba por respirar. No quería seguir. Sin embargo, permaneció sentado frente a la puerta —a la que llegó a tientas—, y se quedó de brazos cruzados, con los ojos puestos en los resquicios para ver si al otro lado había luz que evidenciara la preocupación de sus padres, pero todos dormían. Se negó a orar, a hablar y a buscar en el silencio como lo había aprendido durante los meses en comunión, y sentía la corrosión que sentenciaba su alma. A pesar de eso, no tenía intenciones de moverse.

—Antes, me hablabas, te aparecías. ¿Y ahora? ¿Qué ha pasado? ¿Ya no me necesitas como antes? ¿Ya no me amas?

Eran las tres y media de la madrugada, se esforzaba por mantener los párpados levantados, el aliento fresco y las piernas estiradas para que no se adormecieran. El frío de la noche estaba entrando por las bisagras, envolvía su espalda y le provocaba dolores de cabeza, pero él continuaba reacio.

El reloj marcaba las cinco de la mañana, sus intestinos se retorcían en el estómago, tenía la garganta seca, la palidez tapaba cada centímetro de su demacrada existencia y las cavilaciones fluían como ríos sin cauce en una selva atestada de animales salvajes que ansiaban desgarrar con sus filudos colmillos la nueva vida que llevaba.

Se tendió sobre la cama, arrojó los zapatos contra la puerta del clóset y resolló. Su cuerpo estaba perdiendo fuerzas, su conciencia

dejaba escapar la orientación y la vida comenzaba a pender de una hebra.

En esa posición permaneció hasta el anochecer. No se dio cuenta cómo transcurrieron las horas y no recordaba cómo se había inmolado, y sólo esperaba que sus peticiones tuvieran cabida nuevamente en los próximos días.

—Te entrego el sacrifico de mi carne en ayuno, Señor, para que Daniela retorne. —titubeó—. Tú sabes que es la mujer que amo. Lo dejo en tus manos. Amén.

13

Al abrir los ojos, se enteró que había amanecido. Tenía el sabor amargo del vodka que probó por primera vez después que Aníbal se lo obsequió. En un principio, lo rechazó, pero luego de caricias y sonrisas amables se convenció. Fue un momento especial, único, como el que había soñado desde el otro lado de la calle. Sólo recordó un instante de lo que aconteció por la noche; el muchacho destapó la botella, bebió un sorbo y enseguida se la entregó, y ella se deslizó por los encantos levantados entre palabras bonitas, aventuras callejeras narradas por un héroe y los besos que la condujeron hacia un rincón. Tragó algo más de un cuarto del licor jugando a ser valiente, llamó con el índice al galán y se fundieron en una improvisada actuación, lejos del mundo y los decoros.

No había nada más para recordar.

Le dolía cabeza, apenas podía pestañear, recuperó la respiración tras sacudirse en la puerta que conectaba con la calle, echó una mirada ligera a la habitación y encontró a sus compañeras perdidas en su propia desnudez. Sólo supo sonreír.

—¿Aníbal volverá?

—¿Qué? —susurró Noelia—. ¿No se lo preguntaste?

—No.

—¿Qué hora es?
—Las diez y media de la mañana.
—¡Deja dormir y no hagas ruido!
Antes que pudiera preguntarle por las compras que realizarían para almorzar, la joven se cubrió con una sábana que estaba en el suelo y continuó durmiendo.
Daniela tenía una mirada especial, tal vez distinta, trazada por la discordia, la felicidad contenida y la ansiedad. ¿Dónde estaba el mundo que había visto desde el otro lado de la vereda? ¿Así era la vida en el mundo? A veces, había pensado que trasnochar con alcohol y cigarrillos era simple, pero comenzaba a ver el lado opuesto. Hace tres días que no comía, sobrevivía con sorbos de cerveza y cigarrillos y enterraba en cada segundo la antigua vida que la tuvo prisionera desde que nació. Por eso, se asomaba a la ventana cuando tenía oportunidad, observaba el sol y pensaba que la vida dependía del prisma de una persona.
Estaba en aquel momento, con los ojos entornados, cuando sintió las manos de Natalia sobre sus hombros. No quiso voltearse por miedo a enfriar sus cavilaciones con la desnudez tildada por la borrachera, pero se equivocó y aceptó su derrota con un ademán.
—¿Extrañas a tu familia?
—No. —guardó el aliento—. No.
—¿Segura?
—Completamente. —sonrió—. ¡Soy feliz en este lugar!
La mujercita encendió un cigarrillo, lo fumó y se lo ofreció a Daniela, pero lo rechazó con renuencia.
—Hay algo que no entiendo.
—No me lo preguntes, por favor. —se apartó—. No quiero recordarlo.
—¿Por qué dejaste lo que tenías? —Natalia aspiró el humo—. Eres ingeniera, tienes una familia bien constituida, tienes valores, tenías un novio, vivías cerca de Dios. ¿Por qué?
La joven apretó los labios y escondió la mirada mientras arrastraba los pies para hallar una escapatoria. El silencio comenzaba a traicionarla, le estremecía el corazón y la azotaba con el látigo de la culpa. Torpemente, rodeó su cuello con ambas manos, sus dedos se aferraron a los contornos y ejerció fuerza, pero no consiguió lo que deseaba. La mirada impertérrita de Natalia era el juez que condenaba su existencia en los eternos minutos que faltaban para que una palabra llegara a su lengua y le diera la salvación.
—No conocía este mundo. —balbució—. Siempre crecí lejos de los vicios, del trasnoche, de la aventura. Siempre me dijeron que era malo, que era pecado. Algo me pasó de repente, no sé qué fue, pero sentí deseos de arrancar del mundo que estaba viviendo.

—¿Por eso me buscaste? ¿Eh?

—Para ser libre. —gimió—. Libre y feliz como el resto del mundo. Estaba prisionera con tantas reglas.

La muchacha apagó el cigarrillo con un pisotón y se cruzó de brazos. Tenía ligeros temblores en las piernas, pero no se preocupaba, pues siempre ocurrían al día siguiente que sobrevivía a una borrachera. Detuvo sus pasos cuando Daniela la increpó con la mirada, se acomodó los cabellos y titubeó.

—¿Te acuerdas cómo nos conocimos?

—Prefiero no recordarlo. —bisbisó Daniela—. ¿Quieres vodka? Creo que queda algo de anoche.

—Nos conocimos en la calle. ¿Lo recuerdas? —Natalia la retuvo de un brazo—. Yo estaba acostada en la orilla de la calle, borracha, y tú te acercaste, me hablaste, sacaste una Biblia y leíste. Me aconsejaste cambiar mi vida, seguir el camino y buscar a Dios para mi salvación. ¿Qué pasó contigo? ¿A qué estás jugando?

Supo ahogar el fuego que la quemaba por dentro. Dio un paso al lado, abrió la ventana permitiendo que el viento mañanero refrescara su rostro, apartó a su amiga con un empujón, desarmó la maleta y arrojó a la calle los vestidos que le regaló su madre para los cumpleaños, los libros que su padre le recomendó y las bisuterías que Emanuel había fabricado cada fin de semana. Lanzó un grito que derribó la modorra de Natalia, pateó las paredes y se tironeó los cabellos hasta que encontró la calma en un rincón, donde cayó envuelta en sollozos.

—¡Los odio, los odio, los odio!

—¿Por qué?

—…

—¿Por qué?

—¡Los odio!

Guardó la cara entre las piernas, sus alaridos barrieron la algarabía de la madrugada y se golpeó las mejillas con los puños.

—¡No vuelvas a hablarme de ellos!

—Daniela…

—¡Yo no tengo una vida anterior! —levantó el índice—. Yo no soy cristiana, no soy una niña buena que cree todo lo que le dicen. ¡No más!

Natalia se encogió de hombros y estiró los labios. No había gran diferencia con las reacciones de Noelia cuando caía en depresión con los tóxicos. Después de un momento de silencio —que le permitió volver a despertar y entender su ubicación—, sacó un cigarrillo hecho a mano, lo comprimió en los extremos y lo encendió.

—¿Me das?

—¿Segura? —aspiró el humo lentamente—. No tienes que hacerlo

si no quieres…

—¡Dámelo! —gritó Daniela—. ¿Quién eres tú para prohibírmelo?

Sintió el olor pestilente, hizo arcadas y tosió, pero reunió el coraje para fumar. La primera vez fue suave, la segunda con ansiedad, y la tercera con angustia.

—¿Qué es? —balbució con los ojos rojos—. Es relajante…

—Marihuana. —Natalia encendió otro pitillo—. La conseguí ayer. Puedo traer más, si quieres.

Una sonrisa insípida fue su respuesta.

14

La puerta del cuarto estaba abierta, tenía la manilla sin llave y en el suelo alojaba un disco compacto que el muchacho pateó cuando sintió el ahogo. Sólo después de veinticuatro horas se había puesto en pie para comer, pero no lo hizo como su madre pensaba, sino que bebió dos litros de agua, se lavó la cara y regresó a la habitación. Antes de alcanzar la entrada, se detuvo para observar su vida desde aquel punto; no era ni la sombra de lo que fue antes de Daniela, mas tampoco había reflejos que evidenciaran lo que era después de su amor. No quería recordarlo, se dio unos golpecitos en las sienes y se dispuso a dar un portazo.

—¿Qué tienes, hijo?

—Nada. —devolvió la mirada sobre el hombro—. Quiero estar solo.

—No has comido en dos días, no te has bañado, no quieres salir, no lees, no conversas…

—¡Quiero estar solo! —gritó—. ¿Es muy difícil de entender? ¡Solo, solo y solo!

El padre no supo qué hacer, se apoyó en el umbral con ambas manos y siguió aquellos torpes pasos hasta la ventana.

—¿Dónde dejaste tu hacha?

—No quiero hablar.

—¿Perdiste tu hacha? —se acercó, parsimonioso—. ¿Perdiste el

bosque o tú te extraviaste en él?

—¿De qué hablas? —se encogió de hombros—. No quiero pensar en nada ni en nadie.

Fernández se llevó los brazos a la cintura, jadeó como lo hacía cuando las dificultades del trabajo lo rodeaban y buscó el perfil de su retoño sin retroceder aunque la insolencia que emanaba de aquellos ojos y labios lo intimidaba.

—El Gran Leñador. —dijo—. ¿Dónde quedó?

—¡Tonterías! —rechazó con una mano—. ¿Para qué me ilusioné si de repente iba a perder todo?

—Es por Daniela, ¿verdad?

Emanuel bajó los párpados y contuvo la respiración mientras deslizaba las manos por los bordes de las cortinas.

—Nunca seré feliz.

—Hijo, la felicidad se da de muchas formas…

—¡Yo era feliz con ella! —gruñó—. La amaba.

Cayó en los hombros de su padre, derramó lágrimas y sus dedos ansiosos hurgaron en la soledad de su alma. No había remedios para la herida fatal que estaba carcomiendo sus horas sin piedad.

—¿Qué quiere Dios de mí?

—Emanuel.

—Hice todo lo posible, fui fiel, cambié mi vida, pero, al parecer, esto es una broma.

—Hijo. —le limpió los ojos—. Cuando Dios te quita algo que tenías bien agarrado, no está castigándote, sino que está preparando tus manos para algo mejor…

—Imposible.

—Porque la voluntad de Él te lleva donde su gracia te protege.

El guitarrista se sentó y esperó las caricias de su padre. No deseaba continuar buscando explicaciones, se cruzó de brazos y clavó la mirada en la ventana. Era un día despejado, soleado y con aire fresco.

—Afuera es verano.

—En mi pecho hay un otoño que nunca terminará.

—¿Por qué te complicas con un problema que está en las manos de Dios?

—Sólo quiero saber por qué permitió que ella se marchara. —manoteó—. Él sabía lo que sucedería, sabía que ella desaparecería y que yo sufriría. ¿Por qué no hizo nada?

El hombre lo abrazó y mantuvo el rostro altivo por unos minutos. El silencio era perfecto para los dos, pues les permitía encontrar la serenidad para escudriñar sus sentimientos y la concentración para tomar una decisión.

—Yo creo que deberías recoger tu hacha y seguir…

—¿Seguir?

—Sí, hijo. —sonrió—. El bosque todavía tiene muchos árboles para cortar. Si quieres ser como el gran leñador, no mires el pasado, sonríe y camina hacia delante.

Emanuel contestó con un rictus de resignación, guardó las manos en los bolsillos traseros del pantalón y se asomó a la calle luego de empujar la ventana con el mentón. Los rayos del sol lo ofuscaron, el viento revitalizó sus mejillas y su garganta cantó una antigua melodía que había compuesto en los comienzos de su carrera musical.

—¿Qué me dices? ¿Iras al bosque a leñar?

—No lo sé. —metió los brazos bajo la cama y sacó un bolso—. No quiero pensar en eso. Si las cosas son así, ¿qué sentido tiene continuar?

—Hijo, por favor, no busques excusas. —lo acompañó en los movimientos—. Cuando el camino es difícil es porque Dios está probando a las personas. ¿No te has dado cuenta?

El joven colocó ropa planchada, el perfume y otras zapatillas dentro del bolso, lo cerró con un brusco ademán y lo cargó al hombro hasta que alcanzó la entrada.

—¿Adónde vas?

—Me voy de viaje. —jadeó—. Necesito despejar la mente.

—¿Y tu futuro? —lo encaró—. Eres ingeniero recién egresado y tienes toda una vida por delante. No hagas locuras que te obliguen a arrepentirte.

—Yo sé lo que hago. —evitó la mirada de su padre—. De lo único que estoy comenzando a arrepentirme es haber cambiado mi vida.
Enseguida, entregó un portazo.

15

Él le lanzó un beso desde la puerta, pero ella escondió el semblante ruborizado. Entre las manos llevaba dos botellas de cerveza que compró en la esquina y una cajetilla con cigarrillos baratos. Después de guiñarle, se sentó a su lado y la besó con terquedad. No

era lo que ella esperaba, pero se conformó con el sorbo que le compartió.

—¿Ha pasado algo entre nosotros?

—¿Entre nosotros? — Aníbal río con los labios en la boca de la botella—. ¿Me puedes repetir la pregunta?

—¡No te hagas el payaso conmigo! —lo golpeó con un puño en el pecho—. ¡Respóndeme!

—¿Qué crees tú? ¿Ah?

El muchacho se apartó con el alcohol entre los brazos, mantuvo la sonrisa irónica y meneó la cintura hasta que desilusionó a su compañera. Después, gritó sin importarle romper el sueño de las demás habitantes, bailó rap y terminó con la botella.

—¿Pasó algo entre nosotros sí o no?

—¿No lo recuerdas, amorcito? —carcajeó—. ¿No te gustó?

—Nunca me he acostado con un hombre. —confesó con la mirada a media altura—. Cuando tú y yo estamos juntos me emborracho hasta perder la memoria. —se mordió el labio inferior—. ¿Tuvimos sexo?

Aníbal colocó las manos sobre la nuca, caminó hacia la puerta en silencio y bostezó. A veces, volvía la cara para convencerse del mutismo que asaltaba a la mujercita, quien estaba perdiendo los colores y las fuerzas al imaginar la respuesta.

—No.

—¿No qué?

—No pasó nada. —regresó—. No me dejaste.

—¿Lo intentaste? —lo empujó—. ¡Imbécil!

—¡Tú dijiste que podía ir más allá! —escapó hacia la ventana—. Pero no me dejaste. O, mejor dicho, te quedaste dormida.

Daniela estiró los labios y abrió los ojos.

—No lo hicimos, ¿verdad?

—No.

—¿Seguro?

Un gesto displicente bastó para creer.

Él encendió un cigarrillo, lo fumó rápidamente y lo apagó con el pie. Fue por el segundo sin percatarse de la presencia de la muchacha, aspiró el humo como si lo necesitara para continuar con vida, se quitó la humedad de la nariz y tosió demostrando que tenía los bronquios afectados.

—¿Por qué te fuiste de tu casa?

—Porque mis padres me obligaban a estudiar. —respondió cambiando el pitillo de mano—. Querían un abogado.

—¿No te hubiera gustado tener esas comodidades?

—¿Estudiar para ser prisionero del sistema? —sonrió—. ¿Es una broma?

Daniela se acomodó sobre su maleta desarmada, envolvió su cintura con ambos brazos y suspiró.

—Todo esto me confunde.

—¿Por qué? —Aníbal se sentó a su lado—. ¿Tu familia te obligó a estudiar?

—Había cosas de la vida que quería conocer. —bisbisó—. Cosas que veía desde la otra vereda…

—¡Pero ya no eres una cristiana! —la abrazó—. ¿De qué te preocupas?

Frunció el ceño, contrajo los labios y movió las piernas para distraerse. La mirada inquisitiva del acompañante estaba convirtiéndola en una estatua de piedra, le estaba arrancando los últimos latidos de conciencia y la condenaba a perecer entre los recuerdos. Sin embargo, parpadeo seguidamente, hizo soñar los huesos de las manos y abucheó.

—No quiero recordarlo.

—Yo tampoco. —Aníbal la besó—. Ahora me gustas más.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. —fue por la segunda botella—. No te imagino como una niña de iglesia.

La muchacha sostuvo el aliento mientras despertaba del sueño profundo que la había cubierto. Ligeramente, se quitó el sudor de la frente, le arrebató la cerveza al joven y bebió la mitad, sin respirar.

—Tienes razón. —asintió—. ¡No hay rastros de lo que fui!

—Si ahora eres diferente. —enarcó las cejas—. ¿Qué tal si me dejas ir más allá?

Daniela no pudo contestar, pues su lengua se durmió repentinamente, sus labios se separaron buscando aire fresco y sus manos hurgaron alrededor del cuerpo que estaba cayendo sobre su existencia. Sintió el hálito en su piel, cerró los ojos rogando que el encuentro se terminara y se resistió a la obsesiva desnudez que sobrevivía en las dilatadas pupilas de Aníbal.

—No tan rápido, por favor.

—¿No quieres? —retrocedió—. ¿Qué pasa contigo?

—No estoy preparada. —suspiró—. Siempre he pensado que esto debe hacerse correctamente.

—¡Si no te gusta, lárgate! —tragó el resto de la cerveza—. ¡No eres la única mujer que hay en el mundo!

Aníbal avanzó hasta la puerta, soltó la botella y se dispuso a recoger un cigarrillo de marihuana que tenía en el bolsillo trasero, pero las manos tibias y sudorosas de la mujercita se lo impidieron.

—Perdóname.

—No puedes vivir así, Daniela. —la rechazó—. ¿A qué estás jugando?

—Estoy confundida…

—Yo tengo las mejores intenciones contigo. —le dio la espalda—. Si tú no quieres aceptarme, entonces no volveré a insistir.

Él dio un nuevo paso y colocó el pitillo entre sus labios, y ella apareció frente a su cara con lágrimas sinceras.

—No te vayas.

—Yo no sé si debemos seguir hablando. —la empujó—. No quiero caer en tu juego, no quiero que dañes mi corazón.

La joven corrió hacia la puerta y custodió la manilla. Tras cada paso que Aníbal daba, palidecía, los escalofríos vagaban sinuosos y perdía la fortaleza que había anidado por años en su corazón.

—Quédate, por favor. —titubeó—. Te lo ruego.

—Todavía eres una cristiana patética. —encendió el cigarrillo—. Mejor vuelve a tu encierro y sé feliz.

—¡No, Aníbal! —lloriqueó—. ¡Yo he cambiado!

—Pero no me das lo que yo quiero. —jugó con el humo—. ¿Entiendes?

—No me siento preparada.

El muchacho alcanzó la puerta y se dispuso a salir, pero un beso descuidado lo atrapó y lo condujo a la pieza contigua. Se quedaron en silencio, el cigarrillo cayó apagado, ella aseveró con la mirada furtiva y él sonrió.

16

Llegó de noche, sin previo aviso, tocó el timbre y esperó con el bolso a media altura. Tenía los ojos rojos tras llorar por última vez en el baño del bus, secó la humedad de los cabellos con un tosco movimiento del antebrazo, carraspeó como si quisiera impresionar a quienes lo recibirían y aguardó en posición protocolar cuando oyó los pasos al otro lado de la entrada. La puerta se abrió lentamente, tal vez sin convencimiento, un grito llenó el vacío que había en su pecho y una sonrisa resaltó.

—Estoy rompiendo una promesa. —dijo—. Pero necesitaba venir.

—¡Tú sabes que eres bienvenido!

Bruno no había cambiado demasiado en los últimos meses. Sólo su cabeza se había convertido en un puercoespín con miles de fibras que amedrentaban a quien se acercara. Cargaba una botella de ron y un cigarrillo a medio consumir entre los labios y extendió una mano para saludar a su amigo, pero se detuvo esforzándose por disimular el enrojecimiento de sus pómulos. Enseguida, aplastó el tabaco y dejó el brebaje en el suelo.

—No es necesario.

—Tengo que respetarte, Emanuel. —lo abrazó—. Admiro tu fuerza para cambiar.

Arrastró el bolso hasta el interior de la casa. Todo estaba distinto a la última vez que tocó la guitarra; las paredes de otro color, los pocos muebles fueron distribuidos nuevamente, los instrumentos musicales y los amplificadores eran recientes y los amigos parecían haber envejecido, pero el ambiente era el mismo. Sobre la mesa estaban las botellas destapadas, los naipes, las uñetas y los papeles marcados con corcheas, y alrededor sobrevivían los músicos con los excesos impregnados en las pieles y las mujeres que habían llegado después de la fama desatada la noche anterior.

Ulises se extrañó al ver la figura que seguía los pasos del baterista, aparató a la muchacha que estaba sentada en sus piernas y recogió una botella como arma de defensa, pero una mano en alto lo detuvo, lo dejó boquiabierto y lo desorientó.

—¿Tú?

—Sí, yo. —contestó Emanuel—. ¿Por qué me miras así?

—¡Pensé que te habían beatificado!

—No seas irónico, por favor. —soltó el equipaje—. Vine a distraerme.

—¿Qué te sirves? —Bruno acomodó una silla—. ¿Bebida, jugo o agua?

Señaló con el índice lo que deseaba, estudió los comportamientos de las mujeres que aguardaban a los famosos rockeros y se cruzó de piernas. De vez en cuando, alzaba el rostro, se encogía de hombros como si estuviera entregando explicaciones a sí mismo y recordaba lo que había vivido en aquella sala de ensayos. Quería reír como en los viejos tiempos, pero se esforzaba por mantener la compostura. El olor del cigarrillo lo ahogaba, los efectos del alcohol en las caras de los festejados lo descolocaban y la antipatía de bajista lo desanimaba. Una mujer rodeó su cuello, esbozó una sensual sonrisa y se sentó en su regazo cargando un vaso servido minutos antes.

—¿Eres de la banda?

—Ahora no. —bebió un sorbo de jugo—. ¿Podrías sentarte en otro lugar?

—¿No estás cómodo? —rozó sus labios con los dedos—. ¿Qué tal si damos un paseo?

No tuvo palabras para contestar, sintió la mano entre los dedos tibios de la muchacha y caminaron hacia la puerta que conducía al patio. Bruno dejó de jugar con sus admiradoras al percatarse de lo que estaba sucediendo, Ulises encendió otro cigarrillo y las jovencitas sonrieron al entender lo que ocurriría con su amiga.

—¿Qué pretendes? —Emanuel se zafó—. No soy lo que tú piensas.

—¿Por qué? —ella dio un sorbo—. ¿No te gustan las mujeres?

—No es eso, pero yo soy…

La morena le dio un ósculo, lo condujo a la pared y le susurró su nombre. Él apenas podía reaccionar, se quedó cabizbajo, la tomó por los hombros y la apartó suavemente.

—¿Qué eres? —rió—. Eres atractivo.

—He cambiado. —susurró—. No quiero hacer esas cosas.

—Podríamos pasarla bien esta noche. —ella le acarició el cuello —. ¿Te atreves?

Emanuel contuvo la respiración, desvió la mirada ante aquellos pechos enhiestos y balbució recordando su nueva vida. Sin embargo, la sonrisa de la joven lo hacía dudar, despertaba la picardía que se había dormido en los últimos meses, lo seducía para olvidar las promesas que había hecho de hinojos antes de dormir y lo obligaba a traicionar los sentimientos que aún subsistían en los rincones de su corazón.

—No lo pienses. —insinuó—. Sólo hazlo.

—Yo he tomado otro camino. —jadeó—. No quiero ser grosero contigo, pero déjame solo.

—Quiero pasar la noche contigo. —lo besó—. Contigo.

Él dio un paso adelante, luego envolvió la pronunciada cintura con un brazo y se dejó llevar por el escote del vestido rojo. Al regresar

a la sala de ensayos, destapó una botella de vodka que estaba cerca de Ulises, la bebió sin quejarse y buscó los confines de la piel morena que lo estimulaba.

Bruno alzó una ceja, fue al encuentro de su amigo y trató de mirarlo a los ojos antes que se perdiera entre los encantos de la muchacha, pero fracasó. Frente a él estaba la efigie que antaño revolucionó los escenarios con el rock pesado, gritaba eufórico y jugaba a la incertidumbre con su voz cada vez más torpe y el equilibrio desmenuzado.

—¿Emanuel? —lo recogió por el hombro—. ¿Estás bien? Pensé que no volverías a…

—¡Cállate! —terminó con la botella y besó a la mujer—. ¡Lo pasaremos bien esta noche!

Ulises levantó las manos, bailó con unas muchachas semidesnudas que bordeaban las paredes con los delirios que provocaba la música, tropezó con el asombro del baterista y abrazó al guitarrista.

—¡Te extrañábamos!

—¡Esta noche será inolvidable!

Emanuel recorrió la silueta que tenía a su lado, la invitó a la habitación ubicada detrás de los amplificadores y la acarició con el morbo vivo entre sus dedos. Le arrebató un cigarrillo encendido a una rubia que descansaba sobre la mesa, recogió otra botella y caminó arrastrando una ilusión nocturna.

Lo último que mostró fue una sonrisa como la de aquellos tiempos. Después, desapareció.

Al abrir los ojos, sintió un dolor en la nuca. El aroma a alcohol sobre su cuerpo, las cenizas en el suelo, las bragas entre las sábanas y el aliento descompuesto le recordaron los pasos que había dado. Se cubrió con el pantalón arrugado, corrió hacia la puerta y se aseguró que nadie estuviera cerca. Entonces, encontró la figura de una mujer trigueña, con rasgos de trasnoche en los párpados y una sonrisa fingida. En la mano derecha sostenía un cigarrillo, tenía el vestido rojo a medio acomodar en los hombros y estaba descalza.

—¿Cómo te llamas?

—Angélica. —subió los hombros—. ¿Y tú?

—Emanuel. —arrugó los párpados para soportar la jaqueca—. ¿Por qué estás aquí?

—¿No lo recuerdas?

Ella se incorporó delicadamente, jugó con el escote y avanzó aspirando el humo. Tenía la boca marcada con el rojo intenso del lápiz labial, los cabellos húmedos por la ducha a primera hora y la piel tibia tras el último sorbo que quedó en la botella que amaneció a los pies

de la cama. Se miraron en silencio, rodeados por las dudas, y él se mordió los labios esforzándose por recordar un minuto de la madrugada.

—¿Lo hicimos?

—¿No lo recuerdas? —sonrió—. Lo pasamos bien, muy bien.

El joven cayó junto a la puerta, se tapó la cara con ambas manos y sollozó. Sentía en el pecho un intenso golpe, le faltaba el aire, tenía las piernas acalambradas, la espalda torcida, los brazos inmóviles y las palabras atascadas en la garganta. Se apoyó en el umbral, negó insistentemente con la cabeza y permitió que las lágrimas reconocieran los contornos de su anatomía.

—No puede ser.

—¿No te gustan las mujeres? —dijo Angélica sentándose en la cama—. Anoche no te veías arrepentido.

—¿Qué hice, Dios mío? —balbució—. ¿Qué hice?

Emanuel enjugó sus ojos y mantuvo la mirada en el suelo. Su rostro se convirtió en una cadavérica imagen olvidada por el paso de los años, su llanto no terminaba y sus labios susurraban perdón mientras asumía lo que había cometido. Trató de escapar por la puerta, pero pronto retornó, sintió frío en su cuerpo y se vistió con ineptitud.

—¿Qué tiene de malo? —dijo ella—. ¿Nos seguiremos viendo?

—No.

—¿Por qué? —terminó de fumar—. ¿Acaso no quieres continuar con esto?

El muchacho se llevó las manos a la boca, cerró los ojos y oró aprovechando la pausa que hizo la joven cuando fue por otro cigarrillo. Sin embargo, no conseguía redimirse de lo que estaba invadiendo su conciencia. Comenzaba a crecer la culpa, la desesperación, la ansiedad por romper toda barrera y fugarse para esconder la cara. La vergüenza estaba condenándolo al encierro eterno, abjuraba en pensamiento, se encontraba en una bifurcación que no tenía senderos claros y desfallecía en el intento.

Evitó las palabras de Angélica, fue por su bolso a la sala de ensayos y halló lo que había imaginado; Ulises y Bruno en el suelo, borrachos, y rodeados por las fanáticas de la banda de rock tras una fiesta que se acabó con los primeros rayos del sol. Sin protocolos, recogió sus pertenencias y caminó hacia la salida.

—¿Volverás?

—No me interesa. —contestó, sin volver—. Lo siento. Esto no debió ocurrir.

—No me digas que estás arrepentido. —Angélica dio unas bocanadas de humo—. ¿Qué clase de hombre eres?

Abrió la puerta con un movimiento, echó el bolso al hombro y

miró por última vez, con las cejas en alto.

—El hombre que conociste anoche dejó de existir hace unos meses.

Y cerró suavemente.

17

Noelia y Natalia terminaron de fabricar los cigarrillos artesanales que las transportaban a las estrellas. La rubia se quitó los restos de hojas secas que quedaron en las comisuras y preparó el fuego para probar su obra maestra. Hace unas horas que habían despertado, llenaron los estómagos con las sobras de la jornada anterior y extrañaron a Daniela, pero no la buscaron. Pensaron que había viajado al centro de la ciudad con Aníbal, que había comprado un poco de alimento para los próximos días o que se había olvidado de su rebeldía para retornar a casa. Por eso gritaron mientras encendían los pitillos, se recostaron con los ojos clavados en el techo y suspiraron.

Nada había cambiado desde el día anterior. Natalia continuaba siendo la drogadicta que pasó muchos años en las esquinas de Chillán mendigando a pesar que los brazos abiertos de sus padres la esperaban en el sector oriente. En cambio, Noelia tuvo un momento de recogimiento y recordó todas las ocasiones en que su vida se había enfrentado a la muerte. Por instantes, palideció como si hubiera visto un occiso tras sí, pero recuperó la conciencia cuando olfateó la marihuana quemada.

—¿Qué haremos cuando seamos viejas?

—Nada. —contestó Natalia—. No creo que lleguemos a vieja.

—A mí me gustaría ser abuela. —titubeó—. ¿Y a ti?

—Al ritmo que vamos, no lograremos nada. —aspiró con urgencia

—. ¡Pero no podemos negar que hemos disfrutado la vida! ¿Eh?

Noelia abultó las mejillas y esquivó la mirada para no arruinar la amistad. Después de todo, era Natalia quien consiguió la casa y se había adueñado de todas las decisiones. Sin embargo, quiso defender su posición, pero en ese minuto apareció la demacrada figura de Daniela luchando por mantenerse en pie en el umbral de la pieza contigua, se restregó los párpados y bostezó.

—¿Aníbal se fue?

—Pensamos que estaba contigo. —respondió la rubia fumando los últimos centímetros de cigarrillo—. ¿Por qué?

—¿Pasó algo? —Noelia se sentó—. ¿Lo pasaste bien?

La jovencita inclinó la cabeza mientras alzaba la mirada. En su pecho comenzaba a arder una pasión contenida que descubrió cuando amaneció y encontró el vacío. Necesitaba saber de él, reconocer su sonrisa y oír la voz que la había llevado hasta las nubes en la última conversación. Se acomodó cuidadosamente frente a sus amigas, se cruzó de piernas y se dejó envolver por el aroma que llenaba la casa.

—Fue maravilloso.

—¿En serio? —rió Natalia—. ¡Ya eres historia!

—Aníbal no perdió su tiempo. —sentenció Noelia—. No lo perdió.

Daniela le pidió a la rubia que le convidara el cigarrillo a medio fumar y vagó por las ideas que había tejido desde que abrió los ojos al amanecer hasta que decidió levantarse después del mediodía. Realmente, no comprendía qué sucedía con los sentimientos que la delataban.

—Estoy enamorada.

—¿Qué?

—Enamorada. —dijo a pesar de tener humo en la boca—. Quiero estar con Aníbal.

—Tú no lo conoces. —dijo Noelia—. ¿Quién sabe si ahora está con otra?

—Confío en él. —botó las cenizas—. Él dijo que me amaba.

—¿Le crees? —Natalia no podía contener la risa—. ¿Es un príncipe azul para ti?

La mujercita suspiró al tiempo que se recostaba, pestañeó seguidamente y deformó sus labios hasta lanzar un beso al techo. Luego, una amplia sonrisa adornó su rostro e ignoró los ruidos de sus intestinos que reclamaban por los días sin comer.

—Nunca conocí a alguien tan divertido y atrevido.

—¿Sólo contigo? —balbució Noelia—. ¿Estás segura de lo que haces?

—Es un hombre que sabe conquistar. —asintió—. ¡Eso me atrapó!

Natalia se arregló los cabellos, soltó una risotada que confundió a sus acompañantes y pateó las botellas que tenía cerca para desahogar la ansiedad que aumentaba cada vez que fumaba cannabis sativa.

—Quiero quedarme con él.

—No digas tonterías. —dijo Noelia—. No sabes dónde te estás metiendo.

—Creo que lo amo.

La rubia se incorporó bruscamente, se tambaleó amenazando con perder el equilibrio, pero se afirmó en la pared más cercana y cerró los ojos para paliar el mareo. Dijo que tenía deseos de vomitar, pero nadie contestó y tuvo que deambular hasta que halló la entrada del baño. Tras entornar la puerta, desapareció. En tanto, Noelia quitó sus ojos del semblante enamoradizo que tenía enfrente, guardó los cigarrillos que armó y se arrastró para capturar una botella abierta que estaba junto a la puerta. Y Daniela levantó los dedos índices y dibujó un corazón en el aire. Enseguida, sonrió.

18

Dijo que no quería comer, o que no volvería a hacerlo. Ni siquiera él entendía lo que su boca confesaba cada vez que tenía que dar una explicación. La última vez que separó los labios desde que salió de Santiago fue cuando compró el pasaje de regreso y se equivocó en el destino. Le hubiera gustado ir más allá de lo que tenía pensado, tal vez a una colina perdida donde pudiera hallar el consuelo que estremecía su alma o el remedio para mitigar las dolencias de la traición. Asumió frente al espejo del baño del terminal de buses que era un traidor, y había decidido no volver a manifestar hambre, sed ni ambiciones de su cuerpo. Quería pagar lo que cometió, pero no sabía cómo. Aún sentía en el pecho el golpe del amanecer, el nudo en el cuello y las lágrimas secas que se esforzaba por derramar.

Se sentó junto a la ventana, miró la calle cubierta por la tarde soleada, recogió la guitarra y tocó unos acordes sin sentido. No estaba de ánimo para seguir viviendo. Sobre sus hombros pesaban las angustias que quiso dejar en la capital, pero se habían convertido en rocas que lo hundían en el parque de los lamentos que construyó durante madrugadas.

Abandonó la guitarra, se despojó del chaleco y se tironeó los cabellos. No era capaz de soportar los latigazos que el silencio daba a su mente. Estaba deslizándose por un tobogán de emociones que no tenía final, su respiración desaparecía y su creencia se perdía en la oscuridad que había sobre sus ojos. Recogió la Biblia con los dedos sin fuerza, la llevó a sus labios y resolló. Había palabras que no quería decir, sus mejillas enrojecieron y el sudor helado bañó sus sienes.

—¿Existes o eres parte de mi imaginación? Yo te creí. Apareciste de la nada, me conquistaste, me hablaste, me dijiste muchas cosas…

Hizo una pausa, abrió la ventana y vio que su padre salía de la casa tomado de la mano de su mamá. Se veían felices. Al otro lado de la calle estaban unos niños jugando fútbol, felices. En la casa de enfrente, los vecinos estaban riendo en el jardín, en familia, y en la esquina los amigos narraban sus orgullosos triunfos. Eso no le hacía bien, retrocedió y se apoyó en el borde de la cama.

Una lágrima describió lo que sentía.

—Dejé el rock, mis amigos y mis sueños por ti. —jadeó—. ¿Esto era lo que tenías para mí? ¿Para esto me llamaste?

Silencio. El viento azotó la ventana amenazando con quebrar el cristal, pero Emanuel no se conmovió.

—Me arrepiento de lo que hice anoche. Sé que elegí un camino distinto al que tenía, pero ¿qué me ofreces tú? ¿Ah?

El cristal se agrietó de un extremo a otro.

—Creo que dejaré la iglesia y volveré a los escenarios. —se limpió el rostro con una mano—. Nací para tocar música. Es el sueño de mi vida.

Sobre el piso cayeron trozos de vidrio, la ventana se abrió lentamente y el viento alcanzó los cabellos del joven.

—No es justo. —dejó la Biblia en la silla—. No me lo merecía.

Levantó lentamente la mano, se quitó el anillo de ilusión y lo contempló a la luz mientras sus ojos se inundaban.

19

Llevaba más de una hora en la esquina. Salió de la casa cuando se dio cuenta que sus amigas no le darían los cigarrillos que habían acordado compartir. Pensó en recoger el bolso y largarse a otro lugar, tal vez a la estación de trenes donde estaban los vagones abandonados o debajo de un puente que conoció en las tardes de solidaridad, pero se tragó la rabia y prefirió arrancar. Vagó por el centro de la ciudad con la mirada perdida en el suelo, con los cabellos sobre sus facciones y las manos en los bolsillos, pues no quería que nadie la reconociera, menos cuando la vergüenza revivía en cada paso. Se había acostumbrado a convivir con el hambre al dejar de fumar. Por eso necesitaba el sabor de la cannabis sativa en la lengua.

Despejó su cara, se limpió las uñas en los bordes sucios de la chaqueta que recibió para un cumpleaños, se quitó el anillo, lo cobijó en un puño y se paseó sin alejarse del semáforo. En la esquina siguiente había un carabinero con un perro policial que ladró al ver su inquieto comportamiento. Entonces, se apartó hasta que consiguió

esconderse tras un quiosco. Ahí, miró la sortija de ilusión, recordó el momento en que llegó a sus manos, arrugó los párpados con desesperación y sacudió el rostro.

—¿Lo quiere? —mostró la joya a un hombre vestido con traje—. Se lo vendo.

—No compro cosas robadas. —la rechazó—. Ándate, malnacida.

—No es robado. —abrió sus ojos enrojecidos—. Es mío, pero ya no lo quiero.

Daniela lo colocó sobre la mano del transeúnte, enarcó las cejas y esperó pacientemente el resultado del examen. Su cuerpo temblaba, sus dedos sudaban en demasía, tenía los labios resecos y la respiración estancada. De vez en cuando, volvía la mirada para asegurarse que el perro policial no estuviera observándola.

—¿Cuánto?

—Cinco mil. —jadeó—. ¡Rápido!

—¿Tan barato? —el hombre metió la mano al bolsillo—. ¿Segura que no es robado?

—Tiene mi nombre. —exhibió el interior—. Es de plata.

Apenas vio el billete, soltó el anillo, recogió el efectivo y corrió calle abajo sin importarle que las dudas quedaran. Atravesó la Avenida Libertad, se perdió por Calle Rosas, esquivó un taxi que avanzaba a máxima velocidad, comprobó que el dinero estuviera aún en su mano cerrada y llegó hasta la puerta de una casa humilde. Insistió con torpes golpes, gritó luchando con los temblores de las piernas, escupió para quitarse la mucosidad del paladar y pateó los maceteros que estaban en la entrada.

—¿Sí? —dijo una anciana—. ¿Qué buscas?

—Natalia me dijo que aquí podía comprar…

—¿Vienes sola? —terminó de abrir la puerta—. Adelante.

Daniela sonrió.

Aníbal dijo que la amaba. Lo dijo después de la tercera cerveza mientras ella terminaba de fumar los cigarrillos de marihuana que confeccionó con los escasos recursos que encontró en las pertenencias de Natalia. Eran felices jugando a la seducción a pesar que no estaban conscientes de sus movimientos. Daniela había vomitado unos minutos atrás, pero eso no le impidió ir más allá para sentir el encanto que la tenía atrapada. Se recostó sobre la piel grasienta, hurgó en aquellos labios gruesos y recorrió los cabellos tiesos por el desaseo.

—¿Me amas?

—Te lo he dicho muchas veces. —suspiró—. Estoy enamorada de ti, Aníbal. ¿Y tú?

Contestó con un beso apasionado.

—¿Puedo contar contigo, Daniela?

—¡Por supuesto! —le besó el cuello—. ¡Tú y yo somos uno!

Él le pidió que se sentara a su lado, buscó un sorbo en la última botella y se cruzó de brazos para esperar que ella encendiera un pitillo.

—Me están buscando.

—¿Quiénes? —fumó con rapidez para alcanzar el sopor—. Dime.

—Unos hombres que me quieren cobrar una deuda pendiente. —bebió—. No es importante.

—¿Son peligrosos? —Daniela contuvo el aliento—. Yo no dejaré que te hagan daño.

El muchacho le acarició las mejillas, se mordió el labio inferior y escondió la mirada.

—Necesito dinero.

—¿Cuánto?

—No es mucho…

—¿Cuánto? —gritó después de expulsar el humo—. ¿Confías en mí?

—Son doscientos mil. —le tomó una mano—. Pienso que podrías pedirle ayuda a tu familia.

Daniela se zafó de las intenciones, le dio la espalda y terminó de fumar con bruscos movimientos.

—Ellos no existen para mí. Arruinaron mi felicidad por años.

—Tú eres ingeniera, tienes más recursos que yo. —le tocó un hombro—. No quiero molestarte, pero estos hombres me hacen la vida imposible. Hazlo por nuestro amor.

La jovencita se volteó con una amplia sonrisa, rodeó el cuello de su amante y descansó sobre su pecho.

—Saldremos adelante.

—¿Me darás el dinero?

—Lo conseguiré. —lo besó—. Porque te amo.

Se quedaron abrazados.

Comenzó a las cinco de la tarde en la salida norte del Supermercado Santa Isabel. Ahí vio que una señora dejó la cartera abierta después de pagar las compras y decidió seguirla con unos metros de diferencia, con las manos a media altura y procurando que nadie frustrara sus intenciones. Había sorteado la presencia de los carabineros y de los guardias del centro comercial. A lo lejos vio a una ex compañera de la universidad tomada de la mano de su novio, se acomodó los cabellos sobre los ojos y encorvó la espalda para evitar el encuentro. Lo único que le interesaba era la anciana que parecía haber sido alertada por la intuición, pues no estaba cerca. Pero no desistió,

atropelló a quienes se pusieron en su camino, ignoró las señalizaciones del tránsito y se encontró con el ansiado botín al otro lado de la Calle Isabel Riquelme. Sólo tuvo que introducir una mano en el bolso, empujar a la cincuentona y correr en sentido contrario entre los vehículos que esperaban la luz verde y los peatones que no comprendían qué ocurría.

Se detuvo dos esquinas hacia el poniente, se quitó el sudor del rostro y revisó las ganancias. Era la mitad de lo que necesitaba para Aníbal. Envolvió el dinero con un papel de diario, lo guardó debajo de la plantilla de la zapatilla y lanzó el monedero a la basura para no dejar evidencias.

Se paseó con las manos en los bolsillos por más de cuatro cuadras, tenía la mirada agitada, la lengua adormecida y la ansiedad en la piel. Quería ir por más. De vez en cuando, susurraba las palabras que su nuevo novio le había entregado, sus pómulos se arrebolaban y su estómago albergaba sensaciones inexplicables. Había prometido que por él haría cualquier cosa, y entró a una tienda de ropa. Sus pasos eran tímidos, evocó los años en que concurría con su madre a comprar, se miró en el espejo que siempre ocupaba y fingió una sonrisa. No quería aceptar que había cambiado, se inventó un minuto de felicidad y decidió tomar un vestido negro de seda que tenía un precio destacado. Lo miró detalladamente, lo colocó sobre sus sucios atuendos y formó un rictus. Soñó con él, pero era imposible tenerlo. Su madre, en otros tiempos, se lo hubiera obsequiado sin excusas, pero los Galindo no existían en su nuevo mundo.

—¿Cómo lo pagarás? —se acercó una vendedora—. ¿Acaso tienes dinero para eso?

—Soy ingeniera. —levantó las cejas—. No soy cualquier cosa.

—Entonces, yo soy la Reina de Inglaterra. —indicó la puerta—. ¡Lárgate, maloliente, si no quieres que llame a seguridad!

—No tienes derecho a tratarme así. —se miró en el espejo—. Déjame sola.

La vendedora se alejó jugando con la cabellera negra que descansaba sobre sus hombros, se ubicó detrás de la caja registradora y siguió los letargosos movimientos de la clienta, quien buscaba el instante preciso para actuar. Lo halló al girar sobre sí, dobló el vestido y lo guardó debajo de la chaqueta, en el bolsillo interior. Luego, agitó los colgadores y simuló devolver la prenda.

—Gracias, pero no compraré. —dijo Daniela al salir—. Gastaré mi dinero en otro lugar.

—¡Si es que tienes para gastar!

—Lo tengo, y mucho más de lo que tú imaginas.

Al atravesar la puerta, las paletas laterales se encendieron y sonaron. La muchacha palideció, sus piernas se inmovilizaron y arrugó

los párpados. No podía sacar la voz ni la respiración, y sólo despertó cuando sintió las manos gruesas y pesadas del guardia de seguridad sobre sus hombros.

—Lo entregaré. —titubeó—. Lo entregaré.

—Llamaré a los carabineros. —dijo la vendedora—. Aprenderás a no hacerlo nuevamente.

Daniela ocultó el rostro con sus largos cabellos.

El ruido del candado le produjo un profundo dolor en el pecho. Era primera vez que estaba en una situación donde la oscuridad la condenaba con sus garras. Caminó afirmándose en la pared, trataba de descubrir el suelo con la baja potencia de la ampolleta que estaba en el techo, tropezó con las piernas de una mujer que permanecía recostada y que intentó golpearla, sintió el olor a encierro, se tocó el rostro para secar el sudor tibio y se apoyó en el muro que señalaba el final de la celda. Entonces, cayó arrodillada, rendida y con los ojos puestos en la inmundicia del piso. Nunca imaginó sobrevivir en la antesala del infierno, pero se resignó al recordar el motivo. Sonrió. Aníbal —pensaba—, estaría buscando la manera más sensata para rescatarla. Y por eso respiró más tranquila.

—¿Qué te trajo por acá?

Miró a ambos lados y no vio a nadie.

—¿Eres muda? —insistió la voz—. ¿No quieres hablar?

—¿Quién eres? ¿Ah?

—Yo llevo más tiempo aquí. —sentenció una figura morena que apareció ante sus ojos—. Yo mando y tú haces. ¿Te queda claro?

Daniela se encogió de hombros, se esforzó por controlar el temblor del mentón y suspiró para disminuir el dolor que torturaba su corazón.

—Me llamo Daniela.

—¡Pregunté por qué estás aquí, no cómo te llamas! —gritó—. ¿Entiendes español?

—Quise robar un vestido, pero me atraparon. —se incorporó—. ¿Y tú?

—Saldrás en veinticuatro horas por delitos menores. —contestó dándole la espalda—. Sólo estás de paso.

La recién llegada siguió a la corpulenta mujer hasta la mitad de la habitación, se encontraron cara a cara, sin sonrisas ni muecas, y retrocedieron al mismo tiempo para evitar un conflicto.

—¿Por qué estás aquí?

—No creo que quieras saberlo.

—Yo te conté mi motivo. —insistió Daniela—. Yo quiero saber el tuyo.

Las presidiarias que contemplaban la conversación callaron, se apartaron y dejaron el paso libre a quien tenía el dominio del sector. Ella llegó hasta la entrada, miró el pasillo a través de los resquicios de los barrotes y suspiró.

—Por robo…

—Igual que yo. —dijo Daniela—. Pero yo fracasé.

—También maté a cinco personas. —se volteó con lágrimas—. Espero que Dios me perdone.

La jovencita se refugió en el final, en un rincón, con las manos en los bolsillos y los cabellos sobre sus ojos. No estaba dispuesta a entregar una lección del perdón que aprendió cuando participaba en la iglesia, y por eso apretaba los labios hasta sentirlos dormidos.

—¿Alguien vendrá por ti? —preguntó una convicta—. Por delitos menores pueden pagar fianza.

—Mis amigas vendrán. Y Aníbal también. —asintió—. Ellos me quieren.

Recibió un mohín como consuelo.

Minutos después, se acostó para esperar las siguientes horas en penumbras.

20

Colocó la Biblia en un cajón, lo cerró lentamente, con la mirada a media altura, y giró la llave. Prometió que nunca volvería abrir esa parte del clóset. Por eso arrojó la llave por el desagüe del baño y se sintió libre. O, al menos, lo suponía, porque regresó a la habitación y los sollozos lo envolvieron sin que tuviera una explicación. Dejó las manos sobre el pecho, tenía la boca seca y las rodillas débiles. No quería caer, pero lo hizo, y ahí percibió el frío que cubría sus horas. Difícilmente, podía mantener las manos abiertas para alcanzar los soportes de la cama, su cabeza ardía como si una caldera funcionara en su cerebro, gritaba sin conseguir zafarse, se arrastró como un gusano perdido en el asfalto y recogió la guitarra. Sólo entonces se alivió.

El paso estaba decidido. Lo declaró por la noche, frente al espejo que repuso su padre, y no había marcha atrás. Había sido demasiado — confesó —, y no estaba dispuesto a renunciar a un sueño, menos si

alguien que le dio la felicidad que siempre anheló se la arrebató sin consideración. Pero pronto se arrepintió de sus palabras y lloró.

—No quiero saber de ti. —bisbisó—. No puedo seguir a tu lado. Me decepcionaste una vez más.

Las cuerdas de la guitarra sonaron ásperas, sin armonía y reclamando un pasado sepultado. Lo intentó nuevamente, deslizó los dedos de arriba abajo hasta que obtuvo una melodía. Entonces, dibujó una cínica sonrisa, como aquellas que ostentaba a la banda de rock en los ensayos antes de exponer una composición. Jugó unos minutos con la uñeta y la cejilla, recordó las notas que había conseguido y comenzó a cantar a media voz.

—*Tu aroma apesta, tu voz se pierde en la oscuridad de mis entrañas, dime si me llevarás al sepulcro donde quiero estar.* —tarareó—. *Dime si quieres la muerte para mí, y yo te daré mi alma para que me lleves más allá, en la espesura de las ánimas, donde el placer es felicidad.*

—¿Podemos hablar? —el padre llamó a la puerta—. Es importante, hijo.

—¡No estoy de ánimo! —gritó, fastidiado—. ¡No quiero que me molesten!

—Emanuel, no puedes vivir encerrado.

—¡Aquí me quedaré, aquí viviré y aquí moriré! —desgañitó—. ¡No me interesa nada de lo que hay afuera! ¡No trabajaré, no lucharé, no haré nada de nada! ¡Déjenme solo!

—Hijo, por favor…

—¡Quiero vivir en la espesura de las ánimas!

La guitarra atravesó la habitación y chocó en la puerta. Aquel golpe estremeció las paredes, cayó el espejo nuevo y los pocos libros que daban utilidad a la estantería y rompió los anhelos de los padres, quienes se alejaron de la entrada prisioneros del pánico.

Emanuel recuperó el instrumento; las cuerdas se cortaron, la caja de resonancia se fragmentó y la parte superior quedó inservible. Sostuvo en sus brazos el preciado regalo que cuidó por años, lo contempló sin comprender qué había ocurrido y qué lo había llevado a tal locura, y luego lo arrojó a los pies del umbral.

—Olvídate de mí —miró el techo—. Porque yo me olvidé de ti.

Y se acostó con la cara bajo las almohadas.

21

Al abrir la puerta, recibió el aroma a marihuana quemada. De inmediato, corrió hacia la sala principal para exigir una explicación, pero se encontró con la palidez de Natalia decorando el vacío y la borrachera de Noelia combatiendo por mantener el equilibrio frente a una ventana. Se detuvo en miedo del salón, extendió los brazos y

aguardó una palabra, pero nunca llegó.

—Gracias por la preocupación. —ironizó—. Pensé que irían a sacarme.

—¿Dónde estabas? —titubeó la rubia—. Pensamos que habías vuelto a tu casa.

—Me encerraron en la cárcel por robar en una tienda. —sus mejillas enrojecieron—. ¿Dónde está Aníbal?

Noelia levantó un dedo índice y sonrió. Natalia, desde el extremo opuesto, le hacía gestos para que se mantuviera alejada y en silencio. Sin embargo, la muchacha recorrió la distancia procurando no trastabillar, se detuvo frente a la presencia descompuesta y fétida de Daniela y le entregó el hálito a cerveza.

—Él no es tuyo.

—¿No? —se encogió de hombros—. ¿Qué dices?

—Es mío. —la empujó—. ¡Yo también lo probé!

La ex convicta rodeó su cuello con ambas manos y se esforzó por mantener la cordura. En su estómago nacían retorcijones, tenía cefalea y estaba perdiendo la paciencia. No obstante, se contuvo y esquivó los manotazos que la muchacha ebria le entregaba.

—No sabes lo que dices. —sentenció—. Aníbal dijo que me amaba.

—¡A mí también me lo dijo anoche! —rió— ¡Y fui feliz!

Unos golpes llamaron a la puerta. Natalia se puso en pie de un salto para evitar participar en la discusión que estaba subiendo de tono, fue a la entrada y regresó mordiéndose las uñas. Tras ella estaba la drogada presencia de Aníbal con los ojos enrojecidos y las mucosas irritadas.

—¿Me trajiste el dinero? —abrió las manos—. ¡Lo quiero ahora!

—¿Por qué te acostaste con Noelia? —gimió Daniela—. ¡Dijiste que me amabas!

—Yo hago lo que quiero. —levantó una mano—. ¿Dónde está lo que te pedí?

—Pasé la noche en la cárcel, Aníbal. —jadeó—. Lo hice por ti.

Una bofetada estremeció el semblante de la mujercita, quien retrocedió ocultando el dolor.

—¡No quiero verte! —gritó el muchacho—. ¡No me sirves!

—Aníbal, por favor. —sollozó—. No me hagas esto.

—¡Ándate a otro lugar! —la tironeó de la chaqueta—. ¡No me sirves!

Daniela se afirmó en la pared, se arregló los cabellos y enjugó sus párpados. A unos metros estaba Noelia mostrándole los dientes y buscando una botella para arrojársela, pero Aníbal fue más ágil y la arrastró hacia la entrada. La jovencita cayó de rodillas, tenía las súplicas en los labios y rodeó las piernas del déspota con sus brazos.

—¡No me dejes, por favor!

—¡Eres una mala mujer! —la golpeó en el rostro—. ¡No quiero verte!

—Dame una oportunidad. —balbució—. Yo te amo, Aníbal. Te necesito.

Él se apartó, fue por un cigarrillo y se aferró a la cintura de Noelia.

Daniela, en el suelo, empezó a excavar su albergue.

TERCERA PARTE:

“SUEÑOS EN EL OLVIDO”.

1

Terminó de barrer la entrada, acomodó la alfombra tejida a mano que obsequió una hermana de la comunidad para el aniversario y se detuvo a mirar la calle. La última vez que lo hizo fue hace seis años, cuando estuvo una mañana completa frente al semáforo de Avenida Brasil con Avenida Ecuador esperando que el día envejeciera. En aquel tiempo, era un errante en busca de la razón y sobrevivía con las manos en los bolsillos e incomprensibles preguntas en la boca. A pesar de eso, logró atravesar la vereda de la vida para continuar respirando.

Era un amanecer hermoso. El sol alumbraba sobre su cabeza entregándole la vitalidad que extrañaba cuando se encerraba a estudiar, el viento soplaba despeinándolo como en los años de universidad y el aroma de la primavera lo enamoraba. Más de una vez confesó que era un romántico empedernido por la naturaleza, y eso lo motivó para crear un pequeño jardín en el pasillo que separaba la iglesia del hogar de menores. Todos los días realizaba el mismo recorrido, pero aquella mañana fue diferente. Diferente y conmovedora. Llevaba más de diez minutos contemplando la calle, con el escobillón entre las manos y la respiración contenida. Los vecinos lo saludaban con reverencia, los niños le sonreían y los pajaritos —que siempre alimentaba con migas añejas—, lo rodeaban, pero él no reaccionaba.

Una lágrima se asomó. Luego, otra y otra hasta convertir su semblante adulto en un baúl de recuerdos sentenciado por algo más de un lustro. Sólo cuando sus manos quedaron húmedas, despertó y alcanzó la puerta del salón.

—¡Pastor, pastor! —gritó un niño desde la entrada del hogar de menores—. ¿Cuándo nos enseñará matemáticas?

—Pasado mañana. —sonrió—. Hoy debes estudiar ciencias naturales.

—¿Nos enseñará algo nuevo?

El hombre le guiñó, le ordenó con un gesto que regresara a clases y se dispuso a limpiar los recovecos de las puertas de madera. Hace tiempo que no se dedicaba a las labores domésticas en el ministerio, y a pesar que existía una comisión encargada del aseo y ornato, prefería asumir el desafío. Así era feliz. Sus ojos brillaban, su sonrisa permanecía viva mientras entonaba una alabanza y sus brazos restauraban cada centímetro del lugar que levantó con fe. Sin embargo, en unos parpadeos, llegaron las imágenes que había archivado cuando comenzó el pastoreo, nuevamente aparecieron las lágrimas, perdió las fuerzas hasta caer de rodillas y jadeó al hurgar en el suelo una explicación. Estaba convenciéndose que no era un buen

día. En realidad, era la primera jornada que presenciaba de esa forma, y por eso marcó el ceño y se incorporó apoyándose en los barrotes que rodeaban la escala de tres peldaños. Suspiró. Enseguida, se restregó los ojos y vagó en sí para hallar la inquietud que lo atormentaba. Ligeramente, colocó sus manos sobre el corazón para aceptar que el ritmo había aumentado. El médico le había dicho que su estado de salud era admirable considerando el historial de trastornos que vivió en el pasado. A ello había respondido como un milagro, pero el galeno lo justificó con una desintoxicación del organismo.

El dolor prosiguió. Tenía el pectoral izquierdo, el antebrazo y el dorso con calambres. Se mordió los labios para soportar y se inclinó levemente suponiendo que conseguiría el alivio, pero la situación empeoró. Pasaron unos minutos, a ojos cerrados, con palabras inaudibles en los labios y la convicción reviviendo en el corazón como siempre lo hacía. Entonces, el sufrimiento disminuyó lentamente hasta que desapareció.

Luego, levantó las manos y glorificó a Dios a viva voz.

—Pastor. —dijo un muchacho, acercándose—. ¿Cómo está?

—Excelente, gracias a Dios. —sonrió—. ¿Qué te trae por acá, Miguel?

—Quiero hablar con usted. —enarcó las cejas—. ¿Podemos?

El siervo de Dios se apartó de la entrada e invitó al joven a caminar por el pasillo. Después de verlo al otro lado de la mampara, abandonó el escobillón y cerró tras sí para acompañarlo con los brazos en la espalda.

—¿Puedo confiar en usted?

—Por supuesto. —atravesaron el salón—. Dios me ha dado las herramientas para guiar al rebaño. No dudes en abrir tu corazón.

Llegaron hasta la oficina, se ubicaron alrededor del escritorio, se miraron sin atreverse a iniciar el diálogo, tosieron, movieron las manos y se reacomodaron en los asientos. El pastor reflejaba en sus pupilas la incertidumbre que exhibía en la juventud, y lo hacía simplemente para que Miguel lo considerara un amigo.

—Tengo un problema. —suspiró—. Un problema grande.

—¿Cuál sería? ¿Eh?

—¿Seguro que quiere escucharlo? —el adolescente enrojeció—. Es un problema que no tiene solución.

—Jesús dijo: *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*. —se acercó—. Él te ayudará con tu problema, debes aprender a confiar en su amor y esperar con paciencia.

Miguel se mordió las uñas, revolvió sus cabellos, jugó con los bordes de la camisa y movió los pies haciendo sonar las plantas de goma sobre las baldosas.

—Estoy enamorado…

—¿Sí? —sonrió el líder de la congregación—. Eso es normal a tu edad. ¿Cuál es el problema?

—Que la amo con todo mi corazón. —asintió—. ¿Cómo puedo hacer para que ella esté conmigo?

El pastor se arrellanó en el sillón, se tocó la barbilla y jugó con la mirada sobre el semblante pálido y tembloroso del mozalbete. No sabía cómo iniciar la conversación, y por eso separaba los labios más de lo habitual, al punto de incomodarse.

—Yo también tuve tu edad. —confesó—. Y también me enamoré.

—¿Verdad, pastor? —Miguel se apoyó en el borde del escritorio —. ¿De quién se enamoró? ¿Cómo se llamaba ella?

El siervo de Dios otorgó un rictus, enarcó las cejas y soltó un largo suspiro. De inmediato, el joven agitó las manos para continuar indagando, pero el orientador se refugió en la puerta y se cruzó de brazos.

—¿Estás seguro que la amas?

—Sí. —asintió—. Con todo mi corazón.

—Es lindo el amor. —dijo—. Sobre todo cuando es correspondido.

—¿Cuántos años tiene, pastor? —Miguel se volteó con un movimiento—. ¿Es un secreto?

El hombre sonrió desarmando la tosca compostura que había adoptado, avanzó hacia el escritorio y se detuvo junto al respaldo de la silla que ocupaba la visita.

—Veintisiete.

—¿Cuándo se enamoró? —se encogió de hombros—. ¿A los diecisiete como yo?

—No, a los veintiuno.

—¿Todavía está enamorado? —el muchacho lo siguió con la mirada—. ¿Ella dónde vive?

—Estoy enamorado de Jesús. —regresó al sillón—. Ser pastor es mi vocación. No fue fácil decidir, pero Dios me mostró el camino y me guió.

Se quedaron en silencio, cruzaron las miradas y mantuvieron las manos en el borde del mueble esperando el momento oportuno para atacar. No se atrevían a dar el siguiente paso por miedo a herir el respeto que había nacido.

—¿Qué puedo hacer para que ella esté conmigo?

—Dios conoce los anhelos de tu corazón, Miguel. —atendió con una mano en alto—. Si Él tiene propósitos con ustedes, los unirá, pero si no es así, los distanciará.

—¿Qué puedo hacer para no perderla? —apretó los labios—. Sólo quiero estar con ella.

—Habla con Dios, búscalo, ten intimidad y llegará la respuesta. —se puso en pie—. Sobre todo, vive en paciencia y confía en Él. Deja

todo en sus manos.

El adolescente sonrió para borrar el rubor, se dirigió a la puerta y aguardó que el pastor se despidiera con un apretón de mano. No tuvo palabras para agradecerle, le entregó una ligera reverencia y se dispuso a salir. Sin embargo, cuando la puerta estaba por cerrarse, retornó.

—Usted tiene la misma edad que mi hermano mayor.

—¿Sí? —inclinó la cabeza—. Entonces, considérame como tu hermano.

—¿Le puedo hacer una pregunta como si fuera mi hermano? —se afirmó en el umbral—. ¿Puedo?

—Por supuesto, Miguel.

—¿Cómo se llamaba la mujer que lo enamoró? —subió las cejas —. ¿Era linda?

El pastor bajó levemente la mirada, guardó la respiración y empujó la puerta sin importarle ser imprudente. El muchacho no se quitaba, pero tuvo que abandonar la posición al comprender que el orientador había perdido la concentración.

Lo último que los separó fue un portazo.

Vagó por la oficina arrastrando los dedos sobre las paredes, removió los cuadros, hojeó los libros de teología que llenaban la estantería, sacudió el mantel que estaba sobre la mesa del rincón y terminó en la ventana que conectaba con el patio del hogar de menores.

—Era la flor más hermosa del jardín de Dios. —balbució—. La más hermosa.

Entonces, arrugó los párpados.

2

Los ensayos del coro terminaron casi a las ocho de la tarde. El director dejó la guitarra y anotó los últimos arreglos que había definido para el siguiente culto. Estaba interesado en renovar los cánticos y el sonido para que la comunidad se acercara aún más. Era una de las ideas que propuso el pastor en la reunión de la semana anterior, y todos estuvieron de acuerdo, pues la ausencia de jóvenes y de matrimonios estaba formando un vacío que era imposible de suplir, sobre todo cuando la misión de unidad familiar era el estandarte que se pregonaba cada jueves.

La entrada de la cabeza de la comunidad en la sala despertó la atención de las hermanas, quienes guardaron los cancioneros y se

acercaron para saludar aquellos pasos amables. El pastor se detuvo junto al púlpito, sonrió como era costumbre y jugó con los párpados para comprender lo que estaba ocurriendo, pero guardó silencio cuando se rindió.

—Nuevas canciones. —dijo el guitarrista—. Aprendimos una nueva alabanza.

—Muy bien. —asintió—. Dios los bendiga. Han hecho un excelente trabajo.

—¡Estoy segura que muchas personas aceptarán a Jesús en su corazón! —afirmó una hermana de cincuenta años—. ¡Nos faltará espacio!

—Es el tiempo. —el pastor revisó cada uno de los rostros—. Es el tiempo en que comenzarán a llegar los enfermos, los trabajados y los desesperados.

El director del coro se despidió con un fuerte apretón de mano, abrazó al siervo de Dios y atravesó el pasillo que conducía hacia el exterior. Enseguida, los integrantes del orfeón desfilaron formando una larga hilera que entregaba buenos deseos al líder y acordaron la siguiente reunión.

La puerta se cerró tras la hermana Elvira González, una mujer de treinta y cinco años, quien procuró revisar la iglesia antes de salir. El pastor se despidió por última vez con la mano en alto, luego levantó el rostro y suspiró.

—¿Puedo hablar con usted, pastor Fernández?

—¿Hermana Alicia? —sonrió—. Ya todos se han ido.

—Necesito hablar con usted. —se acercó desde los atriles, donde había permanecido—. Es muy importante.

—¿Demasiado importante? —dijo la cabeza del ministerio—. ¿Podemos dejarlo para mañana?

Ella no contestó, acomodó la cartera bajo el brazo derecho y fue al encuentro del hombre, quien se apoyó en el borde del estrado, con la mirada a media altura y los labios separados.

—¿Qué ocurre? ¿Hay problemas en el hogar de menores?

—No. —titubeó—. No es eso.

—¿Entonces? —se encogió de hombros—. ¿Está todo bien?

La mujer se cruzó de brazos, respiró profundamente y no dejó espacio para dudas cuando el silencio incomodaba al pastor.

—Quiero hablar de usted y de mí.

—¿Perdón, hermana Alicia? —frunció el ceño—. No entiendo.

—¿Leyó la carta que ayer dejé en su escritorio?

—No.

La mujer retrocedió conmovida por el tono agreste de la respuesta, pero se mantuvo firme, secó los dedos en los ribetes del bolso e inclinó el rostro para apreciar aquel perfil incierto.

—Estoy enamorada de usted, pastor Fernández.

—Hermana Alicia. —jadeó—. Hermana, ¿qué está diciendo?

—Lo amo. —escondió el rubor de sus mejillas—. Le he pedido a Dios que me dé la oportunidad de demostrarle lo que siento por usted. Sé que estoy cometiendo un error, pero no puedo callar lo que siento. Usted es un hombre de buenos sentimientos, es inteligente, amable y cercano a Dios.

—Yo no lo sé…

—Créame que tengo buenas intenciones con usted. —dio un paso —. Dios conoce mi corazón.

El siervo de Dios cambió la posición de las piernas, se abrochó los botones inferiores de la chaqueta y volvió la cara a la puerta, pero estaba demasiado lejos para salir.

—Yo valoro mucho su trabajo en el hogar de menores. Ha sido un apoyo incondicional, mi mano derecha en estos últimos dos años…

—¿Pero? —dijo ella—. Sé que hay un obstáculo.

—Sí. —acezó—. Yo estoy enamorado, y no quiero cambiar ese amor por nada del mundo.

—Lo siento, pastor Fernández, no quise incomodarlo.

—Yo amo a Jesús y he decidido entregar todo a Él. —enarcó las cejas—. ¿Me entiende? Usted es una buena mujer, hermana Alicia, y creo que Dios pondrá en su camino al hombre indicado.

—¿Definitivamente, es una negación?

Respondió con un ligero movimiento de rostro.

La mujer contuvo las lágrimas en el borde de sus ojos, se cubrió la boca con ambas manos y aceleró los pasos sin importarle que los golpes de los tacones retumbaran.

—Espero que esto no estropee las labores del hogar de menores.

—No puedo seguir ayudándolo.

—¿Y los niños? —corrió para alcanzarla—. No puede actuar con inmadurez, hermana Alicia.

—Lo que tengo en mi corazón es muy intenso. —jadeó—. No podré seguir a su lado sin ser correspondida.

La puerta quedó entornada, el viento envolvió la figura de la corista y la soledad enfrentó al pastor, quien —a ojos cerrados—, hurgó en la serenidad.

3

La reunión se concretó a las diez y quince minutos, compartieron unas tazas con café y trozos de queque y firmaron el documento que descansaba en medio del escritorio. Por él habían esperado más de diez meses, y por fin el llamado telefónico del día anterior les devolvió las esperanzas. Era un proyecto que creó impulsado por un grupo de hermanos de la congregación y que había sido rechazado por las autoridades en los primeros intentos, pero tras la insistencia o perseverancia —como le gustaba al pastor Fernández denominar el ahínco—, el Alcalde de la ciudad de Chillán accedió.

El líder de la comunidad cristiana no podía borrar la sonrisa, elevaba la mirada y agradecía en susurros. En su pecho sentía la presencia de Dios, respaldándolo, y por eso se atrevió a romper el protocolo, le pidió a los máximos jerarcas del municipio que mantuvieran la compostura y les colocó las manos sobre las molleras. Nadie habló, imitaron la actitud sumisa y aguardaron el procedimiento. A ojos cerrados y a viva voz el pastor clamó por la integridad física, política e intelectual de los hombres que estaban ayudándolo, los bendijo durante diez minutos, les habló del orgullo que debían sentir al colaborar con una institución sin fines de lucro dedicada a la caridad y les vaticinó progresos en sus trabajos. Después que oraron en conjunto —porque el Alcalde lloró sintiendo la bendición—, se abrazaron y repartieron las copias del contrato.

—¿Cree que esto disminuirá los robos?

—No.

—¿Entonces? — dijo el asesor del edil.

—Daremos dignidad a las personas. —contestó el siervo de Dios —. Nuestra misión es ayudar a los que más necesitan.

—Tal vez, se acostumbren a tener todo en la boca. —criticó el Alcalde—. Quizá debamos restringir el beneficio.

El pastor Fernández guardó la copia del documento en la carpeta, se acomodó el sombrero de lona café que la comunidad le regaló para su cumpleaños y se dispuso a salir del salón, pero la mano gruesa del jefe de la ciudad se lo impidió.

—Espero no estar cometiendo un error. Pensé que esto podría ser

una solución y no un problema.

—Jesús dijo: *Lo que tú le haces a tu hermano, también me lo haces a mí*. —enarcó las cejas—. Alcalde, actúe con el corazón y no con la razón.

Los pasos cansinos del ministro de fe se alejaron hacia el ascensor, hizo una reverencia de despedida al guardia y su figura desapareció tras las compuertas.

El furgón blanco que estaba destinado para los paseos del hogar de menores se convirtió en un restaurante móvil. A las diez de la noche comenzó el recorrido desde el sur por la Avenida O'Higgins buscando a los vagabundos que pernoctaban bajo los árboles del parque, a los jóvenes sin hogar que se emborrachaban cerca del Estero Las Toscas para salir a delinquir y a los niños abandonados que mendigaban alimentos en los terminales de buses. Sin embargo, llevaban examinadas cuatro cuadras y no había nadie que necesitara su ayuda. Algunos hermanos de la iglesia estaban frustrándose en el silencio, otros se atrevían a dar su opinión sobre el procedimiento, y los más optimistas suponían que la pobreza había desaparecido de Chillán. El pastor, en cambio, mantenía la cordura, la mirada en la calle y las manos en el volante. Sólo dio un suspiro como respuesta, y pronto los murmullos desaparecieron. Su acompañante le observó el perfil para descubrir la convicción que emanaba, lo aceptó con una inclinación del semblante y removió el espejo retrovisor para atender el hermetismo de los demás pasajeros.

—¿Por cuánto tiempo será esta labor?

—Por el tiempo que sea necesario. —dijo la cabeza de la iglesia —. Si alguien necesita por años, por años le daremos.

Se estacionaron en la esquina de Calle Arturo Prat, la puerta lateral la abrió un hermano y rápidamente bajaron las mujeres y jóvenes con café caliente, panes con cecinas y sonrisas espontáneas. En la vereda de enfrente había un grupo de siete u ocho mendigos esperando que el dueño de la botillería los recibiera con las limosnas que recolectaron en las últimas horas.

—¿Podemos hablar? —dijo el pastor a uno de los hombres que cargaba un bolso sucio y con harapos—. Dios te ama.

—¡No me hagas reír! —le dio la espalda—. ¿Su amor me sacará de la miseria?

El siervo de Dios sacó una Biblia pequeña que llevaba en el bolsillo, buscó parsimoniosamente unas páginas ayudado por la luz de media intensidad que llegaba del interior del negocio y se lo mostró.

—Todavía es tiempo.

—Llevo veinte años en la calle. —los ojos del pordiosero brillaron

mientras sus amigos recibían la comida que estaban repartiendo—. ¿Cree que podré dejar esto de un momento a otro? Estoy acostumbrado a esto. Moriré en la miseria.

—Siempre hay esperanza. —clavó la mirada—. Porque cuando usted le cree a Dios, Él hace el milagro.

El hombre soltó el bolso con desperdicios, abrazó al pastor Fernández y lloró en su hombro deshaciéndose de la amargura que tenía guardada en su corazón.

4

La clase de matemáticas perdió su esencia cuando comenzaron las preguntas. A él no le molestaba, pero se sentía obligado a contestar y omitir ciertos capítulos de su vida. Escribió por última vez en el pizarrón un ejercicio de triángulos y las fórmulas para los cálculos del área y perímetro, mas los niños protestaron con las manos en alto y los cuadernos cerrados. No le pareció bien, tampoco era partidario de los castigos, de modo que se ubicó en medio de la habitación, con los brazos a media altura e intentó negociar.

—¿Quién tiene un sueño? ¿Eh?

—¡Yo! —gritaron a coro—. ¡Yo!

—¡Yo quiero ser cantante!

—¡Yo quiero ser futbolista y pianista!

—¡Yo quiero ser explorador!

El pastor se cruzó de brazos y esperó que todos guardaran silencio. Sólo los últimos alumnos de la sala continuaban riendo y

gritando, por lo que se acercó y se apoyó en las mesas mientras les entregó una mirada amonestadora.

—¿Qué quieres ser, Pedro?

—No lo sé. —se encogió de hombros—. A lo mejor astronauta.

El curso soltó carcajadas que enrojecieron el rostro del muchachito, se hundió en el asiento y levantó el libro para desaparecer.

—Con fe nada es imposible. —levantó un dedo y todos callaron—. Jesús dijo: *Para el que cree, todo es posible*.

—¿Pedro cómo va a llegar a la luna, pastor? —preguntó Eduardo desde el otro extremo de la sala—. ¡Tiene que ir a Estados Unidos para ser astronauta!

—Si él quiere, y tiene fe, Dios le dará las herramientas para ser astronauta. —regresó al pizarrón—. Nunca olviden que hay que pedir con convicción.

Borró la mitad de la pared, dibujó un enorme corazón y en medio escribió el nombre de Jesús con letras gruesas. Enseguida, se ubicó a un costado y lo indicó firmemente.

—Quien tiene a Jesús en el corazón, todo lo puede.

—¿Usted siempre quiso ser pastor? —preguntó Eduardo—. ¿O era profesor de matemáticas antes de ser pastor?

—Yo estudié ingeniería, quería ser cantante y recorrer todo el mundo con mi guitarra, pero cuando Dios me llamó, seguí su camino y me convertí en pastor. —sonrió, emocionado—. Soy muy feliz con lo que hago.

—Dicen que los ingenieros ganan mucho dinero, pastor. —intervino Samuel—. ¡Son millonarios!

—Sí, pero eso a mí no me importa. —suspiró—. ¿De qué sirve tener tanto dinero si no lo puedes disfrutar con quien amas?

La habitación quedó en silencio por unos minutos y unas lágrimas resbalaron por las mejillas del director del hogar de menores, pero rápidamente se volteó y las quitó con un torpe movimiento de la manga derecha.

Unos golpecitos llamaron a la puerta, lo descolocaron y lo obligaron a acudir para escapar de la congoja.

—Pastor Fernández, tiene visita en su oficina. —dijo la secretaria del hogar de menores—. Lo está esperando.

—¿Quién es?

—Una mujer. —respondió, retirándose—. Dijo que lo conoce.

El hombre crispó los labios y salió de la sala con el semblante a media altura.

La puerta del despacho estaba abierta, en el suelo descansaba la

sombra que nacía desde el asiento que ocupaba la visita y las ventanas estaban abiertas. Una suave brisa cubrió la cara del pastor, quien no podía quitar de sus mejillas la intriga que despertó el anuncio.

—¿Usted me busca?

—Sí, Emanuel.

Él se detuvo en el umbral con el aliento entre los labios, pestañeó seguidamente para dilucidar las sospechas que estaba entregando aquel semblante pálido y se llevó los dedos tiesos a los bolsillos del pantalón. Sintió calor sobre la piel, sus orejas enrojecieron, la respiración fue más lenta, la memoria estaba traicionándolo y el corazón latía con más fuerza.

—¿Nos conocemos?

—Sí. —dijo la visita—. ¿No te acuerdas de mí?

Era una mujer de cuarenta y nueve años, de cabellos largos que descansaban sobre los hombros, tenía una tímida sonrisa y se apretaba las manos cuando intentaba sacar la voz. Vestía un pantalón blanco y una chaqueta beige que combinaba con una blusa rosada.

—No, no me acuerdo de usted.

—Por favor, Emanuel, vengo a hablar algo muy importante. —se puso en pie—. Soy la mamá de Daniela. ¿Lo recuerdas?

El pastor percibió un dolor en el pecho que lo obligó a sentarse frente al escritorio, a buscar la ventilación que entraba por la ventana más cercana y a escapar del macabro juego que estaba desarrollándose en su mente. Ligeramente, escondió la mirada tras la lámpara que ornamentaba el mueble y deslizó las manos hacia el cajón donde guardaba las pastillas de menta que endulzaban sus tardes, pero la mujer fue a su encuentro y lo encaró tocándole un hombro.

—Tenemos que conversar.

—No creo que sea necesario. —balbució—. Han pasado los años. Dios nos ha mostrado el camino a seguir.

—Necesito tu ayuda, por favor.

El hombre se acomodó en el sillón, tomó la mano de ella y la miró a los ojos esforzándose por contener la nostalgia.

—¿Cómo está ella? ¿Dónde está? ¿Necesita algo?

—Por eso he venido a ti, Emanuel. —suspiró—. Hace unos meses, supe que habías elegido el servicio a Dios. Créeme que me alegré mucho porque has sido muy fuerte después de todo lo que ocurrió. Superaste las barreras.

—¿Qué sabe de Daniela? —se incorporó—. ¿Puedo hablar con ella?

La madre arrugó los párpados y rompió el maquillaje con el llanto. Su garganta se deformó hasta emitir incomprensibles sonidos, sus manos temblaron, su pecho estaba vacío y sus ruegos no cesaron.

Sólo un abrazo la consoló.

—Hace seis años que no sé nada de ella.

—¿Nunca regresó? —bisbisó el pastor—. Dios mío.

—Alguien me contó que tú tienes este hogar de menores. —ella le abrigó las mejillas—. Tú lo levantaste para ayudar a los niños de la ciudad. Eres un buen hombre…

—¿Por qué ha venido?

—Quiero que busques a mi hija. —le devolvió la mirada—. Por favor.

El siervo de Dios se apartó bruscamente, se asomó a la ventana para contemplar los juegos que los niños realizaban en el patio y buscó desesperadamente una palabra de inspiración.

—No puedo. —sentenció—. Es imposible.

—Para Dios nada es imposible. —contestó ella—. Por favor, si le pedimos a Dios que nos ayude a buscar a mi hija, podríamos tener resultados.

—No creo que sea conveniente. —volvió el rostro—. Yo no puedo hacer eso. Tengo mucho trabajo en la congregación.

—Pero puedes pedir ayuda a Carabineros. —la madre buscó sus ojos—. He sabido que has organizado planes de rastreo de jóvenes que se han fugado de sus casas por culpa del alcohol y las drogas.

—¡Eso es distinto!

Cerró la puerta de la oficina, tomó los hombros de la visita y meditó. No conseguía la concentración necesaria para una decisión. Tenía los ojos húmedos, la boca seca y un enorme nudo de angustia en el cuello, pero fingía indiferencia al punto de destrozar sus propias emociones por mostrarse fuerte.

—Daniela desapareció hace seis años. ¡Ya perdimos los rastros!

—¿Qué tal si está viviendo bajo un puente? —dijo la mujer—. Por favor, yo necesito que tú la busques.

—Se equivocó conmigo. —acezó—. No soy la persona indicada, pero hay organizaciones gubernamentales que pueden ayudarla.

El pastor Fernández abrió el libro que estaba sobre el escritorio, recogió los anteojos y se dispuso a leer sin importarle la presencia de la señora Galindo. Sin dudarlo, levantó un índice para señalar la puerta.

—Sé que estás enojado con ella, pero deberías hacer un esfuerzo. —declaró—. Deberías aprender a perdonar.

—Créame que la perdoné el primer día que estuve sin ella, apenas entendí que no volvería. —dijo, cabizbajo—. Pero tengo mis razones para no ayudarla.

—¿Qué razones, Emanuel?

No hubo palabras. Abrió la puerta con pereza, esperó que la visita recogiera la cartera que tenía en el respaldo de la silla y selló el capítulo que prometió no volver a leer.

Sumergido en sus cavilaciones, aguardó la noche junto a la ventana.

5

Por tercera vez leyó el capítulo nueve de Marcos, se retocó la barbilla para encontrar la inspiración exacta y suspiró. La música de Jesús Adrián Romero que sonaba en el reproductor que estaba sobre el escritorio envolvía sus pensamientos, pero no conseguía concentrarse completamente. El estudio estaba convirtiéndose en una tarea difícil, tal vez apartada de sus prácticas habituales. Seguía cada versículo con el índice, susurraba cada palabra y jugaba con la mirada para memorizar. Sin embargo, en el silencio envolvente caían las desesperaciones. Algo no estaba bien. En realidad, desde que quedó solo en su despacho nada funcionó correctamente. En el atardecer, dio un paseo, atravesó la calle y saludó a los vecinos. Su compostura cogitabunda despertaba la atención, pero no respondía a las interrogantes, descansaba los brazos en la cintura y admiraba la majestuosidad del templo.

—He sido un humilde obrero en tu obra, Señor.

Recordó el momento exacto en que la primera piedra fue puesta sobre los cimientos. Fue una primavera, hace tres años, cuando cursaba hermenéutica en el Instituto Bíblico. Un amigo pastor que conoció lo invitó a ser parte de la congregación que estaba edificando. Sin dudarlo, aceptó el desafío aún con el aliento tibio en los labios, pero confió en los pasos que daría y se vistió como un obrero dispuesto a obedecer las instrucciones sin cuestionamientos. Desde entonces, participaba descubriendo el propósito que Dios tenía para su vida. A veces, no entendía qué debía hacer, cómo aprender ni cuándo actuar, empero se entregaba a ojos cerrados. Eso le valió al momento

de egresar como pastor evangélico, pues recibió la unción para encabezar la nueva creación tras la repentina noticia que se llevó a su mentor a España para continuar estudios de teología.

—Estoy a tu disposición, Señor.

La voz pastosa no alcanzó a llenar el vacío de la oficina. Marcó la página, revolvió otros textos que tenía cerca y se apartó del sillón. No era capaz de asimilar el origen del trastorno que estaba sufriendo. Sentía en los dedos el resquemor de las noches de rock, buscaba la puerta para respirar aire fresco y crispaba los músculos del rostro al evocar la última conversación.

Eso lo había condenado.

Detrás del escritorio estaba su secreto más íntimo. Lo había rescatado de la habitación que ocupó en la casa de sus padres, lo mantenía con candado y cubierto con una alfombra. Cuidadosamente, lo descubrió sin percatarse que estaba estropeando la ubicación del despacho, escogió la llave en el manojo que guardaba en el último cajón y removió la tapa lentamente, procurando que las bisagras oxidadas no sonaran.

—Dios mío, ¿esto es real? ¿Por qué está ocurriendo?

Recogió una fotografía, la tocó con la mano abierta para eliminar la capa de polvo y esbozó una sonrisa pacata. Sus pómulos enrojecieron, sus ojos se humedecieron y el temblor revivió en su piel como hace seis años. Prefirió huir. No obstante, regresó con el corazón en la mano, con la ansiedad de percibir las emociones, los olores y las sensaciones que sólo aquellos ojos cafés profundos provocaban.

—Daniela, Daniela, Daniela.

Y besó la fotografía con los párpados caídos, con el suspiro refrenado en los dientes y la pasión brotando en cada respiro.

La madrugada cayó sobre él, pero no le importaba. Sus manos se movían intrépidas por los recuerdos, las lágrimas revivían cada instante y las preguntas y las dudas se acumulaban en un rincón de su corazón. En la mesa tenía los retratos, los regalos, las canciones que había compuesto para ella, los pensamientos que por las noches le escribió y las más de cien cartas que redactó durante los seis años de ausencia. Pero no podía mantenerse en pie, pues el llanto lacónico en su interior lo derrumbaba. Temía tropezar con la piedra que lo condujo a encarar a Dios antes de optar por el Instituto Bíblico, cuando las noches eran largas mientras tejía intrigas sobre el destino. A pesar que prometió no volver a reclamar por el amor de su vida, estaba sintiendo las cosquillas en el estómago, y anhelaba aquellas manos que rozaban los contornos de sus mejillas cada atardecer.

Entonces, cayó de rodillas, con las manos sobre los recuerdos y la indecisión en la boca.

—Todavía la amo, Señor. —jadeó—. ¿Es muy difícil lo que

vendrá? ¿Por qué tenía que aparecer esto? Yo había decidido amarla en silencio, en el recuerdo, a mi manera, en la distancia que nos separa y que sólo tú conoces. ¿Qué seguirá en este camino? Tú todo lo sabes, Dios Todopoderoso. Ayúdame, por favor.

Silencio.

El pastor enjugó las lágrimas y acarició las cartas escritas con tintas de esperanzas. No podía continuar erguido, de modo que se recostó en el suelo para aliviar el dolor de cintura, contempló el cielo raso y bisbisó el nombre que le devolvía los sueños.

—¿Qué quieres de mí, Señor? ¿Qué debo hacer? Muéstrame el camino, por favor.

Y cerró los ojos con la ilusión en los labios.

6

Llevaba media hora sentado en el sofá, con la taza con café enfriándose lentamente entre sus manos, perdido en las entrañables situaciones de su existencia y condenado al fuego de la culpa. Ni siquiera respiraba, ni siquiera pestañeaba. Ni siquiera lograba vivir. Enfrente tenía la silueta media de un hombre de cabellos canos envuelto por un abrigo holgado y orgulloso de la barba rala que cubría sus mejillas. Hace unos minutos —desde que le entregó el azucarero—, que permanecían en silencio, analizándose, repasando las grandes interrogantes y escrutando las delgadas líneas que dividieron sus vidas.

La visita cambió la posición de las piernas, se atrevió a dar un sorbo sólo para humedecer los labios y descompuso la mirada sobre un rincón del salón. Tras él descansaban los libros que por años había estudiado, pero no le entregaban la respuesta que anhelaba. Al parecer, estaba durmiendo sobre la quimera que le arrebató el sueño en la madrugada. Sin embargo, ocultaba el deseo del sufrimiento por el respeto que creía merecer su fiel amigo.

—¿Quieres hablar?

—Te escucho, Emanuel. —dijo el hombre peinándose los cabellos canos—. La duda no te deja vivir.

—No es una duda…

—¿Entonces?

Un dedo índice en alto bastó para que la conversación se estancara, un tibio suspiro rompió el camino recorrido y una encrucijada expuesta en la suposición asesinó las últimas esperanzas que bailaban en los ojos irritados del pastor Fernández.

—Es la inseguridad.

—Duda o inseguridad es lo mismo. —dijo el anfitrión—. ¿Tienes problemas en tu congregación?

El joven siervo de Dios dejó la taza con café en una esquina de la mesa de centro, desabrochó el cuello de la camisa y entrelazó los dedos mientras se entregaba a la persecución de su compañero.

—¿Me lo dirás o estaremos en silencio el resto del día?

—Es por ella.

—¿Por ella? —se acercó—. ¿Por quién?

—Por Daniela. —titubeó—. ¿Te acuerdas que una vez te conté la historia?

El pastor longevo asintió al tiempo que se llevaba las manos a los bolsillos para relajarse. No sabía qué responder, pues el asunto que los volvía a reunir había quedado resuelto hace unos años, pero la terquedad estaba asomándose por las pupilas del muchacho.

—Olvídala.

—Lo había hecho, Darío. —jadeó—. Sin embargo, el tema regresó, y junto con él los recuerdos, y con los recuerdos afloraron los sentimientos, y con los sentimientos…

—¿Qué? —incrustó sus ojos sobre aquel semblante ofuscado—. ¿Reapareció el amor?

No tuvo la palabra exacta para describir lo que acosaba sus pensamientos, pero estaba desfalleciendo. Su mirada no era la que siempre entregaba buenos consejos a los hermanos que solicitaban reunión en su despacho los martes por la mañana, estaba despedazándose por dentro mientras disimulaba la perfección en su vida y se ahogaba en el vacío de sus evocaciones.

—Sí, Darío. —negó con la cabeza—. Apareció nuevamente.

—Después de lo que ella hizo, ¿volverías a mirarla a los ojos? —el pastor amigo le tocó un hombro—. Ella se rió de Dios y de ti.

Se cubrió los labios con ambas manos, sopló para borrar la fiebre que atormentaba su cara y bajó los párpados por varios minutos, sin percatarse que su confidente se había apartado.

—*Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde*. —sentenció, incorporándose—. Gálatas 6.

—Emanuel, no lo tomes a mal. —suspiró—. Sólo quiero que abandones esa carga. No puedes continuar caminando con aquel peso sobre tus hombros.

—Vine a pedirte un consejo, no a que decidas por mí. —enarcó las cejas—. ¿Me ayudarás, Darío?

El anfitrión se dirigió a la estantería a paso lento, acarició unos libros para quitarles el polvo y escondió la cara tras una portada abierta bruscamente.

—Si me pides un consejo, tal vez hiera tus emociones.

—No son emociones; son sentimientos. —entregó un rictus—. Todavía hay algo en mi pecho a pesar del tiempo. ¡No he podido dormir!

Caminaron separados por unos metros. De vez en cuando, chocaban las miradas como dos competidores prisioneros del

arribismo. Uno quería sacar del camino al más débil con gestos inusuales mientras el otro se amparaba en el silencio esforzándose por contener la ira para no contestar en el mismo lenguaje. De pronto, el más frágil cayó, y en sus labios brotó la amargura de las cadenas que tenían cautivo a su corazón. Se inclinó para llorar, para olvidar el pasado, el presente y escapar del futuro, buscó la compasión en la voz impertérrita de su acompañante y la halló sedienta por cortar su piel con los dos filos.

—No puedo aconsejarte.

—¿Por qué? —dijo el pastor Fernández—. Estamos para guiar al rebaño.

—Sí, pero tú estás obstinado con el pasado.

—¿Entonces?

Sonó el celular en el bolsillo. Emanuel lo sacó rápidamente, examinó el número en el monitor y frunció el ceño. Enseguida, contestó sin esconder la agitación.

—¿Sí?

—Emanuel, tengo una noticia que darte. —confesó una voz reposada al otro lado del aparato—. Es lamentable…

—¿Qué ocurrió? —abrió los ojos—. ¿Está todo bien? ¿Con quién hablo?

El pastor Fernández permaneció cabizbajo, envolvió el teléfono con un puño y liberó suspiros.

7

El furgón blanco se estacionó frente a la señalización que indicaba el viraje hacia la izquierda, apagó las luces y emitió un inusual sonido desde el interior. Eran risas y aplausos que acompañaban el ritmo de la canción *Derrama de tu fuego* de Marcos Witt que se reproducía en la radio del vehículo. Enseguida, bajaron los integrantes del grupo de solidaridad de la congregación y el pastor Fernández cargando un tazón con café.

—¿Están todos bien? —dijo desde la balaustrada del puente de Avenida Argentina—. Venimos a compartir con ustedes.

—¡Váyanse! —un grito desde la oscuridad—. ¡No queremos nada!

¡Váyanse!

El siervo de Dios inclinó el rostro para descubrir alguna silueta, pero era imposible en medio de la maleza y el hedor de las aguas servidas que arrastraba el río. A su lado llegaron los demás colaboradores, y juntos buscaron la manera adecuada para acceder. No querían retirarse, pues la tercera noche de repartición de alimentos estaba dedicada a aquel asilo de vicios de la ciudad.

—Esperaremos. —confirmó—. Sé que no resistirán.

—¿Qué tal si nos agreden? —dijo un hermano—. Son muchachos violentos.

—Pues, si nos golpean, colocaremos la otra mejilla. —asintió—. ¿De acuerdo?

Una piedra rebotó en las barandas metálicas y se quedó en el borde del camino esperando que un automóvil la lanzara contra otro objetivo. Una risa maliciosa rompió el silencio del abismo que estaba bajo el puente, unas pequeñas llamas aparecían en la oscuridad y muchas piedras volvieron a caer en la Avenida Argentina. Uno de los miembros de la congregación se encerró en el furgón, otros se acuclillaron resguardando la integridad de las pertenencias que cargaban, y el pastor Fernández permaneció en pie, apoyado en la estructura de metal y con la mirada clavada en el río.

—¿Podemos hablar?

—¡No! —gritó una voz de jovencita—. ¡Lárguense de aquí!

—Sólo queremos compartir algo con ustedes.

Silencio. Los focos de fuego se apagaron, los pasos sobre las arenas y los desperdicios regados por la inmundicia de la ciudad aumentaron, la oscuridad se rasgó con los destellos de una linterna artesanal y cuatro figuras amparadas en las sombras estaban dispuestas a atacar si la amenaza las rodeaba.

—¿Qué traen? ¿Ah?

—Café y pan. —contestó el líder evangélico—. Y una palabra de aliento.

La luz desapareció repentinamente, los hermanos de la congregación cristiana retrocedieron olvidándose del pastor, las enigmáticas figuras del puente se movieron rápidamente en sentido contrario, sonaron algunas piedras lanzadas sin fuerzas y los bocinazos de los vehículos que apreciaban el inexplicable suceso alteraban el comportamiento.

—¿Tienen hambre? —vociferó la cabeza de la congregación—. ¿Tienen hambre? ¿Ah? ¡Respondan!

—¡Váyanse lejos! —gritó una mujercita—. ¡No los queremos!

El siervo de Dios saltó la baranda, sintió la firmeza del terreno que colindaba con la Avenida Argentina y siguió el camino marcado por las pisadas de años en medio de los cardos y otras plantas

silvestres. Dejó caer el tazón a poco correr, se arregló el cuello de la chaqueta y se propuso alcanzar la única silueta que estaba cerca. El barro frenaba sus pasos, los tropiezos con electrodomésticos desechados lo desviaban y el olor a putrefacción lo hacía dudar. Sin embargo, estaba convencido que lograría lo que se había propuesto por la tarde.

Llegaron hasta el otro extremo y se detuvieron en el límite del puente con la vía. Las luces encendidas de los automóviles ofuscaban la visión, pero ambos luchaban por no ceder. La muchacha agitó la cabeza permitiendo que su larga cabellera se acomodara, se arrodilló cansada y colocó las manos a media altura. Estaba sola, pero al parecer eso no le importaba, y tampoco estaba interesaba en saber si sus compañeras volverían.

—¿Cómo te llamas?

—No tengo nombre. —dijo—. ¿Qué quieren?

—Entregarte algo para que pases la noche. —el pastor Fernández respiró profundo para borrar la agitación de su pecho—. Queremos ayudar.

—Nadie puede ayudarnos. —movió las manos—. Han sido valientes; nosotros no perdonamos a los que invaden nuestro territorio.

Emanuel se atrevió a caminar con las manos en alto, con la mirada altiva y la chaqueta abierta mientras la muchacha se acomodaba en el suelo y se aseguraba que no había peligro.

—Quiero presentarte a alguien. —el pastor sacó la Biblia de bolsillo—. Es un amigo.

—¿Qué amigo? ¿Ah? —la jovencita se levantó gracias a la mano que le ofreció él—. ¿Por qué me quiere presentar a un amigo?

—Porque lo necesitas…

—¿A su amigo le gusta vivir bajo el puente? —lo encaró—. ¿Cómo se llama su amigo? ¿Qué hace? ¿Dónde está?

El hombre abrió la Biblia y buscó un pasaje denotando tranquilidad a pesar de la alteración del ánimo de la muchacha. De vez en cuando, consultaba su actitud de reojo y asumía que el consumo de pasta base había desarrollado delirios en una persona tan frágil.

—Mi amigo se llama Jesús.

—¿Jesús? —titubeó—. ¿Jesús?

—Sí, el Hijo de Dios. —la abrazó—. Él quiere ayudarte a salir adelante y a recuperar el tiempo perdido.

—Yo soy una mujer mala.

—Ni siquiera eres una mujer. —sonrió el pastor—. Sólo eres una jovencita que perdió el rumbo. ¿Quieres compartir un café con nosotros? No te pasará nada.

Un ruido interrumpió la conversación. Ella se zafó de la cercanía que se había tejido y se volteó dispuesta a dar la pelea. Pensó que era una trampa levantada por el visitante, y por eso le dio un empujón para derribarlo, pero no lo consiguió.

—¡Nena!

—¿Eres tú? —se detuvo mirando el horizonte—. ¿Claudia?

—Sí.

Aparecieron las tres figuras extraviadas. Cada una avanzaba con los brazos caídos, con el rostro a media altura y un cigarrillo encendido entre sus labios. Se allegaron a pesar de la presencia del pastor, acogieron a su compañera que quedó atrás en la huida y esperaron en silencio el primer movimiento para atacar.

—¿Quieren un café? —dijo el líder cristiano—. ¿Tienen hambre?

—¿Por qué ha venido? —regañó una de las muchachas—. ¡Déjennos tranquilas!

—Mi deber es ayudar a los necesitados. —respondió—. Es lo que Dios demanda.

Se paseó de un costado a otro, se aseguró que la Biblia estuviera en el bolsillo correcto e invitó a las muchachas a salir del escondite.

—Yo me llamo Emanuel. —sonrió—. Pueden llamarme así con toda la confianza del mundo. ¿Les parece? ¿Cómo te llamas tú?

—Claudia. —respondió entre dientes—. ¿Traes algo para la mente?

—No. —levantó un índice—. ¿Cuál es tu nombre?

—Colombina…

—¿Y el tuyo?

Se detuvo frente a la última muchacha, quedó boquiabierto y sintió que la respiración le faltaba. Sus manos temblaron e intentó guardarlas en los bolsillos, pero se confundió y no supo qué hacer. Su mirada estaba sobre aquel semblante trigueño, de ojos cafés profundos, cabellos largos ondulados y sonrisa perfecta.

—¿Daniela? —sonrojó—. ¿Daniela, eres tú? ¡Daniela!

—Me llamo Verónica. —bajó la vista—. ¿Qué trajo para comer?

El siervo de Dios le tomó una mano y se la besó y buscó desesperado aquella mirada que le recordaba los momentos que había vivido seis años atrás.

—Yo puedo ayudarte. —dijo el borde del llanto—. Podemos volver a ser felices. Sólo debes decidir regresar al camino. ¿Qué dices, Daniela? ¿Te acuerdas de mí? ¿Ah? ¿Qué dices, mi amor?

La muchachita quitó la mano con brusquedad, consultó el apoyo de sus amigas y se volteó.

—¡No te vayas, Daniela! ¡Te necesito!

—¿A eso ha venido? —dijo Claudia—. ¿Qué clase de ayuda quiere darnos?

—¡Daniela, Daniela!

El pastor intentó atraparla con firmeza, pero ellas lo empujaron contra uno de los pilares del puente y desaparecieron en la oscuridad que conducía a los desagües de la zona oriente de Chillán.

Él mantuvo las esperanzas en sus labios hasta que los hermanos de la congregación llegaron media hora después y lo encontraron de hinojos en la orilla del río, llorando.

8

El terminal de buses de Alameda tenía el mismo aspecto que la última vez que estuvo en la capital. Apenas bajó, sintió en el rostro la brisa tibia que producía la contaminación. Se dejó llevar por la prisa de la muchedumbre, cargó el equipaje de mano con firmeza y cruzó el andén hacia el interior del centro comercial que estaba a un costado. El aroma de las frituras le recordó la infancia, sonrió y se resignó a vivir del recuerdo. A unos metros, estaba el cajero automático que había esperado encontrar desde que subió en el terminal de Avenida O'Higgins en Chillán, revisó el bolsillo y se dispuso a realizar el giro, pero una mano pesada sobre su hombro lo detuvo. Ligeramente, volvió la mirada, contuvo el aliento y parpadeó seguidamente.

—Soy pastor. —jadeó—. No creo que te atrevas a robarme. Menos, en este lugar.

—Emanuel. —respondió—. Te estaba esperando.

El servidor de Dios giró el cuerpo y quedó frente a un rostro alargado, de mejillas caídas, ojos hinchados y de labios resecos que sobrevivían en susurros.

—¿Ulises? —guardó la tarjeta bancaria—. ¿Eres tú?

—Sí, ¿por qué te admiras de verme?

—No me admiro. —lo abrazó efusivamente—. Me entristece verte así.

—¿Así? —frunció el ceño—. ¿Cómo?

—Estás acabado. Has envejecido demasiado en poco tiempo.

—Ya sabes. —subió los hombros—. El trasnoche, los conciertos, las fans y los vicios.

Caminaron hacia la salida que conectaba con la Estación Universidad de Santiago en el Metro, se miraron fijamente tras cada paso y no se decidían a declarar que todavía el amor de la amistad los unía.

—Mucho tiempo, ¿no?

—Demasiado. —dijo Emanuel—. No me gusta la razón por la que he tenido que volver.

—Yo tampoco entiendo por qué ocurrió. —suspiró Ulises—. Todo iba bien en nuestras vidas. Teníamos fama, dinero, muchos conciertos… ¡Lo que tú desperdiciaste, Emanuel!

—Llega un momento en que la vida te quita todo lo que te dio. —enarcó las cejas—. Para no perderlo todo, hay que saber comportarse.

El bajista de la banda disminuyó la fuerza sus movimientos, echó las manos en los bolsillos como solía hacerlo en la universidad cuando un comentario le molestaba y estiró los labios casi abucheando. No era lo que había esperado de su antiguo amigo, sobre todo si se había enterado en los últimos años que cambió su vida por el servicio religioso. Por eso comenzaba a decepcionarse, o tal vez a entender que las filípicas eran fieles reflejos de la realidad que no quería asumir.

—¿Qué pasó con la mujer que conociste en la casa de los ensayos? ¿La recuerdas? —Ulises lo miró a los ojos y caminó sin importarle atropellar a los pasajeros del Metro—. Creo que se llamaba Angélica, ¿no?

—El pasado está enterrado. —suspiró el pastor—. Yo estoy hablando de Bruno. ¿Sabes por qué murió? Si tú no cambias, terminarás igual o peor.

Alcanzaron el vagón del Metro antes que se cerrara. Ulises se acomodó en un rincón, junto a una barra, y esperó que su amigo lo siguiera, pero tuvo que entender que no estaba de ánimo para esos juegos. Sólo se miraban, y eso parecía suficiente para transmitir sus emociones. A Emanuel le dolía lo que estaba sucediendo, pues no aceptaba la repentina muerte del baterista.

—Es parte de nuestro estilo de vida. —dijo al salir del tren—. Son riesgos del oficio.

—Eso no me lo dijiste por teléfono. —Emanuel lo detuvo de un brazo en la orilla del andén—. Bruno murió por una sobredosis de cocaína. ¿No te das cuenta de la gravedad? ¿Qué quieres para tu vida? ¿Eh?

—¡Tú no eres mi padre! —se quitó la opresión y caminó hacia la escalera—. ¡No tienes derecho a meterte en mi vida!

El bajista se perdió entre la multitud que se dirigía a la salida,

ignoró los gritos del pastor evangélico y alcanzó la Avenida Vicuña Mackenna, cabizbajo.

Le dolían las piernas, pero decidió no retirarse hasta conseguir una respuesta. Tenía los nudillos rojos tras golpear la puerta por décima vez, los ojos lagrimosos al evocar la nefasta actitud de desprecio que vivió unas horas antes y el aliento amargo tras probar unos bocadillos de trufa que consiguió en su travesía.

—Hablaremos.

—¡Ándate! —desgañitó Ulises en el umbral—. ¡No tienes nada que hacer en Santiago!

—Vine apenas supe del fallecimiento de Bruno.

—¡Llegaste tarde, imbécil! —lo empujó—. Ya está muerto y enterrado. ¿Qué harás ahora? ¿Me darás clases de moral?

—Quiero enseñarte a vivir mejor.

—¿Quién eres tú? —levantó las manos—. ¿Te olvidaste que tú eras de los mismos drogadictos ateos que profanaban enseñanzas sobre un escenario?

—Cambié, gracias a Dios. —susurró—. No te quitaré mucho tiempo.

El líder de la congregación no esperó una aceptación, dejó el equipaje de mano junto a la puerta e invitó a Ulises a entrar a la casa de los ensayos. Cerró la puerta tras sí y mantuvo una mano abierta y en alto para frenar la rabia que estaba encendiéndose en los ojos cafés del bajista. Le indicó que se sentara, aguardó que adoptara la mejor posición y le enseñó el libro que siempre llevaba en el bolsillo.

—No vengas con estupideces, Emanuel. —negó con la cabeza—. Tú sabes que no creo en eso.

—Yo también decía lo mismo, y ahora soy un siervo de su obra. —clavó su mirada—. Dios te ama.

—¡Lo mío es diferente! —jadeó—. Yo…

El pastor abrió la Biblia en Marcos, dio un paso decidido y colocó la mano que tenía libre sobre la frente de su amigo para sentir el sudor frío. No era normal lo que estaba ocurriendo; en aquellas pupilas dilatadas ardía la mezcla mortal de odio, envidia y venganza que no podía escapar más que por gritos.

—¡Suéltame, suéltame!

—No te haré daño, Ulises. —dijo el cristiano—. Sólo escucha mi voz.

—¡Cállate!

—Escucha mi voz, Ulises. —lo miró fijamente—. Mi voz, mi voz, mi voz.

Emanuel comenzó a leer el capítulo nueve de Marcos en voz alta

para imponerse a los sonidos guturales que aumentaban mientras la mirada se hacía desafiante y la boca se deformaba para atacarlo. Pronto, el bajista tenía la piel húmeda, los dedos tiesos y los ojos desorbitados. De vez en cuando, se estremecía, soltaba lágrimas y gruñía como si una bestia estuviera en su interior.

—¡Sal ahora! —el pastor Fernández le tocó la frente—. ¡Te ordeno, en el nombre poderoso de Jesús, que salgas de él ahora! ¡Ahora!

—¡Ándate! ¡Ándate!

—Yo reprendo toda obra satánica y te declaro libre en el nombre poderoso de Jesús. —le tocó una mejilla—. Recibe tranquilidad, recibe paz, recibe amor. ¡Estás libre!

El muchacho cayó de rodillas, permaneció quieto, con los brazos extendidos, el cuello inclinado hacia la izquierda y la boca abierta y recuperó lentamente la movilidad de los párpados, el color de la piel y la pasividad para respirar.

—¡Fuera, fuera, fuera!

—No, puedo…

Ulises tosió con fuerza y sintió dolor en la boca del estómago, en el pecho y en la garganta. Por instantes, le faltaba el aire, comenzaba a colocarse cianótico, a perder la estabilidad y el ánimo que había recuperado, pero cuando la mano firme del pastor Fernández recorrió los contornos de su rostro, jadeó a ojos cerrados hasta que expulsó una bola negra envuelta con viscosidades de los intestinos, saliva y restos de sangre.

Luego, quedó rendido.

—¿Qué me hiciste? —sollozó—. ¿Qué me hiciste?

—No te asustes, Ulises. —recogió el desperdicio con un trozo de toalla de papel y lo lanzó al basurero—. No eras tú…

—¿Qué hice, Emanuel? —se arrastró—. ¿Cuánto tiempo he perdido? Yo no quería…

—Mucho, pero ahora puedes cambiar. —enarcó las cejas—. Esto no era contigo, sino con potestades y principados oscuros.

El cristiano guardó la Biblia, recogió el equipaje de mano y giró la manilla de la puerta entregando un sutil gesto de soslayo.

—Hice lo que tenía que hacer.

—¿Sí? —Ulises intentó incorporarse, pero fracasó—. ¿Qué pasará conmigo?

—Dios te ama, Ulises. Todavía puedes dar el paso.

—Yo no quiero ser pastor. —titubeó—. Eso lo sabes…

—Es más fácil. —abrió la puerta—. Deja las drogas y sigue tocando el bajo.

Después, la entrada quedó cerrada.

9

Al cerrar la Biblia a las doce y media de la noche, no pudo conciliar el sueño. Estaba con la luz apagada en el departamento que arrendó en Alameda, a pasos del terminal de buses, junto a la ventana después de haber comprobado que la cama no le brindaba la comodidad que necesitaba para entregarse a la modorra. En su cabeza giraban ideas que creía superadas hace años, dudas que aparecieron en los primeros años en el Instituto Bíblico y que fueron arrancadas de sus pensamientos con largos ayunos y oraciones. Sin embargo, habían vuelto de la nada, casi por sorpresa, al abandonar a Ulises tras la liberación.

—Señor, ¿es correcto lo que estoy sintiendo? ¿Por qué?

Enredó los dedos en los contornos de la cortina, agitó los brazos y descubrió la noche de Santiago. Estaba como siempre, marcada por los excesos de los jóvenes en las esquinas, el cielo sucio y la ignorancia entre las calles. Optó por el desentendimiento, se sentó en la cama y cruzó las piernas mientras sus manos hurgaban en el silencio que lo atosigaba.

—¿Qué debo hacer, Señor? Tú eres mi pastor, sé que nada me faltará. Sólo muéstrame qué debo hacer, qué camino debo seguir. Yo confío en ti, Jesús.

Cerró los ojos, se recostó como no lo había intentado durante la noche, respiró profundamente, entregó suspiros largos y cortos y susurró aquellas palabras que eran su roca de salvación cuando la tormenta lo rodeaba.

—Sé que tú quieres lo mejor para mí, Señor, y te lo agradezco, pero todavía vive algo en mi pecho.

Soltó el llanto reprimido mientras rasguñaba las sábanas. Deseaba romper las ventanas para deslizar sus emociones hasta la Alameda y abandonarlas a la merced de las tinieblas. No obstante, recapacitaba cuando el ardor de los recuerdos sobrevivía en la garganta y en imágenes que desfilaban rápidamente frente a sus

párpados caídos.

—¿Qué debo hacer? Todavía la amo, Señor. Sé que permitiste todo esto porque tenías planes perfectos conmigo. He tratado de ser fiel a ti, pero dame una respuesta para este sentimiento que aún clama por Daniela. —extendió los brazos—. Daniela, Daniela, Daniela.

Enseguida, calló hasta el amanecer.

Saludó al teniente con una mano y tomó asiento antes que se lo ofreciera. Era su costumbre, y por más que intentaba quitarla de su vida, volvía a caer en ella. Esperó con los brazos en el escritorio, examinó la decoración de la oficina, los retratos de las autoridades, el brillo del piso y el orden de los muebles y bisbisó los pasajes que habían sido su mejor compañía en el Instituto Bíblico.

Le ofrecieron un café, pero lo rechazó con un gesto de mano. Sólo le interesaba que lo atendieran rápido para alcanzar el bus del mediodía, y esa fue la excusa que utilizó para interrumpir la conversación que sostenía el oficial con la secretaria mientras revisaban unos documentos.

—¿De qué congregación es usted?

—De la congregación de Chillán. —sonrió—. Tenemos una iglesia, un hogar de menores y estamos haciendo caridad con quienes viven en la calle.

—Una bonita obra, pastor. —dijo el teniente—. Supongo que usted trabaja con Carabineros de Chillán.

—Siempre me han brindado apoyo.

—Entonces, ¿qué lo trae por acá?

El cristiano entrelazó los dedos y se mordió los labios. Al desayunar en el hotel no se preocupó de pensar las respuestas que daría. No quería ser falso, pero tampoco deseaba ventilar su intimidad.

—Una mujer.

—¿Una mujer? —el oficial esbozó una ligera sonrisa—. ¿Seguro, pastor?

—Soy soltero. —se encogió de hombros—. Pero busco a una mujer a quien le perdí el rastro hace seis años. Sé que puedo hacer el trámite en Chillán, pero preferí aprovechar mis días acá. ¿Puede ayudarme?

—Por supuesto. —ingresó al sistema computacional—. ¿Cómo se llama ella?

El pastor Fernández resolló hasta vaciar el pecho, arrastró los dedos sobre la superficie de cristal que cubría el escritorio e hizo sonar los huesos del cuello con ligeros movimientos.

—Daniela Ignacia Galindo Parada. —confesó—. Tiene veintisiete

años.

—Espere un momento, por favor.

Fueron dos minutos de silencio, incertidumbre y consternación, pero para él se convirtieron en horas interminables. Sólo supo rechinar los dientes y controlar los latidos del corazón que comenzaban a jugarle una mala pasada.

—Los archivos reconocen a una mujer con ese nombre…

—¿Dónde está? —se inclinó sobre la mesa—. ¿En Chillán? ¿Aparece su ubicación? ¿Puede anotarme los datos, por favor?

—Pastor Fernández, mantenga la calma. —dijo el oficial balanceándose en el asiento—. La mujer que busca está en Santiago.

Arrugó los párpados y se desplomó sobre el respaldo de la silla que ocupaba mientras sus manos buscaban la forma sensata para conseguir la información.

—¿En qué lugar de Santiago? —jadeó—. Dígamelo, por favor.

—En la cárcel de mujeres de Santiago Centro.

—Dios mío. —balbució—. No puede ser…

—Daniela Ignacia Galindo Parada está condenada a diez años por homicidio calificado.

En ese instante, el peso del mundo cayó sobre sus hombros y no pudo levantarse.

10

La voz del gendarme atravesó el pabellón principal, la puerta de acero se cerró bruscamente tras aquellos endebles pasos y el olor a humedad lo envolvió. Su figura se mantenía a media altura, con la mirada puesta en el horizonte frío que se escondía entre rejas y armas

de fuego. No quería pensar lo que encontraría, pero tampoco deseaba retroceder. Jugó con los dedos en los contornos del bolso de mano, consultó con un impreciso movimiento de la quijada y aceptó la indicación hacia la oficina que estaba en sentido opuesto al acceso principal.

Un café servido sobre el escritorio lo esperaba. Parecía que alguien había informado de su visita minutos antes. Sólo se convenció de la hospitalidad cuando una mano gruesa lo saludó y cerró la puerta. Tenía la idea de encontrarse con un hombre de uniforme verde y con un revólver a la cintura, pero la carismática sonrisa del anfitrión cubierto por un traje negro y corbata roja que combinaba con la camisa blanca le hizo entender que entablaría una conversación sin dificultades.

—¿Quiere ofrecer una palabra de aliento para las reclusas?

—No.

—Pensé que quería autorización para evangelizar. —dijo mientras se acomodaba en el sillón—. Los pastores siempre buscan eso en mi oficina.

—¿Es usted el alcaide?

—¿Le cabe alguna duda? —abrió los brazos—. ¿Qué necesita, pastor Fernández?

La visita se tomó un tiempo, alzó la vista para no dejarse derrotar por la soberbia que crecía en los ojos del director de la cárcel y movió la taza con café, rechazándola.

—Busco a una mujer que está encerrada.

—Es muy difícil lo que me pide. —se encogió de hombros—. ¡Tenemos dos mil condenadas!

—Se llama Daniela Ignacia Galindo Parada. —confesó—. Necesito hablar con ella.

El alcaide se puso en pie y repasó la decoración del despacho. Estaba buscando las palabras adecuadas para una respuesta, pues sabía que debía actuar con prolijidad ante una autoridad religiosa. No obstante, los exabruptos comenzaban a vivir en sus labios, por lo que se detenía frente a la puerta para hallar la forma de superar la incomodidad que le provocó oír aquel nombre.

—Váyase, pastor Fernández. —sentenció—. No creo que sea conveniente que vea a esa mujer.

—Necesito verla, por favor.

—Es por su bien. —el alcaide regresó a su lugar—. Daniela Galindo no entiende razones. Es una salvaje, insolente e indolente. ¡Deberían darle pena de muerte!

—¡No hable así de ella! —gritó el líder de la congregación y golpeó el escritorio—. Es un ser humano y merece vivir. Sólo Dios da y quita la vida.

El director de la cárcel de mujeres de Santiago Centro prefirió el silencio, le dio unos sorbos a la taza con café y hurgó en los cajones del mueble para encontrar un cigarrillo que le devolviera la tranquilidad.

—¿Me autoriza a visitar su celda?

—Como quiera, pastor. Usted sabe lo que hace. —agitó el encendedor—. Pero se encontrará con una bestia.

—Las personas pueden cambiar, alcaide.

—Las personas no cambian, pastor. —aspiró el humo—. Sólo disfrazan su verdadera personalidad.

—Tal vez una persona no pueda cambiar sola, pero Dios sí puede hacerlo.— abrió la puerta de la oficina—. Dios tiene todo el poder y la sabiduría. Él todo lo hace nuevo.

Enseguida, se despidieron con las miradas cruzadas.

El sonido del candado produjo palidez en sus mejillas. Hace un instante que había guardado las manos en los bolsillos para no demostrar la desesperación que siempre lo poseía en los encuentros. Era costumbre llorar y abrazar por largos minutos, pero estaba decidido a contenerse.

La mirada insensible del gendarme le avisó que la diligencia estaba preparada. De inmediato, cruzó el umbral sintiendo el frío y la humedad que habitaban en la celda junto a la figura delgada y desgreñada que se refugiaba en el fondo con los brazos apoyados en las paredes.

Se detuvo a poco andar, consiguió sacar las manos para estirar los dedos y descansó con un suspiro. Aún le dolían los hombros y el cuello debido a la tensión que desarrolló durante la mañana. Levantó tímidamente la mirada hasta que encontró lo que buscaba. Sólo supo sonreír como un muchacho enamoradizo, sintió escalofríos en la espalda y su lengua se enredó sin ser capaz de pronunciar su nombre.

—¡Daniela, mi amor! —jadeó—. ¡Te extrañaba!

La mujer subió una ceja y envolvió su cintura con ambos brazos, dispuesta a combatir si se sentía amenazada.

—¡Créeme que no hay nada malo en mí! —dio un paso—. Quiero que vuelvas al camino de Jehová.

La prisionera levantó los brazos e hizo sonar los dedos. Luego, cubrió sus ojos con los cabellos desordenados.

—¿Recuerdas que tú me enseñaste a caminar con Dios? —dijo al borde del llanto—. ¡Mira la obra que ha hecho Él en mi vida!

Ella asintió ligeramente, le dio la espalda y se sentó en la esquina de la litera mientras se mordía las uñas.

—¿A quién buscas?

—A ti, Daniela. —el pastor Fernández se acercó—. He venido a rescatarte y quiero decirte que Dios te ama. Sólo tienes que estar dispuesta a volver a sus senderos.

—Estás equivocado. —la mujer clavó sus ojos negros—. Yo no te conozco.

—¿Tú eres Daniela Ignacia Galindo Parada? ¿Eres tú?

Un largo silencio los mantuvo distantes hasta que la silueta delgada se movió con ademanes desafiantes y encaró la impavidez del líder evangélico. Ambos respiraban sus alientos, compartían la necesidad de huir de sus propios miedos guardados en el corazón y escarbaban en los recuerdos de las memorias deterioradas.

—¿Qué ves?

—Unos ojos negros. —susurró—.No puede ser…

—¿La mujer que buscas tenía estos ojos? —se levantó la blusa hasta los senos—. ¿Tenía este tatuaje? ¿Tenía un pasado delictual? ¿Nació en Santiago y cayó a un centro de menores a los diez años? ¡Contéstame!

El pastor Fernández retrocedió unos pasos hasta que olvidó el aliento descompuesto que lo había castigado, se llevó las manos temblorosas a la cara y ocultó las lágrimas que fragmentaban sus sentimientos.

—Tienes el mismo nombre.

—Puede ser. —la mujer se apoyó en la reja—. ¿Quién eres? ¿Por qué la buscas?

—Soy pastor evangélico. —enjugó sus párpados—. Ella se apartó del camino hace seis años.

—¿Estabas enamorado de ella? —miró de soslayo—. ¿Era tu amor imposible?

El siervo de Dios le hizo un gesto al gendarme para que abriera la celda y guardó nuevamente los puños en los bolsillos. Una vez que la salida estaba disponible, escrutó por última vez la infraestructura y negó con la cabeza compadeciéndose de las precarias condiciones en que aquella mujer debía cumplir su condena.

—¿Qué debo hacer? —dijo ella cuando lo vio alejarse—. ¿Qué debo hacer?

—¿Para qué? —se detuvo—. ¿Qué necesitas?

—El perdón de Dios. —sus ojos enrojecieron—. ¿Él podrá perdonarme?

—Él acepta a todo aquel que está arrepentido de corazón. —sacó la Biblia de bolsillo y se la entregó a través de los resquicios de los barrotes—. Búscalo y tendrás lo que pides.

Enseguida, el pastor alcanzó la puerta principal del pabellón.

11

Estuvo indeciso frente a la ventana. Había dejado el bolso sobre el

escritorio para descansar después de un viaje agotador. Sólo había comido unas galletas mientras repasada cada segundo de su visita a la capital, y no comprendía cuál había sido el motivo real de todo. Estaba conforme con la liberación que le hizo a Ulises, pero se decepcionaba en silencio al no tener un indicio sobre Daniela. Eso lo atormentó hasta derrotarlo sobre el sillón del bus.

Salió de la oficina con los labios apretados. La noche estaba fresca, estrellada y solitaria. No era un buen momento para caminar, pero necesitaba atravesar la avenida para despejar la mente. Dejó en un rincón la correspondencia que la secretaria depositó en su ausencia, no revisó los informes sobre el funcionamiento del hogar de menores y menos se dio el tiempo para revisar su apariencia frente al espejo.

Quería alcanzar un consuelo al otro lado de la ciudad antes de la medianoche.

Abordó un taxi, se refugió en el asiento trasero y mantuvo las manos unidas. De vez en cuando, quitaba los ojos del espejo retrovisor para examinar las calles. Al parecer, estaban más oscuras que otros días, más deshabitadas y atestadas de malas intenciones. Se sentía prisionero de las dudas del conductor, y por más que se animaba a responderle, optaba por callar. Un susurro determinó su paradero, bajó con dóciles movimientos y aguardó que el vehículo doblara la esquina para continuar. Sólo le faltaban unos metros para llegar al destino que había escogido apenas subió al bus en el terminal de Alameda, y por eso miró el cielo.

—Acompáñame, Señor, por favor.

Presionó el timbre una vez y se quedó bajo el alero. Sus ojos inquietos rescataron cada momento que vivió en ese barrio y balbució como si estuviera sintiendo el aroma de aquellas tardes de verano en que caminó junto a la doncella de sus sueños, pero anheló en lo más profundo de su pecho que la puerta que tenía enfrente se abriera para que le salvara la vida.

—Emanuel. —suspiró la mujer—. ¡Qué sorpresa!

—¿Es muy tarde? —se excusó con una reverencia—. Necesitamos hablar.

—Por supuesto. —la puerta se abrió completamente—. Adelante.

El pastor cruzó el umbral con el semblante a media altura, los ojos puestos en el final de la sala de estar de la casa y las manos asomadas en los bolsillos del pantalón. Ella le ofreció asiento con un gesto, se perdió en una habitación y regresó con una bandeja con vasos y jugo natural.

—¿Qué averiguaste de mi hija?

—Nadie sabe de Daniela.

—¿Cómo? —bisbisó—. ¿Qué hicimos mal con mi marido? ¡No

puedo entender cómo cambió tanto!

—Yo tampoco me lo explico. —él recibió el vaso—. No ha sido fácil aceptar que la mujer que me enseñó a caminar en Cristo se desvió en un abrir y cerrar de ojos.

La madre de Daniela contuvo el aliento y se apoyó en la mesa que estaba cerca. Sólo jugó con sus dedos en los bordes del vaso, siguió silente cada movimiento del rostro del líder evangélico y se aseguró de no tener en sus párpados los rastros de nostalgia.

—Encontré a una mujer con el mismo nombre en una cárcel de Santiago Centro.

—Daniela estuvo en prisión preventiva unos meses por robar en los supermercados. —la mujer cayó bruscamente sobre el sofá—. La fiscalía nos citó para estudiar la posibilidad de pagar una fianza, aceptamos hacerlo en el anonimato, pero nunca supimos qué fue de nuestra hija después de eso. —bebió un sorbo—. Tal vez, era mi hija…

—No, no era ella. —el pastor Fernández se incorporó—. Yo estuve en la celda de aquella mujer, vi su cara, sus ojos, oí su voz y no había nada de Daniela.

Mantuvo los labios separados mientras la respiración refrescaba sus emociones. Su mirada quedó clavada en un rincón de la habitación, sus manos se movieron dibujando la silueta que le hacía perder la concentración y su piel palidecía cuando evocaba los misterios que había encontrado en el camino. Quiso ir por más jugo, pero se arrepintió cuando halló a la dueña de casa escrutando cada uno de sus pensamientos.

—No te pongas colorado.

—No lo estoy. —susurró—. Es tarde. No he descansado del viaje, y mañana tengo que continuar con las labores de la congregación y del hogar de menores. —caminó hacia la entrada—. Si tiene noticias, ya sabe dónde encontrarme.

La puerta estaba entornada y el cuerpo del siervo de Dios quedó entre la pared y el borde mientras se despedía con una ligera agitación de manos.

—Emanuel.

—¿Sí? —enarcó las cejas—. ¿Me habló?

—¿Todavía amas a mi hija?

Respiró profundo, bajó la mirada y cerró cuidadosamente tras el último paso.

12

—¿Qué quieres que haga, Señor?

La voz sonó fuerte en el vacío de la habitación. Estaba de rodillas a los pies de la cama, con la mirada contrita y las manos retocando los extremos del libro. Llevaba más de media hora en aquella posición,

pero hace unos instantes que se atrevió a hablar. Tenía miedo a no ser escuchado, los latidos agitados de su corazón lo confundían, creía que estaba vagando en un sendero sin camino, lleno de objetos absurdos, pensaba que los anhelos de su pecho se habían extraviado de regreso a la ciudad, y por ello buscaba una respuesta. La necesitaba. No obstante, el silencio abundaba como hace seis años en sus días largos y esperanzados.

Estaba a oscuras. El temblor en sus dedos era inevitable. Removía las páginas de la Biblia para hallar consuelo, frenaba las lágrimas y se desmayaba en el intento por huir, y entonces caía surcando los desencantos que escondía desde que supo que aquella mujer no volvería.

Pensó que había sepultado los recuerdos, pero éstos tenían más vida que antes.

—Sólo dame una señal. ¡Una señal! ¿Qué debo hacer? ¿Qué esperas de mí?

Se conformó con apretar los labios. No quería suponer lo que sería la vida de Daniela. Si no estaba en condena delictual, ¿dónde? A su mente llegó la muerte en un impulsivo escape por liberarla de la tragedia, giró sobre sí escrutando cada lugar de Chillán sin explicarse el lugar de residencia que estaría ocupando, idealizó una emigración a otra ciudad, tal vez se había casado y tenía una familia feliz como muchas tardes lo soñaron juntos, o había decidido regresar al rebaño y vivir en el anonimato para que los pecados no la fustigaran.

—Señor, espero en ti. Yo sé que tú conoces los anhelos de mi corazón. —dijo—. Te entrego el sacrificio de mi carne en ayuno para que obres sobre esa inquietud. Dejo todo en tus manos. Que sea tu voluntad. Amén.

Y se durmió sobre la cama, vestido.

13

La columna de humo se levantó a las dos de la mañana sin despertar la atención de los pocos transeúntes que vagaban a esa hora. Sólo cuando las llamaradas consumieron el ala norte de la construcción, el auxiliar tocó el timbre para sacar a todos los muchachos de sus camas. Fue cuestión de minutos; las puertas se abrieron, los alumnos corrieron descalzos y abrigados sólo con pijamas y el fuego comenzó a arrasar con el techo, destrozó los ventanales y se propagó por el segundo piso, sobre la biblioteca inaugurada unos meses antes.

Los sollozos levantaron a los vecinos. De inmediato, el barrio revivió y se ocupó de socorrer a los niños. El auxiliar de la escuela intentó abrir los grifos que estaban en las esquinas, pero fue imposible que la llave maestra funcionara. Algunos hombres lanzaron chorros de agua con mangueras de jardín, mas apenas lograban mantener alejadas a las llamas del acceso principal.

Eduardo, el muchacho inquieto de las clases de matemáticas, se escapó del grupo y tocó la puerta de la iglesia con sus puños desesperados. Había gritado demasiado durante el desalojo que ya no tenía fuerzas. Sin embargo, no se rendía, hurgaba en los rincones del portal y vociferaba el nombre del pastor, pero éste no daba señales.

Entonces, el pequeño quedó rendido en los peldaños de la entrada.

Las sirenas de los carros de bomberos sonaron media hora más tarde, a lo lejos, en el extremo opuesto a la ciudad, como si hubieran recorrido el camino equivocado para llegar a la emergencia. Todos estaban con los ojos puestos en las bocacalles, se tomaban las manos y oraban, pero parecía que el auxilio no llegaba. Por fin, las balizas rojas se reflejaron en las ventanas de los domicilios, las extensiones de los grifos se activaron y el fuego empezó a ser combatido.

El hogar de menores desaparecía como un trozo de hielo bajo el sol. Las lenguas de calor envolvían cada porción de la obra que había sido levantada con amor, el primer piso de concreto estaba convertido en ruinas tiznadas mientras que el segundo nivel de madera se hundió junto con las gotas de agua que no cumplieron su función.

El olor a carbón y humedad desvaneció a los jóvenes. Algunos se desmayaron en las veredas, otros cayeron en brazos de los vecinos y unos pocos buscaban una palabra de esperanza en el hombre que siempre les enseñaba a enfrentar la vida con paz, amor y sabiduría. No obstante, aquella voz no estaba aunque la clamaban con el corazón, y

—al parecer—, había quedado sepultada entre los escombros del olvido.

A las cinco de la madrugada se estacionó un taxi por el costado sur, la puerta se abrió de golpe y permitió que el cuerpo del pastor Fernández llegara lo más rápido que podía con las piernas acalambradas y la modorra sobre los párpados. Sólo se detuvo en medio de la calle, junto a un camión de bomberos, contempló los restos del edificio y cerró los ojos para contener la amargura.

—Pastor Emanuel. —el pequeño Eduardo lo abrazó de la cintura —. ¿Qué haremos ahora? ¿Nos quedaremos en la calle?

—Tranquilo, hijo. —respiró profundo y miró las brasas—. Dios mío, ¿por qué has permitido esto? ¿En qué fallamos?

La muchedumbre rodeó al líder cristiano dándole su apoyo, los niños se quedaron con él hasta que los primeros rayos del sol alumbraron sobre sus cabezas y los hermanos que participaban en las obras sociales se encargaron de preparar un desayuno para aliviar la tristeza. Sin embargo, el siervo de Dios no dijo palabra alguna, sólo esbozaba fingidas sonrisas y asentía brevemente. De vez en cuando, se quitaba el sueño de los ojos, se rascaba la cabeza y observaba las ruinas desde distintos ángulos, y no lograba determinar lo que había sucedido.

—Está el noventa por ciento en el suelo. —dijo el auxiliar—. Hice lo que pude, pastor. Por lo menos, todos los niños están a salvo.

—Hiciste bien, Benito. —le tocó un hombro—. No te preocupes.

—¿Qué pasará ahora?

El pastor alzó la vista hacia las nubes blancas.

—Comenzaremos de nuevo. —suspiró—. Dios proveerá.

Y se sentó en la vereda a pensar.

14

Había conseguido levantar una improvisada sala de clases en la parte posterior a la iglesia, junto a la cocina y el comedor. A los

muchachos les pareció una buena idea, pero buscaban explicaciones sobre lo que sucedería en los próximos días con el hogar de menores. A pesar que el pastor Fernández esquivaba la responsabilidad, era inevitable sentarse a pensar, pues no tenían dónde dormir, cómo estudiar ni los recursos suficientes para la alimentación. Muchos niños pensaban que volverían a la calle, otros suponían que serían devueltos a sus padres en los suburbios de la ciudad rodeados de pobreza y escasez de oportunidades, pero la palabra firme del líder los convencía aunque en su corazón la angustia estuviera anidando.

Benito, el auxiliar de la escuela, removió unos paneles de madera para ampliar la sala. Así, quedaron frente al salón de culto sentados en los taburetes que sobrevivieron a la catástrofe y otros que permanecían en la bodega de la congregación. A horas del incidente, las sonrisas abundaron, las clases de idioma continuaron a pesar que la profesora renunció apenas supo del incendio y el pastor tuvo que desplegar sus conocimientos mínimos. Pero lo hizo.

—¿Cuándo nos cambiaremos? —preguntó Pedro—. ¿Volveremos a tener una sala bonita?

—¿No te gusta la sala? —dijo el siervo de Dios frente a los niños —. Aprendan que podemos hacer mucho con pocos recursos. Depende del amor que pongamos en la tarea.

—¿Por qué se quemó el hogar? —Eduardo levantó una mano—. ¿Fue un accidente? ¿Diosito quiso que se quemara?

—Dicen que fue un cortocircuito en las instalaciones. —resolló y se desabrochó el cuello—. Cuando Dios permite que algo ocurra es porque tiene propósitos. Recuerden que Él es soberano sobre todo lo que existe.

La vibración del celular en el bolsillo distrajo la atención que estaba prestando para explicar cómo funcionaba la vida y la fe ante las tragedias. Por segundos, se negó a responder, pero la insistencia lo obligó a apartarse mientras los alumnos debatían sobre las causas del incendio.

—¿Sí? —dijo con un tímido tono de voz.

—Hijo…

—Mamá, ¿cómo estás? —frunció el ceño—. ¿Estás llorando?

Silencio.

Enseguida, bajó el teléfono y cerró los ojos para que las lágrimas no se asomaran.

Cuando vio la figura desmaquillada de su madre, se aferró negándose a soltar el llanto. No obstante, sus jadeos abundaron sobre aquel pecho sin encontrar el consuelo. Apenas tuvo fuerzas para alzar la mirada y contemplar el entorno vestido de negro, de familiares,

amigos y cercanos que los acompañaban en el dolor.

—Todo fue rápido, Emanuel.

—¿Alcanzó a decir algo? —suspiró—. ¿Se despidió?

—Estaba preparándose para desayunar. —la mujer arrugó los párpados—. Se había duchado y terminaba de vestirse. Despertó como todos los días, me miró y me besó diciéndome *"eres el amor de mi vida"*. Y luego, cuando fui a avisarle que la mesa estaba servida, lo encontré sobre la cama con los ojos cerrados y las manos en el pecho.

Caminaron hacia el sofá y se quedaron abrazados. A pesar que estaban rodeados de personas que manifestaban su amor y comprensión, se sentían solos. El pastor —a veces—, miraba el cielo y titubeaba, se ocupaba de percibir en su corazón una respuesta que no llegaba y se inquietaba por liberar a su madre de la carga que estaba llevando en los hombros.

—¿Qué dijeron los médicos?

—Es inexplicable. —susurró la mujer—. Su corazón siempre había funcionado bien. Un paro cardíaco no era una opción para el ritmo de vida de tu padre.

—Cierto. —besó las sienes de su madre—. El papá se cuidaba mucho.

—Hijo, ¿qué crees después de todo esto? —la madre le limpió la cara y lo miró a los ojos—. Ayer se incendió el hogar de menores que fundaste y hoy tu padre muere. ¿Quién está haciendo esto? ¿Es la maldad que está atacando tu vida dedicada al amor a Dios?

El pastor Fernández contrajo los labios y se arrellanó en el sillón.

—No lo sé, mamá.

—¿Hiciste algo indebido, Emanuel? —le abrigó las manos—. ¿Por qué todo esto?

—Mamá. —balbució—. Debemos estar conformes con la voluntad de Dios, aprender a esperar en Él y entender los propósitos que tiene con nosotros.

—Emanuel, tu padre nos dejó repentinamente…

—Yo confío en Jesús, mamá.

El pastor reposó en el sofá hasta el atardecer.

Llegó a la iglesia para pasar la noche. No quería dejar solos a sus niños ni exponerlos a la incertidumbre. Quedó de acuerdo con su madre de asistir al funeral a la siguiente mañana. En su corazón había tranquilidad, mantenía viva la sonrisa que siempre lo caracterizaba y jugaba con los dedos sobre el pizarrón mientras los muchachos terminaban de beber la leche caliente que preparó la cocinera con la ayuda del auxiliar.

Algo le arrancaba la respiración, se apartó a paso lento fingiendo

haber olvidado un detalle para la noche, alcanzó el púlpito y entrelazó los dedos. Los murmullos de los estudiantes se alejaban de sus oídos, comenzaba a sentirse solo y susurraba el nombre de su Salvador. Era lo único que deseaba sentir en aquel momento. No quería pensar más, y había decidido entregar todo para levantar las manos, pero en ese instante la puerta principal del salón se estremeció.

—¡Pastor, el viento sopla fuerte! —gritó Eduardo.

—¡No! —dijo Julián—. Alguien está llamando.

El líder evangélico atravesó el pasillo con ágiles movimientos, se acomodó las mangas de la camisa y quitó el seguro de la cerradura.

—Buenas noches, pastor Fernández.

—¿Hermana Alicia? —enarcó las cejas—. ¿Qué hace por acá a esta hora?

—Vine a verlo. —asintió—. ¿Puedo?

Él se apartó de la entrada y la invitó con un gesto cordial. Enseguida, cerró la puerta y la acompañó parsimoniosamente por el pasillo hasta que los muchachos corrieron para saludarla. Hace unos días que no la veían, y a pesar que preguntaron por ella, nadie les dio una razón de su ausencia. Ella tampoco quiso hacerlo y sólo argumentó que estaba descansando. Después, intentó disculparse con el pastor por la mentira volviéndole el rostro, mas él había alcanzado el estrado y permanecía con la cara a media altura.

—Siento mucho lo sucedido. —dijo la hermana Alicia tras despedirse del último niño—. No entiendo cómo pudo ocurrir.

—Yo tampoco. —jadeó el siervo de Dios—. Pero no puedo desmotivarme.

—También siento el fallecimiento de su padre. —le tomó las manos mientras buscaba beneplácito con la mirada—. Quiero que sepa que estoy con usted.

—Gracias, hermana. —sonrió—. ¿Qué necesita a esta hora? No es bueno que una mujer ande sola por la calle.

La mujer soltó bruscamente los dedos de él y se refugió en el costado opuesto mientras observaba cada detalle del semblante ávido por respuestas.

—Quiero que sepa que estoy con usted.

—Gracias, pero ya me lo dijo…

—Me gustaría conocer su amor, pastor Fernández, y entregarle compañía en estos momentos difíciles que está viviendo. —confesó—. Sólo quiero eso.

—¿Todavía siente en el corazón lo que hablamos hace unos días?

Los ojos de la hermana Alicia se cerraron, sus pómulos enrojecieron y sus labios quedaron separados.

—Lo siento, pero no puedo olvidarme de este amor.

—Por favor, no se castigue con ese sentimiento. —sentenció—. No le hace bien.

—Es imposible superarlo. —titubeó—. Yo lo amo, pastor. ¿Puede entenderlo?

—Me encantaría entenderlo, pero esto lo hablamos y yo le di mis razones. —suspiró—. No es nada contra usted, Alicia, sino que es algo que yo debo corregir en mi vida.

Ella frenó las ansias por llorar, ocultó el rostro con las manos y vaciló en atravesar corriendo el pasillo, pero se contuvo cuando recordó que los muchachos estaban presentes.

—Lo siento, pero no puedo corresponder a su amor.

—Lo sabía, pero quería intentarlo otra vez. —meneó la cabeza—. Soy una estúpida.

—No diga eso. —el pastor se acercó—. Vuelva a la congregación. La necesitamos.

—¿Y lo nuestro?

—Dejemos que Dios actúe. Si Él quiere juntarnos, lo hará, pero si no es su voluntad, nos separará. —le ofreció la mano—. Podemos construir una hermosa amistad.

La hermana Alicia no sabía cómo proceder. Sus manos temblorosas jugaban a responder la oferta mientras su corazón destrizado ahogaba la desilusión.

—Buenas noches, pastor.

—¡Hermana!

La mujer cruzó el pasillo a paso lento, con las manos sobre su pecho, la mirada perdida en el suelo e ignorando las voces de los menores. Tras ella iban los pies del siervo de Dios, quien intentó retenerla por el hombro, pero se contuvo cuando la puerta quedó entornada.

—No actúe con inmadurez.

—La vez anterior también me dijo lo mismo. —bisbisó—. No lo puedo evitar.

—Somos personas adultas…

—Si usted no puede corresponder a mi amor, entonces no puedo estar a su lado. —bajó los peldaños que conducían hacia la vereda—. Sería sufrir para siempre.

La voz del pastor no la detuvo, se perdió bajo la noche de la ciudad y vagó en la resignación de sus anhelos.

15

¿Por dónde empezar?

Era una pregunta que vivía constantemente en sus labios mientras giraba la cabeza para ambientarse. Estaba en medio de la cabaña que arrendó camino a Pinto, había olvidado comprar alimentos y no sabía por cuánto tiempo estaría ahí. Al parecer, no le importaba si debía retroceder un millón de pasos o correr mil kilómetros, pues el punto muerto que estaba abordando era necesario.

Hace tiempo que deseaba aquel ejercicio, pero nunca se dio el espacio. Le afligía usar como excusa el fallecimiento de su padre para desarrollar sus proyectos, de modo que prefirió escapar con la mirada por la ventana y encontrarse con los árboles y el camino de tierra que albergaba las últimas huellas del taxi que alquiló para el traslado. Sólo oía el canto de los pájaros sobre el techo, una vertiente de agua que corría río abajo a cien metros y el viento que se colaba entre las ramas más altas. Entonces, colocó los dedos sobre el cristal, dibujó una imperfecta silueta para despertar de sus pensamientos y entregó un rictus de resignación.

Fue por el bolso que dejó sobre la mesa. Cuando llegó, removió el cierre y sacó unos libros y los anteojos con la intención de sentarse a leer, pero la impaciencia lo superó. Por eso escapó dando vueltas. Más tranquilo, recogió la fotografía de su padre que había guardado antes de salir de Chillán y la contempló buscando la iluminación perfecta. No tenía palabras para continuar, se llevó el retrato al pecho y bajó los párpados. Hace cinco días que su progenitor fue sepultado, su madre se había entregado a la viudez y él aceptó las vicisitudes sin balbucir. Era lo que un siervo de Dios debía hacer.

—Me enseñaste a ser un leñador. —susurró—. Ahora estoy en el

bosque. ¿Te acuerdas cuándo me contaste esa historia? Fue en el momento preciso para cambiar mi vida.

El olor a eucaliptus le agradaba, lo envolvía hasta llevarlo al sosiego y le devolvía las esperanzas. Cuando niño amaba refregar las hojas que encontraba en el patio para mantener las manos perfumadas, su padre aplaudía sus hazañas de infante y juntos terminaban corriendo con sonrisas.

—Un leñador. —dijo—. Un gran leñador. ¿Lo logré? Tú tienes la respuesta.

Se sentó en la única silla que había junto a la mesa, hurgó en las páginas de los libros, dejó la fotografía a un costado y respiró profundo. Nunca se había enfrentado a una valoración de sus actos.

—Le serví a Dios de la mejor forma aunque sé que no fue suficiente. —acumuló el aliento—. Di lo mejor de mí, seguí su camino cuando me llamó, acepté críticas y muchos se levantaron en mi contra, pero edifiqué lo que era importante para la obra. —se apoyó en el borde de la mesa—. ¿Y ahora? ¿Qué será de mí? ¿Adónde va todo? Me siento fracasado a pesar de todo lo que he hecho, siento que no he avanzado nada en seis años, he perdido personas muy importantes en mi vida y no sé por qué. Reconozco que tú tienes propósitos y que tu amor y tu misericordia se renuevan día a día, también sé que todo lo que haces lo haces por amor, porque siempre quieres lo mejor para cada uno de tus hijos.

Cayó de rodillas, juntó las manos y bajó el semblante.

—Señor mío, este siervo necesita de ti para madurar. Te necesito más que

nunca. Mi corazón clama por ti para entender que los momentos difíciles que

me rodean están bajo tu control y que nada ni nadie me dañará. —sollozó—.

Tú conoces los anhelos de mi corazón, sabes muy bien por lo que he luchado,

por lo que he mantenido fe a pesar de las dificultades y por lo que seguiré en

pie. —movió las manos en alto—. Sé que no soy digno de exigirte nada, pero

ten misericordia de mí. He tratado de ser un gran leñador, he tolerado derrotas

sin buscar fallas y he caminado contigo a ojos cerrados.

Abrió los ojos enrojecidos, llenó su pecho y asintió.

—Tú todo lo haces nuevo, Señor. Espero en ti. Sólo te pido que la muerte de mi padre y la destrucción del hogar de menores no sea en vano, por favor.

Y quedó con el rostro en el suelo por uno minutos.

16

Fue una semana de distensiones. Todavía tenía en la punta de la nariz el olor a eucaliptus y a pino. Antes de abordar el bus en la carretera, recorrió el entorno para conocer el bosque. Era primera vez que salía desde que llegó, acarició las hojas de los árboles, sintió la humedad de la brisa cordillerana sobre la piel y se asombró con el radiante sol que lo alumbraba. Al ver los picos de las montañas —ubicadas kilómetros más arriba—, sintió en el pecho aquella presencia que siempre lo acompañaba.

Entonces, oró.

Su llegada a la congregación fue una sorpresa. El auxiliar le ayudó con los bolsos y los niños abandonaron la clase de ciencias naturales que impartía la profesora para recibirlo con cálidos abrazos. Durante los seis días que estuvo fuera, las jornadas se volvieron eternas para los pequeños, quienes preguntaban a cada hora por el pastor, pero no conseguían una respuesta concreta. Eduardo le entregó un dibujo que hizo unos días atrás donde aparecían todos los integrantes del hogar de menores en la fachada de un nuevo albergue, Pedro le obsequió una figura de madera que armó con trozos que encontró entre los escombros del incendio y José le dio una tarjeta confeccionada con cartón y papel y que contenía un dibujo de Jesús, un mensaje sacado de la Biblia y las firmas de los alumnos.

—¿Se quedará para siempre?

—¡Por supuesto, Pedro! —le besó las mejillas—. ¿Qué crees?

—Pensé que no volvería.

—Todavía tengo mucho qué hacer con ustedes. —los abrazó—. Tengo que enseñarles a andar por el buen camino.

La cocinera le sirvió un vaso con jugo, Benito le informó los

acontecimientos ocurridos en su ausencia y le mostró los últimos arreglos que había hecho dentro de la iglesia para que los jóvenes pudieran estudiar más cómodos.

—Los bomberos analizaron los restos del incendio.

—¿Sí? —arrugó la frente—. ¿Qué dijeron?

—Ayer vino el jefe de la cuadrilla que tomó las muestras. —asintió el auxiliar—. Pidió hablar con el encargado, pero usted no estaba, pastor…

—¿Descubrieron que fue un cortocircuito? ¿Dónde comenzó el incendio? —dijo, adusto—. ¿Qué dijeron, Benito?

El auxiliar no se atrevía a hablar, giró sobre sí para hallar una excusa que le permitiera huir, se llevó las manos a los bolsillos y guardó el aliento dándose por vencido.

—¿No me lo dirás, Benito?

—El incendio comenzó en la cocina…

—¿En la cocina? —dejó el vaso vacío sobre la mesa—. ¿No se supone que las instalaciones eléctricas de la cocina son independientes? Los interruptores quedan apagados en la noche.

—No fue un cortocircuito, pastor. —sentenció—. El incendio fue provocado.

La cabeza de la congregación se desplomó sobre el asiento que le había preparado la cocinera, clavó la mirada en el suelo y sintió la palidez en la piel. No lo podía concebir, esperó que el auxiliar le confirmara la noticia para asimilar los hechos y agitó el rostro.

—Es imposible.

—En su escritorio está el informe que dejó el jefe de bomberos.

—¿Cómo sucedió eso? —susurró—. ¿Los niños se metieron a la cocina esa noche? ¿Jugaron con fuego? ¿Cómo?

—Cuando el fuego se levantó, yo desperté a los muchachos, y todos estaban en sus camas. —Benito volvió la mirada a la sala de clases—. No creo que ellos sean capaces de algo así después de todos los valores que usted les ha enseñado, pastor.

La secretaria del hogar de menores irrumpió la conversación con los golpes de sus tacones, esperó que el pastor le prestara atención y lo saludó con un ligero toque en el hombro.

—¿Sucede algo malo?

—¿Por qué? —la secretaria se encogió de hombros—. ¿Cómo lo sabe?

—Me tocaste el hombro. —resolló—. Eso significa que me estás consolando por una mala noticia, ¿no?

La mujer no supo qué contestar, movió los dedos y soltó el papel que traía. El pastor no perdió el tiempo, abrió el documento con torpeza y leyó impaciente.

—No puede ser.

—¿Está bien? —el auxiliar lo acompañó—. ¿Necesita algo?

—¿Cuándo llegó esta carta? —el siervo de Dios se volteó hacia la asistente—. ¿Quién la entregó?

—Llegó hace unos minutos. —otorgó un rictus—. Lo siento mucho, pastor.

—Yo también lo siento. —se sentó bruscamente—. Lo lamento por los indigentes…

—¿Qué ocurrió? —Benito se ubicó a su lado—. ¿Puede contármelo?

El pastor Fernández tenía un nudo en la garganta, se inclinó hasta apoyar su cara en las rodillas y gimió.

—El municipio suspendió la ayuda para entregar alimentos a los indigentes.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque dice que esta congregación no garantiza seguridad para obras de caridad tras el incendio.

—¿Qué haremos ahora? —dijo la secretaria—. ¿Gestiono una reunión con el Alcalde?

No respondió y se quedó en aquella posición hasta tarde.

17

El pastor Darío Cienfuegos se cruzó de brazos después de cerrar la puerta, pues no esperaba que la llegada de su amigo fuera tan rápida tras el llamado telefónico que recibió una hora antes. Lo invitó a tomar asiento junto a la estantería con libros de teología, le ofreció un vaso con gaseosa y se preparó para la conversación. El tono de voz que escuchó le alertó que nada bueno estaba ocurriendo, y lo pudo

comprobar en los párpados hinchados de su amigo mientras meditaba refugiado en el sofá. Por eso evitó la imprudencia y aguardó que la visita comenzara la reunión.

—Todo mal. —titubeó el pastor Emanuel Fernández—. ¿Por qué?

—No te preguntes el por qué, sino para qué.

—Eso ya lo he aprendido. —meneó la cabeza—. ¡Es que no le encuentro sentido! Todo parecía perfecto…

—Tranquilo. —afirmó—. No creas que levantando un hogar de menores y un ministerio tienes todo ganado.

El joven siervo de Dios se excusó con la mirada, dejó el vaso sobre la mesa de centro y vagó en ideas que no podía concretar. Por segundos, deseaba alcanzar la puerta para no morder la amargura. Sin embargo, se quedó inmóvil mientras escarbaba en los recuerdos.

—Un incendio, la muerte de mi padre y ahora la suspensión de la ayuda para las obras de caridad.

—Lo supe, Emanuel. —dijo el pastor longevo—. ¿Qué quieres que te diga?

—¿Por qué sucedió todo de esta forma? —alzó la voz—. ¿Acaso Dios está disconforme con mi labor? ¿Le fallé? ¿Actué con soberbia? ¿Qué hice mal? ¿Ah? ¿Por qué no hay una respuesta que pueda tranquilizarme? Antes, cuando era un rockero universitario, Dios me hablaba, me seguía, se aparecía en muchas partes y de variadas formas, pero ahora ni siquiera siento su voz.

—Estás siendo impaciente, Emanuel. —el pastor Cienfuegos le tomo un brazo con suavidad—. Aprende a esperar.

—¿Cómo quieres que esté si todo lo que he anhelado se derrumba en un abrir y cerrar de ojos? —jadeó—. Tal vez, Dios sí está enojado conmigo.

El anciano abrigó las mejillas de su amigo, le acarició los cabellos y le entregó palabras al oído para que mantuviera la calma. Enseguida, unas lágrimas bañaron aquel rostro.

—Cuando Dios te quita algo que tenías bien agarrado, no está castigándote, sino que está preparando tus manos para algo mejor…

—Eso me lo enseñó mi papá…

—Porque la voluntad de Él te lleva donde su gracia te protege.

—¿Crees que vendrá algo mejor?

—¿Estás dudando de Dios? —el pastor Cienfuegos lo miró a los ojos—. Los planes de Dios son perfectos. Si Él ha permitido todas estas desgracias es porque te está preparando. Sólo debes ser paciente, confía a ojos cerrados.

Emanuel Fernández se enjugó los ojos y se repuso con un sorbo de gaseosa. Después, se avergonzó de sus pensamientos, caminó hacia la ventana y respiró el viento fresco que entraba por los resquicios.

—Comenzar de nuevo.

—Así es, amigo.

—¿Sabes cuánto me demoré en hacer todo? —giró el cuello—. Seis años. Abandoné mi profesión como ingeniero, entré al Instituto Bíblico, me hice pastor, formé una congregación, fundé un hogar de menores y conseguí ayuda para obras de caridad. —suspiró—. ¿Cuánto tiempo más tendré que invertir para reedificar?

—Eso no es problema tuyo, Emanuel. —dijo—. Si Dios tiene planeado que te demores mil años, te dará la vida, la salud y los recursos para que construyas. Para Él nada es imposible.

—Sí, pero…

—Confía. —aseguró—. Sólo confía.

Le agradeció el consejo con un efusivo abrazo.

18

Los oficiales del Servicio Nacional de Menores llegaron al despacho a las nueve y media de la mañana acompañados de carabineros y personal del Ministerio de Salud. A esa hora la clase de matemáticas estaba tratando la resolución de problemas con dos alumnos en el pizarrón, pero a los visitantes no les importó interrumpir, presentaron la carta timbrada y firmada por las autoridades y le solicitaron al pastor Fernández que obedeciera para no actuar con la fuerza pública. Nadie entendía qué sucedía, los niños fueron ordenados en hilera a un costado, revisados por los integrantes del grupo de salud y recibieron instrucciones de abordar los vehículos con el logotipo del Gobierno que estaban estacionados en la entrada. La mayoría lloró y buscó los brazos del líder de la comunidad cristiana, pero los miembros de la policía impidieron que se acercara.

—¿Es necesario actuar con torpeza? Los niños están viendo algo

que no deberían ver.

—Lo siento, señor Fernández. —dijo uno de los oficiales del Servicio Nacional de Menores—. Pero hay una orden para que estos muchachos salgan de este lugar y sean acogidos por un centro de menores dependiente del Estado.

—¿Es legal lo que están haciendo? —leyó el documento—. Lo hablaré con los abogados asesores.

—Estamos dentro de la ley, pastor. —enfatizó—. El Gobierno ha determinado que no puede ofrecer seguridad a los niños.

—¡Nosotros cumplimos con las exigencias de los estatutos! —gritó —. ¡Esto no es correcto!

Pedro fue el último en cruzar la salida, y sólo tuvo un segundo para agitar las manos y mostrar sus lágrimas. Tras él marcharon los carabineros, los personeros del Ministerio de Salud conformes con los exámenes y los oficiales del Gobierno.

—¡Voy a apelar!

—Como quiera. —dijo el oficial—. Pero le aseguro que perderá su tiempo. El municipio nos advirtió del incendio que ocurrió en el hogar de menores, y estoy seguro que el Gobierno no se arriesgará con usted.

La puerta se cerró lentamente, el silencio rodeó al pastor y el consuelo del auxiliar, de la cocinera y de la secretaria llegó oportunamente.

19

Fue una noche larga, tal vez la más larga de los últimos años. No logró cerrar los ojos a pesar de las pastillas que consumió, estuvo sentado en la cama a oscuras, con la cabeza apoyada en el rincón que se formaba con las paredes que lo rodeaban e hizo sonar los dedos de las manos por varias horas. El día anterior, después de la notificación del Servicio Nacional de Menores, decidió dar un paseo por la ciudad.

Hace tiempo que no visitaba ciertos barrios de Chillán, veía a los mendigos y los niños de la calle y se acercaba para ayudarlos, pero recordaba que estaba sin recursos. Pensó en visitar a su madre y acompañarla en su viudez, mas comprendió que era necesario que descansara, se acordó de la madre de Daniela, sin embargo, desistió de la idea cuando asumió que no había nada nuevo que pudiera darle una alegría sobre la mujer que todavía extrañaba. Al final, pasó el resto del día entre vueltas de esquina buscando un motivo para ser fuerte. Tropezó con antiguos compañeros de universidad que vestían elegantes trajes ejecutivos, ostentaban relojes onerosos y hablaban con el acento característico de la alta sociedad. A él no le avergonzaba decir que dejó la ingeniería comercial por amor a Cristo, sino que decaía cuando sentía las risas sobre su rostro. Pero para eso tenía un remedio; los miraba a los ojos y les hablaba de la riqueza que tenía, que sin ser gerente de una empresa había amasado una fortuna. Y cuando le preguntaban que cuántos ceros tenían sus cuentas bancarias, respondía que el doble de lo que ellos podían imaginar. Nadie lo entendía, y por eso lo despedían pronto. Muchos lo consideraron un desquiciado perdido en la ciudad, pero él no se incomodó. Así llegó hasta la noche, y esperó en vela el amanecer para continuar sumiso, como había prometido.

Lo primero que hizo al abrir la puerta de la iglesia fue recoger la escoba. Benito, el auxiliar, había solicitado el día libre para realizar diligencias, la cocinera se dedicó a buscar otro empleo después de asumir que el hogar de menores no volvería a funcionar por orden del Gobierno y la secretaria estaba en la notaría con los abogados revisando los documentos para estudiar una apelación. En definitiva, estaba solo y nada podía hacer. Recorría el salón verificando todo el esfuerzo que colocó en él, respiraba lentamente y contemplaba cada rincón. De pronto, se detuvo y arrugó los párpados.

—Comenzar de nuevo. Será como tú digas, Señor.

Y comenzó a barrer debajo de las primeras sillas entonando una alabanza que aprendió en el Instituto Bíblico mientras cursaba hermenéutica.

—Pastor, ¿está ocupado?

—Haciendo labores. —miró hacia la puerta—. ¿Hermana Elvira?

—Quiero hablar con usted algo muy importante.

—¿Qué puede ser tan importante como para que esté tan temprano acá?

La mujer cruzó el espacio con las manos a media altura, esperó que el polvo que levantó la escoba se disipara y se allegó al siervo de Dios sin quitarle la mirada.

—Es sobre el incendio.

—¡Ay, Dios! —gimió él—. ¿Qué ocurrió ahora?

—Ayer, cuando usted salió, vine a ordenar el estrado. —indicó—. Y llegó una persona diciendo que quería hablar con el pastor de la iglesia.

—¿Sí? —dejó el escobillón—. ¿Quién era? ¿Qué quería?

—No sé quién era, pero deseaba confesar su actuación en el incendio.

El pastor Fernández contuvo el aliento, parpadeó seguidamente y se desabrochó los botones del cuello para respirar mejor.

—¿La persona que incendió el hogar quiere hablar conmigo? —estiró los labios—. No estoy entendiendo nada.

—Vendrá hoy al mediodía. —la hermana Elvira se encogió de hombros—. Al menos, eso dijo.

Después de terminar el aseo, decidió tomar asiento para esperar.

20

A las doce y quince minutos la puerta de la congregación se abrió. Él la dejó entreabierta para facilitar la diligencia. A pesar que la curiosidad lo invadía, fue fuerte y esperó en su lugar hasta que llegó el momento.

Apareció una figura delgada, consumida por la desnutrición, con los cabellos largos despeinados y tiesos por el desaseo, vestía ropas sucias, remendadas, tenía olor a sudor y orina, las uñas largas y negras y luchaba por ocultar el romadizo provocado por la irritación de las mucosas. En sus manos sobrevivía el temblor propio de la adicción, tenía los párpados ennegrecidos por los problemas de circulación sanguínea y sus pómulos remarcados con cicatrices colindaban con las ojeras abultadas.

—¿Quieres hablar del incendio? —dijo el pastor, incorporándose —. ¿Quieres saber a cuántos niños dejaste sin hogar? ¿Por qué lo hiciste?

—Emanuel. —gimió—. Emanuel.

—¿Qué dices? ¿Me conoces? —se acercó mirando a media altura —. ¿Cómo te llamas?

La visita se mordió los labios, escondió las manos en la espalda y vaciló en retroceder.

—Daniela. —titubeó—. ¿Qué haces aquí?

—¿Eres tú?

El siervo de Dios alzó las manos para abrigar aquellas mejillas, permitió que las lágrimas limpiaran las angustias que había guardado por años y contempló aquellos ojos cafés profundos que revivían el amor que habitaba en su corazón.

—Lo siento. —ella lloró—. Lo siento, Emanuel. No sabía que eres pastor.

—No te preocupes. —la abrazó y lloró en su hombro—. Te estaba esperando, mi amor. Estaba a punto de perder las esperanzas. ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—No quise hacerlo. —sollozó efusivamente—. No quise quemar esa casa. Sólo entre buscando un poco de comida, pero el encendedor se cayó y prendió unos cartones… ¡No quise hacerlo!

El pastor recorrió el contorno de aquel rostro con sus dedos, rescató la suavidad de aquella piel trigueña y hurgó en los labios resecos y castigados por la halitosis.

—Quédate conmigo, por favor.

—¿Dios podrá perdonarme? —se refugió en su pecho—. He vivido en delitos, drogas y pecados todos estos años. ¿Merezco una oportunidad?

—Pero el padre ordenó a sus siervos: “¡Pronto! Traigan la mejor ropa para vestirlo, pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies”. —le peinó los cabellos con sus dedos—. ¿Te acuerdas que tú me enseñaste ese pasaje?

—“Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida, se había perdido, pero ya lo hemos encontrado”. —titubeó—. ¿Me aceptarás con todo, Emanuel?

—Yo te amo, Daniela. —sonrió—. Eres el amor de mi vida.

La mujer se apartó repentinamente, caminó hacia la salida dejando en vilo las intenciones del pastor y se perdió tras la puerta. Enseguida, regresó sujetando la mano de una muchachita de cinco años que vestía un pantalón roto en las rodillas y calzaba zapatillas sucias, y se quedaron en el umbral.

Sin dudarlo, él fue al encuentro y las abrazó entre lágrimas.

CUARTA PARTE:

“LEÑADOR EN EL BOSQUE”.

1

El día que el pastor Emanuel Fernández cumplió treinta y dos años no esperó regalos, los hizo él cuando se reunió con su familia. Aquella tarde, llegó temprano a casa, saludó a su esposa con un beso, le entregó el ramo de flores que recogió media hora antes y abrazó a Ester mientras terminaba de dibujar sobre unas láminas blancas. Estaba feliz, alabó a Dios con lágrimas en los ojos y se sentó en el asiento que tenía designado.

—¡Cierren los ojos! —sonrió—. ¡Tengo una sorpresa para ustedes!

—¿Una sorpresa? —la niña se emocionó y esperó que su madre le cubriera los párpados—. ¿Para quién es?

—Para nuestra familia.

—¿Sí? —Daniela cerró los ojos—. ¿Es un regalo?

—Es un regalo para Ester.

El líder cristiano sacó una libreta amarilla que tenía una hoja blanca doblada en medio y la dejó sobre la mesa, cerca de las manos de la jovencita. Enseguida, caminó hacia ellas, las abrazó y aguardó el momento exacto.

—¡Sorpresa! —gritó—. ¡Ester, puedes abrir los ojos!

La niña sonrió con la ilusión de hallar un objeto envuelto en papel de colores, pero se extrañó al no ver ni la sombra de lo que esperaba. Daniela, al igual que su hija, se encogió de hombros y buscó una respuesta en los ojos de su esposo.

—¿Dónde está el regalo?

—Está dentro de ese documento. —contestó—. Debemos celebrar esta bendición.

—¿Qué es, Emanuel? —insistió la mujer—. No entiendo.

Él se atrevió a romper el protocolo, exhibió el documento que estaba doblado y envolvió a la pequeña con sus brazos.

—Ester es mi hija. —asintió—. El Registro Civil me otorgó la paternidad.

—¿En serio? —susurró Daniela—. ¿Lo hiciste?

—Sí, mi amor. —besó a ambas mujeres—. Ustedes son lo más importante que tengo. Ahora somos legalmente la familia Fernández Galindo.

La pastora no pudo contener las lágrimas, se colgó del cuello de su marido y descansó sobre el hombro. Se esforzaba por agradecerlo con palabras, pero la emoción había embargado su corazón. Sólo le brindó una mirada que transmitió toda la satisfacción que llenaba su alma, le devolvió las caricias como lo hacía cuando eran jóvenes

universitarios y examinó el semblante sonriente de la niña, quien apretaba las manos de su padre para sentirse segura.

—Todo el tiempo que estuve perdida…

—Amor, no importa el pasado. —el pastor secó los párpados de su mujer—. El pasado es pasado. Recuerda que Dios restaura y todo lo hace nuevo.

—¡Estoy impresionada! —escondió su cara en el pecho de él—. ¡Es una maravillosa noticia!

—Para mí también. —la contempló—. Le agradezco a Dios por permitirme estar junto a ti y formar una hermosa familia. ¡Te amo, Daniela! ¡Te amo, Ester!

Daniela se apartó, fue al refrigerador y sacó la torta que había preparado por la mañana. Enseguida, colocó una vela larga y roja y cantó el himno del cumpleaños feliz acompañada de su hija. Al líder cristiano le faltó la respiración para continuar; era el primer cumpleaños que celebraba como siempre lo soñó. Y por eso no permitió que su familia lo atendiera, sino que él se vistió con el delantal a cuadros que estaba colgado en la puerta de la cocina, recogió el cuchillo y acomodó el servicio. Tras insistirle a su esposa para que tomara asiento, repartió el pastel y agradeció con la mirada hacia arriba.

—¡Tú eres el festejado! ¿Por qué no quieres que te sirvamos?

—Ya lo dijo Jesús: *Porque ni aun el Hijo del hombre vino para que le sirvan, sino para servir*. —sonrió—. Yo quiero honrar a las personas que amo.

Se sentaron a comer, pero antes oraron los tres con las manos a media altura, a ojos cerrados y en susurros. Luego, procedieron con la alegría de la fiesta que comenzaba. Daniela cantaba a viva voz, Ester bailaba mientras masticaba y Emanuel hacía palmas. Se dedicaban versos, se lanzaban besos y adornaban el bello momento con efusivas caricias.

—¿Qué más podemos pedir? ¡Somos felices!

—Vivimos en Cristo, tenemos una familia hermosa y logramos levantar nuestro ministerio en cuatro años. —el pastor besó la mano de su esposa—. Doy gracias a Dios por ponerte en mi camino, Daniela. Has sido una buena compañera.

Se besaron, se abrazaron y siguieron celebrando unidos.

2

Las nuevas cortinas del salón eran púrpura para darle otra cara después de cinco años con géneros azules cubriendo las ventanas y las paredes. Al pastor le pareció una buena idea y de inmediato, con la aprobación de la congregación, dio inicio a la actividad. Para eso se ofreció Daniela quien, después de tres meses de trabajo, logró terminar la misión.

Había llegado el momento de instalar los cortinajes, Ester levantó la mano como voluntaria a pesar que su estatura de niña de nueve años se lo impedía, la siguió la propia Daniela sin darse por vencida tras la agotadora labor de la confección y el pastor asumió como maestro de la obra. Del resto de la congregación, pocos se interesaron, pero la familia Fernández prefirió trabajar sola. Eran las dos de la tarde, el salón estaba en su totalidad con un nuevo color que revivía con las luces encendidas y con el viento que entraba por las ventanas abiertas, no había cansancio y las risas abundaban. La cabeza de la comunidad cristiana se había martillado un dedo, pero no protestó, terminó la tarea y luego bajó deprisa por la escalera de madera para mojarse antes de la hinchazón. Cuando volvió, se encontró con la sala limpia y la mesa servida a un costado de la entrada y con sus dos amores de anfitrionas.

—¿Arroz con pollo? —dijo, acercándose—. ¡Gracias!

—Sabemos que es tu plato favorito. —Daniela lo invitó a sentarse —. Esto lo cocinó Ester.

—¿Verdad? —el pastor besó las mejillas de la niña—. ¡Entonces, debe estar exquisito!

La muchachita encabezó la oración, enseguida le dio la palabra a su madre y permitió que el pastor degustara el banquete para su aprobación. Obtuvo una caricia y las felicitaciones con aplausos.

—Después de todos estos años, he comprendido el propósito que Dios tenía conmigo. —suspiró—. ¡Estaba ciego!

—Tenías que descubrirlo, Emanuel. —susurró Daniela—. A todos nos llega el momento de enfrentar para qué fuimos creados.

—¿Qué hacía mi papá antes? —Ester enarcó las cejas—. ¿Era ciego?

Todos rieron cautivados por la inocencia, compartieron una gaseosa y continuaron comiendo.

—Era un rockero ateo. Ahora soy pastor evangélico. —enarcó las cejas—. ¿Puedes creer el cambio que hubo en mi vida? Dios hace milagros.

—Yo lo conocí con el pelo largo, sin deseos de vivir y obsesionado con la guitarra y las cosas oscuras. —acotó Daniela tocándole un pómulo—. Gracias a Dios cambió. ¡A mí me sorprendió verlo como

pastor! Nunca pensé que Dios tuviera un propósito dentro de la iglesia con Emanuel.

—¿Alguien malo puede cambiar si yo lo pido o la persona tiene que pedir el cambio? —la niña subió los hombros—. Tengo una amiga en el colegio que no cree en Dios y le gusta hacer maldades.

—Si tú le pides a Dios con todo tu corazón, Él obrará. —aconsejó el pastor—. Tienes que hacerlo con mucha fe. Así trabaja Dios.

Ester asintió pronunciadamente, continuó comiendo el trozo de pollo y observó a sus padres. Ellos se abrazaron y permanecieron con las mejillas unidas, pensativos, con los ojos puestos en un rincón del salón, como si estuvieran viendo una película de sus propias vidas. Daniela suspiraba y soportaba los deseos de llorar y él movía los dedos para zafarse de la incomodidad que le producía saber que en los labios de su esposa había frases de una historia pasada.

—Nunca terminaré de agradecer lo que has hecho por mí.

—No tienes que agradecerme, mi amor. —susurró—. Es lo que haría cualquier persona que siente amor por otra persona. Jesús lo hizo por todos nosotros.

—Pero yo me aparté, jugué contigo, te mentí, creí que estaba haciendo lo correcto… —jadeó—. ¡Y ya ves!

—No te acuerdes de eso, Daniela. —la abrazó—. Ahora todo es nuevo. Yo tengo una esposa muy valiosa y una hija maravillosa. Créanme que, todos los días, haré mis mejores esfuerzos para ustedes. Nunca les faltará nada, siempre cuidaré de Ester en todo momento y permaneceré al lado del amor de mi vida hasta que Dios así lo quiera.
Se quedaron en silencio, se tomaron de las manos y oraron como lo hacían cada día después del almuerzo.

3

El culto del día sábado terminó antes de lo habitual. La ministración estuvo a cargo de un miembro de la congregación que fue autorizado unos días antes. Nadie comprendió por qué —cuando culminó la última alabanza del coro—, el pastor Fernández se retiró rápidamente y por los costados. Hace unos momentos que había abandonado a su esposa en la primera fila, pero ella no se preocupó hasta que no halló su habitual rostro despidiendo a los hermanos en la

puerta. Comenzó, entonces, un repentino cuestionario a cada uno de los integrantes de la asamblea que permanecía en el interior, caminó por el pasillo central acompañada de Ester y sin entender qué había ocurrido y se resignó a esperar.

A paso lento alcanzó la puerta y se detuvo en el primer escalón. La noche estaba estrellada, el viento fresco soplaba con suavidad y la calle de enfrente estaba vacía. De pronto, se detuvo un taxi, y de él bajó una mujer de edad avanzada, vestida con un traje de dos piezas y peinado liso sobre los hombros, mantuvo los ojos puestos en la entrada del salón y no movió ningún músculo del semblante hasta que subió el segundo escalón. En ese instante, Daniela reconoció aquella cara, sintió escalofríos, se le apretó la garganta y escondió la mirada.

—Hola, Daniela. —sonrió—. ¡Me alegra verte!

—¿Cómo ha estado? —retrocedió—. ¿Quiere hablar con su hijo? Emanuel no sé dónde está.

—No quiero hablar con Emanuel. —descansó la mirada sobre la niña—. Quiero hablar con mi nieta.

La mujer frunció el ceño, abrigó a su hija con los brazos y esperó oír nuevas palabras que le dieran seguridad. Durante el tiempo que estuvo alejada de los Fernández anidó en su corazón el miedo al rechazo después del sufrimiento que padeció Emanuel. Sin embargo, con la caricia que la anciana le brindó a Ester, despertó de sus ofuscaciones y aceptó un abrazo.

—Bienvenida, Daniela.

—¿Me está hablando en serio? —bisbisó—. Se supone que usted…

—¿Crees que puedo guardar rencor? —la miró a los ojos—. Muchas noches vi a mi hijo llorando, lo vi mendigar una respuesta, pero también vi cómo se fortaleció con el tiempo. Gracias a ti, él llegó a Cristo. Tú fuiste el puente.

—Pero yo…

—El pasado es pasado, Daniela. —le acarició una mejilla y enseguida se acuclilló ante la muchachita—. ¡Ahora quiero disfrutar a mi nieta hermosa!

—¿No se opone a lo que hizo su hijo? —abrió los ojos y la boca —. Él le dio la paternidad a…

La bocina de un automóvil blanco descolocó a Daniela. La madre del pastor se volteó sosteniendo a Ester y saludó a su hijo mientras se asomaba por la ventana trasera.

—¡Daniela, ven!

—¿Qué hace Emanuel ahí? —agitó la mirada—. ¿No se supone que debería estar en la congregación?

—Él me pidió que lo ayudara. —la anciana guiñó—. Yo me quedo con la niña en mi casa.

—Pero no entiendo…

El pastor bajó del vehículo, se quedó a un costado de la puerta e invitó a su esposa con un cordial gesto y una espontánea sonrisa. Ella, sin convencerse, saltó los peldaños y caminó por la vereda jugando con la mirada entre la posición de su esposo y el bienestar de su hija.

—¿Qué es todo esto, Emanuel?

—Es una sorpresa para ti. —la besó—. Sube.

Daniela se despidió de Ester con un movimiento de manos, y enseguida la puerta se cerró suavemente.

En el restaurante *El Faisán* estaba la mesa reservada. El pastor agradeció la cortesía y abrigó las manos de su mujer mientras le brindaba una cálida sonrisa. Ella meneaba la cabellera para observar el entorno y no conseguía asimilar lo que ocurría. Se lo preguntó con una mirada, mas no obtuvo la respuesta hasta que garzón sirvió el menú.

—¿Langosta? —sonrió—. ¡Es mi plato favorito!

—Quería darte una sorpresa. —dijo el pastor—. Todo fue tan rápido que nunca tuvimos tiempo para compartir. En un instante, nos íbamos a casar, después nos distanciamos, nos reencontramos, levantamos el ministerio, nos casamos, formamos una familia y nunca tuvimos una cena romántica.

—¡Es precioso!

Daniela se inclinó para besarlo, pero dos mozos interrumpieron obligándola a reubicarse en su asiento. A un costado quedaron dos enormes arreglos de rosas rojas envueltos con ramas de olivos y cintas de colores. Emanuel recogió un pétalo, lo olió y luego lo deslizó sobre la frente, la mejilla y el mentón de su esposa.

—Gracias por estar a mi lado.

—Tú eres mi felicidad. —pestañeó seguidamente para evitar las lágrimas—. Tu amor es lo mejor que he tenido en mi vida.

Brindaron con las copas en alto, se miraron a los ojos y bebieron algunos sorbos mientras entrelazaban sus manos. Para él era vivir el noviazgo que nunca pudo concretar al salir de la universidad, y para ella era la confirmación del auténtico sentimiento que le correspondía.

—¡Y pensar que yo te evitaba todo el tiempo! —sonrió—. ¿Te acuerdas, Emanuel, cuando quisiste besarme en la universidad?

—Sí. —colocó sus dedos sobre los labios de ella—. Apenas te vi, me enamoré de ti. Créeme que nada ha cambiado. En mi corazón siento el mismo enamoramiento que hace doce años.

La cena fue en silencio. De vez en cuando, se miraban por largo tiempo, jugaban con sus dedos descubriendo la emoción juvenil que todavía vivía en sus pieles y soñaban con caminar unidos edificando la

obra de Dios.

—Tengo un anhelo en mi corazón.

—¿Qué es, mi amor? —dijo Daniela—. ¿Quieres contármelo?

—Sí. —suspiró—. Es un sueño que sólo puedo cumplir contigo y con nuestro amor.

—A ver. —se dispuso a escuchar al tiempo que le tomaba una mano—. Sabes que puedes contar conmigo para todo.

El pastor Fernández carraspeó, se restregó los párpados y bebió un poco de agua. Su actitud estaba sonrojando a su esposa, pero cuando la miró fijamente y le besó una mano decidió terminar con la incertidumbre.

—Le he pedido a Dios que no dé las herramientas para agrandar nuestra familia. —confesó—. Quiero tener más hijos contigo, mi amor.

—¿Hablas en serio? —dijo, emocionada—. Sería una bendición.

—Quiero que Ester tenga hermanitos, quiero que tú seas la madre de mis hijos, quiero tener una familia hermosa que sea el reflejo de nuestro amor y que sea para servir a Dios en la iglesia. —le tocó el mentón—. ¿Qué dices? ¿Eh? ¿Me puedes dar esa alegría?

Daniela rodeó el cuello de su marido por unos minutos y le susurró la respuesta al oído.

Él le agradeció con un beso.

4

La alabanza empezó a las siete de la tarde. Era primera vez que el ministerio organizaba un encuentro un jueves a esa hora para obedecer la visión que la hermana Elvira González recibió unas semanas antes. Se trataba de formar un culto especial para obrar sobre las vidas de personas que no conocían a Cristo y que deseaban aceptarlo como su Salvador, pero —por sobre todo—, la reunión tenía la intención de sanar a los enfermos. Por eso el pastor Emanuel Fernández denominó la actividad como una *asamblea para enfermos*. Los días previos, una campaña con volantes impresos fue el medio de comunicación para preparar a los vecinos. Nadie se hacía la idea de

ver un suceso con esas características, menos en un momento en que los desahuciados aumentaban y los diagnósticos de los médicos fallaban. Sin embargo, el líder cristiano no bajó la vista y oró al Señor para buscar el camino adecuado.

Así, asumió definitivamente el ministerio de la sanidad.

El coro interpretó hasta las ocho y quince minutos. Al principio, la iglesia estaba desocupada, y Daniela se preocupaba, pero su marido le entregaba una tierna mirada asegurándole que Dios se ocuparía de conducir a quienes verdaderamente necesitaban sanidad. Sólo bastaron unos minutos para que la puerta se viera sobrepasada por la ansiedad de discapacitados visuales, paralíticos, ancianos con Alzheimer, niños con malformaciones, alcohólicos acompañados de sus esposas, mujeres con radiografías que demostraban problemas óseos, jóvenes angustiados y recién nacidos sentenciados a morir por enfermedades congénitas.

Al pastor le tomó tiempo asimilar lo que observaba, recogió la mano de su mujer y la de su hija, alzó la vista y respiró profundo mientras sentía un golpecito en el corazón que le daba confianza. Enseguida, se dispuso a ministrar desde el púlpito con la Biblia abierta y las manos a media altura.

—¿Usted se ha sentido defraudado? —se paseó por el proscenio —. ¿Usted ha sido defraudado por alguien? Y lo que es peor, ¿ha escuchado promesas hermosas que nunca se han concretado?

—Sí. —vocearon los asistentes, resignados—. Sí.

—Pues, yo quiero confesarle una verdad. ¡La verdad es Cristo, nuestro Salvador! ¡Él nunca ha defraudado y nunca ha dejado de cumplir sus promesas! —se acercó al micrófono—. ¡Quiero decirle a usted, que ha venido con una carga que no puede llevar solo, que el Señor Jesucristo es nuestro consolador! —levantó las manos—. A usted, que ha pasado años en una silla de ruedas, que está cansado de dar pasos con muletas, que es madre y ha visto a sus hijos sufrir, le quiero contar que siempre hay esperanza. —clavó la mirada sobre aquellos rostros atónitos—. ¡Porque cuando usted le cree a Dios, Él hace el milagro!

La mayoría aplaudió después del estremecimiento en el pecho. Nadie sabía exactamente de qué se trataba, pero algunos ancianos quedaron rendidos sobre los asientos. Los hermanos de la congregación levantaron los brazos, cerraron los ojos y alabaron mientras el pastor Fernández recorría el escenario con el micrófono a media altura. Siempre lo hacía, sin embargo, estaba buscando la instancia especial. No quería realizar el culto como siempre, sobre todo si se había atrevido a llamarlo *asamblea para enfermos*. Se detuvo en un rincón, alzó la mirada y habló en lenguas espirituales. Enseguida, sus ojos lagrimearon, su voz se tornó más grave y sus

manos se movieron para alcanzar a quienes estaban cerca.

Daniela dejó a su hija en el asiento, cruzó el proscenio a paso ligero y se albergó bajo la mano firme de su marido. De inmediato, cayó de rodillas, con el semblante bañado en lágrimas y con el pecho apretado. No podía frenar las ansias que sentía por liberar aquella opresión, levantó las manos y aguardó el momento en que el siervo de Dios la ungió con un soplido en la frente. Entonces, ella quedó tendida en el suelo, en silencio y quieta, sintiendo el regocijo del primer amor.

Los ancianos de la iglesia rodearon al pastor, oraron por él y lo condujeron hacia el centro del salón donde permanecían las mujeres con sus hijos en brazos. Los llantos aumentaban, muchos caían tocados por el Espíritu Santo, otros hablaban en lenguas, las hermanas profetizaban sobre las personas que llegaban por primera vez a la congregación, los jóvenes entregaban palabras de aliento a los desanimados, los adultos alzaban la voz para corear alabanzas y los enfermos luchaban por alcanzar la salvación.

—Jesús dijo: *Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: "Pásate de aquí allá, y se pasará"; y nada os será imposible.* —tocó las mejillas de los hombres y mujeres—. Si crees con todo tu corazón, Dios obrará y te quitará la carga. Para Él nada es imposible.

En aquel instante, hubo silencio. Los enfermos apretaron los labios, arrugaron los párpados y vacilaron con la mirada. Una mujer que había declarado dos años en quimioterapia retrocedió lentamente, cabizbaja, y se amparó en la puerta, un hombre que llevaba muletas negó con la cabeza y regresó a la entrada sin volver la mirada, y una madre que cargaba a su pequeño de un año desahuciado desde que nació prefirió quedarse en su asiento en vez de aceptar la invitación que le hizo el pastor.

Sólo quedó un hombre que había llegado en silla de ruedas, mantuvo los ojos abiertos y siguió cada movimiento de aquellos dedos que se acercaban a su cuerpo. Su pecho se agitó, sus mejillas estaban húmedas por espontáneas lágrimas y sus manos anhelaban acariciar la felicidad.

—Dice el Señor: *Pídeme lo que quieras*. —sentenció el pastor—. *Dímelo y lo tendrás*.

—Quiero caminar. —lloró—. Quiero caminar, mi Señor. ¡Quiero caminar, por favor!

—¡Levántate y camina en el nombre poderoso de Jesús! —el líder evangélico sopló sobre aquel rostro—. ¡Levántate y camina en el nombre poderoso de Jesús!

Y el hombre de cuarenta años apoyó las manos en los bordes del aparato, se acomodó hacia delante, clavó la mirada sobre sus zapatos y un pie tocó el suelo, luego el otro pie, e irguió el cuerpo lentamente,

jadeando, sonriendo y alzando el rostro. No necesitó la ayuda del pastor para sostenerse, avanzó hasta el estrado, respiró profundamente y regresó quedándose detrás de la silla de ruedas.

—Amén, Señor. —dijo el pastor—. Para Dios nada es imposible.

De inmediato, la congregación se rindió de rodillas y con las manos en alto.

5

La noticia traspasó las paredes. El testimonio del hombre que recuperó la movilidad de las piernas después de veinte años en una silla de ruedas conmocionó a la comunidad chillanense. Los periódicos locales titularon con mayúsculas, dieron como referencia de lo sucedido al pastor de la congregación y lo buscaron para una entrevista, pero no lo consiguieron. La opinión de los médicos del Hospital Herminda Martín era incierta, pues algunos se arriesgaban a tildarlo como un milagro y otros consideraban que todo era una farsa. Tras los exámenes que practicaron, descubrieron que los nervios y los huesos que por años estuvieron separados en la columna vertebral habían sido reparados en unos minutos. Sin embargo, el cuerpo clínico se mostraba escéptico y evitaba las palabras que el paciente entregaba para alabar a Dios.

Así, la ciudad se quitó la venda de los ojos.

Había transcurrido una semana desde la intervención divina. El pastor Fernández y su familia llegaron a las cinco de la tarde para preparar el culto de adoración y alabanza correspondiente a aquel jueves, no obstante, la entrada de la iglesia estaba repleta de hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos enfermos y armados con Biblias. Nadie se atrevió a hablar, siguieron la silueta del siervo de Dios mientras abrió la puerta e intentaron entrar apresurados, pero los detuvo con una tosca mirada y la mano en alto.

—No se trata de venir a entibiar el asiento ni menos sacar a pasear una Biblia.

—¡Queremos sanarnos! —gritó un hombre con un brazo vendado —. ¡Exigimos que nos sane como lo hizo con el parapléjico!

—Yo no sano, sólo pongo las manos y el milagro lo hace el Padre. —enarcó las cejas—. ¿De acuerdo?

—¿Por qué usted es malvado?

—¿Malvado? —el siervo de Dios clavó sus ojos sobre aquel rostro —. ¿Qué dices, hombre?

—Nos está negando mejorar nuestra salud.

Daniela tomó la mano de su esposo y lo acompañó en el silencio mientras la multitud lo juzgaba. A pesar de eso, el pastor no bajaba la compostura, recorrió cada semblante que tenía enfrente y asintió ligeramente.

—Dios conoce sus corazones y están siendo falsos…

—¡Exigimos sanidad!

—¡Hipócritas! —gritó a viva voz—. ¡Falsos e insensibles!

Los ciudadanos permanecieron boquiabiertos al darse cuenta del trato que estaban recibiendo. Algunos se esforzaron por rebatir, pero la voz tosca los derrotó.

—¿Por qué han venido? ¿Ah? ¡Nadie puede engañar a Dios!

—Creemos que Él nos puede ayudar…

—¡Mentira! ¡No creen! —vociferó el pastor Fernández—. ¡Tuvieron que ver un milagro con sus ojos para dar el siguiente paso! ¿Eso es creer para ustedes? La verdadera creencia está en el corazón.

La multitud se dispersó a pasos lentos. Muchos retomaban las veredas con el rostro a media altura, otros cruzaron la calle para perderse en la siguiente esquina y algunos se marchaban lanzando insultos. El líder de la comunidad se quedó en la puerta hasta que vio a la última persona desaparecer. Entonces, levantó los brazos frente a las dos madres con sus hijos, al hombre ayudado por un bastón y al anciano con un tumor en el ojo derecho, los bendijo y los invitó a pasar.

—En sus corazones está la verdad.

—Gracias, pastor.

—Han aceptado a Jesús como su Salvador.

Y la puerta del salón quedó abierta.

6

El amanecer del sábado fue diferente. El teléfono sonó a las seis y media de la mañana y una voz desconocida comunicó el suceso. Rápidamente, Daniela se sentó en la cama y oyó los lamentos mientras despertaba a su marido con una mano. Por más que se esforzaba en ser fuerte, no lograba ocultar el dolor, jadeaba, meneaba la cabeza y oraba.

La luz de la habitación le enseñó que estaba acompañada. El pastor Emanuel Fernández se levantó en silencio y buscó una respuesta en aquellos ojos enrojecidos por los recuerdos. Ligeramente, se acomodó junto a su esposa, la abrazó, enjugó sus lágrimas con las yemas de los dedos y la besó muchas veces en la mejilla. Por fin, cuando la llamada terminó, la refugió en su pecho y le susurró en el oído el consuelo que necesitaba.

—Todo estará bien.

—¿Sabes lo que ocurrió? —titubeó Daniela—. ¿Lo sabes?

—No, pero sé que es algo doloroso…

La mujer levantó el rostro y dejó escapar un suspiro. El pastor subió una ceja y movió los labios esperando una palabra.

—Tu madre murió.

—Dios mío. —bisbisó el siervo de Dios—. ¿Mi madre? ¿Estás segura? ¿Quién llamó?

—La enfermera que la cuidaba.

Emanuel Fernández se arrellanó, se llevó las manos al pecho y contempló el cielo raso.

—No lo creo. Tal vez fue una llamada equivocada.

—Tu madre murió hace unas horas. —Daniela lo abrazó—. Lo siento mucho, mi amor.

—Mi mamá no tenía una enfermera que la cuidara. —devolvió la mirada—. Ella estaba sana.

—Nunca te quiso contar, pero estaba con tratamiento médico hace unos años. —ella le acarició los cabellos—. Siempre lo mantuvo en silencio para no preocuparte.

El siervo de Dios se acomodó de costado sobre la cama, huyó de los consuelos de su esposa y contuvo la respiración.

—¿Tú lo sabías? ¿Me dices la verdad? No es posible, Daniela.

—Yo me enteré recién. —suspiró—. Me lo dijo la enfermera…

—¿De qué estaba enferma?

—Tenía diabetes.

Él bajó de la cama y se albergó en la ventana que permitía apreciar la madrugada sobre Chillán. Ligeramente, negaba con la

cabeza, movía una pierna para golpear el borde del velador y se escapaba de las intenciones de su mujer.

—La enfermera dijo que no había mucho por hacer. Sólo se mantenía con el tratamiento, pero no había una solución concreta.

—¡Debió decírmelo! —gritó—. ¿Ves lo ha pasado? Dios pudo haber obrado sobre ella y sanarla.

—Los medicamentos no estaban haciéndole efecto…

—¡Para Dios nada es imposible! —la miró—. ¿Lo has olvidado? Él es el médico de médicos, tiene todo el poder y la sabiduría. No hay enfermedad que esté fuera de su alcance.

Daniela corrió hacia su esposo y lo abrazó por el cuello, pero él fijo la cara en el cristal y vio la ciudad alumbrada por el sol.

—Tal vez Dios tiene un propósito. Él todo lo hace con un fin.

—Mi madre no quiso entregarse a las manos de Dios para sanarse. —titubeó—. Ella me habló de milagros cuando yo no creía, y ahora no fue capaz de pedir ayuda.

—Quizá lo hizo, pero Dios tenía otros planes…

—Hace unos días, muchos recuperaron los deseos de seguir viviendo, muchos se levantaron de sus sillas, dejaron sus muletas y volvieron a sonreír. —sollozó—. Y mi madre no lo quiso así. ¿Eso me quieres decir, Daniela? Sólo bastaba un paso.

El pastor aceptó los hombros de su esposa y se durmió como un niño.

7

Al despertar, comprendió que todo había ocurrido demasiado rápido. Se quitó las lagañas y caminó con el pijama holgado hacia la habitación contigua, pero en medio del pasillo se detuvo frente a la estantería donde estaban los retratos de la familia, recogió la fotografía de su madre y la admiró con un nudo en la garganta. Hace un año que se marchó sin aviso, hace un año que la vida le enseñó una nueva lección, hace un año que había fortalecido su corazón para

continuar con la obra de Dios y hace ocho meses que llegaron los regalos que más había anhelado en su vida. Se llamaban Miriam y Betsabé y estaban al otro lado de la puerta, en los brazos de Daniela para dormir, mas cuando oyeron el sonido de las bisagras, balbucearon y abrieron las manos para alcanzar el cariño paternal.

El pastor no tuvo palabras, envolvió a Miriam y la besó mientras acariciaba el mentón de su esposa e invitaba a Ester a acercarse. Cuando estuvieron reunidos los cinco, se abrazaron y oraron. Lo hacían todas las mañanas, sin embargo, aquel día era diferente. Él derramó llanto sobre la piel de sus hijas, levantó la mirada al cielo y agradeció con un susurro.

—Papá, ¿mis hermanitas cuándo cambiarán sus caras?

—Algún día, Ester. —dijo—. Algún día.

Y se sentó en el sillón que había instalado en la pieza de las niñas para adormecerlas. Entonces, comenzó a recordar.

Fue el veintidós de febrero cuando tuvo que correr por la ciudad con Daniela y Ester. La fecha del parto se adelantó y había riesgo de pérdidas si no actuaban con rapidez. Eso, al menos, advirtió el médico tratante, pero ellos habían dejado el nacimiento de sus hijas en las manos de Dios. De este modo, el parto fue un éxito. Durante cuatro horas, estuvo esperando en el pasillo que rodeaba la sala de maternidad, acompañaba a su hija mayor en los juegos y buscaba la tranquilidad en su pecho. Estaba feliz con la oportunidad, por eso cantaba a media voz sin importarle que los pacientes lo consideraran un loco, se paseaba de una esquina a otra con la mirada puesta en la cerradura de la sala y verificaba el nombre de cada enfermera que aparecía recordándose de quién debía darle las buenas nuevas. De pronto, en la entrada apareció una mujer delgada, vestida con un delantal blanco y una carpeta bajo el brazo.

—¿Emanuel Fernández?

—Sí. —sonrió—. ¿Cómo están ellas?

—Su esposa no tuvo complicaciones y sus hijas están perfecto estado, salvo que hay un antecedente que desconocíamos antes del parto y que ahora deberemos tratar con madurez.

No quiso preguntar más, le pidió a Ester que se quedara sentada y siguió los pasos cansinos de la enfermera. La sala estaba repleta de madres con sus hijos recién nacidos, cruzó el pasillo bendiciendo a cada matrimonio y dejó las manos abiertas para alcanzar el rostro alegre de su mujer. Sin embargo, cuando entró en la habitación, encontró a Daniela envuelta con un llanto que le quitaba la respiración en cada segundo.

—Es mi culpa. —dijo ella—. Es mi culpa.

—¿Qué ocurrió, mi amor?

El pastor se inclinó sobre de su esposa y observó a sus hijas

designadas con los brazaletes. Las pequeñas estaban en ropajes blancos, durmiendo y respirando con dificultad. Pero eso no incomodó al siervo de Dios, removió las envolturas y descubrió sus rostros redondos y abultados, de frentes amplias, narices anchas, ojos rasgados y cuellos cortos, casi a la altura de los hombros.

—Jesús. —titubeó—. Jesús.

—Emanuel, es mi culpa. —Daniela arrugó los párpados—. ¡Es mi culpa!

—Nadie tiene la culpa, mi amor.

—Dios me está castigando por lo que hice. —bajó el rostro—. Es lo que merezco por desviarme del camino.

La presencia del médico descolocó al cristiano, quien no pestañeó hasta que oyó la voz del especialista.

—Necesitamos hablar.

—¿Es lo que yo pienso? —la madre de las gemelas soltó el sollozo nuevamente—. La culpa es mía, ¿cierto? ¿Fueron las drogas que consumí?

—La genética juega al azar sobre los seres vivos…

—Nada es al azar. —sentenció Emanuel Fernández—. Todo tiene un propósito. Dios así lo quiso.

El galeno le pidió a la asistente los exámenes que habían realizado a las pequeñas hermanas. Tras leerlos rápidamente, se aproximó al pastor y lo miró a los ojos.

—¿Sabe lo que ocurre?

—Mis hijas son fruto del amor de Dios sobre nosotros y del amor que yo siento por mi esposa. —se encogió de hombros—. ¿Qué hay de malo?

—Tómeselo con calma, por favor. —le tocó un hombro—. Sus hijas son gemelas y tienen cierto grado de déficit mental…

—Está ofendiendo a mi familia…

—Se lo digo con mucho respeto. —entregó un rictus—. Sus hijas nacieron con una alteración genética en el par veintiuno. Eso es el Síndrome de Down, ¿me entiende?

—Es mi culpa. —interrumpió Daniela—. ¿Podrás perdonarme, Emanuel? Era tu sueño y lo arruiné con mi inmadurez.

—Nadie tiene la culpa. —dijo el médico—. Son muchos factores que inciden en estos casos, pero quiero que sepan que sus hijas son normales. Sin embargo, debo advertirles que nunca podrán ser como los demás niños.

—No…

—Sí, señor Fernández. Asúmalo, por favor. —acezó—. Es un daño irreversible. Nada lo puede cambiar.

El líder evangélico se volteó hacia su esposa y le tomó una mano.

—Para Dios nada es imposible.

—Por favor, vea la realidad, señor Fernández…

—Nosotros confiamos en Dios y saldremos adelante.

Daniela asintió y respondió al abrazo.

—Hay algo más. —dijo el médico—. Miriam y Betsabé tienen problemas cardíacos. Es un síntoma muy común en los niños con Down.

—No hay problema, doctor. —suspiró el pastor—. Seguiremos adelante.

—Las probabilidades de vida son mínimas. —miró a las recién nacidas—. Tal vez, uno o dos años, o cinco como máximo.

—Lo dejo en las manos de mi Señor. —levantó una mano—. Sólo Él sabe qué hará con nosotros.

Desde aquella conversación, habían pasado ocho meses que se refugiaba con Miriam y Betsabé en el sillón y oraba sobre sus rostros bajo la atenta mirada de Ester y Daniela.

—Hoy se cumplen cuarenta días de ayuno. —dijo él—. He entregado el sacrificio de mi carne para que Dios obre sobre nuestras hijas.

—¿Mis hermanitas cambiarán sus caras? —insistió Ester—. ¿Cuándo? ¿Ahora u otro día?

—Cuando Dios quiera. —Daniela se sentó en el brazo derecho del sillón y envolvió a la hija mayor con sus manos—. Lo importante es que somos felices con el amor que tenemos. Somos una familia como siempre lo soñamos.

El pastor quedó rodeado por sus cuatro mujeres y sonrió.

8

La ceremonia estaba programada para las diez de la mañana, pero se retrasó una hora porque el Alcalde estaba en reunión con los

directores de los proyectos de renovación de la ciudad.

El pastor Fernández estaba acostumbrado a esperar. No era nada nuevo para él, y conocía perfectamente el carácter de la primera autoridad de Chillán, pues durante años le había otorgado subvenciones para ayudar a los mendigos, a los niños y a los ancianos que vivían en las calles y luego le quitaba el beneficio. Generalmente, terminaban conversando en la alcaldía con una taza con café entre las manos y firmando los nuevos informes. Por eso no era extraño que el administrador de la ciudad —quien personalmente había notificado al líder cristiano una semana antes con una visita inesperada en la congregación—, cambiara el rumbo de sus pasos, o mejor dicho, improvisara sobre la marcha, porque ni siquiera sus asesores tenían claro si respetaría la agenda.

—¿Nervioso?

—No. —contestó el pastor—. Pero estoy preocupado por la hora, pues tengo muchas cosas por hacer en mi oficina. Sobre todo con los gastos del hogar de menores.

—¿Alguna vez pensó en estar en este lugar? —el organizador municipal buscaba la forma de simpatizar—. ¡Ha llegado mucha gente! ¡Al parecer, es muy querido, pastor Fernández!

—Mi obra no tiene como propósito ser galardonada por el Alcalde. —clavó su mirada—. Consiste en honrar a Jesús porque Él vive en cada uno de aquellos hombres, mujeres y niños que reciben de nuestras manos una bendición.

El asistente municipal se cubrió la boca para no mofarse. Sin embargo, no pudo luchar contra la risa y mostró su peor comportamiento.

—Es muy bonito lo que dice, pastor, pero debe haber algo de vanidad en usted, pues lo están reconociendo en el Teatro Municipal como lo han hecho con deportistas, poetas y pintores.

—Jesús dijo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*. —acotó—. Yo he aprendido del Hijo de Dios.

—Perdóneme, pastor Fernández, respeto mucho su fe porque yo también creo en Dios, pero si el Alcalde no le hubiera dado la autorización para repartir alimentos a los necesitados…

—Jesús dijo: *Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?* —asintió—. Esto no depende del Alcalde ni del Presidente, depende de Dios. Él es soberano sobre todo lo que existe.

Cuando la máxima autoridad de Chillán apareció por la puerta ancha de la Sala Uno del Teatro Municipal, una ovación lo recibió y la música comenzó. Él sólo respondió con un ligero movimiento de manos y se desplazó por la alfombra roja que cruzaba el salón

escoltado por el Administrador Municipal y el Director de Asuntos Especiales. Tras ubicarse en el estrado, aguardó que la banda instrumental culminara e invitó a los asistentes a tomar asiento.

El pastor estaba solo en la primera fila, con las manos en el regazo y el rostro dispuesto a responder si era necesario. Comenzaba a extrañar a su familia, pero había acordado con su esposa no arriesgar a sus hijas con la brisa helada que cubría a Chillán por la mañana. Estaba tranquilo, oía los aplausos de los asistentes por cada palabra que entregaba el Alcalde y observaba los movimientos que éste utilizaba cuando aludía la labor del ministerio cristiano. De repente, sin dar un preámbulo, escuchó su nombre para que subiera al escenario, y lo hizo parsimoniosamente hasta quedarse junto a la autoridad de la ciudad. Entonces, el público lo reconoció con vítores.

La Directora de Desarrollo Municipal apareció sobre el escenario con un galvano dorado ornamentado con los símbolos de la ciudad y el nombre del pastor con letras grandes. El Alcalde se dedicó a posar para las fotografías, y enseguida otorgó el premio con una fingida sonrisa y un abrazo improvisado.

—La gente está contenta con su labor. —dijo la autoridad—. Espero que mucho de los congregados en su iglesia me den su voto.

—En este preciso momento tengo dos opciones, Alcalde; aceptar sus palabras o devolverle este galardón y dejarlo en ridículo.

—¿Lo haría?

—¿Tiene alguna duda? —el pastor enarcó las cejas—. Los sobornos no van conmigo.

—No quise decir eso…

—Espero que no juegue a tener poder, Alcalde, porque puede perderlo todo. —sentenció—. Quiero que la subvención para las obras de caridad sea indefinida. ¿De acuerdo?

Un tibio movimiento de mentón fue la respuesta. Luego, el pastor Fernández dejó el galvano sobre el estrado, bajó del escenario y cruzó el pasillo con las manos a media altura mientras la primera autoridad de Chillán hablaba de las obras públicas realizadas bajo su mandato y del apoyo que necesitaba para continuar el plan de crecimiento como una estrategia para desviar la atención a la polémica que estaba naciendo entre los espectadores.

9

El bus salió con cuarenta minutos de retraso desde Chillán y atravesó la carretera a menos de noventa y dos kilómetros por hora. Después del primer peaje, el padre de familia se resignó a no llegar puntual para el encuentro con los organizadores que lo esperaban en el Terminal Collao. La situación disgustó a Daniela, pero no quiso pensar en las explicaciones que deberían entregar y se ocupó de sus hijas. En el asiento contiguo estaban las gemelas Betsabé y Miriam

usando los biberones y Ester leía un libro infantil junto a la ventana. De vez en cuando, la madre acariciaba los rostros de sus amores, suspiraba orgullosa y buscaba el apoyo de su marido, quien estaba en pie en medio del pasillo.

—Siéntate, Emanuel.

—¿Necesitarás algo? —dijo—. Quiero estar cerca de mi familia para cualquier cosa.

—¿Qué pensarán los hermanos de Concepción? —entregó un rictus—. No fue nuestra culpa que el viaje se arrasara.

—Unos años atrás leí un libro donde los autores contaban la historia de una mujer que no se explicaba el por qué perdió el autobús si se había organizado con tiempo. Sólo fueron cinco minutos de diferencia y tuvo que aguardar el próximo vehículo que salía una hora más tarde. —tocó los cabellos de Daniela—. ¿Qué crees que ocurrió?

—No lo sé, mi amor. —acomodó los biberones en los labios de las gemelas—. ¿Se enojó?

—Cuando iba en la carretera, una hora más tarde, se encontró con una sorpresa. —alzó una ceja—. A su lado iba un hombre que lloraba sin razón. Ella le preguntó qué ocurría, y él dijo que su vida no tenía sentido porque los problemas lo superaban. Entonces, ella le habló de Jesús, de su amor y de todo lo que puede hacer por nosotros, ¿entiendes? Aquel hombre aceptó a Cristo en su corazón y vivió el cambio en su vida. Eso quería Dios, por eso el bus se atrasó, porque había un plan.

La esposa asintió mientras prestaba atención a la concentración de Ester, le peinó los cabellos y le sonrió como lo hacía cada vez que tenía la oportunidad, pero se extrañó que la jovencita no respondiera. De pronto, comprendió que no estaba leyendo, sino que observaba con resquemor lo que había en la orilla de la carretera. El bus disminuyó la velocidad, los camiones hicieron sonar los cláxones y los pasajeros se acercaron a los ventanales para apagar la curiosidad.

—¡Dios mío! —gimió—. ¡No lo puedo creer!

—Que Dios tenga misericordia de sus hijos. —susurró el pastor—. Ahora tenemos la respuesta para las preguntas que nos harán en el terminal.

Un bus de la misma empresa impactó por la parte posterior a un camión con carga de combustible y luego se salió de la vía para quedar incrustado en las barreras de contención. Las ambulancias y los bomberos estaban trabajando hace cuarenta minutos y Carabineros se esforzaba por reanudar el flujo vehicular.

La familia Fernández se abrazó y oró en silencio.

El templo evangélico estaba ubicado en Carrera, fue construido en

cien metros cuadrados y congregaba a más de trescientos hermanos. Las palabras de recibimiento del pastor González —quien estaba a cargo del ministerio en Concepción—, emocionaron al visitante, sobre todo por su consideración al bendecir la obra que estaba llevando a cabo en Chillán. Luego de la bienvenida de los integrantes del coro, se iniciaron las alabanzas y las ofrendas. A Daniela le encantaba estar en aquel lugar, danzaba junto a Ester y velaba por el descanso de sus hijas, quienes, a pesar de las voces altas, no despertaban.

La congregación se tomó de las manos, formó una larga y sólida cadena, cerró los ojos y pronunció el nombre de Jesús a viva voz, sintiendo en el pecho el amor de Dios y la presencia del Espíritu Santo. El pastor Fernández comenzó a hablar en lenguas, abandonó su lugar y caminó acompañado del siervo de Dios que estaba de anfitrión para bendecir a los hermanos que permanecían en los asientos y entregar palabras de aliento que llegaban a su corazón. Muchos rompían en llanto, otros caían adormecidos, la mayoría se arrodillaba, algunos volvían a sonreír y confesaban con sus labios los pecados y recibían el alivio que necesitaban.

Una mujer de sesenta años que estaba en la puerta de la iglesia mantenía las manos unidas sobre el pecho, la cara inclinada hacia el suelo y las piernas separadas, como si deseara rendirse. A pesar que muchos hermanos no la reconocían, ella continuaba ahí, con los ojos húmedos y el susurro sobre los labios.

—Te necesito, Señor.

—¿Por qué estás en la puerta? —dijo el pastor Fernández cuando llegó a su lado—. ¿Tienes vergüenza? ¿Acaso Dios ha cerrado su casa?

—No conozco a nadie. —sollozó—. Pero he venido a clamar por el amor de Dios.

El siervo de Dios entregó una profunda mirada, le colocó un dedo índice sobre la mejilla para enderezar el rostro y habló.

—Tengo una palabra para ti, mujer. —confesó—. El Señor dice que el jardín de tu corazón ha sido renovado. Cuídalo como yo te cuido a ti.

—¡Mi Señor! —la anciana cayó de hinojos—. ¡Gracias, Señor!

—El Señor dice que vuelvas a casa porque tu marido ha dejado sus años en cama y te espera en pie junto a la puerta. —sopló sobre aquella cabeza cubierta con canas—. Cuida el jardín.

Y continuó recorriendo la congregación a paso lento, tomando las manos de quienes estaban enfermos y expulsando maldiciones en el nombre de Jesús.

Después de una hora de milagros, la asamblea permaneció en silencio y aguardó que el pastor Fernández tomara su ubicación en el proscenio. Él abrió la Biblia que siempre llevaba en el bolsillo, esperó a ojos cerrados la dirección que el Espíritu Santo le daba cada vez que

debía predicar y comenzó paseándose para estudiar los rostros que le prestaban atención. Durante la semana, cuando recibió la invitación, había preparado una palabra referente a los milagros que producía la fe, pero en el viaje en la carretera —tras el accidente que vislumbraron—, sintió la necesidad de hablar sobre el ajuste de cuentas con Dios, eso que muchos trataban de hacer y sin embargo pocos lograban. No obstante, minutos antes de recoger el micrófono, recibió en su corazón la ansiedad por hablar de la elección de servir a Dios. De modo que se detuvo frente a la comunidad, los saludó en el amor del Señor y se explayó.

Les enseñó la historia de El Gran Leñador.

10

Rechazaron la invitación de pasar el resto de la semana en Concepción porque los asuntos del hogar de menores estaban pendientes. A Daniela le gustó la idea, pero tuvo que ser responsable con su marido y seguirlo. Para olvidarse de todos los panoramas que la congregación les ofreció, durmieron en el bus junto a las gemelas. Ester, por el contrario, estaba sentada continuando con el libro. Una vez le dijo a su madre que no podía cerrar los ojos mientras viajaba porque le encantaba estudiar el comportamiento de las personas dentro de un bus y porque siempre permanecía atenta a la conducción, sobre todo después del accidente que vieron días antes.

A pesar que la velocidad estaba bajo lo que podía entregar el vehículo, llegaron a tiempo a Chillán. El pastor Emanuel Fernández le dio un beso a sus hijas y a su esposa cuando estuvieron en el andén del Terminal de Avenida O'Higgins, agradeció con las manos en alto por la seguridad del viaje y bendijo la nueva etapa que comenzaría. Lo que más le preocupaba era el bienestar del hogar de menores porque la reestructuración que hizo en los últimos meses no estaba dando los resultados esperados; los alumnos aprovecharon las excursiones por la ciudad en asignaturas didácticas para regresar a sus antiguos mundos de delincuencia y drogas, por lo que debía encontrar la forma adecuada de cumplir con los requisitos educacionales y mantener la cordura en los muchachos. Cada noche oraba por aquello, y contaba con el apoyo incondicional de su esposa.

Una fotografía. Era primera vez que lo hacía en el terminal de buses. Ni siquiera en sus años de universitario había anhelado un simple retrato. Pero ahora era diferente, pues se lo pidió Ester con su habitual mirada inocente y frente a eso no podía negarse.

—¿Te he dicho alguna vez que te amo? —el pastor miró a su mujer—. ¿Te he dicho alguna vez que eres el amor de mi vida?

—¡Siempre me lo dices! —sonrió—. ¡Me gusta que me lo digas!

—Gracias por ayudarme a levantar esta familia maravillosa.

Y, enseguida, abordaron el taxi.

Miriam y Betsabé sonrieron como nunca. Estaban en el asiento trasero, en los brazos de su madre y bajo las nobles caricias del padre, quien recorría cada rincón de los semblantes admirando la belleza que tenían. Más de una vez escuchó comentarios en la puerta de la congregación cuando los hermanos se percataron que sus hijas nacieron con Síndrome de Down. Sin embargo, él no decaía, se aferraba a Dios con todo el amor y resistía aquellas palabras ignominiosas que rasgaban sus sueños. En oraciones pedía tranquilidad y dirección para sus pasos, y anhelaba sentir en su pecho que sus hijas estarían al servicio de Dios. Pero nuevamente los rumores circulaban aunque había evitado que llegaran a los oídos de su esposa. Daniela lloró la primera vez que supo de aquellas lenguas venenosas, mas procuró que el amor venciera la cobardía de los que atacaban por la espalda.

—¿Haremos caso a lo que dicen los médicos?

—Nuestras hijas estarán bien. —respondió el siervo de Dios—. Yo confío en Dios y sé que nos dará las herramientas para salir adelante.

—Hasta el momento, no han tenido complicaciones. —admiró aquellos rostros angelicales—. Pero es bueno que sean examinadas.

—Tienes toda la razón. —asintió—. Aunque los médicos digan que no hay esperanzas, sé que Dios obrará sobre nuestra familia.

—¿Eso quiere decir que mis hermanitas cambiarán sus caras? —Ester cerró el libro—. ¡Cuando ellas sean grandes, les leeré cuentos!

El hombre de fe extendió las manos para cobijar a la mayor de sus retoñas, pero al rozar sus mejillas sintió el sudor frío que la cubría. Rápidamente, examinó sus ojos y descubrió las pupilas dilatadas, laxitud los brazos y piernas y disminución en la respiración.

La madre contuvo el aliento, llevó a las pequeñas al pecho y bajó la mirada sin entender qué sucedía. Ester no respondía a los llamados que el pastor le hacía sobre el rostro, su cuerpo estaba inerte y la desesperación nacía dentro del taxi.

—¡Al hospital! —gritó él—. ¡Acelere!

—¿Qué tiene mi hija? —gimió Daniela—. ¡Dios mío, por favor!

—Estará bien. —contestó su marido comprobando la pulsación en el cuello de la muchachita—. Todo estará bien.

Se tomaron de las manos y guardaron silencio.

El ingreso a la Unidad de Cuidados Intensivos estaba restringido, pero Emanuel conversó con el encargado de la sección y consiguió que su familia estuviera en la sala contigua. Llevaban más de tres horas en silencio, Daniela había bebido tres tazas con café y no estaba de

ánimo para consolar a su esposo, quien se refugiaba en la paz que le entregaban Miriam y Betsabé. A veces, se miraban por largo tiempo con gotas de desahucio en las pestañas buscando una explicación que pudiera tranquilizar sus pechos. Sin embargo, los intentos eran fracasos que sólo pesaban sobre aquellos hombros que luchaban por levantarse del suelo.

Era primera vez que el pastor se quedaba sin palabras. Tenía la garganta cerrada, las manos muertas y el pensamiento en otro lugar. Sólo deseaba que el episodio terminara pronto, antes del atardecer, para dormir tranquilo. Ese motivo lo llevó a hurgar en la incertidumbre hasta entrelazar los dedos de la doncella que adornaba su existencia.

—Jesús dijo: *Pide y recibirás*. —balbució—. No hay por qué preocuparse. Él conoce los anhelos de nuestro corazón.

—Lo sé, Emanuel. —sollozó ella—. ¡Pero es mi hija quien está sufriendo!

—Es nuestra hija. —la abrazó—. Nuestra hija. Es parte de mi amor. Yo también estoy agonizando.

El ruido de una puerta los separó. De inmediato, volvieron los semblantes marcados por la palidez y el desconsuelo, mantuvieron sus manos plegadas al cielo y aguardaron las palabras del médico que estaba a cargo de los exámenes.

—Todo estará bien. —dijo el pastor—. No hay por qué preocuparse.

—Valoro mucho su fe, pero en estos casos no sirve de nada. —condenó el médico—. La muchachita está en observación.

—¿Qué significa eso? —Daniela buscó el pecho de su esposo para llorar—. ¿Se levantará?

—Los escáneres nos permitieron detectar una embolia en el cerebro, específicamente en el hemisferio izquierdo...

Las gemelas alzaron los lloriqueos al mismo tiempo, se movieron torpemente en sus envolturas y sólo callaron cuando la madre las abrazó. Al siervo de Dios lo paralizó la tosca mirada del médico tratante, quien jugaba con el expediente entre los dedos mientras se decidía a continuar hablando.

—Lo siento. —sentenció—. Es una jovencita…

—No lo sienta. —afirmó el pastor—. Yo conozco a mi Dios, y Él conoce lo que hay en mi corazón. Nuestra hija se levantará en las próximas horas.

—La ciencia no miente. —resolló—. Por favor, acepte la realidad, señor Fernández.

El director del ministerio cristiano se escondió tras su familia y comprobó que sus hijas reposaban en el regazo de su esposa.

—Dios es amor, y su amor y misericordia se renueva cada día. —

inclinó el rostro—. ¿Lo entiende, doctor? Dios es soberano sobre todo lo que existe.

—Señor Fernández. —contestó, acercándose a paso lento—. Su hija mayor está con muerte cerebral y conectada a un ventilador mecánico.

Los esposos se miraron sorprendidos, con el aliento en los labios, y arrugaron los párpados.

—Entraremos a pabellón en una hora más.

Emanuel bajó el semblante y el médico se retiró atento a las consultas.

11

Decidieron seguir el consejo. En un principio, Daniela se molestó, pero él supo rescatar las mejores palabras para construir un camino. No comprendía cómo ni por qué le había obedecido al médico, sin embargo, lo hizo y se sentía agradecido. Continuar en la sala de espera del hospital sólo estropeaba el escaso ánimo que quedaba, ése que guardaba en los bolsillos para usar en caso de emergencias. Después de abrir la puerta de la casa, respiraron el aroma de la soledad; era evidente que el hogar no tenía vida si la familia no estaba completa.

Miriam y Betsabé se durmieron después de las mamaderas. No había nada nuevo para ellas más que miradas lacónicas que vagaban en la resignación. Daniela se encerró en la habitación, se recostó en sobre la cama —sin cambiarse ropa—, y comenzó a leer la Biblia desde Génesis. No quería interrupciones, de modo que cerró la puerta con llave y se humedeció los ojos con saliva para que la modorra no la venciera.

El pastor quiso salir a dar una vuelta. Siempre le pareció una tortura caminar bajo la noche, pero deseaba hacerlo. Lo necesitaba. Sólo guardó las manos en los bolsillos, refrescó el aliento con una bocanada de aire y bajó la avenida en sentido contrario. El viento soplaba más fuerte que otras tardes, los árboles habían perdido el encanto de la estación y las personas desaparecieron de la ciudad como si el temor las hubiera invadido. Tenía la calle para él solo, tenía la conformidad en la piel y el desalojo de sus años al servicio de Dios en la puerta de su corazón. Por más que lo susurraba, no lo comprendía, o tal vez no estaba dispuesto a hacerlo. Ester era la parte más importante de su familia, la primogénita, y a pesar que no llevaba su sangre, todo el amor que había para ella era suficiente para cruzar el Océano Pacífico si así lo requería.

La luna estaba ahí, enfrente, moviéndose a la misma velocidad que él. De vez en cuando, extendía las manos para atraparla, pero era imposible, tan imposible como aceptar lo que el médico había dicho. Se detuvo en la Avenida Argentina, en la balaustrada que permitía observar las ruinas del río, se acordó de las campañas que realizó ayudando mendigos y muchachos perdidos en los vicios y alzó la cara desbordando lágrimas. Una respuesta. Era lo único que necesitaba, pero no llegaba.

Prefirió, entonces, no insistir.

El despacho remodelado del hogar de menores era su guarida. Sólo ahí podía encontrarse consigo y mirarse en el espejo. Muchas tardes había invertido corrigiendo las manías para ser un hombre agradable, y aún no solucionaba los problemas que quedaban pendientes cuando las debilidades lo superaban. Una de esas fragilidades era la incertidumbre. No dudaba, pero sí se sentía como un explorador sin brújula. Por eso se arrellanó en el escritorio a medianoche, deslizó sus dedos sobre las páginas de la Biblia Reina Valera de 1960 y leyó algunos versículos para olvidarse de lo que estaba ocurriendo.

En eso, lo derrotó el sueño.

Un golpe en la puerta fue suficiente. Ligeramente, miró la ventana y se enteró que había amanecido. Entonces, se incorporó con un movimiento, se peinó y recogió la chaqueta, pero dos llamados en la entrada disminuyeron sus pasos.

—¿Sí? Estoy ocupado. —titubeó—. ¡Voy saliendo!

—Pastor Fernández. —dijo la secretaria—. Tiene visita.

—¡No puedo atender a nadie! —abrió la puerta—. Mi hija está en el hospital…

Se quedó boquiabierto, con las manos a media altura sosteniendo las mangas de la chaqueta y jugando con la mirada sobre el rostro de la secretaria del hogar de menores y un enigmático hombre joven vestido con traje negro, camisa blanca y corbata roja.

—¿Quién es usted?

—Quiere hablar con usted, pastor. —aclaró la asistente—. Ha venido muchas veces, pero usted no ha podido recibirlo.

—Lo siento, pero ahora tampoco es la ocasión. —cruzó el umbral —. Mi hija Ester está internada en el hospital y mi esposa está…

La secretaria permitió que ambos hombres se enfrentaran. El pastor retrocedió con torpeza, sin bajar la mirada, mientras el visitante ingresaba a la oficina con las manos en los bolsillos y la parquedad en sus facciones.

—Buenos días, pastor. ¿No me recuerda?

—No. —jadeó—. Tengo muchos asuntos pendientes, por favor.

—No le quitaré mucho tiempo.

La puerta se cerró por fuera, el hombre vestido formalmente tomó asiento e invitó al director de la obra de caridad que hiciera lo mismo al otro lado de la mesa.

—Dios ha bendecido su proyecto.

—Hemos logrado salir adelante con la gracia de Dios. —contestó el siervo de la comunidad cristiana—. ¿Qué lo trae por acá? ¿Es muy urgente lo que quiere hablar conmigo?

—*Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará*. —dijo el hombre acomodándose la chaqueta negra—. ¿Recuerda ese versículo?

—Salmo 37. —respiró profundo—. ¿Qué desea? ¿Quién es usted?

Un suave movimiento de la mano derecha hacia el bolsillo interior comenzó a aclarar la reunión. El hombre actuaba con serenidad, sin desviar los ojos del ceño fruncido del pastor y procurando no alterar la conversación. Entre sus dedos tenía un documento largo y angosto que luego dejó sobre el escritorio.

—Es para el hogar de menores.

—¿En serio? —vaciló el director de la congregación—. ¿Por qué?

—Los niños necesitan seguir adelante. —asintió—. En ellos hay mucho por trabajar para que sean hombres de bien.

El líder cristiano recogió el papel y, sólo cuando lo tuvo enfrente, descubrió que se trataba de un cheque con una cantidad que nunca había recibido en una donación hecha por una persona.

—Los niños se lo agradecerán.

—No lo hago por eso. —dijo el hombre—. Lo hago para agradecerle a usted, pastor Fernández, lo que hizo por mí.

El siervo de Dios todavía no entendía. Revisó el nombre del titular de la cuenta corriente, la firma y los rasgos del rostro maduro, y entonces sonrojó.

—¿Eduardo? ¿Eduardo Bustos, el más inquieto en las clases de matemáticas?

—Sí, pastor. —sonrió—. Ahora soy el ingeniero civil industrial Bustos, gerente corporativo de una empresa nacional y asesor de proyectos de una inversión internacional.

Emanuel se incorporó, corrió a los brazos del muchacho y lloró en su hombro mientras recorría los años en que fue su alumno.

—Gracias por darme la oportunidad, pastor.

—No tienes que agradecerme nada. —bisbisó—. Dios hizo esto contigo. Permaneciste fiel a Él, no te desviaste. Pensé que, después que el Servicio Nacional de Menores se los llevó, todos habían perdido el rumbo.

—¿Se acuerda de Pedro?

—¿Pedrito? Quería ser astronauta, ¿no? —sonrió—. ¡Y tú lo molestabas!

—Ahora vive en Estados Unidos y se doctoró en Ciencias Físicas

de la Astronomía.

El pastor se limpió los ojos y recuperó la compostura sobre el escritorio. Mientras guardaba el cheque en el cajón, examinaba los cambios que el otrora niño problema del hogar de menores había sufrido. En su rostro ni en su conducta quedaban rastro de lo que fue cuando lo rescató del basural que había bajo un puente en la salida norte de Chillán.

—Ahora entiendo cuál era el propósito que tenía Dios conmigo. —dijo el siervo de Dios—. Gracias, Señor, porque me has hecho útil para ti.

—Sé que está pasando por un momento difícil. —Eduardo Bustos lo abrazó—. *Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará*. Este versículo me permitió llegar a cumplir mis sueños, y también le servirá a usted, pastor, para descansar en Dios.

Cerraron los ojos y elevaron una oración por Ester.

12

Le dijo a su esposo que se dedicara a las labores pastorales. Ella se ocuparía de las niñas durante la tarde. La última vez que se vieron fue en la sala de espera del Hospital Herminda Martín a las dos y media. Después de comer unos panes con cecinas, se despidieron con la ternura de cada mañana. En ese momento, los resultados de los exámenes no estaban disponibles, y sólo se sabía que la operación había concluido sin novedades. No obstante, el matrimonio se mantenía fuerte y con el rostro en alto clamando una esperanza.

Daniela había extraviado la sutileza con las gemelas, se había olvidado de sus mamaderas y de recostarlas en los coches. De vez en cuando, se mordía las uñas como en los viejos tiempos, miraba por la ventana y seguía el viaje de las nubes sobre Chillán. Todo era frío en su mente y estaba perdiendo la sensibilidad en la piel, la noción del tiempo y del espacio, las ansias por luchar y el anhelo por descansar en Jehová. Lo confesó con su boca, y por eso palideció. Un escalofrío recorrió su espalda y la sentenció a quebrar su alma en mil pedazos que se esparcieron por el piso opaco, el llanto la acompañó en la liturgia de expiación que inició de un costado a otro sin importarle las miradas perdidas de los funcionarios de salud e ignorando a sus hijas. Betsabé abrió la boca para toser producto de los reflujos de la última comida, y enseguida su hermanita la siguió. Sólo entonces, la mujer despertó de la ilusión oscura que se levantó sobre su cabeza y volvió a sentir los latidos en el corazón.

—¿Extrañan al papá? —dijo mientras acariciaba a sus hijas—. Yo también. Y también extraño a Ester…

—¿Daniela Galindo? —dijo el médico tratante al cruzar la puerta —. Necesito hablar con usted.

—Mi esposo vendrá más tarde. —se volteó—. ¿Cómo está mi hija?

—De eso quiero hablar.

El especialista se acomodó los anteojos de marco grueso sobre la nariz y dejó la carpeta bajo el brazo izquierdo.

Daniela sólo alcanzó a cubrir los cuerpos de sus hijas para prepararse a oír los últimos resultados.

—Durante la intervención que hicimos en el pabellón…

—¿Ester está bien o está mal? —interrumpió—. No quiero rodeos, por favor, doctor.

—El estado de la joven se agravó. —entregó un rictus—. No pudimos encontrar el émbolo, el aparato respiratorio no funciona por sí solo y su corazón ha disminuido el ritmo.

—Dios mío…

—Me temo que no hay nada más por hacer. —le tocó un hombro —. Lo siento, señora. Hicimos lo que estaba en nuestras manos.

La madre se sentó bruscamente junto a los coches, cubrió sus ojos con ambas manos y sollozó. Ligeramente, negó con la cabeza y sacudió las piernas. El médico decidió acompañarla en silencio, se ubicó enfrente y le colocó una mano sobre la cabellera.

—¡Paramédicos, una camilla! ¡Rápido!

Daniela abrió los ojos hinchados por el llanto y vio al especialista recogiendo a las gemelas de los coches. Antes que pudiera levantarse, tres enfermeras desnudaron los cuerpos de las pequeñas y comenzaron a hacerles masajes mientras eran conducidas a urgencia.

—¡Mis hijas, mis hijas! —gritó—. ¿Qué está ocurriendo?

—Quédese aquí, ¿de acuerdo? —contestó el médico—. Nos encargaremos de ellas.

La mujer dobló las rodillas y postró el rostro en el suelo.

13

Prefirió parecer un hombre impertérrito ante los demás que dejar escapar la oportunidad. Eran las seis y media de la tarde, apagó todas las luces interiores, se sentó en el último asiento, junto a la puerta que conducía hacia la calle, juntó las manos y humedeció sus labios. Era la ocasión para comenzar el diálogo que estaba pendiente.

Luego de un largo silencio, habló.

—¿Qué hice yo para merecer esto? ¡Tú conoces mi corazón y sabes que no hay malas intenciones! ¿Por qué me haces esto? Una vez aprendí que todo lo que tú haces lo haces por amor. ¿Estás quitándome a mi familia porque me amas? ¿Me amas? —levantó los puños—. ¡No es posible que me trates así, Señor! He tratado de ser fiel a ti, he aceptado golpes y humillaciones, he cruzado muchos caminos áridos y nunca te he pedido riquezas. ¿Qué quieres hacer conmigo?

El pastor Fernández cayó al suelo y permaneció con las piernas cruzadas.

—Primero fue Ester con una extraña embolia que nunca tuvo indicios, con mi esposa hemos descansado en ti porque creemos en ti y en tu amor, pero nuestra hija mayor ha empeorado. ¿Sabes cómo me siento por dentro? —miró hacia el cielo con los ojos llorosos—. Fracasado. Sí, me siento frustrado y fracasado. ¿No lo puedes dimensionar, Dios mío? Soy un siervo tuyo que siempre ha estado a tu disposición, he puesto las manos sobre enfermos y se han sanado en el nombre de tu hijo Jesús, he ministrado a cientos de personas, he hecho pruebas de fe para demostrarle al mundo tu poder y tu amor… ¿Y ahora no puedes darme un consuelo para ser feliz con mi familia?

Se levantó con los dientes apretados y los puños cerrados.

—Como si la desgracia de mi hija Ester fuera poco, me has vuelto a sacudir el alma. —meneó la cabeza—. ¿Cómo es posible que no haya explicación para que Miriam y Betsabé estén bajo cuidados intensivos en el hospital sin haber sufrido síntomas previos? Siempre han sido sanas, tienen Síndrome de Down, pero son sanas y normales como todos nosotros…

Corrió hacia el púlpito y se aferró a los costados mientras escondía la mirada.

—¡Y ahora están condenadas a morir por problemas cardíacos!

—gritó—. ¿Cómo es posible, Dios mío? ¡Ellas han sido el sueño de toda mi vida, y tú quieres quitármelas! ¿Por qué? ¿Para qué? No es justo, Señor, no es justo.

Dejó caer el rostro sobre la cubierta del estrado y lloró ahí, rendido, con el corazón en la mano, con las piernas débiles y el estómago destrozado por el hambre. Estaba perdiendo la voz, sólo lanzaba bramidos y rasguñaba la madera que en otras oportunidades había cuidado.

El silencio se había rasgado con sus lamentos, la noche había caído sobre la ciudad y la duda lo acechaba desde la esquina más lejana de su corazón.

14

A las tres y media de la madrugada llegó a la sala de espera, le pidió perdón con la mirada y la abrazó para llorar en silencio. Ambos permanecieron unidos en medio de la habitación, envueltos por la melancolía y sentenciados por la agonía de no saber qué ocurría detrás de las puertas que los rodeaban. Él liberó un suspiro mientras ella se aferraba a su cuello, ligeramente se besaron y quedaron cabizbajos. Tenían las mejillas arreboladas, los labios resecos y los dedos temblorosos. Hace más de diez horas que no había respuestas para las plegarias, ningún enfermero entregaba un diagnóstico ni el director de la Unidad de Cuidados Intensivos autorizaba el ingreso a la pieza para acompañar a las niñas.

Un café, un trozo de pastel y una mirada. Así avanzaba la noche, sin encontrar el camino de regreso a casa donde estaba escondida la felicidad. A veces, cuando el cansancio vencía a la mujer, él le besaba las manos y la animaba a levantarse, pero pronto se convencía que ni siquiera él tenía las fuerzas suficientes para hacerlo y cerraba los ojos con el rostro apoyado en el borde de la ventana. Al oír pasos en el pasillo, saltaba con una espontánea sonrisa, mas retornaba a la siesta con resignación.

Daniela no quería dormir, se cruzó de brazos y clavó su mirada sobre el perfil sudado de su marido. Había prometido no volver a cerrar los ojos hasta que los médicos dieran una noticia. Por eso se

restregó los párpados, fue por otro café cargado y se asomó por la ventana castigada por la brisa helada de la madrugada. En el cielo —justamente donde sus ojos podían llegar—, brillaba la luna llena como en las noches de playa en Concepción en el último verano antes de conocer a Emanuel. Emanuel, sí, Emanuel. Él. ¿Qué hubiera ocurrido si no se hubiesen conocido? ¿Estaría en un hospital con el alma en un hilo o estaría en una cama durmiendo profundamente? ¿Estaría administrando una empresa y no pendiente de la salud de sus hijas? Emanuel, sí, Emanuel. Aunque comenzaba a delirar, estaba convencida que el amor todo lo podía. Emanuel, sí, Emanuel era el amor de su vida.

—¿Abrirán los ojos?

—Sí, mi amor. —susurró él—. Todo estará bien.

—¿Veremos un milagro?

—Dios es soberano sobre todas las cosas. Él conoce nuestros anhelos. —confesó—. Ya lo he dejado en sus manos.

Ella se refugió en el pecho del pastor y permanecieron abrazados hasta que los primeros rayos del sol tocaron sus pieles.

La presencia del médico tratante a las ocho de la mañana fue una sorpresa. Apenas habían logrado dormitar unos cinco minutos cuando tuvieron que levantarse para seguir las instrucciones. Daniela le hizo una pregunta directa, sin saludos ni recovecos, pero recibió un tímido movimiento de cejas que la descompensó.

—Hicimos todo lo que estaba en nuestras manos.—confesó el especialista—. Lo siento mucho.

—Doctor…

—La joven dejó de respirar hoy a las siete y veinte minutos. —jadeó—. Los paramédicos trataron de reanimarla, pero fue imposible. No respondió.

Daniela deformó su cara hasta soltar el dolor que tenía acumulado en el pecho, cayó de rodillas y se tironeó los cabellos. El médico intentó sostenerla, pero fue una labor sin resultados. Su voz clamando misericordia cruzaba el pabellón, conmovía a los pacientes y enfermeros y rompía la lucidez que había cuidado en las últimas horas.

El pastor Fernández negó la mirada al desconsuelo de su mujer, se levantó con las manos en los bolsillos y observó la calle a través del ventanal.

—Después de esto, ¿qué?

Entonces, lloró.

15

¡El milagro ya viene!

Lo decía cada mañana cuando se sentaba en el asiento que tenía reservado en la sala de espera. Las últimas dos semanas habían sido de aprendizaje; el funeral de su hija Ester le enseñó que Dios estaba obrando en su pecho para darle tranquilidad y que su matrimonio se había fortalecido, el sufrimiento de un padre que perdió a un hijo le entregó la compañía incondicional de los hermanos de la congregación cristiana, quienes lo animaron a continuar con la obra y no dejarse dominar por los pensamientos humanos, y también adquirió el conocimiento necesario para predicar a los demás sin dudar de la fe.

Decidió dejar las labores del hogar de menores en manos de la secretaria hasta que Miriam y Betsabé se recuperaran. Todos los días llegaba a las ocho en punto, se sentaba con la Biblia abierta y leía bajo las fruncidas miradas de los pacientes. Minutos después llegaba Daniela también con su libro, y ambos iniciaban una lectura silenciosa sin mover ni un músculo hasta las dos de la tarde, cuando se incorporaban para almorzar una colación en el casino del Hospital Herminda Martín. Luego, retornaban a sus lugares tras la verificación de las últimas noticias que tenían los paramédicos y continuaban con la lectura hasta las ocho de la tarde, hora en que la mayoría del personal y enfermos se retiraban, pero ellos seguían ahí hasta que la noche se asomaba por la ventana. Así era todos los días, durante dos semanas, no había espacio para nada más que no fuera suplicar por un milagro.

En quince días, las gemelas no habían presentado evolución a pesar de las dos cirugías a las que fueron sometidas. El cuerpo médico no se explicaba cómo dos bebés podían sufrir la misma enfermedad al mismo tiempo. Eso no tenía relación con el Síndrome de Down, era incompatible, y sin embargo estaba siendo un suceso que marcaba las horas en las salas.

El decimosexto día de espera, el médico tratante se atrevió a enfrentar a los padres. Lo hizo con un modesto ademán para no violar la concentración que colocaban en la lectura de las Sagradas Escrituras, se ubicó en el asiento contiguo y los miró atentamente, sin comprender cómo podían estar tranquilos después de vivir dos semanas horribles.

—Para el mundo esto es una pérdida. —dijo el pastor Fernández

—. Pero para nosotros, creyentes de Dios, es una lección, una ganancia.

—Sus hijas no han mostrado evolución.

—Esperaremos en Dios para que obre un milagro. —contestó Daniela—. Yo creo en un Dios vivo, confío en Él y Él hará.

El especialista estiró los labios, se irguió y se acomodó los cabellos que caían sobre sus anteojos.

—Leer la Biblia no enseña a vivir. —sentenció—. No puede comparar una fábula con la vida real.

—No es una fábula; es la Palabra de Dios. —el pastor levantó el índice—. A Dios le gusta la soberbia.

—No quiero que se moleste, sé que usted es pastor y que tiene su ministerio, pero… —jugó con la mirada—. ¿Cómo puede confiar en Dios si ya ha perdido a su hija mayor y tiene a dos más en observaciones?

—Si esto está ocurriendo, es porque Dios tiene un propósito. ¿Entiende?

—¿Qué propósito? —farfulló el médico—. ¿Dejarlo sin familia? ¿Ha pensado eso?

El siervo de Dios no supo qué contestar, buscó albergue en los ojos cerrados de su mujer y acezó.

—Yo creo en…

—Alguien que no existe no puede salvar a su hija. —lo encaró—. ¿No lo comprende, señor Fernández? La medicina es una ciencia, y la ciencia se basa en comprobar los fenómenos.

—Usted no sabe lo que nosotros conocemos. —dijo Daniela—. El amor de Dios todo lo puede.

—Los milagros no existen. —acotó el médico—. Las personas se recuperan gracias a la medicina, a los tratamientos y al cuidado, pero no por arte de magia.

—Un milagro es que yo haya dejado las drogas para convertirme en pastor, un milagro fue que mi mujer regresara cuando nadie lo creía, un milagro le devolvió la movilidad en las piernas a un hombre, un milagro sanó de cáncer a una mujer y un milagro estará sobre mis hijas y nuestras vidas. —el director de la congregación se limpió los ojos—. Siempre hay esperanza, porque cuando uno le cree a Dios, Él hace el milagro, ¿entiende, doctor?

El profesional de la salud se quitó los anteojos, giró su cuerpo y se dispuso a caminar agitando los documentos que llevaba en las manos.

—Como usted quiera, señor Fernández. Sólo le advierto que, en estas condiciones, es imposible que sus hijas vuelvan.

—Para Dios nada es imposible. —susurró—. Nada.

El médico se retiró por la puerta que conducía a la Unidad de Cuidados Intensivos mientras el matrimonio buscaba la tranquilidad

en los versículos.

16

El enfermero dudó en dar el siguiente paso, había bebido un sorbo de agua frente al espejo del baño que estaba al otro lado de la habitación y se acomodó el último botón del delantal blanco. Era primera vez que tenía que cruzar la entrada de la Unidad de Cuidados Intensivos para dar una noticia. Sin embargo, lo peor era que debía decepcionar a los impacientes familiares.

Luego de unos minutos de mirar a través de las ventanas, decidió continuar. Sin duda, era lo más despreciable de su trabajo. Pero debía hacerlo. A paso lento, apareció en el pasillo, con la mirada extraviada, las manos a media altura y el aliento refrenado. Sólo tuvo un momento de cordura para disculparse con un fingido rictus ante las inquietudes de la madre, se refugió en el rincón formado por las paredes y extendió el certificado que llevaba en el bolsillo.

El pastor Fernández se mordió el labio inferior, se cruzó de brazos y evitó hacerse cargo de lo que tenía enfrente. La insistencia del enfermero sobrepasó su paciencia y lo empujó contra la muralla para escapar hacia el estacionamiento del Servicio Público de Salud.

—Lo siento mucho.

—No hacen falta las palabras. —titubeó Daniela—. ¿Debemos firmar los documentos?

—Si no está en condiciones, lo puede en unas horas más, o a la tarde. —suspiró—. Es una pena lo que ha ocurrido.

—Si Dios lo quiso así, así debe ser.

El paramédico se acuclilló apoyándose en los bordes del asiento, hurgó silente en el semblante de Daniela marcado por la tristeza y se atrevió a consultar lo que estaba latiendo en su pecho.

—¿Usted es pastora?

—Sí…

—¿Por qué Dios la ha tratado así? —humedeció sus labios—. Unas hijas con Síndrome de Down, una jovencita muerta repentinamente, y ahora esto. ¿Cómo puede soportar tanto? Yo no sería capaz…

—Dios conoce tus fortalezas y debilidades, sabe hasta dónde puedes llegar y aguantar. Eso no es problema. —suspiró—. Sí lo es el momento, el ahora, el presente. ¿Cómo enfrentarlo?

El joven enfermero se puso en pie ante la incomodidad que estaba asediando a la mujer, dio unos pasos atrás y guardó las manos mientras recorría la soledad de la sala con la vista.

Enseguida, ella corrió hacia el estacionamiento.

El siervo de Dios estaba sentado en la orilla del andén, con las piernas separadas, la cabeza caída y los brazos rodeando su cintura. Nada nuevo había en su cara, se había esforzado en borrar la nostalgia durante el aislamiento, pero no le resultó y tuvo que enterrar las lágrimas para asumir el rol de protector de las debilidades de su esposa. Sin embargo, una caricia en sus cabellos lo derribó hasta hacerlo llorar como un niño perdido en la noche.

—Formar una familia era el sueño de mi vida.

—Lo sé, Emanuel. —buscó sus ojos—. Pero debemos ser fuertes.

—¿Crees que todavía quedan fuerzas? —negó con la cabeza—. Ha sido demasiado para mí en estos años.

—*Encomienda a Jehová tu camino*…

—Daniela, ¿qué quiere Él de mí? ¿Ah? —lloró—. Le entregué mis mejores años, dejé la guitarra, el rock, los escenarios y una fama segura por servir en su ministerio. ¿Es así como me paga?

—No hables así. No sabes lo que dices… —lo abrazó—. Estás resentido.

El pastor vació todo el dolor que tenía en el pecho, quedó sin respiración y se zafó de su esposa.

—Creo no merecer lo que ha ocurrido.

—No estás solo, Emanuel. —abrigó sus mejillas—. Estás conmigo y con Dios que no te abandona…

—¡Me quitó a mi familia! —gritó—. ¿Cómo pudo permitir eso?

Daniela lo tomó de una mano, le facilitó su hombro y lo consoló con sus dedos sobre el cuello.

El día recién estaba comenzando.

17

La pastora estaba viviendo un anhelo que tenía guardado en su corazón. Hace un lustro que tuvo en sus brazos a Miriam y Betsabé, y desde aquellos días que no volvía a acariciar a un niño. Por eso decidió celebrar su trigésimo octavo cumpleaños en el patio del hogar de menores en un escenario preparado para la ocasión por los

profesores y el mismo pastor Fernández. Estaba hermoso, único, jamás imaginado. Detuvo su atención en las decoraciones de las flores ordenadas por colores sobre un fondo blanco que, al mirarlo de frente, componían el nombre de la pastora. Como respuesta, en medio de los aplausos, enrojeció los ojos y buscó el abrazo incondicional de su marido.

—Los niños te aman.

—¡Sí, lo creo! —confesó—. ¡Nunca esperé esto!

El inspector general del hogar de menores recogió la cámara fotográfica y les indicó que tomaran ubicación alrededor de la mesa. Rápidamente, los muchachos cercaron a la cumpleañera y a su esposo y mostraron sus espontáneas sonrisas. Enseguida, como era costumbre, el matrimonio oró en voz alta por la vida de los presentes.

Eran las tres de la tarde, y el sol de septiembre entibiaba los rostros. El brindis lo hicieron con gaseosas y jugos de frutas antes que la cocinera de la escuela apareciera con la torta que había preparado especialmente para la pastora Daniela. Todos aplaudieron, cantaron el himno que correspondía y se ocuparon de felicitar a la madre sustituta que había trabajado los últimos cinco años desde la oficina manteniendo el único contacto con los alumnos a través de la ventana. Fue por eso que se emocionó y no pudo esconder las lágrimas. En su corazón — a pesar que le había solicitado ayuda a Dios —, todavía estaba la espina que destrozó sus ilusiones y la incomodaba cada amanecer. Sin embargo, las caricias del pastor Emanuel Fernández eran el bastón que necesitaba para avanzar con el semblante en alto.

—Las cosas pudieron ser diferentes.

—Pero es la voluntad de Dios. —el marido la besó en la mejilla—. Debemos obedecerle.

—¿No te da nostalgia pensar que este cumpleaños pudo haber sido especial? —suspiró mientras la cocinera repartía los trozos de torta—. Las gemelas con cinco años, Ester convertida en una adolescente y nosotros siendo los directores de una familia como siempre la soñamos.

—¿Te estás quejando, mi amor? —el pastor Fernández levantó el índice—. Alguien te está escuchando.

Ella se encogió de hombros y enseñó un rictus.

Después del improvisado banquete, los niños acomodaron las sillas de las salas de estudio alrededor del escenario e invitaron a todos los adultos a ser espectadores. Daniela esbozó una profunda sonrisa y tomó la mano de su esposo para sentirse segura. Sus pasos eran delicados, tal vez escogiendo los lugares que pisaría. De repente, se detenía, miraba alrededor y sus ojos se humedecían, pero borraba toda la nostalgia antes que las preguntas llegaran. Para cerciorarse que ninguna voz la intimidara, se refugió en el abrazo cálido del hombre

que estaba dispuesto a dar la vida por ella, le devolvió la mirada y se ubicó frente al proscenio.

El alumno más grande del hogar de menores tenía catorce años, había llegado dos años atrás y había sobrevivido a las lecciones que procuraban alejarlo de las drogas. Según el profesor de ciencias sociales, no había futuro en un muchacho obstinado con la calle, las pandillas y los asaltos. Se lo había comunicado al pastor, pero éste decidió continuar con la disciplina hasta que vio los primeros cambios; responsabilidad para asistir a clases, colaboración en las labores domésticas y compañerismo con sus pares. En menos de diez meses, consiguió cambiar la imagen que tenían de él y decidió ser el anfitrión de la ceremonia. Estaba vestido con una camisa blanca, una cortaba, pantalón de tela y zapatos formales. Sin duda, provocó admiración en los adultos.

—Feliz cumpleaños, señora Daniela. —saludó—. Que el Señor la bendiga por la maravillosa obra que ha hecho junto a su esposo.

—Gracias. —agradeció ella desde el asiento—. Es una labor maravillosa que nos ha encomendado Dios.

—Tengo un regalo para usted.

El joven bajó del escenario, recogió un paquete envuelto en papel de colores que estaba a un costado y se lo extendió acompañado de un beso. De inmediato, la multitud exigió que abriera el presente, mas ella jugó con la incertidumbre, recorrió cada uno de los semblantes descubriendo la esencia que la cautivaba cada jornada y rompió el borde del bolso. Cuidadosamente, introdujo una mano, tocó el objeto y abrió la boca, sorprendida.

—Gracias, muchas gracias.

—¿Qué es? —dijo el pastor—. ¿Te gusta?

La mujer exhibió los tres ángeles tallados en madera y barnizados, tenían las alas desplegadas y llevaban un pequeño pedestal para que pudieran adornar el salón de la casa.

—Yo lo hice para usted. —dijo el muchacho—. Espero le guste.

—¡Es maravilloso! —sonrojó—. Me recuerda a mis hijas. Mis angelitos.

Daniela cerró los ojos y se llevó la escultura al pecho. Así, estuvo en silencio por unos minutos bajo la atenta mirada de su marido y de la comunidad.

De pronto, palideció y cayó sin mover los músculos.

18

La versión del médico destrozó su alma. Llevaba más de dos horas frente a la ventana que permitía apreciar la Avenida Argentina. Detrás de él, junto al pasillo, estaba la habitación que designó el especialista para la observación. No quería entrar, ni siquiera volver a oír un comentario. Sólo deseaba escapar, escapar y no regresar. Se había prometido no derramar lágrimas, pero era imposible. En su pecho estaba muriendo el único sentimiento que le quedaba después de una vida marcada por las heridas inexplicables. Se miró los brazos, estaban sanos y limpios. Hubiera dado su sangre para salvar al amor de su vida, mas no podía hacer lo que sus ansias le indicaban.

Optó por la soledad. Demasiadas personas aparecieron en el pabellón, de modo que se apartó hacia la entrada, donde estaba el guardia que se resignaba al verlo una mañana más. Tenía tres días con la misma ropa, aquella que usó para el cumpleaños, y no estaba ni siquiera convencido de cambiarla. Le daba lo mismo, pues la vida estaba perdiendo el sabor que siempre tuvo en el paladar. Se sentó en el rincón de siempre, cruzó las piernas y hojeó la Biblia de bolsillo con renuencia.

—¿Podemos hablar?

—¿Es necesario?

El médico movió la mano derecha indicándole que se incorpora, pero el pastor Fernández bajó las piernas y se inclinó.

—¿Qué me dirá ahora? ¿Eh?

—Tenemos que conversar.

El siervo de Dios siguió los pasos manteniendo la distancia. No quería parecer desesperado, guardó las manos en los bolsillos y estiró los labios procurando ser indiferente. Sentía las miradas de los enfermeros y asistentes, se encontraba cercado por los comentarios y

escondía la respiración cuando evocaba que estaba dirigiéndose a la sentencia.

La puerta del despacho se cerró de golpe. El médico ofreció asiento, se desabrochó el delantal, reubicó unos documentos que estaban sobre el teclado del computador y se ocupó de la cara taciturna del pastor.

—¿Nunca lo contó?

—Nunca. —gimió—. No sé por qué.

—A veces, los pacientes tienen sus razones. —enarcó las cejas—. Pero yo le aconsejé que lo hiciera. En fin, fue decisión de ella.

El líder cristiano tosió, subió las mangas de la camisa y se dispuso a salir de la habitación al sentirse atosigado.

—Hace nueve meses descubrimos los síntomas…

—¿Por qué no me lo contó? ¿No confiaba en mí?

—Creo que tenía miedo.

—¿Miedo? —jadeó el pastor—. ¿Acaso se le olvidó que somos siervos de Dios y que Él todo lo puede? Tal vez, hubiéramos detenido la enfermedad a tiempo.

El especialista meneó la cabeza mientras buscaba las palabras adecuadas para continuar.

—Tengo mucho respeto por ustedes y por la devoción a Dios, pero no creo que la fe hubiera podido frenar los síntomas…

—¡Se equivoca, doctor! —gritó—. ¡Mi Dios todo lo puede!

—Los síntomas aparecieron de repente. —confesó—. Daniela tiene metástasis en todo el cuerpo…

—¿Qué quiere decir?

—El cáncer cervical se ramificó. —clavó su mirada—. Su mujer fue muy valiente al no someterse a tratamiento para no despertar sospechas. Tal vez, esperaba un milagro. Sin embargo, está en la etapa final.

El pastor Fernández se apoyó en el extremo del escritorio y cubrió sus mejillas con ambas manos. De soslayo, buscó una salida, mas sólo halló un suspiro perdido y consolador que le arrebató los impulsos por luchar.

—¿De cuántos años estamos hablando? —titubeó—. ¿Cuánto le podría quedar?

—Hablar de años es ser muy optimista. —sentenció—. Los primeros exámenes arrojaron como pronóstico nueve meses. Ahora, me atrevería a declarar que sólo quedan semanas.

El hombre se derrumbó sobre el asiento, arrugó los párpados y contuvo el hálito.

Después, cerró la puerta y se perdió por la ciudad.

19

Los bocinazos no lo despertaban. Había ignorado varias luces rojas de los semáforos, no había comido desde el día anterior y ya no le quedaban lágrimas para derramar. Sólo llevaba un puño de esperanzas y millones de preguntas en los labios.

Nada era suficiente. Nada era importante. Nada tenía sentido. Nada era nada.

No supo cómo pero llegó. La gente lo miraba con extrañeza, tal vez por sus ojos desorbitados, por sus bruscos movimientos o por las conversaciones en voz baja. Parecía un loco, o estaba convirtiéndose en uno de ellos. Despreció la mano que sintió en el pecho, se quitó el sudor y se detuvo frente a la enorme colina. Necesitaba estar ahí diecisiete años después. Y comenzó a subir.

El santuario estaba sin modificaciones, salvo que el césped estaba más verde porque era sintético. Acarició cada árbol, respiró profundamente en cada escalón y volvió la mirada. Había transcurrido demasiado tiempo desde aquel hermoso momento, pero todavía conservaba las palabras, las expresiones y la emoción de Daniela sobre su vida. Ligeramente, giró el anillo que llevaba, miró subrepticiamente el horizonte y vació los pulmones de una vez. Le costaba trabajo sostenerse, por eso trastabillaba. La única pared que podía permitirle continuar en pie estaba a un metro, pero para él parecían cientos de kilómetros. Entonces, sus rodillas se doblaron, deslizó las palmas por el pasto y descargó el llanto con el rostro en el suelo.

—¿Qué pretendes conmigo, Señor? ¿Eh? —gimió—. ¿Qué he hecho mal para que me trates así? ¿No tienes una respuesta para mí? ¿Por qué me has abandonado? ¡Dime, por favor, en qué fallé!

Una inesperada ventolera se levantó desde los pies de la colina, arrasó con las hojas de los árboles, removió el césped y sacudió los atuendos del pastor, quien cerró los ojos para soportar el dolor que produjo sobre su piel. Después, el cantar de los pájaros adornó el cielo despejado y los imponentes rayos del sol tocaron la cabeza del hombre.

—Sé que no te has olvidado de mí, pero qué sentido tiene todo. —balbució—. Los sueños de mi vida se han ido. Tú eres soberano sobre lo que existe, pero no hay explicación para la destrucción de mi

familia, de mi carrera como músico y de mi matrimonio. —se incorporó sutilmente—. Dime, Padre, ¿por qué has permitido que mi esposa, el amor de mi vida, la niña de tus ojos, la mujer que pedí por novia, esté muriéndose? ¿Para qué es todo esto?

Los rayos desaparecieron con las repentinas nubes grises y el viento sopló como en los inviernos que caracterizaban a Chillán. Se levantó una columna de tierra que corrió a lo ancho del cerro y se perdió detrás de la capilla, las aves sobrevolaron la cabeza del siervo de Dios y algunas gotas de lluvia descendieron para refrescar el acalorado semblante que permanecía en vilo.

Luego de un largo silencio, abrió los ojos y contempló lo que se acercaba por el camino. Era una figura de estatura media, complexión ancha y tez morena. Era bizco, pero se acomodaba para escrutar. Sus pasos eran lentos, mantenía la quijada inmóvil y la mano derecha a media altura, y a su paso se restablecieron los árboles dañados, los caminos gastados y el cielo volvió a ser azul.

—Tú…

—¿Cómo estás, muchacho? —dijo el hombre deteniéndose ante la ofuscación del pastor Fernández—. ¿Podemos hablar?

—¿Me vienes a ver? —el líder cristiano negó con la cabeza—. ¿Por qué lo haces ahora y no cuando más te necesité? Mis hijas, mi esposa, el tiempo perdido…

—Siempre he estado contigo. —el visitante giró sobre sí para admirar la naturaleza del santuario—. Aquí concretaste tu amor con Daniela. Es un hermoso lugar.

—Aquí nos colocamos los anillos, pero luego ella se fue, volvió y ahora está muriéndose. —jadeó—. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Es necesario? ¡No es justo que aparezcas ahora, que nada tiene solución!

—¿No lo entiendes, Emanuel? —el hombre le entregó su aliento y clavó sus ojos sobre aquel rostro pálido—. Siempre he estado junto a ti, en las buenas y en las malas. Cada vez que orabas, yo te escuchaba, cada vez que ponías las manos sobre los enfermos, yo actuaba, cada vez que ayudabas a los despreciados, yo caminaba contigo. ¿Cómo puedes ser tan rebelde y no reconocerme?

El pastor Fernández se sentó en el césped, dobló las rodillas y descansó el cuerpo reclinado. No se atrevía a escrutar la sencilla pero imponente presencia del enigmático ser que, diecisiete años después, volvía a su vida con la misma tranquilidad que ostentó la primera vez.

—¿Sabes por qué ocurrió todo esto?

—Es mi culpa, ¿verdad? —bisbisó Emanuel—. Es por mi pasado. Dios no me ha perdonado el consumo de drogas, mis excesos y mis torcidos pensamientos.

—No. —el hombre se ubicó en la misma posición—. Tú sabes que Dios perdona y que su misericordia se renueva cada día.

—¿Entonces? —miró de soslayo, con los ojos rojos—. ¿Daniela no era para mí?

—No, Emanuel. —le tocó un hombro—. No busques explicaciones sencillas… *Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos*.

Ambos tenían los ceños fruncidos, los labios separados y las pieles tibias. Al cristiano le costaba doblar su condición irreverente, evitaba rozar el brazo del anciano y esperaba impaciente que la reunión se terminara. Sin embargo, el misterioso ser se cruzó de brazos y alargó la agonía con tenues movimientos, como si estuviera siguiendo el compás de una melodía que sólo él podía oír.

—Yo no sé por qué me buscaste. —confesó—. Yo era feliz con la guitarra eléctrica, con mis amigos, con mis sueños de ser cantante y estar en los escenarios más importantes.

—No es como tú crees…

—¿No? —el pastor se atrevió a mirarlo—. ¿Acaso todo lo que he vivido es un sueño? Dejé mis aspiraciones de rockero por seguirte, pusiste en mi vida a una mujer maravillosa, pero me la quitaste una vez, y ahora está muriéndose… ¡Y tú estás tranquilo! ¡Eso me duele!

El anciano se volteó cuidadosamente, estiró las piernas y se ocupó de examinar cada rincón de la cara abultada que lo desafiaba.

—Si no te bendijera nunca más en la vida, ¿me seguirías amando como lo has hecho hasta ahora?

—¿Por qué me lo preguntas? —el pastor sonrojó—. Es difícil responder.

—Si tu voz no tuviera autoridad como hasta ahora para levantar a los caídos y no tuvieras la fuerza para volver a levantar tu ministerio una y otra vez, ¿me seguirás amando?

—Señor, tú conoces mi corazón. —gimió a ojos cerrados—. Soy un niño ante tu presencia, soy un ser imperfecto y no soy digno de mirarte ni hablarte, pero te necesito. Sé que todo depende ti y no de los hombres. Si tan sólo pudieras tocar a mi esposa…

El hombre asintió ligeramente, extendió los brazos hacia los pómulos del director de la congregación y con sus dedos dibujó una caricia.

—Hijo, pídeme lo que quieras.

—Padre…

—Pídeme y lo tendrás. —susurró el anciano—. Habla.

El pastor Fernández se humedeció los labios, sus manos temblaron y bajó los párpados lentamente, sosteniendo el aire que respiraba, sintiendo cómo el cutis recuperaba el color de antaño y entregándose parsimoniosamente a la ternura que tenía enfrente.

—Señor…

—Te escucho.

—Sólo te pido un poco de amor. —suspiró—. Un poco de tu amor, por favor.

Enseguida, un soplido escapó de aquella boca avejentada, las manos se apartaron y el cuerpo de Emanuel cayó de espada, con el pecho inflado y la brillantez sobre las pupilas.

—Señor…

—No digas nada. —el anciano se incorporó—. Tienes que llegar a todos ellos. Por eso te necesito.

—Eso me lo dijiste la primera vez que me visitaste…

—Sólo hazlo. —inclinó el rostro—. Todo estará bien.

El viejecito dio media vuelta, abrió los brazos y alzó el rostro. De inmediato, su cuerpo desapareció con la ventolera que corrió desde lo más alto de la colina, y una paloma blanca aleteó en espiral hasta perderse entre los rayos del sol.

El líder evangélico buscó un indicio en el cielo, en las copas de los árboles, en el techo del templo, sobre los verdes prados y en sus recuerdos, pero no había nada que le demostrara lo que había vivido. Sentía el pecho más aliviado, un calor que lo envolvía y una felicidad que lo conmovía. Dio unos pasos, cortó una rosa roja que estaba en la orilla — la única en todo el lugar —, y retomó el sendero con la esperanza sobre sus hombros.

EPÍLOGO.

Antes de terminar la conferencia que había organizado el Instituto Bíblico en Santiago, ella abrió el diario de vida que siempre llevaba y exhibió la rosa roja adherida a la página. Estaba seca, con el tallo oscuro y los pétalos aún frescos gracias al ligero rocío que le daba cada mañana. Entre lágrimas, recordaba la tarde en que su esposo se la obsequió. Fue un día especial que ella denominó *El Día del Regreso*. Los médicos no lograron explicar cómo consiguió bajar de la camilla sin autorización, atravesar el pasillo y recoger sus pertenecías. En aquella oportunidad, el hombre que cuidaba de ella le ayudó y salieron juntos del Hospital Herminda Martín cantando y bailando con las manos en alto para retomar la vida.

De eso, había pasado un año.

En los últimos tres meses la vida se había vuelto agitada por las charlas para ayudar a los demás. Fue lo que recibió una noche después de una oración, en un sueño, y no tuvo dudas de comenzar la labor. Junto al pastor Fernández, fundaron una pequeña organización —independiente del funcionamiento del hogar de menores que, sin duda, se había convertido en un gran referente en Chillán—, preocupada de las lacras sociales. Al inicio, pocos aceptaron la propuesta, pero con el paso de las semanas la idea fue tomando importancia. Se trataba de un grupo de voluntarios de la iglesia que, liderados por el pastor y la pastora, recorrían los suburbios de la ciudad compartiendo la palabra de Dios sin temerle a la delincuencia, a las drogas, al frío, a la lluvia y a la oscuridad. De esta forma, habían conquistado la atención de muchos, quienes los bautizaron como *Los Pastores de los Despreciados*. Prostitutas, proxenetas, traficantes, asaltantes, alcohólicos, mendigos, niños abandonados, ateos, enfermos, indigentes, familias sin esperanzas y profesionales perdidos en los vicios eran sus seguidores. Los días sábados, en una habitación construida a un costado del hogar de menores, se reunían todos quienes durante la semana habían decidido cambiar sus vidas, oraban y aceptaban a Jesús como su Salvador. En menos de quince semanas, las calles de Chillán se habían limpiado y muchos ciudadanos anhelaban buscar el camino de la verdad.

A veces, el matrimonio estaba separado unas semanas porque las conferencias de Daniela fuera de la ciudad se extendían. Emanuel asumía la dirección con el apoyo de los hermanos de la congregación, armaba charlas de rehabilitación de drogas, talleres para recién casados y padres e hijos y por las noches se quedaba hasta la madrugada pensando con un cuaderno y un lápiz. Hace tiempo que no

se comportaba de aquella manera, por lo que se inquietó, pero también lo aceptó. Se acordaba de los tiempos de universidad, del camino de las drogas que esquivó oportunamente, del nacimiento del amor y de las palabras del Espíritu Santo buscándolo. En sus oídos sonaban las últimas frases antes que un milagro tocara a su mujer en la sala de emergencias; *Tienes que llegar a todos ellos. Por eso te necesito*. Entonces, recogió la guitarra y comenzó a crear. En dos horas compuso cuatro alabanzas, las repasó sin importarle que los rayos del sol entraran por la ventana, consiguió los arreglos necesarios y repasó sus obras una y otra vez, convenciéndose. Se lo contó a Daniela a la tarde siguiente cuando hablaron por teléfono, y ella —emocionada—, lo felicitó. Era una doble felicitación, pero él no lo dimensionaba con el juego de palabras que su mujer le hacía a través del auricular. Sólo cuando recibió los pasajes en su despacho con destino a Santiago lo entendió; estaba invitado a dar un concierto para un congreso cristiano en el Estadio Nacional. Al principio, se asustó, mas cuando bajó del bus y fue conducido al camarín, se relajó. Ahí lo recibió su esposa y los pastores organizadores brindándole una cordial bienvenida. Nunca lo imaginó ni pensó merecerlo. Sin embargo, en el escenario demostró el talento que había guardado por años, y el aplauso del público fue su mayor recompensa.

Había algo más. Su música llegó a oídos de los productores invitados al evento, y rápidamente sobre la mesa apareció un contrato que le presentaba la oportunidad de grabar a nivel profesional. Pero lo rechazó porque no se sentía seguro. Sólo una conversación a puertas cerradas con Daniela enderezó su opción y acordó crear un disco. Así, prefirió aislarse por unas semanas para componer. Sus letras hablaban del amor de la familia, de las dificultades, de la fe, de la esperanza, de la compañía incondicional de Dios y de la misericordia que día a día resplandecía cuando los problemas y los errores agobiaban a los hombres. Estaba inspirado en su vida.

Cristo En El Camino. Así llamó a la producción cuando la tuvo en sus manos después de terminar el proceso de mezclas. Y comenzó la promoción sin que él lo hubiera supuesto. A mediados de mayo se presentó en Arica con un éxito que nunca esperó, dio conciertos en las costas del Norte Grande, en el litoral central, en la Plaza de Armas de Santiago, fue condecorado por el Intendente de la Sexta Región, invitado a dar charlas motivacionales a alumnos de una escuela de escasos recursos, ovacionado en Temuco y bendecido en Tierra del Fuego. Su fiel compañera no lo abandonaba, y juntos repasaban lo que estaba ocurriendo en sus vidas. Era inefable. Pero el mayor obsequio apareció dos meses después, en una mañana marcada por el hermoso sueño que recibió como vaticinio. Tras desayunar con vista al mar en el comedor del Hotel La Perla de Valparaíso —y preparándose para el

ensayo del concierto que daría por la tarde—, el productor de la compañía discográfica interrumpió su alabanza en voz alta y le mostró un documento que lo dejó sin aliento.

—Es tu nuevo contrato. —contestó—. Comenzarás en la congregación de Miami con dos conciertos. Luego, en el resto de Sudamérica.

—¿Qué dices? —gimió con lágrimas en los ojos—. ¿Miami y Sudamérica?

Un movimiento de mentón fue la respuesta, miró el cielo y susurró lo que había en su corazón.

—Lo has logrado. —dijo Daniela al entrar en la pieza—. Eres un cantante a nivel internacional.

—¡Ahora entiendo todo! —la abrazó—. ¡Todo! ¡El sueño de mi vida!

—Él es perfecto y todo lo hace nuevo.

Se besaron en silencio, caminaron hacia la ventana para sentir la brisa marina y sonrieron apoyados en el balcón.

—¿Irás conmigo a talar otros bosques?

—Iremos contigo. —la mujer le tomó una mano y la colocó en su vientre—. Somos una familia. Todo empieza de nuevo y para siempre.

Y contemplaron el maravilloso día que estaba frente a sus vidas.

* * *

EL AUTOR

Roberto Kruger González nació en 1983 en Chile. Es Licenciado en Educación y profesor de Educación General Básica, mención Lenguaje y Comunicación, por la Universidad Arturo Prat. En el 2008 ganó el Fondo de Desarrollo Institucional (FDI) del Ministerio de Educación de Chile, Línea de Emprendimiento Estudiantil, para escribir, producir y dirigir el cortometraje *Peñi* (2009). En el año 2012 publica la novela *El Plan Morgana* (Ediciones Nowtilus, España) y escribe el guión del cortometraje *Por Ti* (Costa Rica). En el 2014 crea la colección infantil *Mundo Sano* (Editorial GEU, España) y publica la novela juvenil *¿Sueñan las chicas con príncipes azules?* (Editorial GEU, España) En el 2015 publica el thriller *Los crímenes de Sanjuán* (Editorial Sekotia, España) En el 2017 publica la novela *Vidas ingratas* (Editorial Balas de Plomo, Chile), y en el 2018 la novela juvenil *La vida es cancha* (Editorial GEU, España)

Página web del autor: www.robertokrugergonzalez.yolasite.com

Table of Contents